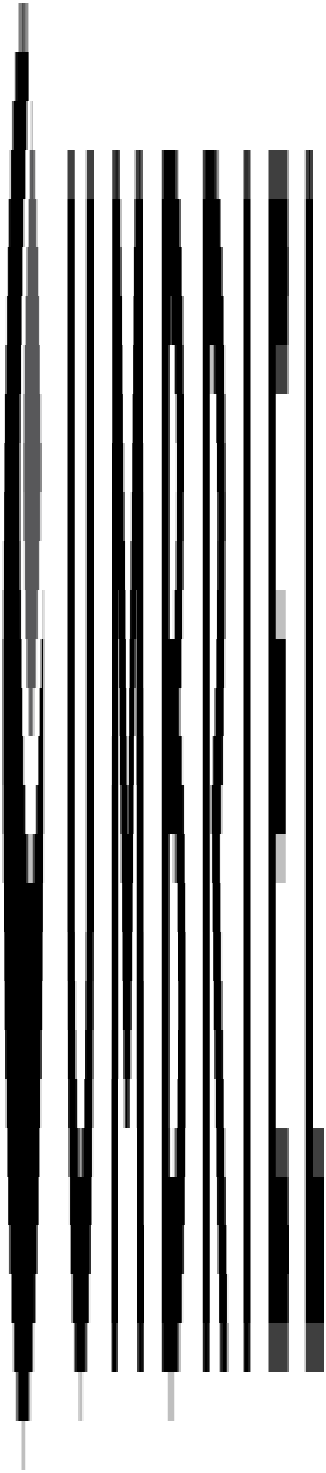
EL
ARTE
DE
AHOGARSE
AVA REID

EL ARTE DE AHOGARSE

AVA REID

Traducción de Carla Bataller Estruch



Argentina · Chile · Colombia · España

Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *A Study in Drowning*
Editor original: HarperCollins
Traducción: Carla Bataller Estruch

1.ª edición: abril 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2023 *by* Ava Reid
This edition is published by arrangement with Sterling Lord Literistic and MB Agencia Literaria
All Rights Reserved
© de la traducción 2024 *by* Carla Bataller Estruch
© 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19936-91-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para James.

Esta es una historia de amor.

—Rechazo los espejos —dijo el rey de las hadas—. Los rechazo por ti y los rechazo por mí. Si quieres ver lo que eres, mira en las pozas de marea al anochecer. Mira en el mar.

Angharad, DE EMRYS MYRDDIN, 191 D. I.

UNO

Comenzó como comienzan todas las cosas: con una chica en la costa, aterrorizada y deseosa.

Angharad, DE EMRYS MYRDDIN, 191 D. I.

El póster estaba tan desgastado y estropeado como una página arrancada del libro favorito de alguien. Effy pensó que era intencional. Lo habían impreso en un grueso pergamino amarillo, semejante a su tela de dibujo. Los bordes se enroscaban sobre sí mismos, con timidez o con actitud protectora, como si el pergamino tuviera un secreto que esconder.

Effy usó ambas manos para alisar el papel y luego miró las palabras sinuosas con ojos entornados. La letra manuscrita se había emborronado en varios sitios. Y una mancha de agua, con una forma indistinguible, oscurecía más el papel, como una marca de nacimiento o moho.

A la atención de los queridos estudiantes de la Facultad de Arquitectura:

La familia de EMRYS MYRDDIN, autor nacional de Llyr, solicita el diseño para una mansión a las afueras de Saltney, la localidad natal del escritor, en la bahía de las Nueve Campanas.

Pedimos que la estructura propuesta (MANSIÓN HIRAETH) sea lo suficientemente grande para albergar a la familia de Myrddin, así como la extensa colección de libros, manuscritos y cartas que Myrddin dejó tras su muerte.

Pedimos que el diseño refleje el carácter de Myrddin y el espíritu de su amplia e influyente obra.

Pedimos que el diseño se envíe a la dirección de abajo antes de mediados de otoño. Se contactará con el ganador el primer día de invierno.

Tres condiciones, igual que en los cuentos de hadas de Myrddin. El corazón de Effy empezó a latir muy deprisa. Casi sin darse cuenta, fue a agarrarse el nudo de pelo dorado, recogido con su habitual lazo negro. Se alisó los mechones sueltos que le flotaban alrededor de la cara en la brisa soñolienta del vestíbulo soleado de la facultad.

—Perdona —dijo alguien.

Effy miró a toda prisa por encima del hombro. Detrás de ella había otro estudiante de Arquitectura, ataviado con una chaqueta de *tweed* marrón, que se balanceaba sobre los talones con una irritación patente.

—Un segundo —dijo la chica—. No he terminado de mirarlo.

Odiaba cómo le temblaba la voz. El otro estudiante resopló a modo de respuesta. Effy regresó al póster, con el pulso más acelerado. Pero no le faltaba nada por leer, solo la dirección en la parte inferior. No había firma ni un alegre «¡Buena suerte!» de despedida.

El otro estudiante empezó a dar golpecitos con el pie. Effy metió la mano en la mochila y rebuscó hasta que encontró un bolígrafo, carente de tapa y claramente abandonado sin miramientos, con la punta cubierta de polvo. Lo apoyó en el dedo, pero no apareció ninguna mancha de tinta.

Se le revolvió el estómago. Apretó de nuevo. Detrás de ella, el

chico desplazó el peso de una pierna a otra y la madera bajo sus pies gruñó. Effy se llevó el bolígrafo a la boca y chupó hasta saborear la punzada metálica de la tinta.

—Por todos los santos —espetó el chico.

Effy se escribió a toda prisa la dirección en el dorso de la mano y metió el bolígrafo en la mochila. Se apartó de la pared, del póster y del chico antes de que pudiera añadir nada más. Mientras se alejaba a paso ligero por el pasillo, Effy captó el final del insulto que susurró.

Se le calentaron las mejillas. Llegó al aula y se sentó en su silla habitual. Evitó las miradas del resto de los estudiantes a medida que ocupaban sus puestos y se quedó mirando la tinta corrida en el dorso de la mano. Las palabras empezaban a emborronarse, como si la dirección fuera un hechizo con una duración burlonamente corta.

La magia cruel era la moneda de las hadas, tal y como se las describía en los libros de Myrddin. Los había leído tantas veces que la lógica de su mundo se superponía al suyo, como reluciente papel de calco sobre el original.

Effy se concentró en las palabras para memorizarlas antes de que la tinta se corriera tanto que resultara ilegible. Si entrecerraba los ojos hasta humedecerlos, casi podía olvidar el insulto del chico. Pero su mente se escurría para pensar en todos los motivos por los que había resoplado y la había mirado con desprecio.

Motivo número uno: era la única mujer que estudiaba en la facultad de Arquitectura. Aunque el chico solo la hubiera vislumbrado en los pasillos, seguro que había visto su nombre en los resultados de los exámenes y, luego, en la lista de clases en el vestíbulo. Tres días antes, un justiciero anónimo había tomado un bolígrafo para convertir su nombre de pila, «Effy», en algo obsceno que empezaba por efe.

Motivo número dos: era la única mujer que estudiaba en la facultad de Arquitectura y había quedado por encima de él en el examen de admisión. Effy había sacado nota suficiente para entrar en la facultad de Literatura, pero allí no aceptaban mujeres, así que se había conformado con Arquitectura, aunque fuera menos prestigiosa, menos interesante y, por lo que a ella respectaba, tremendamente más

complicada. Su mente no funcionaba en líneas y ángulos rectos.

Motivo número tres: sabía lo del profesor Corbenic. Cuando Effy pensaba en él, lo hacía en fragmentos pequeños, como el reloj dorado en medio del vello oscuro y espeso de sus brazos. La adultez de aquello la había impactado como un puñetazo en la barriga. En la facultad había pocos chicos (porque eran justo eso: chicos) con un vello tan espeso en los brazos y había incluso menos que poseyeran relojes caros para lucirlos en ellos.

Effy cerró los ojos con fuerza para que la imagen se desvaneciera. Cuando los abrió de nuevo, la pizarra ante ella parecía vidriosa, como una ventana de noche. Podía imaginar y entrever un millar de cosas borrosas al otro lado.

Su profesor de Diseño, Parri, estaba dando su introducción habitual, aunque en argantiano. Era una nueva política de la universidad, establecida al principio del primer trimestre, seis semanas antes. Oficialmente, lo hacían por respeto a los pocos estudiantes argantianos de la universidad, pero, extraoficialmente, se debía a una especie de miedo preventivo. Si Argant ganaba la guerra, ¿impondrían su idioma por todo Llyr? ¿Los niños crecerían dando forma a sus vocales y verbos en vez de memorizar la poesía llyriana?

Podía ser buena idea que todo el mundo en la universidad tuviera ventaja.

Pero, incluso cuando el profesor Parri regresó sin querer al llyriano, la mente de Effy seguía dando vueltas, como un perro incapaz de acomodarse para dormir. El profesor Parri quería dos cortes transversales terminados antes de que acabara la clase. Effy había elegido rediseñar el Museo de los Durmientes. Era la atracción turística más querida de la ciudad de Caer-Isel, así como el supuesto origen de la magia llyriana. Allí los siete Escritores dormían en sus ataúdes de cristal, protegían en silencio Llyr de cualquier amenaza y, según algunos, aguardaban la llegada del momento más lúgubre del país para alzarse de nuevo y proteger su tierra. Según a quien le preguntases, se trataba de una superstición provincial o de la verdad absoluta.

Desde que enterraron a Myrddin, justo antes del comienzo del trimestre, las entradas se habían agotado y las colas para el museo le daban la vuelta a la manzana. Effy había intentado visitarlo en tres ocasiones, en las que aguardó durante horas para que luego la despacharan en la taquilla. Por eso tenía que imaginarse el aspecto de los Escritores mientras dibujaba a lápiz los rasgos de sus rostros dormidos. Había hecho el de Myrddin con un cuidado especial. Incluso muerto, parecía sabio y gentil, tal y como se imaginaba que sería un padre.

Pero en ese instante, mientras la voz de Parri discurría sobre ella sin cesar como la marea baja contra la costa, Effy abrió el cuaderno de dibujo en una nueva página y escribió las palabras «MANSIÓN HIRAETH».

Después de la clase, acudió a la biblioteca. Solo había entregado uno de sus cortes transversales, y no era demasiado bueno. La altura estaba mal, torcida, como si hubieran construido el museo sobre un acantilado rocoso en vez del centro cuidadosamente diseñado de Caer-Isel. Los edificios de la universidad lo rodeaban como una caracola, hechos de pálido mármol y piedra amarilla blanqueada por el sol.

En su anterior instituto, Effy nunca habría soñado con entregar un trabajo tan chapucero. Sin embargo, habían cambiado muchas cosas desde que había comenzado la universidad hacía seis semanas. Si acudió a Caer-Isel con esperanza, pasión o cierta competitividad mezquina, aunque fuera, todo se había erosionado con rapidez. El tiempo parecía comprimido e infinito a la vez. Fluía sobre ella como si Effy fuera una estatua hundida en el fondo marino, pero también la agitaba y golpeaba como un cuerpo inerte en las olas.

Sin embargo, las palabras «mansión Hiraeth» se clavaban en su mente como un anzuelo y la impulsaban hacia delante con un propósito, un objetivo, aunque fuera difuso. O precisamente porque lo era. Sin molestos detalles prácticos, resultaba mucho más fácil

imaginar que el objetivo se hallaba a su alcance.

La biblioteca estaba a tan solo cinco minutos de la facultad de Arquitectura, pero el trayecto se le antojó más largo porque el viento del lago Bala le arremetía contra las mejillas e introducía sus frígidos dedos entre su cabello. Effy empujó las puertas dobles a toda prisa con un suspiro frío. Y, una vez dentro, la densidad repentina del silencio la abrumó.

En su primer día en la universidad (el día anterior al profesor Corbenic), Effy había visitado la biblioteca y le había encantado. Había introducido a hurtadillas una taza de café y subido hasta una de las habitaciones sin usar de la sexta planta. Incluso el ascensor parecía agotado cuando llegó al rellano entre gemidos, jadeos y un ruido semejante al traqueteo de huesecitos dentro de una caja de coleccionista.

La sexta planta albergaba los libros más antiguos sobre los temas más oscuros: tomos sobre la historia de la caza de selkies en Llyr (una industria de lo más lucrativa, según descubrió Effy, antes de que las selkies se extinguieran por la caza masiva); una guía de campo sobre los hongos argantianos, con varias notas al pie, que abarcaban diversas páginas, sobre cómo distinguir las trufas argantianas de las variedades superiores de Llyr; una crónica sobre una de las múltiples guerras entre Llyr y Argant contada desde la perspectiva de un rifle sintiente.

Effy se había acurrucado en el rinconcito más escondido que encontró, debajo de una ventana de mármol con vetas negras, y había leído esos libros arcanos. Buscaba en concreto libros sobre hadas y había pasado horas hojeando un volumen sobre círculos de hadas a las afueras de Oxwich y luego otro sobre la etnografía de las hadas que allí encontró un profesor que llevaba tiempo muerto. La universidad consideraba esas crónicas, de siglos de antigüedad, supersticiones sureñas. Los libros que había encontrado estaban catalogados con rencor en la sección de ficción.

Pero Effy creía en ellos. Creía en todo: en las crónicas académicas podridas, en el folclore sureño supersticioso, en la poesía épica que

advertía sobre las artimañas del rey de las hadas. Si hubiera podido estudiar Literatura, habría escrito tratados feroces para apoyar sus creencias. Estar atrapada en la facultad de Arquitectura era como si la silenciaran con una mordaza.

Y, pese a todo, de pie en el vestíbulo, la biblioteca se le antojó de repente un lugar terrorífico. La soledad que la había reconfortado en el pasado se había convertido en un enorme espacio vacío donde muchas cosas malas podían ocurrir. No sabía *qué* exactamente; tan solo sentía un miedo turbulento e impreciso. El silencio era un lapso de tiempo antes del desastre inevitable, como quien observa una copa tambalearse hacia el borde de la mesa y anticipa el momento en el que caerá y se romperá. Effy no acababa de entender por qué las cosas que antes le habían resultado familiares ahora le parecían hostiles y extrañas.

No quería quedarse mucho rato allí. Subió por las inmensas escaleras de mármol y sus pasos resonaron ligeramente. El techo abovedado, con unos calados de madera atravesándolo, la hacían sentir como si estuviera en el interior de un joyero antiguo muy detallado. Unas motas de polvo flotaban en las columnas de luz dorada.

Llegó al mostrador de préstamos con forma de herradura y apoyó las dos manos sobre la madera pulida. La mujer detrás de la mesa la miró sin interés.

—Buenos días —dijo Effy con la sonrisa más grande que pudo. Aquello era generoso, ya que eran las dos y cuarto. Pero solo llevaba tres horas despierta, el tiempo justo para vestirse y llegar a clase.

—¿Qué buscas hoy? —preguntó la mujer, indiferente.

—¿Tiene libros sobre Emrys Myrddin?

La expresión de la mujer cambió y entornó un poco los ojos con desdén.

—Tendrás que ser un poco más específica. Ficción, no ficción, biografía, teoría…

—No ficción —la cortó Effy con rapidez—. Cualquier cosa sobre su vida, su familia. —Con la esperanza de ganarse el cariño de la

bibliotecaria, añadió—: Ya tengo todas sus novelas y su poesía. Es mi autor favorito.

—El tuyo y el de media universidad —replicó la mujer despectivamente—. Espera aquí.

Desapareció por una puerta detrás del mostrador. A Effy le picaba la nariz por el olor a papel viejo y a moho. Oía el revoloteo de las páginas y la lenta guadaña de los ventiladores de techo en las salas contiguas.

—Hola —dijo alguien.

Era el chico del vestíbulo de la facultad, el que se había acercado a mirar el póster. Llevaba la chaqueta de *tweed* debajo del brazo y unos tirantes tensos sobre una camisa blanca.

—Hola —respondió Effy. Fue más un reflejo que otra cosa. La palabra sonó extraña en ese espacio silencioso y vacío. Apartó las manos del mostrador.

—Vas a la facultad de Arquitectura, ¿verdad? —No lo dijo con tono inquisitivo.

—Sí —titubeó ella.

—Yo también. ¿Vas a enviar esa propuesta para el proyecto de la mansión Hiraeth?

—Creo que sí. —De repente, le sobrevino la extrañísima sensación de hallarse bajo el agua. Últimamente le pasaba cada vez más a menudo—. ¿Y tú?

—Creo que sí. ¿Sabes? Podríamos trabajar juntos en ella. —La mano del chico aferró el borde del mostrador con tanta intensidad que sus nudillos se tornaron blancos—. O sea, que podríamos enviar una propuesta conjunta. No hay nada en las normas que lo impida. Juntos tenemos más posibilidades de ganar el contrato. Nos haríamos famosos. Y, nada más graduarnos, nos contratarían en las firmas arquitectónicas más prestigiosas de Llyr.

El recuerdo del insulto susurrado vibraba en el fondo de la mente de Effy, sereno pero insistente.

—Pues es que no sé. Creo que ya he decidido lo que voy a hacer. Lo he bocetado en clase de Diseño.

Soltó una carcajada leve, con la esperanza de suavizar el rechazo.

El chico no rio ni le devolvió la sonrisa. Durante un rato largo, el silencio se alargó entre los dos.

Luego habló otra vez en voz baja:

—Eres muy guapa. De verdad. Eres la chica más espectacular que he visto nunca. ¿Lo sabías?

Si respondía que sí, era una harpía engreída. Si negaba con la cabeza y desairaba su cumplido, hacía gala de una falsa modestia y jugaba con él. Aquella era una artimaña digna de las hadas. Todas las respuestas la condenaban.

Y por eso respondió con torpeza:

—A lo mejor podrías ayudarme con los cortes transversales para Parri. Los míos son muy malos.

El chico se enderezó hasta alcanzar su altura completa.

—Claro. Te daré mi número.

Effy sacó el bolígrafo de la mochila y se lo ofreció. Él le envolvió la muñeca con los dedos y escribió siete dígitos en el dorso de su mano. Esa misma oleada acuática de ruido blanco lo ahogó todo de nuevo, incluso la guadaña de los ventiladores.

La puerta detrás del mostrador se abrió y apareció de nuevo la mujer. El chico la soltó.

—Vale. Llámame cuando quieras trabajar en los cortes transversales.

—Lo haré.

Effy aguardó hasta que desapareció por las escaleras para girarse de nuevo hacia la bibliotecaria. Notaba la mano adormecida.

—Lo siento —dijo la mujer—. Alguien ha tomado prestado todo lo que hay sobre Myrddin.

—*¿Todo?* —repitió Effy, sin poder evitar el tono agudo que adquirió su voz.

—Eso parece. Y no me sorprende. Es un tema popular en las tesis. Como acaba de fallecer, hay mucho suelo fértil. Potencial que aprovechar. Todos los estudiantes de Literatura ansían ser los primeros en escribir la narrativa de su vida.

A Effy se le revolvió el estómago.

—¿Así que un estudiante de Literatura se lo ha llevado todo?

La bibliotecaria asintió. Metió la mano debajo del mostrador y sacó el libro de registro: cada fila y cada columna estaban repletas con los títulos y los nombres de quienes los habían tomado prestados. Pasó una página con los títulos biográficos y las visitas. En la columna de «Usuario» aparecía el mismo nombre, escrito una y otra vez en una letra apretada pero precisa: P. Héloury.

Un nombre *argantiano*. Effy se sentía como si la hubieran abofeteado.

—Bueno, gracias por su ayuda —dijo, con la voz pastosa de repente por el nudo de lágrimas a punto de desbordarse. Se clavó las uñas en las palmas. No podía llorar allí. Ya no era una niña.

—De nada —respondió la bibliotecaria—. Te llamaré en cuanto esta persona devuelva los libros.

Fuera, Effy se frotó los ojos hasta que dejaron de lagrimear. Era muy injusto. Pues claro que un estudiante de Literatura había llegado primero a los libros. Se pasaban el día angustiándose por cada estrofa de la famosa poesía de Myrddin, por cada línea de su novela más famosa, *Angharad*. Todos los días hacían lo que Effy solo podía hacer de noche por falta de tiempo, después de terminar sus deberes chapuceros de Arquitectura. Debajo de las mantas, en un pálido charco de luz, repasaba su copia maltrecha de *Angharad*, que permanecía a todas horas en su mesita de noche. Conocía cada grieta en el lomo, cada arruga en las páginas de dentro.

Y encima un *argantiano*. No podía concebir siquiera que hubiera *uno* en la facultad de Literatura y menos que estudiase a Myrddin. El autor nacional de *Llyr*. Toda la situación era como un giro cruel del destino, una bofetada personal y despechada. El nombre en esa letra precisa flotaba en sus pensamientos: P. Héloury.

¿Por qué se había creído que aquello podía funcionar? Effy no era

una gran arquitecta; solo llevaba seis semanas de su primer semestre en la universidad y ya corría el riesgo de suspender dos clases. Tres, si no entregaba esos cortes transversales. Su madre le diría que no perdiera el tiempo: «Concéntrate en tus estudios. En tus amigos. No te agotes persiguiendo algo que está fuera de tu alcance». Y no lo diría con crueldad.

«Tus estudios», repitió la voz imaginaria de su madre, y Effy recordó la mirada de desdén del profesor Parri. Había agarrado uno de sus cortes transversales y lo había sacudido hasta que la página onduló, como si Effy fuera un insecto que espantar.

«Tus amigos». Effy bajó la mirada al número escrito en el dorso de la mano. Los ceros y los ochos del chico eran gordos y protuberantes, como si hubiera querido llenar de tinta azul la mayor parte de su piel. De repente, se sintió muy mareada.

Alguien le propinó un brusco empujón y se percató de que estaba bloqueando la puerta de la biblioteca. Parpadeó, avergonzada; bajó a toda prisa los escalones y pasó corriendo entre dos coches negros en marcha hasta el otro lado de la calle. Había un pequeño paseo que daba al lago Bala. Se apoyó en la barandilla y se masajeó el tercer nudillo de la mano derecha como si fuera una piedra calmante. Terminaba ahí, de repente, en una masa brillante de tejido cicatrizado. Si el chico se había fijado en la ausencia de su dedo anular, no había comentado nada al respecto.

Los viandantes pasaban a su lado. Otros estudiantes con carteras de cuero de camino a clase, con cigarrillos colgando apagados de sus bocas. Turistas con las cámaras de lentes grandes que se movían en una masa torpe y vacilante hacia el Museo de los Durmientes. Le llegó flotando su extraño acento. Seguro que procedían de la región más meridional de Llyr, de las Cien Últimas.

A sus pies, las olas del lago Bala lamían con timidez el paseo de piedra. La espuma blanca se asemejaba a la baba en la boca de un perro. Effy sintió una frustración peligrosa bajo la mansedumbre de la marea, algo encadenado que quería liberarse. Una tormenta podía llegar con la misma rapidez que un parpadeo. La lluvia causaría un

estallido repentino de paraguas negros, que crecerían igual que setas, y dispersaría a los turistas de las calles.

A través de las legañas constantes de bruma, Effy podía distinguir ligeramente el otro lado del lago y la tierra verde que había allí. Argant, el beligerante vecino norteño de Llyr. Solía pensar que el problema consistía en que los argantianos y los llyrianos eran tan incurablemente diferentes que no podían evitar guerrear y odiarse. Pero ahora, tras vivir seis semanas en la ciudad dividida, comprendía que ocurría todo lo contrario. Argant decía que los tesoros y las tradiciones llyrianas en realidad eran suyas. Llyr acusaba a Argant de robar sus héroes e historias. El nombramiento de autores nacionales, que acababan convirtiéndose en Durmientes, era un esfuerzo por parte de Llyr para crear algo que Argant no pudiera arrebatarle.

Se trataba de una tradición arcaica, pero que seguían como era menester, pese a que la mayoría de los norteños no creían en la superstición sureña de que, cuando los tanques de Llyr atravesaban aquella tierra verde, cuando sus rifles se asomaban por encima de las trincheras que habían excavado en suelo argantiano, lo que los protegía era la magia de los Durmientes. Que, cuando las armas de Argant se atascaban o una niebla poco habitual en esa estación cubría el campo de batalla, también era cosa de la magia de los Durmientes.

En los últimos años, la guerra se hallaba en punto muerto. De vez en cuando, el cielo rugía con el sonido de los tiros lejanos, aunque se podía confundir fácilmente con rayos. Los habitantes de Caer-Isel, Effy entre ellos, habían aprendido a tratarlo como si fuera el ruido blanco del tráfico, molesto pero inevitable. Con la consagración de Myrddin como Durmiente, Effy esperaba que la suerte se pusiera de parte de Llyr.

No tenía más opción que creer en la magia de los Durmientes, en la magia de Myrddin. Era los cimientos en los que se basaba su vida. Aunque había leído *Angharad* por primera vez con trece años, llevaba soñando con el rey de las hadas desde mucho antes.

Unas gotas de agua salada le besaron las mejillas. A la mierda con el estudiante de Literatura, ese argantiano, ese tal P. Héloury. A la

mierda con Parri y sus horribles cortes transversales. Estaba cansada, cansada de esforzarse tanto por algo que ni siquiera quería. Estaba cansada de sentir miedo por si se encontraba con el profesor Corbenic en el pasillo o en el vestíbulo de la facultad. Estaba cansada de los recuerdos que nadaban detrás de sus párpados por la noche, de esos pequeños fragmentos: la enorme envergadura de los dedos del profesor, sus nudillos blancos cuando abría y cerraba los puños.

Effy se enderezó y se ató de nuevo el pelo. Sobre ella, el cielo se había tornado del color del hierro, las nubes se habían hinchado con una furia tenebrosa. El tranvía traqueteaba por la calle, más fuerte que los truenos lejanos. Truenos de verdad, no disparos. Se abotonó la chaqueta y se marchó a toda prisa hacia la residencia justo cuando empezaba a llover.

Entró en la residencia con el pelo húmedo; el agua le chorreaba por las pestañas y formaba charcos en sus botas. Effy se las quitó y las tiró al otro lado del pasillo, donde aterrizaron con dos golpes sordos. ¿Por qué justo ese día tenía que terminar empapada por uno de los miserables aguaceros de otoño de Caer-Isel cuando había intentado escapar de la lluvia?

Tras agotar un poco de su furia despechada, Effy colgó la chaqueta con más calma y se escurrió el pelo.

La puerta de la habitación de su compañera de residencia se abrió con un titubeo.

—¿Effy?

—Lo siento —dijo. El rubor le subía por el cuello. Las botas seguían tiradas en el otro extremo del pasillo—. No sabía que estabas en casa.

—No pasa nada. Maisie también está aquí.

Effy asintió y fue a recoger las botas con una vergüenza un tanto entumecida. Rhia la observó desde la puerta, con los rizos negros torcidos y la blusa blanca abotonada con descuido. No por primera

vez, Effy había interrumpido algo íntimo entre Rhia y su amante. La situación se tornó más humillante.

—¿Estás bien? —preguntó Rhia—. Hace un tiempo espantoso.

—Sí, pero no llevaba paraguas. Aunque puede que suspenda en tres clases.

—Entiendo. —Rhia apretó los labios—. Parece que te vendría bien algo de beber. ¿Qué tienes en la mano?

Effy bajó la mirada. Por culpa de la lluvia, la tinta azul se había corrido hasta la muñeca.

—Ah. Me atacó un calamar gigante.

—Qué horror. Si te secas, puedes venir a tomar té.

Effy consiguió esbozar una sonrisa de agradecimiento y fue al baño. Todo el mundo le había dicho que las residencias universitarias eran asquerosas, pero, cuando llegó, se lo había tomado como una especie de aventura, como acampar en el bosque. Ahora, sin embargo, solo sentía un asco aburrido e inane. La masilla entre los azulejos estaba sucia y un círculo de jabón, de un naranja enfermizo, cubría el borde de la bañera. Cuando tiró de la toalla, vio que una araña gigantesca huía y desaparecía por una grieta de la pared. Ni siquiera tenía energías para gritar.

Más seca, salió al pasillo y vio que la puerta de Rhia estaba abierta. El suave resplandor amarillo de una lámpara inundaba la habitación. Maisie se hallaba en el borde de la cama, con una taza humeante entre las manos y el pelo castaño recogido en un moño apresurado.

—He visto a Watson —dijo Effy, dejándose caer en la silla del escritorio de Rhia.

—No, recuerda que aplasté a Watson. Ese es Harold.

—Cierto. Watson murió cubierto de gloria.

Habían tardado diez minutos en quitar la mancha negra de la pared del baño.

—¿Cómo es que todas las arañas son hombres? —preguntó Maisie mientras Rhia llenaba la taza de Effy.

—Porque así el aplastamiento es más satisfactorio —respondió

Rhia, y se sentó a su lado en la cama. Al verla enroscada junto a Maisie de esa forma, con una cercanía tan normal, Effy se sintió una intrusa de repente.

Era una sensación eterna la de no sentirse bienvenida. Daba igual dónde estuviera: siempre temía que no la quisieran. Dio un sorbo a su té. La calidez mitigó un poco su incomodidad.

—Bueno, creo que voy a suspender tres clases. Y solo estamos a mediados de otoño.

—Eso es bueno. Así tienes tiempo para recuperar —comentó Maisie. Rhia jugueteaba distraída con un mechón de su pelo.

—O puedes abandonar la carrera. Vente con nosotras a la facultad de Música. La orquesta necesita más flautistas.

—Si me enseñáis a tocar la flauta en la próxima semana, lo hago.

No dijo que, aunque le resultara frustrante, en Arquitectura no sentía tanto que se rindiera como si hubiera estudiado Música. La facultad de Arquitectura era la segunda más prestigiosa de la universidad. Si no podía estudiar Literatura, como había querido, al menos podía fingir que Arquitectura había sido su primera opción.

—No sé si eso es muy realista, cielo —dijo Maisie, y se giró hacia Effy—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

Effy casi les habló sobre el póster. Sobre Emrys Myrddin y la mansión Hiraeth y el boceto nuevo en su cuaderno. Rhia era impulsiva y siempre rebosaba de ideas alocadas, como «Te enseñaré a tocar la flauta en una semana» y «Subamos al tejado de la facultad de Astronomía», entre otras muchas, pero Maisie era tan razonable que casi resultaba molesto. Le habría dicho que era una locura incluso considerarlo.

En ese momento, la posibilidad de la mansión Hiraeth, ese sueño, solo le pertenecía a ella. Aunque fuera inevitable que se derrumbara, quería seguir soñando un poquito más.

Al final, se encogió de hombros y dejó que Rhia intentara convencerla para que estudiase órgano. Effy se terminó el té y les deseó buenas noches. Sin embargo, cuando regresó a su dormitorio, no tenía ganas de dormir. El hormigueo de frustración y anhelo bajo la

piel no desaparecía.

Se sentó en la cama deshecha y tomó el viejo ejemplar de *Angharad.*

Angharad era la obra más famosa de Myrddin. Narraba la historia de una joven que se convertía en la esposa del rey de las hadas. Las hadas eran crueles, astutas y siempre ansiaban más. Para ellas, los seres humanos eran juguetes y su pequeña y frágil mortalidad las divertía. Los espejismos feéricos hacían que las hadas parecieran hermosas e hipnóticas, como una serpiente con una piel llamativa y una mordedura letal. Usaban sus hechizos para hacer que los humanos tocaran el violín hasta que se les caían los dedos o para que bailaran hasta que les sangraran los pies. Pese a ello, Effy a veces también se había enamorado un poco del rey de las hadas. La parte tierna de su crueldad le agitaba el corazón. Imaginaba que toda violencia conllevaba cierta intimidad. Cuanto más conocías a alguien, más daño podías causarle.

En el libro, la protagonista tenía sus trucos para evadir y encantar al rey de las hadas: pan y sal, campanas de plata, serbales, un cinturón de hierro. Effy tenía sus pastillas para dormir. Se tragaba una, a veces dos, y entraba en un sopor sin sueños.

Abrió el libro por la solapa trasera, donde estaban impresas la foto y la biografía de Myrddin. Había sido un hombre solitario y retraído, sobre todo en los últimos años antes de su muerte. Los artículos de periódico escritos sobre él eran rígidos y formales, pues se lo conocía por rechazar todas las entrevistas. La foto en blanco y negro estaba borrosa y la habían tomado desde muy lejos; solo mostraba el perfil de Myrddin. Se hallaba de pie junto a una ventana, con la silueta oscura y el rostro alejado de la cámara. Por lo que Effy sabía, era la única foto de Myrddin que existía.

Cualquier casa que honrase a Myrddin debía ser igual de misteriosa. ¿Acaso había otro estudiante en la facultad de Arquitectura que lo entendiera? ¿Que conociera sus obras de principio a fin? Effy lo dudaba. Los demás solo querían el prestigio, el dinero del premio, igual que el chico de la biblioteca. A ninguno le importaba que se

tratara de *Myrddin*. Ninguno creía en la magia antigua.

Esa noche las pastillas para dormir permanecieron intactas en su tocador. Effy sacó el cuaderno y dibujó hasta el amanecer.

DOS

La escritura es un arte que se merece el mayor respeto y los escritores deberían ser considerados guardianes de la herencia cultural llyriana. Por ello, la Facultad de Literatura será la más exclusiva entre los programas universitarios, y requerirá las notas de acceso más elevadas y el cumplimiento de los requisitos más rigurosos. En virtud de esto, no sería apropiado admitir a mujeres, quienes, por su sexo, no han demostrado poseer una gran capacidad en cuestiones como el análisis o la comprensión literaria.

Carta de Sion Billows sobre la fundación de la Universidad de Llyr, 680 a. I.

—Conque vas a ir de verdad —dijo Rhia.

Effy asintió y tragó el café ardiente. A su alrededor, otros estudiantes agachaban la cabeza sobre libros, aferraban bolígrafos con manos manchadas de tinta y se mordían los labios con concentración. Se oía el sonido de la máquina de café al triturar y bullir y el tintineo de los platos mientras se servían tartaletas y escones. El Poeta Soñoliento era la cafetería favorita de los estudiantes en Caer-Isel y solo se hallaba a una manzana de distancia del Museo de los Durmientes.

—No quiero ser aguafiestas ni… Por todos los santos, ya me parezco a Maisie. A ver, ¿no crees que es todo un poco raro? O sea, ¿por qué han elegido a una estudiante de primero de Arquitectura para un proyecto tan inmenso?

Effy metió la mano en el bolso y sacó una hoja doblada de papel.

Apartó su taza de café y el pastelito a medio comer de Rhia para alisarla sobre la mesa. Luego aguardó mientras Rhia ladeaba el cuello y leía las palabras escritas en una tinta cuidada y oscura.

Querida señorita Sayre:

Le escribo para felicitarla porque su propuesta de diseño para la mansión Hiraeth ha sido seleccionada. Recibí muchas opciones, pero la suya fue, de lejos, la que mejor honraba el legado de mi padre.

Quiero invitarla a Saltney para hablar con usted en persona sobre el diseño. Antes de que finalice su estancia, me gustaría tener unos planos terminados para comenzar de inmediato con la construcción.

Para llegar a Hiraeth, suba en el primer tren que salga de Caer-Isel hacia Laleston y luego cambie al que vaya en dirección a Saltney. Me disculpo de antemano por el largo y arduo viaje. Haré que mi abogado, el señor Wetherell, la recoja en la estación.

Con mucho entusiasmo,
Ianto Myrddin

—Ya se la he enseñado al decano Fogg —se apresuró a decir Effy en cuanto Rhia alzó la mirada de la carta—. Me ha dado permiso para pasar las próximas seis semanas en Saltney y trabajar en la casa. Y va a hacer que el profesor Parri me lo convalide como créditos para su asignatura.

Intentó sonar satisfecha, aunque sobre todo se sentía aliviada. Ojalá hubiera estado presente para ver cómo el profesor Parri arrugaba la nariz mientras el decano Fogg le comunicaba la noticia.

—Bueno —dijo Rhia al cabo de un momento—, supongo que parece bastante legal. Pero las Cien Últimas… es una región muy diferente. Lo sabes, ¿no?

—Sí. Me he comprado un impermeable y una decena de jerséis nuevos.

—No me refería a eso —replicó Rhia con una leve sonrisa—. Quiero decir… En casa todo el mundo cree que los Durmientes son los que impiden que Argant bombardee Llyr hasta destrozarla. Por todos los santos, antes de que consagraran a Myrddin mis padres estaban convencidos de que se produciría una segunda Inundación. Aquí nadie cree en los Durmientes.

Pero yo sí. Effy se guardó para sí el pensamiento. Rhia era del sur y a menudo hablaba con desdén sobre su pueblecito natal y sus habitantes religiosos. A Effy no le apetecía discutir con ella… ni tampoco confesar sus propias creencias. Ese tipo de supersticiones no encajaba bien con una buena chica del norte procedente de una buena familia del norte que asistía a la segunda facultad más prestigiosa de Llyr.

Por eso ocultó sus auténticos pensamientos.

—Lo entiendo —dijo—. Pero no estaré allí mucho tiempo. Y te prometo que no volveré oliendo a agua de mar.

—Ah, vas a volver mitad pez. Créeme.

—¿Qué mitad será?

—La de abajo —respondió Rhia tras considerarlo.

—Piensa en todo el dinero que me ahorraré en zapatos.

Fue una bendición que la biblioteca estuviera vacía, seguramente por el frío. La niebla, procedente de las colinas verdes de Argant, se cernía sobre Caer-Isel como una horda de fantasmas. El campanario de la universidad lucía su bruma como si fuera el velo de luto de una viuda. Los estudiantes dejaron de fumar bajo el porche de la biblioteca porque tenían miedo de acabar empalados por los carámbanos que

colgaban de allí. Cada mañana, la estatua de Sion Billows, el fundador de la universidad, aparecía enmasillada en una capa de escarcha.

Effy nunca había recibido la llamada de la bibliotecaria por los libros sobre Myrddin. Fuera quien fuera P. Héloury, era evidente que no pensaba cederlos pronto. La idea la había carcomido durante tres semanas; la rabia le hervía a fuego lento en el fondo del estómago. Había practicado discusiones con él en su mente, se había imaginado escenarios en los que ella salía de esas peleas verbales pavoneándose victoriosa. Pero nada de aquello aplacaba su furia.

Ese día, sin embargo, Effy había acudido a la biblioteca por un motivo distinto. Tomó el ascensor hasta la sección de geografía, en la tercera planta. La sala estaba ocupada por un laberinto de estanterías que creaban muchos recovecos polvorientos y ocultos. Bajó un enorme atlas de un estante y acabó en uno de esos recovecos, justo debajo de la ventana moteada de hielo.

Abrió el libro por el mapa de la isla. Allí estaba el río Naer, que la atravesaba en vertical, como la vena azul en el dorso de su mano. Allí estaba Caer-Isel, cómo no (con una nota al pie que le recordó el nombre en argantiano de la ciudad, Ker-Is), un pecio enorme en el centro del lago Bala.

La frontera oficial entre Llyr y Argant era una larga barrera de acero rematada con espirales de alambre. Atravesaba el centro de la ciudad, casi por en medio del Museo de los Durmientes. Effy había ido a verla durante su primera semana en la universidad y la cruda autoridad la había asombrado. A lo largo de la valla había apostados unos guardias vestidos de gris, con gesto adusto bajo los sombreros de pelo. Se quedó observando a un pequeño grupo de gente, una familia, que venía del lado argantiano y comenzaba el largo proceso de desplegar papeles y pasaportes; los movimientos de los guardias eran enérgicos mientras los rostros de los niños enrojecían más y más en el frío. Sobre sus cabezas, dos banderas peleaban entre sí y con el viento: la serpiente negra en un campo verde para Argant y la serpiente roja en un campo blanco para Llyr. Al cabo de un rato, la escena se volvió demasiado difícil y Effy se marchó a toda prisa con una extraña

sensación de vergüenza.

Su dedo viajó hacia abajo por el mapa. El norte de Llyr era todo colinas verdes, un mosaico de sol y niebla salpicado con árboles rechonchos y casas de piedra, pueblos pequeños con calles estrechas y la ciudad más grande, Draefen. Se trataba de la capital administrativa de Llyr y el lugar de la casa de su familia, donde Effy había crecido con su madre y sus abuelos. Draefen se acomodaba en un valle entre dos cimas montañosas y se expandía por las dos riberas del Naer. El cielo estaba compuesto por nubes y el humo de las fábricas. La línea del horizonte estaba atravesada por las crestas de las velas blancas, como las aletas de esos monstruos del lago en los que nadie del norte creía ya. Effy había pensado que, al verla aunque fuera en un dibujo sobre un pergamino, se sentiría nostálgica, pero lo que recordó sobre todo fue el olor a aceite, sal y entrañas de pescado. Los ojos pasaron sobre la ciudad con rapidez.

Y entonces, al sur de Draefen, al sur de Laleston, la última ciudad que cualquiera con dos dedos de frente visitaría por algún motivo, estaban las Cien Últimas. Las cien millas más al sur de Llyr formaban una costa irregular repleta de aldeas de pescadores, acantilados blancos ruinosos y feas playas bruscas con guijarros que atravesaban las botas. Hasta la ilustración parecía apresurada, como si el artista hubiera querido terminar con ella y pasar a otra cosa.

La bahía de las Nueve Campanas parecía el mordisco de un perro en un trozo de carne podrida. Effy la acarició con el pulgar y trazó la línea dentada de la cala. Emrys Myrddin era de *allí,* del final de las Cien Últimas, un lugar tan sombrío y remoto que Effy apenas podía concebirlo. Era tan diferente que casi podría ser otro país, o eso pensó. Incluso otro mundo.

El crujido de la puerta al abrirse la sobresaltó. Echó un vistazo por el borde de la estantería y vio que otro estudiante entraba en la sala, con el chaquetón debajo del brazo; aún respiraba con dificultad por el frío. Dejó el abrigo y la cartera en una de las mesas y avanzó hacia ella. Un escalofrío le recorrió la columna. La idea de que se acercase mientras ella permanecía sentada en el suelo en su rincón le resultaba

tanto vergonzosa como extrañamente terrorífica. Effy se levantó e intentó moverse en silencio para que no la viera, pero la descubrió de todos modos.

—Hola —saludó el chico. Sonaba bastante amistoso.

—Hola —respondió ella, despacio.

—Lo siento… No hace falta que te marches. Creo que aquí hay espacio suficiente para los dos.

El chico sonrió enseñando el borde de los dientes.

—No pasa nada. Ya me iba.

Effy intentó pasar a su lado para devolver el atlas a su lugar en la estantería, pero el chico no se apartó para dejarle espacio hasta el último segundo, con lo que sus brazos se rozaron. El corazón casi se le salió por la boca. *Tonta*, se regañó de inmediato. *No ha hecho nada malo.* Aun así… el ambiente en la sala de repente parecía sólido y espeso. Tenía que salir de allí.

Y entonces vio el parche en su chaqueta. Era la insignia de la facultad de Literatura.

—¡Anda! —dijo de repente, en voz demasiado alta—. ¿Estudias Literatura?

—Sí. —El chico se encontró con su mirada—. Soy de primero. ¿Por?

—Es que me estaba preguntando… —titubeó. Seguro que la pregunta le parecería extraña. Sin embargo, la malsana y amarga curiosidad la había carcomido durante demasiado tiempo—. ¿Conoces a algún estudiante argantiano que vaya a tu facultad?

El chico frunció el ceño.

—Diría que no. Bueno, hay un par, creo, en segundo o tercero. Pero no es lo normal. Ya te puedes imaginar por qué. O sea, ¿cuántos argantianos quieren estudiar literatura llyriana?

Eso mismo se preguntaba ella.

—Entonces, ¿no te sabes el nombre de ninguno?

—No, lo siento.

Effy intentó que no se reflejara su decepción. Sabía que era infantil convertir a P. Héloury en la encarnación de su amargura. Sin

embargo, era muy injusto. Argant llevaba siglos siendo el enemigo de Llyr. ¿Por qué un argantiano podía estudiar literatura llyriana solo por ser un hombre, pero ella no podía por ser mujer? ¿Por qué no importaba que se supiera los libros de Myrddin de principio a fin, ni que se hubiera pasado casi la mitad de su vida durmiendo con *Angharad* en la mesita de noche, ni que en una ocasión hubiera intentado hacerse un cinturón de hierro y hubiera colocado ramas de serbal en el umbral de su habitación?

—No te preocupes —dijo, aunque la desazón se filtró en su voz. El chico la miraba perplejo, así que tuvo que explicarlo—. Es que estaba intentando sacar unos libros sobre Myrddin…

—Ah —la cortó él—. Eres una de las adoradoras de Myrddin.

Su tono era despectivo. A Effy se le calentó el rostro.

—Me gusta su obra. Como a mucha gente.

—A muchas chicas. —El chico adoptó una expresión que Effy no supo interpretar. La examinó de la cabeza a los pies—. Mira, si alguna vez quieres preguntarme algo sobre Myrddin o lo que sea…

A ella se le revolvió el estómago.

—Lo siento. Tengo que irme, en serio.

El chico abrió la boca para responder, pero Effy no esperó a oírlo. Dejó el atlas sobre la mesa y salió corriendo de la sala, con la sangre rugiéndole en los oídos. Bajó en el ascensor, atravesó las puertas dobles de la biblioteca, salió al frío penetrante y solo entonces se vio capaz de respirar de nuevo. Una vocecilla interior le dijo que estaba siendo infantil, ridícula. Un puñado de palabras, una mirada con los ojos entornados y Effy había reaccionado como si alguien la hubiera pinchado con un cuchillo.

Regresó a la residencia con la visión borrosa. Rhia no estaba y la habitación de Effy se hallaba casi vacía, con todo guardado en el baúl que se llevaría a Saltney. Lo único que quedaba fuera era su ejemplar de *Angharad*, con la esquina doblada en la página donde el rey de las hadas se acostaba con Angharad por primera vez. A su lado estaba la botella de cristal con las pastillas para dormir.

Sacó una y se la tragó sin agua. Si no lo hacía, sabía que esa noche

soñaría con el rey de las hadas.

Quedaba una cosa por hacer.

La puerta del despacho de su tutor parecía más ancha y alta que el resto de las puertas en el pasillo, como una de esas letras decorativas en un manuscrito viejo, embellecida, barroca y enorme comparada con el texto pequeño y normal que la seguía.

Effy alzó una mano y la apoyó plana en la madera. Había querido llamar, pero por el camino su cuerpo había abandonado el objetivo de su mente.

Daba igual. Al otro lado se oyó un susurro, una maldición entre dientes, y la puerta se abrió.

El profesor Corbenic la miraba parpadeando.

—Effy.

—¿Puedo entrar?

Él asintió una vez, con rigidez, y se apartó a un lado para dejarla pasar. Su despacho seguía tal y como lo recordaba: tan abarrotado de libros que solo había un estrecho sendero desde la puerta hasta el escritorio, con las polvorientas persianas bajadas para que solo entrara un filo de luz a duras penas. Los títulos enmarcados cubrían la pared como cabezas disecadas de animales.

—Siéntate, por favor —dijo el profesor, pero Effy prefirió quedarse detrás del sillón verde.

—Siento no haber pedido cita. Es que… —Perdió el hilo. Odiaba lo débil que sonaba su voz. El profesor Corbenic se había arremangado hasta los codos y había dejado expuestas las franjas de vello oscuro en su brazo y el reloj dorado que relucía entre los pelos.

—No pasa nada —respondió él, aunque sus palabras poseían una frialdad que le dieron ganas de encogerse y desaparecer por el huequecito de las persianas—. Me imaginaba que volverías tarde o temprano. Me han hablado de tu pequeño proyecto.

—Ah. —Se le contrajo el estómago—. Supongo que el decano Fogg

se lo contó.

—Sí. Milagrosamente, me habla de nuevo. —La voz del profesor Corbenic se había enfriado otra vez—. Saltney está muy lejos de la gran ciudad.

—Justo eso quería comentarle. —Jugueteó con las fibras sueltas de la parte trasera del sillón—. El decano Fogg ha dicho que podía tomarme seis semanas, cuando empiecen las vacaciones de invierno, y ha hecho que el profesor Parri acceda a convalidármelo por créditos de su clase, pero aún necesito…

—Quiere que tu tutor lo apruebe —concluyó él con tono monótono. Sus dedos parecían enormes mientras arrugaban la tela blanca de su camisa.

Apoyada en el sillón, Effy respiró hondo para calmarse. Había arrancado tanto hilo verde que parecía aferrar un manojo de tallos. Pero el sillón llevaba deshilachado desde que lo vio por primera vez. Al comienzo del semestre, después de cada visita al despacho del profesor Corbenic, Effy se pasaba horas encontrando esos hilitos verdes en su pelo.

Despacio, metió la mano en el bolsillo y sacó el pergamino plegado.

—Solo necesito su firma.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Enseguida notó el pecho más ligero. El reloj de pared en el rincón marcaba los segundos y cada uno sonaba como una gota de lluvia en el suelo. Le temblaba la mano mientras sostenía el papel hacia el profesor y, durante un rato, él no dijo nada, no hizo nada, hasta que de repente se abalanzó hacia ella.

Por puro instinto, Effy retrocedió un paso tambaleante cuando él le arrebató el papel de la mano.

El profesor Corbenic soltó una corta carcajada grave.

—Ah, por todos los santos. No hace falta que ahora te comportes como una doncella tímida.

Effy tenía el pulso tan acelerado y le sonaba con tanta fuerza que apenas oyó su propia respuesta:

—Sigue siendo mi tutor…

—Sí, ¿no es maravilloso? Estaba seguro de que el decano Fogg te echaría a ti o me despediría a mí.

—No se lo dije a nadie —consiguió decir, con el rostro ardiendo.

—Bueno, pero se corrió la voz igualmente, ¿eh? —replicó el profesor Corbenic, aunque se desinfló de un modo visible, apoyado sobre el escritorio. Se pasó una mano enorme por el pelo negro—. Me reuní con el decano Fogg la semana pasada. Estaba furioso. Podría haberme costado la carrera.

—Lo sé.

Lo sabía muy bien, porque era en lo único en lo que había pensado cuando él se cernió sobre ella en ese sillón. Cuando le tocó la nuca, cuando la débil luz del sol se reflejó en la hebilla de su cinturón, lo único en lo que Effy pudo pensar fue en lo peligroso que era todo. El profesor Corbenic era joven, guapo, muy querido en la facultad. El decano Fogg y él tomaban té juntos. No la *necesitaba* a ella.

Pero, ah, hizo que pareciera que la necesitaba. «Eres muy guapa —le había dicho, y casi sonó jadeante—. Duele verte venir aquí cada semana, con tus ojos verdes y tu cabello dorado. Te marchas y solo puedo pensar en cuándo volverás y en cómo sobreviviré al ver algo tan hermoso que no puedo tocar».

Había sostenido su cara entre las manos con mucha ternura, como el conservador de un museo manejando sus obras. Y Effy había notado que el corazón le brincaba y palpitaba del mismo modo que cuando leía sus pasajes favoritos de *Angharad*, esas páginas con la punta siempre doblada.

—¿Esto es todo lo que necesitas? —El profesor Corbenic acuchilló la hoja con el bolígrafo y le lanzó el pergamino de vuelta. Luego profirió una carcajada más corta y grave—. Ya sabes lo que pienso, Effy. Eres una chica lista. Tienes potencial, si no estás con la cabeza en las nubes. Pero ¿una estudiante de primer curso en un proyecto de esta envergadura? Te supera. No sé por qué la familia de Myrddin buscó estudiantes, para empezar. Y… deduzco que nunca has estado al sur de Laleston, ¿verdad? —Effy negó con la cabeza—. Bueno. Las Cien Últimas es el tipo de lugar del que escapan las chicas jóvenes, no

al que van corriendo. Te resultaría más fácil quedarte en Caer-Isel e intentar mejorar tus notas. Si necesitas ayuda con la clase del profesor Parri, te puedo ayudar.

—No —dijo Effy a toda prisa, y se guardó el pergamino—. No se preocupe.

El profesor Corbenic la miró, inescrutable. La luz de la tarde se acumulaba en la esfera de su reloj.

—Eres el tipo de chica a la que le gusta complicarse la vida. Si no fueras tan guapa, ya te habrían expulsado.

Effy salió del despacho del profesor Corbenic con los ojos húmedos, pero se negaba a llorar. De camino al vestíbulo de la facultad, vio la lista de clases, con su nombre tachado y reemplazado por la palabra «furcia».

Tras comprobar que no venía nadie, Effy arrancó el papel, hizo una bola y la sacó del edificio. Le latía el corazón con fuerza. «Las Cien Últimas es el tipo de lugar del que escapan las chicas jóvenes, no al que van corriendo». A lo mejor sí que estaba huyendo. A lo mejor se estaba complicando la vida. Pero no podía soportar todo aquello: el torrente de agua en los oídos, la niebla que le tapaba los ojos, las pesadillas que solo se apagaban con el poder aniquilador de las pastillas para dormir. No era sureña, aunque sabía lo que se sentía al ahogarse.

Pasó junto a la biblioteca y salió al paseo del lago. Se quedó allí de pie, apoyada en la barandilla, con el viento mordiéndole las mejillas. Y entonces lanzó el papel arrugado a las aguas heladas del lago Bala.

TRES

¿Qué es una sirena sino una mujer medio ahogada?
¿Qué es una selkie sino una esposa reticente?
¿Qué es un cuento sino una red que las saca a ambas
del gentil tumulto de las olas negras?

«Elegía para una sirena», recopilado en *La obra poética* de Emrys Myrddin, 196-208 d. I.

Effy se guardó el ejemplar de *Angharad* en el bolso. El baúl estaba lleno de pantalones, jerséis nuevos de cuello alto y calcetines calentitos de lana. Rhia la acompañó a la estación de tren.

—¿Seguro que no puedo convencerte de que no lo hagas? —preguntó su amiga.

Effy negó con la cabeza. Los pasajeros pasaban junto a ellas en borrones de gris y rojo. Rhia era generosa, abierta, lista y lo bastante buena para no mencionar nunca los rumores sobre Effy y el profesor Corbenic.

Pero no sabía lo de las pastillas rosas, las que Effy llevaba siempre encima por si el borde de las cosas empezaba a desdibujarse. No sabía lo del rey de las hadas y nunca había leído ni una página de *Angharad.* No comprendía lo que Myrddin significaba para Effy y no comprendía de lo que Effy huía. Rhia era sureña, pero no sabía lo que se sentía al ahogarse.

Una mujer con un sombrero azul las empujó y le pisó el pie a Effy.

—Te echaré de menos. Dile a Maisie que puede quedarse con mi habitación.

—Lo haré. —Rhia se mordió el labio y luego consiguió esbozar una de sus sonrisas incandescentes cuando el tren pitó como una tetera detrás de ellas—. Ve con cuidado. Sé lista. Y amable.

—¿Las tres cosas? Eso es mucho pedir.

—Pues me conformo con dos. Elige tú —dijo Rhia. La rodeó para abrazarla y, durante un momento, con los ojos cerrados y la cara apretada contra el suave pelo castaño de Rhia, Effy se sintió más calmada que un mar sin brisa.

—Eso es mucho más razonable —farfulló. Se apartaron cuando una madre y dos niños con pinta de malhumorados pasaron a su lado—. Gracias.

Rhia frunció el ceño.

—¿Gracias por qué?

Effy no respondió. No lo sabía. Solo se sentía agradecida por no estar sola en el andén.

Los otros pasajeros respiraban nubes blancas, les tintineaban los cinturones y las cadenas de las carteras, los tacones golpeaban las baldosas con un sonido metálico. Effy arrastró el baúl al tren y observó desde la ventanilla cómo salían de la estación. No apartó la mirada hasta que Rhia, que la despedía con la mano, desapareció entre la multitud.

Su intención había sido trabajar en el tren; incluso llevaba el cuaderno y un bolígrafo en el bolso. Sin embargo, en cuanto el tren atravesó el puente sobre el lago Bala que llevaba al sur, su mente se llenó de un temor vago, pero aniquilante. La página en blanco del cuaderno y la luz intensa de la mañana que relucía en el lago le humedecía los ojos una y otra vez. La mujer sentada a su lado cruzaba y volvía a cruzar las piernas una y otra vez; el sonido de la seda sobre el cuero la distraía tanto que no podía pensar en otra cosa.

El norte de Llyr se desplegó detrás de ella, verde esmeralda en invierno. Cuando tuvo que hacer el transbordo en Laleston, se apeó y atravesó el andén en una nebulosa con el baúl tras ella. Aunque no podía ver el exterior, notaba el ambiente húmedo y espeso. La lluvia chorreaba por las ventanillas.

Llegaron a Saltney justo cuando el reloj pasaba de las cinco. En Caer-Isel, incluso en invierno, el sol habría permanecido terco sobre la línea del horizonte. En Saltney el cielo era de un negro denso y fusco; unas nubes de tormenta se agitaban como el vapor de una olla.

A medida que los últimos pasajeros bajaban, Effy se quedó en el charco de luz legañosa de una farola, observando la oscura carretera vacía. No sabía a dónde ir.

Notaba la mente pesada. Aunque había leído la carta de Ianto muchas veces, no recordaba el nombre de su abogado, el que debía recogerla en la estación. ¿Wheathall? ¿Weathergill? No le habían dado un número al que llamar. Y, al mirar la calle poco iluminada, no había ningún coche a la vista.

Solo divisó una fila de edificios pequeños y lúgubres, con las puertas y las ventanas tan negras como montones de tierra. Más abajo, distinguió un puñado de casas con el tejado de paja, que se alzaban en la incipiente hierba como dientes rotos. Se oía el leve y lejano sonido del agua rompiendo contra unas rocas.

El viento arreciaba, parecía atravesar el abrigo y el grueso jersey de lana de Effy y le echaba el pelo en la cara. Saboreó en él la sal marina y los granitos se acumularon sobre su labio inferior. Apretó los ojos, pero un dolor tremendo empezaba a intensificarse en el centro de su frente, justo entre las cejas.

Solo estaban el frío, el viento y la oscuridad, que se alargaba a su alrededor, sólida e infinita. No llegaban más trenes hasta la mañana, ¿y qué haría hasta entonces? A lo mejor no iba nadie a por ella. A lo mejor todo el proyecto había sido una farsa, una broma a una estudiante de primer año.

O peor: una artimaña para atraer a una chica joven a un lugar lejano y peligroso del que nunca regresaría.

Todo el mundo le había dicho que había algo *raro* en todo ese asunto. Algo extraño. Rhia la había advertido e incluso el profesor Corbenic lo había hecho. Y, aun así, se había lanzado a por ello como un gorrión contra una ventana sin ver el brillo del cristal.

Un sollozo de pánico le subió por la garganta. A través de las lágrimas sin verter, vio un borrón rectangular a lo lejos. Se acercó y este cobró forma: una cabina telefónica.

Effy agarró el baúl y lo arrastró hasta la cabina. Con dedos temblorosos, metió la mano en el bolsillo y sacó unas cuantas monedas para meterlas en la ranura.

Dudó antes de marcar. Una parte de ella quería dejar el teléfono; otra estaba desesperada por oír una voz familiar. Así que marcó el único número que se sabía de memoria.

—¿Diga?

Esa voz familiar rompió el silencio.

—¿Madre?

—¿Effy? ¿Eres tú? ¿Desde dónde llamas?

—Estoy en Saltney —consiguió decir con voz pastosa—. En las Cien Últimas.

Casi podía ver la pequeña arruga en la frente de su madre.

—Por todos los santos, ¿qué haces ahí?

Al oír aquello, un extraño vacío se abrió en el pecho de Effy. No debería haber llamado.

—He venido a hacer un proyecto. Para la familia de Emrys Myrddin. Unos cuantos estudiantes de Arquitectura enviaron sus diseños y han elegido el mío.

El silencio se alargó. Effy casi podía ver a su madre enroscada en su sillón, con un sorbo de ginebra aún en la copa.

—Bueno, entonces ¿por qué lloras?

Effy tenía un nudo en la garganta.

—Estoy en la estación de tren. No sé si va a venir alguien a recogerme y no tengo un número al que llamar…

Su madre inhaló aire con fuerza. Y, entonces, el tintineo del hielo mientras se servía otra copa.

—No se te ocurrió pedir un número de teléfono antes de acudir a un pueblucho desconocido… ¿A cuánto está? ¿A seis horas al sur de Draefen? No quiero ni oírlo, Effy. No dejas de tomar una mala decisión tras otra.

—Lo sé. —La mano de Effy se tensó alrededor del auricular—. Lo siento. ¿Puedes preguntarle al abuelo si…?

—No esperes que alguien vaya a rescatarte siempre —la interrumpió su madre—. No voy a pedirle al abuelo que conduzca seis horas hasta las Cien Últimas de noche. ¿Tú te oyes cuando hablas? —Pero Effy solo podía oír el sonido apagado del mar—. No estaría cumpliendo mi deber como madre. En algún momento tendré que dejar que te hundas o que nades.

Effy tenía las mejillas resbaladizas por las lágrimas. El teléfono casi se le deslizó de la mano.

—Lo siento. No despiertes al abuelo. Es que no sé qué hacer.

—Primero tienes que calmarte —dijo su madre con energía—. No puedo hablar contigo cuando te comportas de esta forma. Cuando tienes uno de tus *episodios*. ¿Estás viendo cosas?

—No —respondió Effy. En el exterior, la oscuridad palpitaba y hervía.

—¿Tienes la medicación?

—Sí.

—Pues tómatela. ¿De acuerdo? Llámame cuando te hayas tranquilizado.

Effy asintió, aunque sabía que su madre no la veía. Pero sostuvo el teléfono hasta que se oyó un tenue chasquido en el otro extremo y la respiración de su madre desapareció.

Dejó caer el auricular, que se quedó colgando del cordón. Abrió el bolso y extrajo el botecito de cristal. Luego desenroscó la tapa y sacó una única pastilla. Era del mismo rosa que una flor sin abrir, muerta incluso antes de florecer.

Effy se llevó la mano a los labios y se tragó la pastilla con la boca seca.

El furioso ritmo de su pulso tardó varios minutos en ralentizarse.

Había tomado un bote tras otro de esas pastillas desde que tenía diez años. Fue en el interior de una consulta médica donde descubrió que esos momentos de pánico, esos deslices, se llamaban «episodios».

El doctor había sostenido un bote de pastillas rosas en una mano y con la otra agitó un dedo delante de ella, como si la riñera por algo que aún no había hecho.

—Tienes que ir con cuidado —le dijo—. Solo debes tomarlas cuando las necesites *de verdad.* Cuando empieces a ver cosas que no son reales. ¿Lo entiendes, señorita?

Effy tenía diez años y ya había renunciado a intentar explicar que lo que veía *era* real, aunque nadie la creyera.

Así que Effy observó el mechón de pelo plateado que salía de la oreja izquierda del médico.

—Lo entiendo.

—Bien —dijo, y le dio una palmadita tensa y clínica en la cabeza. Su madre se guardó las pastillas en el bolso. Salieron de la consulta hacia la húmeda mañana primaveral. Debajo de un peral en flor, su madre se había detenido para sonarse la nariz en un pañuelo. Por la alergia, le dijo. Pero tenía los ojos enrojecidos y, al llegar a casa, pasó horas encerrada en su habitación. No quería tener una hija loca más de lo que Effy quería serlo.

A su alrededor, el entorno regresó por partes: la carretera oscura, el charco de luz de la farola, las casas con las ventanas y las puertas cerradas. Effy salió de la cabina telefónica, arrastrando el baúl tras ella, e inhaló el olor a sal. El sonido de las olas contra la costa rocosa sonaba con fuerza de nuevo, casi opresivo.

No llevaba fuera ni un minuto cuando una luz iluminó la carretera de gravilla. Al acercarse, el haz lumínico se dividió en dos, hasta que un coche negro se detuvo delante de ella.

La ventanilla del conductor bajó.

—¿Effy Sayre?

Un alivio impactante e intenso la inundó enseguida.

—¿Sí?

—Soy Thomas Wetherell, abogado de la familia Myrddin. Me

pidieron que la recogiera en la estación.

—Sí —repitió Effy, y la palabra creó una nube blanca en el frío—. Sí. Gracias.

Wetherell frunció el ceño. Tenía el pelo gris peinado hacia atrás y una cara muy afeitada.

—La ayudaré con el baúl.

Dentro del coche, Effy sintió que su cuerpo se envaraba de nuevo y el alivio efímero se transformaba en miedo. De repente, aparecieron un centenar de preocupaciones nuevas en su mente. La principal era que había causado una primera impresión pésima.

Por la ventanilla turbia y salpicada de lluvia, captó una versión confusa de sí misma: la nariz rosada, los ojos hinchados, las mejillas aún húmedas y brillantes. Se limpió la cara con la manga del jersey, pero solo consiguió enrojecerla más. El coche traqueteaba por la carretera oscura y una sacudida particularmente fuerte la envió hacia delante, con lo que se golpeó las rodillas con la guantera.

Effy se mordió el labio para no soltar un improperio. No quería que Wetherell la tomara por una delicada chica de ciudad, aunque fuera justo eso.

—¿Cómo de lejos está Hiraeth? —preguntó cuando pasaron junto al puñado de edificios de Saltney. Un bar, una iglesia pequeña, un lugar donde vendían pescado frito con patatas… En las Cien Últimas, con eso tenías un pueblo.

Wetherell frunció el ceño de nuevo. Effy presintió que acabaría viendo mucho ese gesto.

—Media hora o puede que más. Depende del estado de la carretera.

A Effy se le revolvió el estómago. Y entonces el coche empezó a inclinarse hacia arriba.

Se agarró por instinto al manillar de la puerta.

—¿Esto es normal?

—Sí —respondió Wetherell, mirándola con un desdén comprensivo que casi se acercaba a la lástima—. Vamos a subir por los acantilados.

Fue en ese momento cuando Effy se dio cuenta de que la mansión Hiraeth no se hallaba en Saltney. Ni siquiera podría contar con esa pizca de civilización. Se le cayó el alma a los pies mientras el coche se sacudía por la ladera del acantilado.

Casi tenía miedo de mirar por la ventanilla. La luna parecía seguir el coche y pintaba de luz pálida la carretera y los acantilados que se desmoronaban. Eran blancos y estaban cubiertos por franjas de erosión, moho, liquen y puntitos de sal. Se le antojaron hermosos en comparación con la negra enormidad del mar, cuyas titánicas olas golpeaban la roca blanquecina una y otra vez.

Effy estaba en pleno proceso de admirarlos cuando el coche se detuvo en seco. Por delante, donde el camino se enroscaba sobre el acantilado, la carretera apareció de repente llena de espuma y agua oscura. Miró con espanto a Wetherell, pero él apenas reaccionó. Cuando la marea retrocedió de nuevo, siguió conduciendo. El coche chapoteaba en la tierra recién mojada.

Effy tardó un minuto largo en encontrar su voz.

—¿Es *esto* normal?

—Sí. En general, esperamos a la marea baja para ir al pueblo, pero la hora de su llegada fue… desafortunada.

Por decirlo de alguna forma. Mientras el coche subía por la colina, el rugido del oleaje disminuyó, aunque entonces cayó una espesa niebla que cubrió los árboles con un manto blanco. La carretera se estrechó; la bruma los oprimía por los cuatro costados. Effy volvió a notar el nudo en la garganta.

—¿Cuánto queda? —preguntó.

—No está lejos ya.

Y entonces algo salió de entre la arboleda y la bruma y pasó por delante del coche. Effy solo captó un destello. Había pelo negro, enredado y húmedo, que se movía con la fluidez del agua. Gracias a los faros, también vio la pálida curva amarilla del hueso.

—Señor Wetherell. —Se quedó mirando aquello mientras

desaparecía de nuevo en la niebla. El hombre no había dejado de pisar el acelerador—. ¿Qué ha sido eso?

Si no acabara de tragarse una de sus pastillas, no lo habría preguntado. Pero Wetherell también lo habría visto. No se lo *podía* haber imaginado, ya que las pastillas rosas destruían su imaginación.

—Seguro que era un ciervo —respondió Wetherell con el tono informal de quien está siendo demasiado informal—. Los ciervos en el sur se han adaptado de una forma peculiar. Pies palmeados y barrigas con escamas. Los biólogos han especulado que han evolucionado así como modo de prepararse para la segunda Inundación.

Pero Effy no había visto escamas. Había visto una maraña de pelo salvaje, una corona de hueso. Se restregó la cara de nuevo. ¿Qué habría dicho el médico? ¿Era posible que dos personas tuvieran la misma alucinación?

El coche dio un giro fatigoso y entrecortado; la bruma pareció dividirse ante él. Wetherell se detuvo justo al lado de un enorme roble. Las ramas se balanceaban y doblaban con el peso del musgo colgante. El hombre se estiró para abrir la guantera y sacar una pequeña linterna. Sin decir nada, la encendió y bajó del coche, aunque Effy no distinguía ninguna casa entre la niebla.

Oyó que Wetherell extraía su baúl. Effy abrió la puerta y lo siguió a la parte trasera del coche.

—¿Hemos llegado?

—Sí —respondió el abogado. Soltó el baúl en la hierba, tan espesa que pareció engullir el sonido—. Solo hay que subir la colina.

Resultaba difícil ver a más de dos pasos de distancia por culpa de la niebla, pero Effy tanteó la pendiente con la suela de los pies. Echó a andar detrás de Wetherell, que con la linterna partía la bruma. Tras unos minutos de caminar en silencio y seguir el contorno vago de la espalda del hombre, la niebla menguó de nuevo. Effy vio que se hallaban en un pequeño círculo cerrado de árboles, con las ramas tan entrelazadas que no se veía ni un pedacito de cielo.

Ante ella apareció una forma achaparrada y tosca: una cabaña de piedra con el tejado de paja. Era tan vieja que la tierra había

empezado a intentar reclamarla; la hierba crecía sobre el lado meridional y le daba el aspecto de una enorme cabeza con pelo verde. Unas enredaderas se enroscaban por cada grieta de las paredes.

Wetherell se acercó a la puerta y la abrió con un empujón contundente y formal. Se oyó el chirrido del metal contra la piedra, como un cuchillo al afilarse.

Effy no pudo contener la exclamación que le salió de la garganta.

—Esto… esto no es Hiraeth, ¿verdad?

Wetherell se giró mientras atravesaba la puerta y le dirigió esa mirada lastimosa que ya empezaba a resultarle familiar.

—No. Pero la señora ha pedido que se quede en la cabaña de invitados. Podrá ver la casa mañana, cuando haya luz.

«La señora». El obituario de Myrddin había mencionado a una esposa y un hijo, aunque sus nombres no aparecieron en el texto. Solo conocía a Ianto por la carta, pero no había mencionado a su madre. Con la piel de gallina, Effy siguió a Wetherell al interior de la cabaña.

El hombre dejó el baúl y empezó a toquetear una lámpara de aceite que había en la pared hasta que, al cabo de un momento, cobró vida. Effy miró a su alrededor. Había un pequeño escritorio de madera en un rincón y una bañera para lavarse, pero lo que dominaba la cabaña era una gigantesca cama con dosel, que quedaba ridícula al lado de las paredes de piedra cubiertas de liquen en proceso de desmoronarse. El dosel, delicado y vaporoso, le recordó a una telaraña. El edredón de terciopelo verde estaba enterrado debajo de al menos una docena de cojines, con las borlas doradas marchitas como trigo cortado.

Todo parecía gastado, como blanqueado por el tiempo, igual que una fotografía vieja descolorida. Hacía más frío dentro que fuera.

—No hay electricidad —explicó Wetherell con sinceridad. Encendió una segunda lámpara de aceite que colgaba sobre la puerta —. Pero los grifos funcionan si uno es insistente.

Effy miró los dos grifos oxidados de la bañera y no dijo nada. Recordó la voz de su madre, que había crepitado al otro lado de la línea telefónica: «Una mala decisión tras otra».

Wetherell terminó con la lámpara y le entregó la caja de cerillas. Effy las aceptó sin decir nada.

—Bueno, enviaré a alguien a recogerla por la mañana.

—¿Cómo de lejos queda la casa?

—Es una caminata de diez minutos, más o menos.

—¿Depende del estado de la carretera?

Effy intentó esbozar una sonrisa frágil. Wetherell la miró sin que le hiciera gracia.

—Depende de muchas cosas.

El hombre se marchó y Effy se quedó sola. Había esperado oírlo atravesar la hierba, pero un silencio inquietante lo impregnaba todo. Ni el canto de los grillos ni el ululato de las lechuzas ni el movimiento de los depredadores entre los árboles. Hasta el viento había enmudecido.

Al crecer en Draefen, con los sonidos de la ciudad sonando en un bucle sin fin, pitidos de coches y gritos de gente, el silencio se le hacía insoportable. Como si tuviera dos dagas clavadas en los oídos. Respiró hondo y soltó el aire de nuevo, temblando. No se podía permitir llorar. Ya se había tomado la pastilla del día.

De pie en la fría y húmeda cabaña, Effy se planteó sus opciones. Tenía muy pocas y ninguna era buena. Podía intentar regresar a trompicones, en la oscuridad, hasta Saltney, pero estaría a merced de los acantilados, del mar y de lo que acechaba en la niebla. Recordó la cosa que había visto atravesar corriendo la carretera y se le encogió el estómago.

Aunque llegara allá abajo, no había trenes hasta la mañana. ¿Y entonces qué? Podría regresar a Caer-Isel, a su residencia decrépita, a las arañas y los restos de jabón, a sus horribles intentos de dibujar cortes transversales y a los chicos que susurraban sobre ella en los pasillos. De vuelta al profesor Corbenic. De vuelta a mirar por el patio nevado hacia la facultad de Literatura, llena de envidia y anhelo. Podría llamar a su madre y contarle la noticia, y su madre suspiraría con alivio y diría: «Gracias por ser razonable, Effy. Ya tienes suficientes problemas con los que lidiar».

En ese momento, todo aquello le parecía mejor que quedarse en Hiraeth. Pero no podía hacer nada hasta que saliera el sol.

Abrió el baúl y se puso el camisón, aunque se encogió al pisar el gélido suelo de piedra con los pies descalzos. Abrió el otro bote de pastillas y se tragó la de dormir sin agua. Se sentía tan desmotivada que no quería ni probar los grifos. Encendió la vela en la mesita de noche y apagó las lámparas de aceite.

Estaba a punto de arrastrarse debajo de la colcha de terciopelo cuando le sobrevino un miedo terrible. Recordó de nuevo la criatura en la carretera. No había sido un ciervo ni tampoco algo humano, de eso estaba segura. Y *no* se lo había imaginado. Se había tomado la pastilla rosa y Wetherell también lo había visto. Ni siquiera el médico, con sus libros sobre medicina y sus botes de cristal, podría haber explicado aquello.

Cualquier cosa podría entrar. Cualquier cosa. Effy agarró la vela y se acercó a la puerta con la respiración entrecortada en ráfagas frías.

No había cerradura, aunque la puerta pesaba mucho y estaba reforzada con metal. Hierro. Effy acarició la abrazadera; no vio ni rastro de óxido. Todo lo que había dentro de la cabaña era viejo, pero el hierro no.

Al regresar vacilante a la cama con dosel, una frase le cruzó la mente: «Aguardé al rey de las hadas en nuestro lecho matrimonial, pero no sabía que llevaba un cinturón de hierro». Conocía tanto las palabras de Angharad que eran como la voz de una vieja amiga. Pocas cosas servían como protección contra las hadas, aunque el hierro era una de ellas.

Effy se arrodilló junto al baúl y sacó el ejemplar de *Angharad.* Lo hojeó hasta que encontró la página en la que había subrayado ese pasaje con bolígrafo negro. Ese era Myrddin protegiéndola, enviándole una señal. La mantenía a salvo.

Metió el libro debajo de las almohadas y se llevó la colcha hasta la barbilla. La oscuridad pesaba, inamovible. El silencio era total, excepto por un leve goteo. No sabía por dónde caía agua, aunque estaba cerca.

No sabía si podría dormir en ese silencio húmedo y denso, pero la pastilla hizo efecto. Effy se deslizó con suavidad en el sopor y las palabras de Angharad fueron como una nana.

CUATRO

Así pues, debemos hablar sobre la relación entre las mujeres y el agua. Cuando los hombres caen al mar, se ahogan. Cuando las mujeres se encuentran con el agua, se transforman. Es vital preguntarse: ¿se trata de una metamorfosis o de la vuelta al hogar?

Una reflexión sobre el agua y la feminidad en las obras de Emrys Myrddin, DEL DOCTOR CEDRIC GOSSE, 211 D. I.

Effy se despertó a la mañana siguiente por el sonido del hierro contra la piedra. Tenía un lado de la cara húmedo y mechones de pelo mojado pegados a la frente. Se secó con el borde del edredón verde. Alzó la mirada y descubrió que un trozo del techo estaba empapado; de ahí procedía el sonido de la noche anterior que no había podido localizar. El agua asquerosa y estancada le había goteado encima durante las horas que pasó dormida.

Se acababa de sentar en la cama, con náuseas, cuando la luz atravesó la puerta abierta. Se le tensó todo el cuerpo. Casi esperaba ver pelo negro y húmedo, la curva amarilla del hueso. Sin embargo, en el umbral solo había un chico con el cabello castaño oscuro alborotado y revuelto por el viento, aunque en absoluto mojado.

Definitivamente, *ese* no era el rey de las hadas, pero seguía siendo un intruso.

—¡Oye! —dijo, tapándose con las mantas hasta el cuello—. ¿Qué haces aquí?

El chico ni siquiera tuvo la decencia de escandalizarse. Solo retrocedió y se giró un poco con la mano aún en el pomo.

—Wetherell me ha enviado para ver si estabas despierta —dijo.

Qué poca confianza parecía tenerle ya Wetherell. Effy tragó saliva, aún con la manta al cuello, y miró al chico con los ojos entrecerrados. Él miraba resuelto hacia el exterior. Llevaba unas gafas redondas de montura fina, un poco empañadas por el ambiente matutino cubierto de rocío.

—¿Y bien? —preguntó Effy, con el ceño fruncido—. No me voy a cambiar contigo aquí dentro.

Eso al menos pareció ofenderlo. El rostro se le sonrojó y, sin añadir nada más, salió y cerró la puerta a su espalda con más firmeza de la que parecía necesaria.

Sin relajar el gesto, Effy se levantó y rebuscó en el baúl. Hasta la ropa parecía húmeda. Se puso un par de pantalones de lana, un jersey negro de cuello alto y los calcetines más gordos que tenía. Se recogió el pelo con su lazo. No había espejo en la casa de invitados, así que solo le cabía esperar no tener la cara demasiado hinchada ni los ojos demasiado rojos. Ya llevaba dos primeras impresiones malísimas.

Se puso el abrigo y abrió la puerta. El chico (de edad universitaria, no mucho mayor que ella) se apoyaba en la pared de la cabaña, con un pequeño cuaderno de cuero en una mano y un paquete de cigarrillos en la otra. Tenía un rostro que parecía suave y anguloso a la vez, con las gafas sobre una nariz fina y delicada.

Si Effy hubiera estado de un humor más caritativo, habría dicho que era guapo.

Cuando la vio, se guardó los cigarrillos de nuevo en el bolsillo. Aún seguía un poco sonrojado, decidido a no mirarla a los ojos.

—Vamos.

Effy asintió, pero su descortesía le agrió el estómago. Incluso a través de los árboles, la luz matutina era lo bastante intensa para que la cabeza le palpitara detrás de las sienes.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar mi nombre? —inquirió de malos modos.

—Sé tu nombre. Tú no me has preguntado por el mío.

El chico llevaba un abrigo azul abierto, que a ella le parecía demasiado fino para el tiempo, y una camisa blanca debajo. Las botas lucían unos cuantos rasguños. Todo aquello le hizo pensar que llevaba en Hiraeth un tiempo y, sin embargo, sabía que no era sureño. No tenía la piel lo bastante pálida y caminaba por el bosque con una delicadeza evasiva que bordeaba la aversión.

Effy transigió, dominada por la curiosidad.

—¿Cómo te llamas?

—Preston.

Un nombre aburrido y formal típico del norte de Llyr. Le pegaba.

—¿Trabajas para la familia Myrddin?

—No —replicó él, sin añadir nada más. La examinó de la cabeza a los pies con una ceja arqueada—. ¿No llevas nada? Pensaba que habías venido a diseñar una casa.

Effy se quedó de piedra. Sin decir ni una palabra más, se dio la vuelta y regresó corriendo a la cabaña. Se arrodilló junto al baúl y sacó el cuaderno y el primer bolígrafo que encontró. Luego salió de nuevo. Ya no sentía frío. Le ardían las mejillas.

Preston había avanzado por el sendero. Effy dio tres zancadas ridículamente enormes para alcanzarlo e intentar compensar la diferencia de longitud entre sus piernas. Aunque Preston tenía una complexión pequeña y casi frágil, le sacaba una cabeza.

Caminaron en silencio durante unos minutos. Los ojos de Effy aún se estaban acostumbrando a la luz. Aunque por la mañana el bosque resultaba menos terrorífico, le parecía más extraño. Todo era demasiado verde: el musgo que crecía sobre cada piedra y los troncos de los árboles, la hierba larga y suave bajo los pies. Por encima de su cabeza, las hojas susurraban con un sonido como el relincho de los caballos y el rocío matutino sobre las hojas se tornaba cristalino a la luz del sol. Por algún motivo, la forma de gotear de la luz le recordó a una capilla. Notó un cosquilleo en la nariz al recordar los bancos polvorientos y los devocionarios.

El camino serpenteaba hacia arriba y los condujo por encima de

ramas caídas y rocas desmenuzadas. A Effy ya le dolían las piernas cuando los árboles empezaron a ralear. Preston se agachó para pasar por debajo de una rama baja, cargada de musgo, y la sostuvo en alto para que pudiera pasar tras él. La muestra inesperada de caballerosidad la molestó. En vez de darle las gracias, lo miró malhumorada.

Y entonces, de repente, se hallaban en el borde de un precipicio.

El viento soplaba con tanta fuerza que le escocieron los ojos y parpadeó con furia. La piedra manchada de sal del acantilado daba a una costa rocosa, donde las olas chocaban una y otra vez hasta empapar la playa de guijarros. El mar se extendía hasta la línea del horizonte, revuelto y de un gris azulado salpicado de ribetes de espuma blanca. Unos pájaros surcaban el cielo del color del hierro, con los picos relucientes de agua.

—Es precioso —dijo.

Preston solo miró hacia delante con el ceño fruncido.

Effy estaba a punto de hacer un comentario impertinente sobre lo huraño que era el chico. Pero entonces oyó un sonido. Un sonido terrible, como si arrancaran un árbol de raíz; sonó potente y demasiado cerca.

Effy bajó la mirada con espanto: la roca se desmenuzaba bajo sus pies.

—¡Cuidado!

La mano de Preston se enroscó alrededor de su brazo y tiró de ella hacia un lugar seguro justo cuando el saliente donde había estado caía al mar.

Las rocas rotas desaparecieron bajo la superficie del agua. Cada golpe sonó lúgubre y final.

Effy chocó con el pecho de Preston. Tenía la cabeza debajo de su mentón y notaba el pálpito de su pulso, el calor de su cuerpo a través de la camisa.

Los dos se apartaron con brusquedad, aunque ella captó un vistazo de su cuaderno, que quedaba lo bastante cerca para leer el nombre grabado en la cubierta: «P. Héloury».

—No te acerques demasiado al borde del acantilado —espetó el chico. Se abotonó el abrigo como si quisiera olvidar por todos los santos que se habían tocado—. Por algo los naturalistas están indignados sobre una segunda Inundación.

—Eres tú —dijo Effy. Él entornó los ojos.

—¿Qué?

Se sentía sin aliento. Se había pasado las últimas semanas imaginándose una versión malvada de P. Héloury, una amalgama perfecta de todo lo que odiaba. Un estudiante de Literatura. Un astuto académico oportunista especializado en Myrddin.

Un *argantiano*.

—Tú eres el que tomó prestados todos mis libros —respondió al fin. Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar mientras la sangre le palpitaba llena de adrenalina. El recuerdo de estar delante del mostrador de préstamos, con el número de aquel chico sangrando tinta en el dorso de su mano, la llenaba de nuevo con una rabia despechada—. Los libros sobre Myrddin. Fui a la biblioteca y la bibliotecaria me dijo que los habían sacado todos.

—Bueno, no eran *tus* libros. En eso se basa el concepto de biblioteca.

Effy se lo quedó mirando. Le temblaban las manos. Había practicado argumentos en su mente contra su versión imaginaria de P. Héloury, pero ahora que se hallaba ante él todo su razonamiento elocuente la había abandonado.

—¿Qué haces aquí? ¿Curiosear las cosas de un hombre muerto para robar lo que sea que necesites para… para un artículo académico? Seguro que puedes escribir un par de párrafos sobre las marcas de café en su escritorio.

—Myrddin ya lleva seis meses muerto —replicó Preston con tono monótono—. Investigar su vida es legítimo.

El viento zarandeaba enfurecido el pelo de Effy, hasta el punto de que casi lo liberó de su lazo negro. Preston cruzó los brazos sobre el pecho.

Esa respuesta impasible le revolvió el estómago. Buscó en el

pantano de pensamientos de su mente algo que pudiera usar, una flecha que atravesara su fachada de obstinación. Y, al fin, se le ocurrió una idea.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó con voz temblorosa—. Los estudiantes argantianos con un pasaporte temporal no pueden salir de Caer-Isel.

Detrás de las gafas, la mirada de Preston permanecía firme. Fue como si Effy no hubiera dicho nada.

—Mi madre es llyriana y, de todos modos, podría haber conseguido un visado de académico. Estoy aquí con la autorización del decano Fogg. Para recopilar las cartas y los documentos de Myrddin y llevarlos al archivo de la universidad.

Effy no se había fijado antes en su leve acento, pero ahora sí: la pequeña pausa en la garganta antes de las consonantes sordas, las haches un poco aspiradas. Effy nunca había pasado tanto rato hablando con un argantiano. Durante un momento, se obsesionó con la forma delicada de los labios de Preston cuando pronunciaba las vocales largas, aunque entonces parpadeó y toda su rabia regresó.

—No sé por qué estudias a Myrddin —dijo. Se le formó un nudo inesperado en la garganta. Estaba al borde de las lágrimas—. Es *nuestro* autor nacional. No el vuestro. ¿Acaso has leído alguno de sus libros?

—Los he leído todos. —La expresión de Preston se endureció—. Es un objeto de estudio académico perfectamente válido, sin importar el trasfondo del investigador en cuestión.

Effy odiaba su forma de hablar, con tanta confianza distante. Se había preparado durante semanas para esa confrontación, pero, ahora que por fin estaban discutiendo, *ganaba* él.

Recordó lo que la bibliotecaria le había dicho.

—Quieres ser el primero en contar la historia de su vida. Eres… eres el equivalente académico de un oportunista.

El hecho de que un argantiano intentara escribir la narrativa de la vida de un símbolo llyriano, de la vida de *Myrddin*, le resultaba tan aberrante que no supo qué más decir.

—Nadie tiene el derecho exclusivo de contar una historia —repuso él, monocorde—. Además, no tengo ningún plan. Solo he venido a por la verdad.

Effy respiró hondo para intentar desenredar la maraña de su rabia. Debajo de ese enfado legítimo que sentía porque un argantiano desvirtuase el legado de Myrddin, notaba algo más profundo y doloroso.

Quería preguntarle «¿De qué sirve estudiar literatura si no quieres contar historias?», pero temía que, si abría la boca, se echara a llorar de verdad.

Y entonces, por encima del hombro de Preston, vio una figura que descendía por el acantilado. Era un ser muy alto y ataviado de negro. A pesar del viento, su cabello oscuro permanecía aplastado sobre su cabeza, casi como si estuviera mojado.

Effy recordó la criatura en la carretera y se le encogió el pecho. Sin embargo, para cuando la figura los alcanzó, vio que se trataba de un hombre normal y corriente, enorme, con los hombros anchos y la mandíbula cuadrada, pero mortal después de todo.

—Empezaba a preocuparme por si os habíais caído al mar —dijo. Era de mediana edad, rondaría los cuarenta. La misma edad que el profesor Corbenic—. Últimamente los acantilados están un poco inestables.

—No —replicó Preston—. Estamos bien.

—Pues entonces el mar se está comportando hoy. —La mirada del hombre se posó durante un momento en la expansión gris borboteante de abajo—. Seguro que conocéis los rumores sobre la segunda Inundación. ¿Le has contado nuestro apuro a la señorita Sayre?

Preston se envaró. Effy no sabía si iba a mencionar su discusión. Bueno, más bien había sido un ataque verbal por su parte, pero ¿qué conseguirían con eso, aparte de parecer dos niños riñendo?

—He preferido dejarle a usted esa parte —respondió Preston al fin. Effy se fijó en que clavaba la uña del pulgar en el lomo de su cuaderno.

—Excelente —contestó el hombre con suavidad. Se giró hacia Effy

con los ojos pálidos relucientes—. Es un placer conocerla al fin, señorita Sayre. No sabe cuánto me complace que haya accedido a venir aquí. Soy Ianto Myrddin. El ilustre escritor fallecido era mi padre.

Bajo su mirada, Effy sintió que el estómago se lanzaba en picado al abismo como las gaviotas. Ianto poseía un atractivo tosco, adusto, como si hubiera nacido de las ásperas rocas. Los nudillos le presionaban la piel tensa. Tras estrecharle la mano, notó que le picaba la palma, como si sus callos se la hubieran dejado en carne viva.

—Gracias por invitarme. Su padre… era mi escritor favorito.

Con eso se quedaba corta, aunque dedujo que ya tendría tiempo para las alabanzas efusivas. Ianto le sonrió y el gesto resaltó un hoyuelo torcido que le atravesaba la mejilla izquierda.

—Lo supe por su diseño. Por eso lo elegí, claro… A mi padre le habría encantado. Traicionero pero hermoso. Supongo que eso es justo lo que caracteriza a la bahía de las Nueve Campanas, ¿verdad, señorita Sayre?

—Effy —dijo. No había esperado estar tan estupefacta ni que le temblaran las rodillas—. Llámeme Effy.

Junto a Ianto, Preston parecía muy delgado… e incómodo. Effy no pasó por alto cómo se le contraía la garganta cuando Ianto hablaba.

—Me vuelvo a la casa —dijo el chico—. Tengo que trabajar.

—Sí, hay un montón de cartas de mi padre esperándote —comentó Ianto—. Y para ti, Effy, desayuno y café. Siento que tengas que estar en la cabaña de invitados, pero mi madre ha insistido. Está muy mayor. Y frágil.

—No pasa nada —contestó. Le pareció que su voz sonaba extrañamente vacía. Tuvo la repentina sensación familiar de estar bajo el agua, con la marea creciendo sin cesar sobre ella. Esa mañana no se había tomado la pastilla rosa.

—Bueno, pues vamos. —Ianto sonrió de nuevo y Effy se sintió igual que cuando el acantilado se había resquebrajado bajo ella: la idea de hallarse a una gran altura le palpitaba en la planta de los pies —. Te enseñaré Hiraeth.

Una leve niebla matutina llegaba desde los acantilados. Se arrastraba pálida y lenta, como liquen consumiendo un árbol muerto. En medio de la bruma surgió la mansión Hiraeth, gris, negra y verde, como si fuera una extensión de los precipicios.

Ianto los condujo por una escalera de piedra con los peldaños irregulares y cubiertos de musgo. Las puertas dobles de madera estaban húmedas y enmohecidas. Effy captó el olor a podredumbre antes de alcanzar siquiera el umbral. La aldaba de latón era tan grande como un ruedo y soltaba escamas de óxido. Ianto tuvo que estampar el hombro varias veces antes de que la puerta se abriera, hasta que al fin las viejas bisagras cedieron con un gruñido triste y tenebroso.

—Bienvenida —dijo Ianto—. Cuidado, no resbales.

Antes de mirar hacia arriba, Effy bajó la mirada. El suelo de baldosas estaba cubierto de verdín, como la superficie de un estanque, y el moho se concentraba en la alfombra roja que subía por la escalera. Cuando alzó los ojos, vio esa misma escalera, con la madera carcomida y mojada, la barandilla repleta de telarañas como hilos en un telar. Unos retratos colgaban torcidos sobre el papel de pared pelado; parecía que en el pasado había sido de un atractivo turquesa, pero las manchas de humedad lo habían convertido en un tono mugriento de gris.

—Es… —empezó, aunque se detuvo de repente, sin saber qué decir. El aire le sabía espeso y agrio. Cuando recuperó la capacidad de habla, parpadeó varias veces por el polvo que colgaba en el ambiente, hasta que consiguió decir—: ¿La casa está así desde la muerte de su padre?

Ianto soltó un resoplido entre la burla y el desaliento.

—Ha pasado por distintos grados de deterioro desde que era niño. Mi padre no dedicaba tiempo a mejorar su hogar y el clima de la bahía no hace que el mantenimiento sea sencillo.

Se oyó un leve chapoteo a la izquierda. Preston había pisado un

pequeño charco transparente.

—Voy arriba —dijo con sequedad—. Ya he perdido suficiente tiempo esta mañana.

Effy sabía que era una burla oculta dirigida a ella y lo miró con los ojos entornados.

—Ven a tomar al menos una taza de café. —El tono de Ianto no sugería que Preston pudiera elegir—. Y a lo mejor puedes ayudarme a enseñarle la casa a la señorita Sayre. A estas alturas, seguro que conoces algunas partes mejor que yo. Como el estudio de mi padre, por ejemplo.

Preston tomó aire con fuerza, pero no protestó. Effy tampoco se sentía complacida ante la perspectiva de que los acompañase, aunque por Ianto intentó no revelar su patente desagrado.

La cocina se hallaba junto al vestíbulo: pequeña, estrecha y destartalada, con la mitad de las puertas de las alacenas colgando de las bisagras. Los azulejos blancos estaban cubiertos con tanta suciedad que parecían los dientes torcidos en la boca de un anciano.

Ianto le dio una taza desconchada de café. Tenía el dorso de la mano cubierto de vello negro, igual que el profesor Corbenic.

Effy dio un sobro, pero le supo tan agrio como el aire. Preston sostenía su taza, aunque no bebió. Su mano revoloteaba sin cesar sobre el bolsillo y Effy recordó que había guardado ahí los cigarrillos. Tenía los dedos largos y finos, casi sin vello. Notó que el calor le subía por las mejillas y apartó los ojos.

—Debería volver al trabajo, en serio —dijo, pero Ianto ya los conducía al salón, donde había una larga mesa con un mantel blanco apolillado. Los extremos estaban manchados como el bajo embarrado de un vestido.

Una extraña lámpara de araña llena de polvo colgaba precaria del techo. Effy nunca había visto nada igual: trozos de vidrio espejado cortados con esmero en estrechos diamantes como carámbanos. La luz se reflejaba en unos y en otros con un brillo ondulante. Casi parecía que se movía, aunque el aire de la habitación estaba tan estanco que la oprimía.

—Qué bonito —comentó Effy, señalando la lámpara—. ¿Dónde la compró?

—Creo que fue una adquisición de mi madre. No me acuerdo. Tampoco es que hayamos celebrado muchas cenas últimamente —dijo Ianto, y soltó una carcajada breve que cayó flácida en medio del silencio.

Pasaron por el resto de las habitaciones de la planta baja: una despensa que incluso las ratas y las cucarachas habían abandonado, una sala de estar en la que no había estado mucha gente y un baño que hasta hizo que Ianto frunciera el ceño con una disculpa tácita.

A esas alturas, el estómago de Effy se revolvía con tanta saña que pensaba que acabaría por vomitar.

Ianto los llevó al piso superior y fue señalando los retratos al pasar. Ninguno era de gente real. La familia Myrddin carecía de pedigrí aristocrático y, por tanto, de herencias ancestrales. Emrys fue el hijo de un pescador. No, se trataba de retratos de personajes y escenas sacados de los libros de Myrddin.

Effy vio a Angharad en su lecho matrimonial, con el cabello pálido desparramado sobre las almohadas y el reluciente cinturón de hierro en la cintura. Vio al rey de las hadas, con el largo cabello negro por debajo de los hombros como una mancha de agua fétida. Sus ojos incoloros parecían seguirla mientras subía las escaleras. Effy se detuvo en pleno paso y el corazón le dio un vuelco. Ese pelo, esos ojos, la silueta esbelta e irregular como una herida en el tejido del mundo…

—Señor Myrddin… Em, Ianto… Vi algo anoche, en la oscuridad…

—¿Qué has dicho, Effy?

A dos pasos por delante de ella, la voz de Ianto sonó distante, desinteresada. Pero Preston la observaba con un semblante inescrutable, como si esperase que siguiera hablando.

—Nada —dijo al cabo de un instante—. No importa.

La entrada al rellano del piso superior era un arco de madera decorado con esculturas. Unas enredaderas y caracolas intrincadas rodeaban los rostros solemnes de dos hombres.

—San Eupheme y san Marinell —informó Preston. Luego agachó la

cabeza, como si se arrepintiera de hablar.

San Eupheme era el patrón de los escritores y san Marinell el señor del mar y patrón de los padres. Por lo general, Effy habría sentido curiosidad por ver a quién había elegido Myrddin para bendecir su umbral, pero en ese momento se sentía un tanto mareada.

—A lo mejor pensarás que es una blasfemia tener un retrato del rey de las hadas junto a la imagen de los santos —dijo Ianto, y atravesó el arco—. Pero mi padre era sureño hasta la médula. Nunca salió de sus terrenos, ¿lo sabías? No tras la publicación de *Angharad*. No aceptó entrevistas ni dio discursos. Sus detractores lo tachaban de loco, pero le daba igual. No salió de esta casa hasta que el Museo de los Durmientes cargó su cuerpo en el coche. Y… bueno, no te aburriré con los detalles. Lo que quiero decir es que, a pesar de criarse por completo en el sur, mi padre nunca quiso *humanizar* ni indultar al rey de las hadas de ninguna forma.

Effy reflexionó sobre el rey de las hadas de Myrddin: encantador, cruel y, al final, deplorable por sus deseos corrosivos. Había amado a Angharad y lo que más amaba en el mundo lo había matado. La chica frunció el ceño. Seguro que no había nada más humano que eso.

—Yo, de hecho, sugeriría lo contrario —dijo Preston de súbito con frialdad—. Despojado de su esencia, como al final, cuando Angharad le muestra su propio reflejo en el espejo, el rey de las hadas representa el paradigma de la humanidad con toda su malevolencia y fragilidad vulgar.

Así fue como Angharad lo mató finalmente: mostrándole al rey de las hadas su rostro en el espejo. Hubo un momento de silencio. Ianto se giró despacio hacia Preston, con los pálidos ojos entornados.

—Bueno —dijo en voz baja—, *tú* eres el experto. Preston Héloury, alumno de Cedric Gosse, el estudioso más prominente de Myrddin. O quizás debería decir que eres el chico de los recados de Gosse. Deduzco que él está demasiado ocupado como para rebuscar entre unas cartas viejas en una casa al final del mundo.

Preston no dijo nada después de aquello, pero sus nudillos se tornaron blancos alrededor del lomo del cuaderno. Effy se quedó

inmóvil un momento por la conmoción. Preston había tenido el valor, la capacidad de expresión, para decir precisamente lo que ella solo había pensado para sí. No tenía ningún interés en comunicárselo, por supuesto, pero parecía que respecto al rey de las hadas… casi estaba de acuerdo con él.

Effy lo apartó de su mente. No quería compartir puntos en común con Preston y mucho menos en lo relativo a *Angharad.*

Ianto los condujo por el pasillo; en las paredes parpadeaban unas bombillas descubiertas. La primera puerta a la izquierda estaba entreabierta.

—La biblioteca —dijo Ianto, girándose hacia Effy—. Estoy seguro de que coincidirás en que es aquí donde hay que hacer más trabajo.

Effy lo siguió al interior de la sala. Una única ventana aceitosa vertía luz sobre las estanterías rebosantes de libros, un escritorio con tres patas y media y unas velas derretidas. Por detrás de una estantería asomaba un sillón manchado, como un gato viejo malhumorado por la interrupción. El suelo de madera podrida crujía y gemía bajo sus pies, cargado con demasiadas pilas de libros, que se desbordaban de las estanterías hasta cubrir el suelo, con los lomos y las páginas arrancados, en medio de charcos de su propia tinta.

Effy tardó varios minutos en poder responder. La pregunta que acudió a sus labios la sorprendió.

—¿Fue así durante toda su vida? ¿Su padre mantenía la casa así a propósito…?

—Por desgracia —la interrumpió Ianto con tono cortante—, mi padre era un genio en muchos aspectos, aunque a menudo eso significaba que las tareas mundanas y desagradables de la vida diaria le interesaban poco.

¿Debería estar tomando notas? Se sentía mareada. Myrddin había sido un hombre extraño, solitario, pero no había motivo para que viviera en esa miseria. Effy ya no se lo imaginaba como el hombre enigmático de su foto de autor. Solo lo veía como un cangrejo en su poza de marea resbaladiza, donde no prestaba atención al agua que lo empapaba una y otra vez.

—Sigamos —dijo, con la esperanza de que su voz no traicionara lo cansada que se sentía. Por el rabillo del ojo, vio que aparecía una pequeña arruga entre las cejas de Preston.

La puerta de la siguiente habitación estaba cerrada. Ianto la abrió con un empujón y Preston se adelantó enseguida para interponerse en el umbral.

—Este es el estudio —dijo—. Tengo mis cosas aquí.

¿Qué podría guardar allí dentro que quisiera ocultar? A lo mejor sí que estaba estudiando las marcas de café de Myrddin. A lo mejor había desenterrado las dentaduras postizas de Myrddin. Effy sufrió otra oleada de náuseas.

—Me gustaría verlo —le pidió. Por muy mareada que se sintiera, no quería dejar pasar la oportunidad de fastidiar a Preston. Y la cautela del chico le generaba curiosidad.

Preston la miró con un desdén inmenso y apretó los labios. Pero resultó que no había nada incriminatorio ni vergonzoso en el estudio; tan solo un diván roto con una manta sobre el respaldo, donde saltaba a la vista que el chico había estado durmiendo, y un escritorio repleto de papeles. Unas colillas recubrían el alféizar.

La habitación estaba, de lejos, mucho más ordenada que cualquier otra estancia en la casa, aunque no estaba tan inmaculada como Effy había esperado del engreído y pedante P. Héloury.

Al salir del estudio, el suelo profirió un crujido ensordecedor bajo ellos y Effy se lanzó hacia la pared más cercana. Durante un momento, creyó que la madera se iba a hundir debajo de ella, igual que la roca en el acantilado.

Ianto le dirigió una mueca comprensiva. Effy se enderezó con las mejillas ardiendo. La voz de su madre le resonaba en la mente: «Una mala decisión tras otra».

Llegaron a la puerta al final del pasillo.

—Os enseñaría los dormitorios, pero mi madre no quiere que la molesten —dijo Ianto.

La viuda de Myrddin. Effy ni siquiera sabía su nombre; no sabía nada sobre la mujer, excepto que le había ordenado a Ianto que la

alojara en la cabaña para invitados. Y, sin embargo, había permitido que Preston se quedara en la casa. No pudo evitar pensar que la viuda no la quería allí.

Notaba que el pánico empezaba a vibrarle en las puntas de los dedos de las manos y de los pies y que los bordes de su visión empalidecían. Tendría que haberse tomado la pastilla rosa, pero, con las prisas, se había dejado el frasco en la mesita de noche. *Culpa de Preston*, decidió, aunque ni siquiera pudo imbuir la malicia que deseaba a ese pensamiento.

—No pasa nada. Ya he visto suficiente.

Los tres bajaron de nuevo; Effy se aferró a la barandilla húmeda y resbaladiza durante todo el camino. Lo único que quería era marcharse de esa horrible casa y dejar atrás aquel ambiente espeso y salobre. Sin embargo, cuando Ianto la condujo de vuelta a la cocina mientras insistía en desayunar escones y arenques, su mirada aterrizó en algo que no había visto antes: una puerta pequeña, con el marco bastante torcido y la madera en la base moteada con minúsculos percebes blancos. Juraría, mirándola, que podía oír las olas con más claridad, como el enorme latido de sangre procedente del corazón de la casa.

—¿A dónde conduce esa puerta? —inquirió.

Ianto no respondió, pero metió la mano por el cuello de su jersey negro y sacó una llave, atada alrededor de su cuello en un trozo fino de cuero. Metió la llave en la cerradura y la puerta se abrió.

—Ve con cuidado —dijo, y se apartó a un lado para que Effy pudiera mirar por la abertura—. No te vayas a caer.

La puerta daba a un conjunto de escalones medio sumergidos en agua turbia. Solo quedaban a la vista los primeros peldaños. El olor a sal se rizó en su nariz junto con los aromas peculiares a cuero viejo y papel mojado.

—Eso es el sótano, donde están los archivos de mi padre. Pero hace unos años el nivel del mar se elevó tanto que inundó toda esa planta. No hemos encontrado a nadie que baje hasta ahí para intentar drenarla.

—¿Y no hay documentos muy valiosos ahí?

Effy se sorprendió al plantear esa pregunta. Parecía una entrometida, una oportunista, porque eso era algo que podría haber dicho Preston. A lo mejor ya lo había dicho.

—Pues claro —respondió Ianto—. Mi padre era muy protector con sus asuntos personales y profesionales. Los papeles que hay ahí abajo estarán bien sellados, aunque son imposibles de alcanzar, a menos que te apetezca darte un chapuzón muy frío y muy oscuro.

Effy observó el ondear del agua, que se hinchaba para, acto seguido, aplanarse como seda negra.

—¿El agua no debería haberse drenado por sí sola cuando bajó la marea?

Ianto la miró con la misma lástima que Wetherell en el coche.

—El acantilado se está hundiendo. Los cimientos de la casa están inundados. De hecho, toda la bahía de las Nueve Campanas está inundada. Cada año nos acercamos más a la inundación total.

Effy no se había percatado de lo reales que eran los rumores sobre la segunda Inundación, de que se trataba de algo más que supersticiones sureñas. Sentía vergüenza por haberlos desdeñado.

Encima de las escaleras había otro arco. La piedra estaba húmeda y cubierta de musgo. En medio de unos grabados de olas, había talladas unas palabras.

Las leyó en voz alta y acabó la frase como en una pregunta.

—¿«El único enemigo es el mar»?

Y, para su absoluta sorpresa, fue Preston quien habló.

—«Todo lo antiguo debe decaer —entonó, con la cadencia propia de una canción—. Un hombre sabio me lo dijo en una ocasión. Pero marinero era yo, sin motas de gris en la cabeza, así que, con la audacia de la juventud, repliqué: *El único enemigo es el mar*».

Effy se lo quedó mirando mientras recitaba los versos, con la mirada firme detrás de las gafas, la voz profunda y reverencial. Reconoció las palabras en ese momento.

—«La muerte del marinero» —dijo en voz baja—. Del poemario de Myrddin.

—Sí —respondió el chico, desconcertado—. No sabía que lo conocías.

—Los estudiantes de Literatura no son los únicos que saben leer —espetó Effy, aunque enseguida se arrepintió del borde afilado de su voz. Había mostrado su amargura y envidia con demasiada claridad. A lo mejor Preston deducía por qué lo odiaba tanto.

Pero lo único que dijo fue:

—Ya.

Su voz sonó cortante, su mirada volvía a ser fría y lejana. Effy sacudió la cabeza, como para intentar deshacerse de los vestigios nebulosos de un sueño. Quería borrar de su mente ese frágil momento que Preston y ella habían compartido.

Ianto carraspeó.

—Mi padre siempre fue su mayor admirador —dijo. Aguardó a que Effy se apartara para cerrar la puerta y se metió la llave de nuevo debajo de la camisa—. Vamos a desayunar. No permitiré que me convirtáis en un mal anfitrión.

Sin embargo, Effy se disculpó e insistió en que necesitaba aire fresco. No era mentira. Apenas podía respirar dentro de esa casa en ruinas.

Bajó las escaleras cubiertas de musgo y recorrió el sendero junto al acantilado. En esa ocasión, tuvo cuidado de no acercarse demasiado al borde. La piedra blanca que se desmenuzaba se parecía a las placas de hielo que flotaban por el río Naer en invierno, tan revuelta y voluble que no se fiaba de que sostuviera su peso. Effy cerró los ojos contra el viento cortante.

A lo mejor no se habían presentado más solicitudes al proyecto. A lo mejor era la única estudiante que había mirado el póster y había visto una fantasía, mientras que otros habían visto la terrible realidad.

Y, al fin, Effy lo entendía: *por eso* Ianto había buscado estudiantes. Ningún arquitecto experimentado intentaría construir una casa en el borde de un acantilado que se hundía con unos cimientos

semisumergidos. Ni siquiera en honor a Emrys Myrddin.

«Te supera», había dicho el profesor Corbenic, y tenía razón. Ese hombre era como una astilla que no podía sacarse de debajo de la uña. Su recuerdo la aguijoneaba en los momentos más extraños, cuando hacía algo tan mundano como doblar los dedos para agarrar una taza de café.

Por debajo, las olas roían el acantilado. Solo podía entenderlo como consumir: el agua negra se comía la piedra pálida. Las piernas le fallaron y se hundió sin esperanza en la hierba ondeante.

Lo cierto era que había visto muchas cosas elegantes y hermosas debajo de toda la humedad y podredumbre, como cofres de tesoro a la espera de que los reflotaran de un naufragio, alfombras mullidas que habrían costado una fortuna, candelabros hechos de oro sólido. Pero no podía salvar nada de la corrupción y el creciente mar.

Era como una tarea de un cuento de hadas, el típico reto imposible e inútil que solía poner el rey de las hadas. Volvió a ver en su mente la criatura de la carretera. Se giraba hacia ella, abría su boca hambrienta y decía: «Cóseme una camisa sin costuras. Planta todo un acre de tierra con una mazorca de maíz. Construye una casa en un acantilado que se hunde y gánate la libertad».

Nunca había pensado que Myrddin le pondría una tarea tan cruel. Pero no conocía a ese hombre, el que había mantenido a su familia atrapada en una casa fétida y hundida, el que había permitido que todo a su alrededor cayera en la ruina. El hombre al que había idolatrado toda su vida había sido extraño y solitario, pero no insensible. Todo estaba mal. Como un sueño del que quería despertar con desesperación.

Oyó la voz de Preston cerca, ese poema que había recitado en un susurro: «El único enemigo es el mar».

CINCO

La recepción de Myrddin es tan curiosa como el hombre en sí. Algunos críticos lo acusan de un romanticismo excesivo (véase Fox, Montresor et al.). Aun así, Angharad es considerada a regañadientes, incluso por sus detractores, como una obra profunda y sorprendente. Sus admiradores (y hay muchos, tanto críticos como comerciales) insisten en que la cercanía de su obra, su universalidad, es intencional, pues refleja una comprensión aguda de la condición humana. En este sentido, a Myrddin se lo considera en general digno del título de autor nacional.

PREFACIO PARA *Las obras completas de Emrys Myrddin*, EDITADO POR CEDRIC GOSSE, 212 D. I.

El día siguiente amaneció con densas nubes y sin sol, con lo que Effy se levantó al percibir una pálida luz gris legañosa. No había regresado a Hiraeth la noche anterior, ni siquiera ante la insistencia de Ianto, sino que se había quedado en la cabaña de invitados mientras repasaba con pesar sus pocas y menguantes opciones.

Probó los grifos oxidados de la bañera; los hizo girar hacia un lado y hacia otro hasta que le dolieron los dedos y notó las palmas ásperas por el óxido. Al fin, consiguió que saliera un lento goteo de un grifo y ahuecó las manos debajo del chorrito. Tardó la mayor parte de una hora en lavarse el cuerpo y el pelo, pero se negaba a ir al pueblo sucia. Esa era la dignidad que le quedaba.

Al terminar, se guardó el frasco con las pastillas en el bolso y se

puso el abrigo. Dejó el baúl entreabierto y abandonado. ¿Qué necesitaba que no pudiera reemplazar? Reflexionó sobre ello mientras emprendía el descenso por los acantilados hacia Saltney. Algo de ropa, las telas de dibujo, un conjunto barato de transportadores y compases. No echaría en falta nada de eso.

La noche anterior, tumbada bajo el edredón verde mientras aguardaba a que la pastilla para dormir hiciera efecto, se había decantado al fin por un plan. A medida que el agua putrefacta goteaba sobre la almohada a su lado, decidió que no podía permitirse esperar ni suplicarle a Wetherell que la llevara en coche. Se marcharía a Saltney a primera hora de la mañana, caminando, y a la mierda con el mar.

Y a la mierda también con la criatura de pelo oscuro. Conocía las historias y su propia mente. El rey de las hadas no mostraba el rostro a la luz del día. Pese a todo, se tomó una de sus pastillas rosas, por si acaso.

Su plan había parecido bastante sólido hasta que empezó a lloviznar. Effy siguió adelante con terquedad, con las botas arañando las piedras sueltas a medida que la carretera se volvía más y más pronunciada. La lluvia ligera bastó para convertir la tierra compacta en barro y, poco después, cada paso se tornó un esfuerzo porque el lodo succionaba sus zapatos. El agua le goteaba por la cara.

Con la visión borrosa, miraba decidida hacia delante e intentaba calcular cuánto le faltaba. La carretera giraba en una curva cerrada y los acantilados se alzaban irregulares sobre ella, hasta el punto de bloquearle la panorámica de Saltney. No veía el humo de las chimeneas a lo lejos ni los techos de paja en el horizonte.

Se frotó las mejillas. A mano izquierda, el mar chapoteaba contra el borde de la carretera en largas lenguas de sal y espuma. Una ola sobrepasó las piedras y le mojó la punta de las botas.

El pánico se incrementó en su pecho cuando oyó el rugido de un motor tras ella. Un coche negro traqueteaba por la carretera, con las ventanillas cubiertas de gotas de lluvia y el capó liso y húmedo.

Effy se apartó a un lado para dejarlo pasar, pero el vehículo redujo

la velocidad y se detuvo a su lado. La ventanilla del conductor descendió.

Preston la miró en silencio durante varios segundos, abrazado al volante. Tenía el pelo tan revuelto como el día anterior y no parpadeaba tras las gafas.

—Effy, sube —dijo al fin.

—No quiero —replicó ella con terquedad.

Cómo no, la lluvia eligió ese preciso instante para arreciar; las gruesas gotas se quedaban atrapadas en sus pestañas. Preston la contemplaba con escepticismo.

—La carretera está inundada por allá abajo. —Y entonces, inexpresivo, añadió—: ¿Vas a nadar?

Effy examinó con el ceño fruncido la carretera lodosa.

—¿Así es como seduces a las chicas para que suban a tu coche?

—La mayoría de las chicas no me dan la oportunidad, ya que son lo bastante sensatas como para no deambular por unos acantilados bajo la lluvia.

Se le caldeó el rostro de un modo extraordinario. Effy rodeó el coche con las mejillas encendidas. En un movimiento furioso, abrió con fuerza la puerta y se metió en el asiento del pasajero.

—Me opongo a la palabra *deambular* —dijo con la vista al frente en una actitud obstinada.

—Tomo nota. —La mirada de Preston no se apartó de ella—. Ponte el cinturón.

Intentaba humillarla, tratarla como a una niña.

—Ni mi madre me hace ponerme el cinturón —bufó.

—Deduzco que tu madre no dedica mucho tiempo a llevarte en coche por carreteras medio inundadas.

A Effy no se le ocurrió una réplica astuta. Preston llevaba puesto el cinturón y ella estaba demasiado congelada y húmeda como para contestar. Mientras se lo ponía, pensó: *Eres insufrible*. Casi lo dijo en voz alta.

Condujeron en silencio durante varios minutos; las ruedas del coche giraban con fuerza sobre el lodo. Cada vez que la lluvia

arreciaba, el ánimo de Effy empeoraba. Era como si el tiempo se burlara de ella y le recordase lo tonta y desvalida que había sido hasta que Preston, con su seca lógica, había acudido en su rescate. Se hundió en el asiento, malhumorada.

El interior del coche de Preston olía a cigarrillos y cuero. Por mucho que odiara admitirlo, no le resultaba un olor desagradable. Le parecía casi reconfortante. Miró de refilón al chico, pero tenía los ojos fijos con determinación en la carretera mientras el coche serpenteaba por el precipicio.

—¿Por qué vas a Saltney? —le preguntó. Él pareció sorprenderse de ver que hablaba.

—A veces voy al bar a trabajar. En la casa cuesta concentrarse, con el hijo de Myrddin encima de mí todo el rato.

Notó una llamarada de rabia en las entrañas.

—A lo mejor Ianto no quiere que unos académicos desalmados saqueen las cosas de su padre muerto en busca de pequeñas anécdotas con las que rellenar sus tesis.

Preston alzó la cabeza de golpe.

—¿Cómo sabes que es para mi tesis?

Effy se alegró tanto de que su cebo hubiera funcionado que tuvo que contenerse para no sonreír. Por primera vez, sentía que había ganado terreno y cierta ventaja sobre él.

—He deducido que tenías motivos secretos. Te pusiste muy nervioso cuando Ianto intentó enseñarme el estudio.

—Bueno, pues te felicito por tus poderes de observación. —El tono de Preston se volvió un poco amargo, lo que complació más a Effy—. Pero, para que lo sepas, ningún estudiante de Literatura dejaría pasar esta oportunidad.

Ningún estudiante de *Literatura.* ¿Estaba intentando menospreciarla, sacarla de quicio? ¿Había averiguado el motivo real por el que lo odiaba tanto? Effy intentó ocultar su frustración y su envidia.

—¿Qué oportunidad? ¿La de escribir pequeñas tesis llenas de chismes y recibir una estrella de oro del director del departamento?

—No. La oportunidad de encontrar la verdad.

Esa era la segunda vez que lo había dicho: «la verdad». Como si quisiera que sus planes egoístas sonasen más nobles.

—¿Por qué te invitó Ianto?

—No fue él. O sea, tampoco se opuso a que la universidad creara una colección a partir de los papeles de su padre, pero no me invitó. —Los ojos de Preston se posaron durante un instante en Effy y luego regresaron a la carretera—. Fue la viuda de Myrddin.

Otra vez la misteriosa viuda, la que no había salido de su dormitorio para saludar a Effy, la que había insistido en aislarla en la cabaña de invitados. ¿Acaso estaba jugando a ser la mecenas de un universitario insidioso?

El coche chapoteaba entre el revuelto de agua marina y la espuma de una ola que todavía no se había retirado. Un parón repentino envió a Effy hacia delante; el cinturón de seguridad la contuvo antes de que se estampase contra la guantera.

Aún reacia a admitir que Preston tenía razón, se enderezó y miró al frente en silencio. Juraría haber visto el fantasma de una sonrisa en la cara del chico.

Mientras el coche giraba el último recodo de la carretera, Preston se puso serio.

—¿Por qué estabas tan desesperada por llegar a Saltney?

Enseguida notó un nudo en el estómago. Lo último que quería era confesar que planeaba abandonar Hiraeth tras pasar tan solo un día allí. Pese a que la tarea era imposible, rendirse resultaba humillante. Y encima recibía el doble de humillación, porque Preston había estado viviendo y trabajando en esa casa horrible durante *semanas,* impertérrito ante la podredumbre, las ruinas y los acantilados que se hundían. Admitir la verdad conllevaría aceptar que él era más inteligente, ingenioso y decidido.

Y sería peor contarle la verdad más profunda y dolorosa: que ver Hiraeth había destruido su fantasía infantil, la versión de Myrddin que había creado en su mente, una versión en la que era benevolente y sabio y había escrito un libro para salvar a chicas como ella.

Ahora, cuando se imaginaba al escritor, solo pensaba en los acantilados que se desmoronaban, en las rocas que caían debajo de sus pies. Pensaba en esa habitación inundada del sótano, en Ianto diciendo: «Mi padre siempre fue su mayor admirador».

—Tengo que llamar a mi madre —dijo.

Fue la primera mentira que se le ocurrió y no era demasiado buena. Notó que le ardían las mejillas. Se sentía como una niña a la que hubieran descubierto robando, avergonzada por la torpeza de su artimaña.

Preston arqueó una ceja, pero su semblante no parecía despectivo.

—¿Sabe que te estás tomando un tiempo libre de tus estudios?

Su tono era informal, discreto, pero detuvo el corazón de Effy durante un breve instante. Iban a la misma universidad. A distintas facultades, sí, aunque era posible que se hubieran cruzado en la biblioteca o mientras tomaban un café en el Poeta Soñoliento. Ser la única chica en la facultad de Arquitectura era como estar debajo de una campana de cristal: todo lo que hacía acababa siendo examinado de cerca. Los rumores habían empezado con mucha facilidad y habían llegado lejos. No era poco realista pensar que Preston había oído hablar sobre el asunto con el profesor Corbenic.

Ahora que su mente había conjurado la posibilidad, el estómago se le llenó de horror y miedo. Sintió el impulso abrupto de abrir la puerta del coche y lanzarse al mar.

Consiguió tranquilizarse y responder con frialdad.

—No es asunto tuyo.

Detrás de las gafas, la mirada de Preston se endureció.

—Bueno. Te dejaré junto a la cabina.

Por suerte, el resto del trayecto fue corto. Para cuando Preston entró en Saltney, la lluvia también había parado. Unos charcos sucios salpicaban la carretera. La calle principal albergaba una iglesia, hecha con la misma piedra blanca desmigajada que los acantilados; una pescadería con un cartel de madera torcido sobre la puerta, y el bar, de cuyas ventanas empapadas emanaba una suave luz dorada.

—Puedes dejarme aquí —dijo Effy—. Iré andando.

Preston aparcó sin decir nada. Effy intentó abrir la puerta, pero la manija se movió sin éxito. La accionó una y otra vez, hasta que la frustración alcanzó su punto álgido y se le encendió el rostro.

—Está cerrada —dijo Preston. Sonaba tenso.

Una cabezonería irascible la incentivó a seguir moviendo la manija, aunque la puerta no cedía. Al cabo de unos segundos, oyó que Preston respiraba hondo y luego se estiraba para accionar el bloqueo.

Su hombro quedó encajado entre los torsos de los dos; sus caras se hallaban tan cerca que Effy distinguió el músculo que palpitaba en su mandíbula. La piel de Preston lucía un ligero bronceado y, desde donde estaba, se fijó en que unas pecas le cubrían las mejillas. No las había visto antes. Las gafas le habían dejado dos marcas rojas, unas muescas pequeñas como alas en el puente de la nariz.

¿Le dolerían? Casi se lo preguntó. Fue un pensamiento extraño y no sabía por qué se le había ocurrido. El corazón le palpitaba inestable y estaba segura de que Preston lo notaría a través de la lana de su jersey y de su propio abrigo.

Al fin, la puerta se abrió con un chasquido. Preston se apartó y soltó un resoplido quedo. Effy se percató de que ella también había estado conteniendo el aliento.

El aire frío entró por la puerta abierta y trajo con él el aroma a mar. Salió del coche tan rápido como pudo. El labio inferior le escocía en el punto donde se lo había mordido hasta casi sangrar.

La estación de tren no se hallaba muy lejos del bar, pero, en cuanto echó a andar, notó las piernas insensibles. Observó desde la calle a Preston apearse del coche, con el cuello del abrigo alzado hasta las orejas.

Un leve rubor le cubría las mejillas. Effy sabía que no eran imaginaciones suyas. Preston le dirigió un saludo rígido y tenso con la cabeza y desapareció dentro del bar. Durante el instante en que la puerta permaneció abierta, Effy oyó la música apagada de un

tocadiscos.

Se giró hacia la estación de tren. No tenía sentido esperar si pensaba marcharse. De camino, pisó un charco y se empapó el bajo de la pernera izquierda. Ya echaba de menos Caer-Isel, las cafeterías y a Rhia. Hasta añoraba a Harold y Watson.

Pero, sobre todo, echaba de menos las calles pavimentadas.

No había otros coches aparte del de Preston y la calle permanecía lúgubre y vacía. La estación consistía tan solo en una pequeña taquilla y un tramo de vías silenciosas. El agua goteaba por la ventana de la taquilla y chorreaba por la marquesina.

No sabía cuándo pasaría el siguiente tren y no parecía haber ningún horario. Echó un vistazo por encima del hombro, por si descubría a Preston observándola. Pero ¿acaso se preocupaba tanto por Effy como para investigar su mentira?

Se hallaba a unos pasos de la estación cuando distinguió la cabina telefónica. El cristal también estaba empañado por la condensación.

No supo qué la animó a entrar y agarrar el teléfono. No le debía ninguna lealtad a la estúpida mentira que le había contado a Preston. Y, pese a todo, acabó marcando de nuevo el número de su madre.

Una parte minúscula de ella *sí* que quería escuchar su voz. Era el mismo impulso que llevaba a un perro a olisquear la misma colmena tras olvidar que ya lo habían picado antes.

—¿Diga? Effy, ¿eres tú?

—¿Madre? —El alivio casi la dejó sin aliento—. Siento mucho no haber llamado antes.

—Bueno, deberías sentirlo, sí. Estaba de los nervios. Se lo he contado a tus abuelos. ¿Dónde estás?

—Sigo en Saltney. —Effy tragó saliva—. Pero me voy a ir ya.

Se oyó un susurro; se imaginó a su madre cambiando de sitio el auricular para que quedara encajado entre su hombro y la oreja.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión al fin?

«Al fin» era un poco cruel. Solo había pasado un día.

—Me he dado cuenta de que tenías razón. He intentado abarcar más de lo que puedo.

Su madre tarareó con aprobación. Oyó de fondo el leve runrún de los coches pasando por la calle. Effy se la imaginó de pie junto a la ventana abierta, con el cable del teléfono enroscado alrededor de su esbelto cuerpo. Evocó el sillón en el salón donde solía acurrucarse después del colegio para hacer los deberes; se imaginó a sus abuelos en la cocina del piso inferior mientras cocinaban venado y pasteles de picadillo. Recordó su dormitorio, con el mismo papel de pared de color rosa pastel que había tenido desde niña y el oso de peluche que no había traído a la universidad por vergüenza, pero que echaba de menos todas las noches.

—Bueno, gracias a todos los santos —dijo su madre—. No puedo soportar más tus problemas.

—Lo sé. Lo siento. Volveré a casa.

Las palabras la sorprendieron nada más pronunciarlas. Un minuto antes, había echado de menos Caer-Isel, pero se percataba de que, aunque la ciudad le resultaba familiar, no era segura. Pasó un segundo de silencio. Su madre inhaló aire con fuerza.

—¿A casa? ¿Y tus estudios qué?

—No quiero regresar a Caer-Isel. —El nudo de lágrimas le subió por la garganta tan de repente que le dolía hablar—. Pasó una cosa, mamá, y no puedo…

Quería contarle lo del profesor Corbenic, pero la capacidad de habla la abandonó por completo. Lo recordaba todo en destellos; sin ninguna narrativa, sin comienzo, nudo ni desenlace como en las historias. Solo percibía la confusión del miedo, el pánico que le secaba la boca y las pesadillas que la despertaban de noche.

Y sabía cuánta compasión albergaba su madre por sus pesadillas.

—Effy. —La voz de su progenitora sonó afilada y le revolvió el estómago—. No quiero que vuelvas a casa. No puedes. Yo tengo que trabajar y tú eres adulta ya. No sé en qué lío te has metido, pero tienes que solucionarlo sola. Vuelve a la universidad. Tómate la medicación. Céntrate en los estudios. Y déjame a mí tener mi vida. Te estás tomando las pastillas, ¿verdad?

En ese momento, Effy deseó que sus sentidos se adormecieran de

nuevo. Quería regresar a ese lugar submarino donde solo podía oír las olas revueltas sobre ella.

Sin embargo, su mente no quería llevarla allí. En cambio, sintió con intensidad la presión fría del teléfono contra la oreja, la garganta tensa, el pulso desbocado. Alzó la mano para masajearse el nudo de cicatrices donde debería estar su dedo anular.

—Sí, las estoy tomando. Pero ese no es…

Se calló. Quería decirle que ese no era el problema, pero ¿y si lo era? Todas las veces que estuvo en el despacho del profesor Corbenic podría haber huido. Eso era lo que susurraban los chicos de su facultad: que Effy quería hacerlo. Después de todo, ¿por qué se quedó? ¿Por qué nunca lo rechazó ¿Por qué nunca había dicho esa palabra tan sencilla, «no»?

Intentar expresar el miedo inexpresable que había sentido al sentarse en la silla verde de aquel despacho la llevaría de nuevo por el mismo camino de siempre. Acabaría con su madre diciéndole que no existían los monstruos. Que no había nada observándola desde el rincón de su cuarto, por muchas noches que Effy pasara en vela bajo esa fría mirada imperturbable.

—¿No he hecho suficiente? —La voz de su madre temblaba ligeramente, como una aguja sobre un disco rayado—. Durante dieciocho años, solo estuvimos tú y yo. Y, por todos los santos, no me lo pusiste fácil…

Effy se planteó recordarle a su madre que sus abuelos también habían contribuido, que habían pagado su educación, la habían llevado de viaje, ayudado en sus deberes y cuidado mientras su madre se recuperaba de los dolores de cabeza provocados por la ginebra o se pasaba días en la cama en la oscuridad del cansancio. Pero Effy había escuchado ese disco mil veces. Era inútil decirle aquello, inútil decirle nada.

—Lo sé —consiguió decir al fin—. Lo siento. Volveré a la universidad. Adiós, mamá.

Colgó antes de que su madre pudiera responder.

Effy salió de la cabina y las botas crujieron sobre la gravilla mojada. Había esperado sentir una cuerda tensa de pánico en la columna, pero, en cambio, se sentía extrañamente serena. Lo que la calmó fue la ausencia de tener que elegir. Solo le quedaban dos caminos por delante: uno bien recorrido y oscuro y otro tenue y expectante.

Creía que podría haber recorrido el camino oscuro, pero, cuanto más pensaba en los susurros por los pasillos y en el profesor Corbenic, más se daba cuenta de que no podría soportarlo. Eso le facilitó su siguiente decisión. Se arrodilló para enrollarse la pernera mojada, se levantó y emprendió el camino por la calle vacía. La estación de tren se fue desenfocando por el rabillo del ojo.

Effy no había avanzado más de una docena de pasos cuando vio que alguien se acercaba por la calle en su dirección. Era un hombre mayor con el rostro curtido por el clima y un cayado de pastor. Detrás de él iban unas cuantas ovejas que balaban. No pudo contar cuántas hasta que se acercó.

Fue el instinto de haberse criado en la ciudad lo que le hizo apretar el bolso contra el cuerpo, pero el hombre se detuvo a más de un brazo de distancia, con los dedos arrugados alrededor del bastón. Sus ojos eran del color de los cristales de mar, de un verde mate y turbio.

—Sé que no eres de aquí —dijo en un acento sureño embrollado que a Effy le costó entender—. Una chica joven y guapa a solas en los acantilados… No has leído los cuentos de hadas.

Effy se sintió muy ofendida.

—He leído muchos cuentos de hadas.

—Pues entonces no los has leído bien. ¿Eres religiosa? ¿Rezas a los santos de noche?

—A veces.

Lo cierto era que no había pisado una iglesia en años. Su madre solo la había llevado por una obligación imprecisa tras aludir a la fe y la devoción de su abuela por santa Caelia, patrona de la maternidad.

La capilla más cercana en Draefen estaba dedicada a santa Duessa, patrona de los mentirosos felices. Effy, sentada en el banco con un vestido blanco almidonado, se había dedicado a balancear las piernas mientras contaba los trozos rojos en las vidrieras. En un par de ocasiones, había visto a su madre dormitar.

—Bueno, tus rezos no sirven de nada —repuso el viejo pastor—. No te protegerán contra *él*.

El viento arreció en ese momento, frío y crispado. Aplanó la hierba en las colinas y trajo el aroma a sal del mar desde la costa. Una de las ovejas con la cara negra le baló con nerviosismo. Había siete, con cuernos enroscados como moluscos sobre las cabezas planas.

La piel de Effy chisporroteaba con electricidad. Bajó la voz y se acercó al pastor.

—¿Se refiere al rey de las hadas?

El hombre no respondió de inmediato, aunque sus ojos se movieron de izquierda a derecha, hacia las colinas y hacia el mar, como si esperara que algo se alzara o saliera de uno de los dos.

Effy recordó la criatura en la carretera, con el cabello negro y la corona de hueso. La había visto. Wetherell la había visto. A lo mejor el pastor también la había visto. Notaba el cuerpo como un cable de alta tensión por el que la sangre fluía llena de adrenalina.

—Protégete contra él —dijo el pastor—. Metal en las ventanas y las puertas.

—Hierro. Lo sé.

El viejo metió la mano en el bolsillo izquierdo y escarbó durante unos segundos. Luego la extendió. En su palma había un conjunto de piedras, blancas, grises y del color del óxido, como los guijarros de la playa. Cada una tenía un agujero pequeño en el centro, por el que Effy veía la piel arrugada y vieja del hombre.

—Piedras de bruja. El rey de las hadas recurre a muchos disfraces astutos. Mira a través de una y lo verás venir en su auténtica forma.

Agarró la muñeca de Effy, le abrió los dedos y luego depositó las piedras en su palma antes de que la chica pudiera protestar. Pesaban más de lo que parecían cuando el anciano las había sostenido. Se

guardó las piedras en el bolsillo de los pantalones.

Cuando alzó la mirada de nuevo, el pastor se había dado la vuelta y se marchaba por la carretera, alejándose de ella, en dirección a las colinas verdes. Las ovejas cabeceaban detrás de él como boyas en el agua. Una se detuvo y la miró.

Effy aún notaba la piel eléctrica. Metió la mano en el bolsillo y se llevó una de las piedras al ojo para mirar por el agujero del medio. Pero solo vio a la oveja devolviéndole la mirada, inmóvil y sin pestañear.

Bajó de nuevo la piedra, sintiéndose como una tonta. Con cuentos de hadas o sin ellos, en Caer-Isel nunca se habría parado en la calle a escuchar los desvaríos de un anciano desconocido. Se guardó las piedras en el bolsillo y se limpió la brisa marina de las mejillas. Pensó que acababa de ocurrirle lo contrario a un robo.

El bar tenía nombre, pero el cartel estaba tan húmedo y podrido que Effy no lo distinguió. Empujó la puerta con más confianza de la que sentía. Tenía el vello de la nuca rígido y en punta tras escuchar las palabras del pastor.

Entonces la bañó la luz cálida y dorada del bar. Vio una chimenea en el rincón que crepitaba como ramas partiéndose bajo una bota. En la repisa había fotografías antiguas de color sepia. La habitación estaba llena de mesas circulares y dos reservados en la parte más alejada. La madera allí era más brillante, nueva; un esfuerzo patente de modernizarse.

Detrás de la barra había filas y filas de botellas de licor, algunas claras, otras verdes o ámbar; todas relucían como caramelos duros. El disco que había oído antes seguía girando y sonaba una canción cantada por una mujer con voz apática que Effy no reconoció.

El bar estaba vacío a excepción de dos hombres mayores sentados junto a la ventana (pescadores, a juzgar por los jerséis gruesos y las botas de agua) y la camarera, una mujer de la edad de su madre con manos que parecían haber trabajado tantos años como Effy tenía. Y Preston, cuyo cabello revuelto vio por encima de un reservado. Rodeó la mesa más cercana para que no la viera.

Solo había entrado en un bar en un par de ocasiones, cuando Rhia la había llevado. No conocía el protocolo implícito. Tampoco bebía. El médico le había dicho que el alcohol reaccionaba mal con su medicación y a Effy ya le costaba distinguir lo que era real de por sí.

La camarera la miró con lástima y el ceño arrugado.

—¿Vas a pedir algo? —preguntó. Su acento le resultaba tan incomprensible como el del pastor.

Effy dio un paso hacia la barra.

—Sí, lo siento. Una tónica con ginebra, por favor.

Era la bebida predilecta de su madre y lo primero que le vino a la cabeza. La camarera arqueó una ceja, aunque se entretuvo buscando una copa. Effy sintió que se le calentaban las mejillas. Pasaban de las nueve de la mañana, pero no sabía qué otra cosa pedir.

Dejó que su mirada vagara hacia los pescadores, que habían interrumpido su conversación para observarla con ojos pequeños e interesados bajo cejas espesas.

Las palabras del pastor resonaron en el fondo de su mente: «Mira a través de una y lo verás venir en su auténtica forma».

Para los norteños religiosos, las hadas eran demonios, seres del inframundo, enemigos acérrimos de los santos. Para los científicos y naturalistas lisonjeros y agnósticos, las hadas eran tan ficticias como cualquier otra historia contada en la iglesia. Sin embargo, para los sureños, las hadas formaban parte de la vida, como los huracanes o las víboras en el jardín. Tomaban precauciones. Cerraban las ventanas y las puertas con llave. No iban por ahí volteando rocas grandes.

Effy casi se llevó otra vez la piedra de bruja al ojo, pero se habría sentido tonta al estar a la vista de la camarera y de esos hombres. Además, el rey de las hadas era vanidoso hasta el último aliento. Elegiría un disfraz más solemne.

El sonido de cristal sobre la barra la sacó de sus pensamientos. La camarera la miraba expectante.

—¿Cuánto es? —preguntó Effy. La mujer le dijo el precio y ella contó con diligencia las monedas. Los pescadores seguían observándola. La camarera aceptó el dinero y Effy agarró la copa—.

¿Cuál es la bebida más popular aquí?

—El *whisky*, por lo general. Pero, como es invierno, la mayoría de gente pide sidra caliente.

Effy apretó la copa fría, sonrojándose. En cuanto la camarera se puso a limpiar la barra de nuevo, se escabulló.

Nada más desaparecer de su vista, se planteó qué opciones tenía. Podía sentarse en una mesa y exponerse a las miradas vacías de los pescadores o podía ocupar el reservado junto al de Preston y… ¿y qué? ¿Beberse la copa en silencio mientras Preston trabajaba al otro lado, los dos conscientes de la presencia del otro y con tan solo la fina madera brillante entre ellos, como en un confesionario?

No concebía nada más incómodo. Y, tras la escena en el coche, sentía que necesitaba reclamar un poco su dignidad perdida. Antes de que pudiera desanimarse, se acercó al reservado de Preston y se sentó delante de él.

El chico se sobresaltó enseguida y cerró el libro. Con las mejillas ruborizadas y la mirada esquiva, parecía un colegial culpable. Effy supuso que lo era, aunque no sabía por qué se sentía así.

—Deduzco que has terminado tu llamada.

—Sí —respondió ella.

Junto al codo de Preston había una copa de *whisky*, medio llena, que la hizo sentir menos tonta por pedir alcohol a las nueve de la mañana. Aún no había decidido si iba a tomar un sorbo, pero se alegraba de tenerla, porque así se sentía al mismo nivel que Preston.

El chico guardó de nuevo el libro en su mochila, pero no antes de que Effy pudiera leer el título en el lomo: *La obra poética de Emrys Myrddin, 196-208 d. I.*

Preston vio que lo estaba observando y la miró desafiante.

—Uno de *tus* libros de la biblioteca. No pretendía hurgar en la herida.

Effy decidió que no permitiría que Preston la hiciera sonrojar.

—Entonces, lo has estado leyendo. «La muerte del marinero».

—No es una de las obras más conocidas de Myrddin. Me sorprendió que la reconocieras.

—Te lo he dicho. Es mi autor favorito.

—El consenso académico es que la poesía de Myrddin es, en general, mediocre.

A Effy se le calentó la cara y la rabia se cuajó en su estómago.

—Entonces, ¿por qué te molestas en estudiar algo que consideras inferior a ti?

—He dicho que ese es el consenso académico, no mi opinión personal. —Opinión que no pensaba compartir. Se le daba mucho mejor que a Effy lo de no soltar prenda. Se le habían deslizado las gafas por el puente de la nariz y se las subió de nuevo—. Y, de todos modos, no hace falta amar algo para dedicarte a ello.

Lo dijo tan a la ligera que Effy supo que no pretendía sacarla de quicio, aunque eso solo lo empeoró todo, puesto que significaba que Preston no debía esforzarse para herirla.

—Pero ¿para qué hacerlo? —consiguió decir—. Sacaste la nota suficiente para estudiar lo que quisieras ¿y elegiste Literatura por capricho?

—No fue por capricho. Y a lo mejor para ti la Arquitectura es tu pasión vital o a lo mejor no. Todos tenemos nuestros motivos para hacer lo que hacemos.

Otro fogonazo de rabia.

—Pues no sé qué motivo tendrá alguien para estudiar Literatura si no es porque le importan las historias que lee y escribe.

—Bueno, yo estudio teoría sobre todo. No soy escritor.

Eso la aplastó como algo atrapado en la tensa maraña implacable de la contracorriente. ¿Cómo podía contentarse con solo *estudiar* literatura, sin escribir nunca una obra propia? ¿Sin transmitir al papel las cosas que imaginaba? Y, mientras tanto, la realidad banal de la vida de Effy la hacía infeliz: trazar planos para cosas que no sabía cómo construir, dibujar casas que *otras* personas llamarían su hogar. Le dieron ganas de echarse a llorar, pero se clavó las uñas en las palmas para evitar que las lágrimas le escocieran en los ojos.

—Bueno —dijo al fin, e intentó imitar la gélida monotonía de Preston—, no sé qué podría aprender un argantiano al leer los cuentos

de hadas de Llyr. Myrddin es *nuestro* autor nacional. No entenderías sus historias a menos que tu madre te las hubiera contado de pequeño.

—Ya te he dicho que mi madre es llyriana.

—Pero te criaste en Argant.

—Obviamente.

Con eso se ganó una mirada ceñuda. Era la primera vez que Effy lo veía escarmentado, a la defensiva. Pero la pequeña victoria le supo menos dulce de lo que había pensado. Pues claro que Preston *sabía* que tenía acento y un apellido indudablemente argantiano. Recordó la conversación que mantuvo con el estudiante de Literatura en la biblioteca, el que se había hecho eco de su pregunta: «O sea, ¿cuántos argantianos quieren estudiar literatura llyriana?».

Por debajo había otra pregunta implícita: «¿Con qué derecho lo hacen?».

Effy no quería ser como ese chico, no quería ser como *esos* llyrianos intolerantes con la mente cerrada que se creían las absurdas supersticiones y los estereotipos sobre sus enemigos. Por mucho que le cayera mal Preston, no era culpa suya que hubiera nacido argantiano, igual que ella tampoco tenía culpa por haber nacido mujer.

Y Effy recordaba el respeto en su voz cuando había recitado esos versos de «La muerte del marinero». *Todos tenemos nuestros motivos para hacer lo que hacemos*.

Preston alzó la copa y engulló el *whisky* de un trago sin hacer una mueca. Al terminar, miró la tónica con ginebra que Effy no había tocado.

—¿Te lo vas a beber?

La chica observó el vaso, el hielo que se derretía y la tónica que burbujeaba. Recordó los ojos inyectados en sangre de su madre después de pasarse la noche bebiendo y se sintió un poco mareada.

—No.

—Pues vámonos.

—¿Qué?

—Te llevaré de vuelta a Hiraeth.

—Pensaba que ibas a trabajar aquí. ¿Por eso de que Ianto siempre

está encima de ti?

—En la casa será Ianto, aquí serás tú. —Preston captó el movimiento de sus labios al comenzar la protesta y añadió a toda prisa—: No es culpa tuya. No tienes nada que hacer en el pueblo; solo beber ginebra y observarme mientras trabajo. No me alegra ser lo más interesante que hay en Saltney, pero lamento comunicarte que así es.

—No sabría decirte. —Effy recordó al pastor y las piedras en su bolsillo. Decidió no mencionarlo—. No quiero herir tu ego, pero he visto unas boñigas de oveja muy interesantes de camino al bar.

Y Preston se *rio*. Fue un resoplido corto de sorpresa, aunque carecía de malicia y rebosaba regocijo. Y, por desgracia, Effy descubrió que le gustaba el sonido.

Devolvió la copa llena a la camarera y siguió a Preston a la calle. Había empezado a lloviznar de nuevo y el agua se quedó enganchada en el pelo de Preston como gotitas brillantes de rocío.

Effy se lamió la lluvia de los labios mientras el chico rebuscaba en el bolsillo y sacaba un paquete de cigarros. Se puso uno en la boca y lo encendió con una mano; la otra la apoyó en la puerta del conductor. Sus largos dedos finos envolvían por completo la manija.

—¿Me das uno? —preguntó Effy.

No supo por qué lo había dicho. A lo mejor quería demostrarle algo, compensar la copa de ginebra que había dejado derritiéndose en el bar.

A lo mejor solo estaba distraída por la forma en que sus labios se redondeaban con delicadeza cuando fumaba un cigarrillo. Effy sacudió la cabeza para intentar disipar el pensamiento inoportuno.

Preston parecía igual de sorprendido que ella. Pero, sin decir nada, sacó otro cigarro, se lo puso en la boca y se lo pasó por encima del capó.

Effy soltó una corta carcajada.

—¿No quieres confiarme tu mechero?

Le complació ver que las mejillas de Preston enrojecían.

—Intentaba ser educado. No cometeré de nuevo ese error.

Subieron al coche. Effy se llevó el cigarrillo a los labios, inhaló y

procuró no toser. Nunca había fumado, pero no quería que Preston lo supiera. Tampoco quería que supiera que estaba pensando intensamente en que ese mismo cigarrillo había tocado sus labios hacía tan solo unos segundos. Su mirada no dejaba de desviarse hacia los labios de él; Preston sostenía con delicadeza el cigarrillo entre los dientes mientras conducía.

El coche serpenteó por la colina, el humo del tabaco se enroscó en la quietud del aire, el mar tamborileaba su incesante ritmo contra las rocas. Tal vez se debiera al cigarrillo o tal vez al extraño olor reconfortante del coche de Preston, pero Effy sintió que la inundaba una tranquilidad aletargada.

Buscó las piedras en el bolsillo y acarició los agujeros con el dedo mientras regresaba a Hiraeth una vez más.

SEIS

La Inundación fue algo más que un acontecimiento climático. Llegó a definir la historia social, política y económica de la región y dio lugar a una subcultura distintiva y relevante entre los residentes de las Cien Últimas. Resulta un tanto paradójico que también provocara un auge en el nacionalismo sureño, con lo que endureció la división entre el norte y el sur de Llyr. Por eso se puede decir que la Inundación estructura el núcleo de la identidad sureña incluso dos siglos después de que ocurriera.

INTRODUCCIÓN DEL *Compendio de escritores sureños en la tradición neolírica*, DEL DOCTOR RHYS BRINLEY, 201 D. I.

La mañana siguiente fue el primer día sin nubes en la bahía de las Nueve Campanas desde la llegada de Effy, y decidió tomárselo como una señal. Nada más despertar, se vistió a toda prisa y recorrió el sendero hacia la casa. Las botas resbalaban en la tierra blanda.

Abajo, hasta el mar parecía comportarse; las olas susurraban con suavidad contra las piedras. Los destellos del sol se reflejaban en los picos blancos de espuma. A lo lejos, distinguió dos focas jugando en el agua. Desde donde estaba, sus cabezas grises tenían el tamaño de dos guijarros.

La calma del día anterior había dado paso a una determinación incipiente. Sentada en el coche junto a Preston, con el humo del tabaco llenando el vehículo, Effy había decidido que lo intentaría. No podía rendirse antes de empezar.

«No hace falta amar algo para dedicarte a ello», había dicho Preston. En aquel momento, su condescendencia la había molestado, pero se daba cuenta ahora, con cierta reticencia, de que en realidad se trataba de un buen consejo.

Y quizás se hubiera equivocado con Myrddin en algunos aspectos, pero eso no significaba que se equivocase con todo. Seguía siendo el hombre que había escrito *Angharad*. Seguía siendo el hombre que había puesto hierro en la puerta de la cabaña de invitados.

Angharad también había considerado imposibles sus tareas. Al principio, pensó que nunca escaparía del rey de las hadas.

Aunque Effy no fuera una gran diseñadora, sí que era una escapista excelente. Socavaba la arquitectura de su vida hasta crear una grieta enorme por la que escapar. Cada vez que se enfrentaba a un peligro, su mente mostraba una puerta secreta, un agujero en los tablones del suelo, un lugar en el que podía esconderse o huir.

La casa apareció ante ella, de un negro crudo contra el delicado cielo azul. Effy llevaba el cuaderno con el diseño original para la mansión Hiraeth y tres bolígrafos, por si un par de ellos se quedaban secos. Jadeaba con un cansancio agradable cuando subió los peldaños musgosos.

Ianto la esperaba en el umbral. Parecía complacido de verla, quizás hasta aliviado.

—Te veo mejor —comentó.

—Sí —dijo ella, con una nueva oleada de vergüenza al recordar cómo había huido de la casa—. Siento no haber venido ayer… Aún estoy, eh… acostumbrándome al aire de aquí abajo, creo.

—Comprensible —respondió Ianto con amabilidad—. Eres una chica norteña de los pies a la cabeza y se nota. Pero me alegra comprobar que estás menos verde. —Effy no supo si era un comentario sobre su apariencia o su actitud, hasta que añadió—: Tu piel tiene un color muy bonito.

—Ah —soltó. Notó el rostro caliente—. Gracias.

Los ojos pálidos de Ianto relucían.

—Empecemos, pues —dijo, y le hizo una seña para que entrase.

Effy se quitó de encima la inquietud y lo siguió. La habían elegido por la fuerza y la creatividad de su diseño original, pero eso fue antes de ver Hiraeth en persona. La petición inicial de Ianto daba a entender que habría un gran campo vacío esperándola, listo para unos nuevos cimientos, no esa monstruosidad ruinosa. Tras su regreso de Saltney el día anterior, Effy se había sentado en el borde de la cama, con el cuaderno en equilibrio sobre las rodillas, para intentar aunar su visión inicial con la fea realidad que había visto.

El resultado no estaba nada mal, al menos para sus ojos novatos. Suponía que el plan evolucionaría con el tiempo (aunque Ianto quería el diseño terminado antes de su regreso a Caer-Isel), pero podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Ianto la condujo al vestíbulo, que, a pesar del sol y del cielo despejado, seguía sumido en una tenebrosa luz gris. Los charcos del suelo estaban turbios y repletos de sal. Wetherell se hallaba apostado junto a la entrada de la cocina, tenso, adusto y severo. Cuando le dio los buenos días, el hombre solo respondió con un asentimiento de la cabeza.

Effy no permitió que le aguara el entusiasmo.

—Por aquí quiero empezar. Por el vestíbulo. Debería estar lleno de luz en un día soleado.

—Eso será complicado —contestó Ianto—. La parte delantera de la casa da al oeste.

—Lo sé —dijo Effy, y sacó el cuaderno del bolso—. Quiero dar la vuelta a toda la casa, si podemos. El vestíbulo y la cocina darán al este, hacia el agua.

Ianto se puso pensativo.

—Entonces, la entrada estaría junto al acantilado.

—Sé que suena imposible —reconoció la chica.

—Suena caro —intervino Wetherell—. ¿El señor Myrddin te ha comentado las limitaciones económicas?

—Ahora no —replicó Ianto con un gesto de la mano—. Quiero oír todos los planes de Effy. Si hay que ajustar algo, se puede hacer más tarde.

Durante un momento, Wetherell puso cara de querer protestar, pero apretó los labios y se retiró al umbral.

—Bueno —empezó Effy con cuidado—. Sí que he pensado en eso, en los costes y la viabilidad. Si seguimos mi diseño, será necesario derribar la mayor parte de la estructura actual y situar la nueva casa a varios acres de distancia del borde del acantilado. Dada la impredecibilidad de la roca, la topografía irregular… —Perdió el hilo de lo que decía. El rostro de Ianto parecía sombrío. Su cara de desagrado le decía que sus ideas, de hecho, no estaban a la par. ¿Acaso no quería que una estructura nueva reemplazase la vieja?

La expresión de Ianto y el oscurecimiento de sus ojos la llenaron de un miedo vago pero terrible. Effy se encogió.

Pero él solo dijo:

—¿Me acompañas al piso de arriba, Effy? Me gustaría que vieras una cosa.

Asintió con la cabeza, aturdida, pero enseguida se sintió como una tonta por tener tanto miedo. Su madre la habría regañado («No ha pasado nada, Effy»). De niña, le había ofrecido ese desprecio desconcertante en vez de consuelo cada vez que había ido a la habitación de su madre después de una pesadilla.

Después de tener la *misma* pesadilla una y otra vez, la de la forma oscura en un rincón de su cuarto. Al final, había dejado de acudir a la puerta de su madre y se dedicó a leer *Angharad* a la luz de la lamparita de noche hasta que las pastillas para dormir hacían efecto.

Ianto la condujo al piso superior con una mano sobre la barandilla de madera podrida. Effy lo siguió, con paso un poco inestable. Al pasar junto al retrato del rey de las hadas, se detuvo un momento para encontrarse con su fría mirada. No había querido hacerlo. Parecía una burla, un recordatorio de que *esa* versión del rey de las hadas estaba atrapada dentro de un marco dorado, dentro de un mundo irreal.

Sin embargo, el rey de las hadas de verdad no estaba amordazado, como el del cuadro. Y había visto esa criatura en la carretera.

Effy asió la piedra de bruja en el bolsillo cuando alcanzó el rellano superior. El agua chorreaba por las estatuas de san Eupheme y san

Marinell. Ianto era tan alto que le goteaba por los hombros y el pelo negro.

No pareció darse cuenta. Effy se imaginó que, al vivir en un sitio así, a lo mejor ya no notaba ni el frío ni la humedad.

—Por aquí —indicó Ianto, y la llevó por el pasillo. El suelo crujió con énfasis bajo sus pies. Se detuvo cuando alcanzaron una puertecita de madera anodina—. El otro día te marchaste tan rápido que no llegué a enseñarte esto. No te culpo, claro. Esta casa no es apta para cardíacos.

El pomo empezó a traquetear y la puerta se sacudió, como si alguien la golpeara desde el otro lado. Effy se tensó con el corazón a mil por hora. Pensó en el despacho del profesor Corbenic y en el sillón verde con los hilos sueltos que se estiraban hacia ella como enredaderas.

Ianto abrió la puerta. O, mejor dicho, giró el pomo y el viento hizo el resto, hasta el punto de que casi la arrancó de los goznes con un feroz aullido. Effy retrocedió por instinto y alzó una mano para taparse los ojos. Hasta que el viento no cejó en su lamento, no pudo echar un vistazo por la puerta abierta.

Había un estrecho balcón, con tan solo la mitad de los tablones intactos, tan carcomidos por el moho y la humedad que el suelo parecía un tablero de ajedrez, con trozos de vacío negro que se alternaban con tablas de madera blanqueada por el sol. El balcón crujía y gemía en el viento del mismo modo que Effy se imaginaba que haría un barco fantasma, con las velas andrajosas oscilando ante el canto de una banshee.

Miró con espanto a Ianto. ¿Acaso esperaba que pisara esa plataforma en ruinas?

Como si pudiera leer sus pensamientos, el hombre extendió el brazo para retenerla. Era un brazo grande, con vello negro y piel tan pálida como piedra antigua.

—No avances más —advirtió—. E ignora otro ejemplo de la negligencia de mi padre. Quiero que veas las vistas.

Más segura detrás del brazo de Ianto, Effy miró al frente. Por

encima de la madera podrida distinguió la pared del acantilado, verde, blanca y gris, salpicada de nidos de águilas y otros más pequeños, de gaviotas, con plumas revoloteando al viento. En la parte inferior, el mar parecía elegante y mortal; las olas clavaban los dientes en la roca.

Effy sintió la altura en la suela de los pies y el sudor le empapó las manos. Cuando el acantilado se había roto bajo sus pies, había sido algo tan inesperado que no tuvo tiempo ni de sentir miedo. Ahora comprendía el peligro de las rocas, la ira espumosa del océano.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo Ianto. A pesar del viento, su cabello seguía igual de liso.

—Es terrorífico —confesó Effy.

—La mayoría de las cosas preciosas lo son. ¿Sabes por qué se llama la bahía de las Nueve Campanas? —preguntó. Effy negó con la cabeza —. Antes de la Inundación, la tierra se extendía hacia el interior del mar. Había decenas de pueblecitos en ese viejo territorio, sobre todo de pescadores. ¿Qué te han enseñado sobre lo que les pasó?

—Bueno, hubo una tormenta —dijo Effy, pero supo que era una de esas falsas preguntas, como un agujero en el suelo. Si mordías el anzuelo, caerías por él.

Ianto le ofreció una sonrisa de labios finos.

—Ese es uno de los mitos que muchos norteños tienen sobre la Inundación. Que fue una tormenta enorme, una única noche de horror y sus consecuencias. Pero una persona puede tardar hasta diez minutos en ahogarse. Diez minutos no parece mucho tiempo, pero, cuando no puedes respirar y te duelen los pulmones, sí que se hace largo. Hasta puedes morir en cuanto te sacan del agua, en tierra firme, porque el agua te ha podrido los pulmones de forma irreparable. La Inundación de las Cien Últimas llevó años, querida. Empezó con la prolongación de la temporada de lluvias y la disminución de la temporada seca. Unos cuantos acantilados se desmoronaron, un par de ciénagas rebasaron sus límites… Al principio no fue algo digno de comentar ni se tomó como una advertencia.

»¿Has oído la expresión sobre la rana en agua caliente? Si subes la temperatura poco a poco, la rana no notará nada hasta hervirse viva.

Un tierno norteño nunca habría visto venir el peligro, pero los sureños casi tenían escamas y aletas. El mar tomaba y tomaba y tomaba, se cobraba miles de muertes pequeñas, y ellos lo aguantaban todo porque no conocían otra cosa. No se les ocurrió temer la Inundación hasta que chapoteó en sus puertas.

»Los suertudos, los más ricos, con casas alejadas de la costa, consiguieron escapar. Pero las olas crecieron y lo engulleron todo: las casas, las tiendas, las mujeres, los niños, los viejos y los jóvenes. El mar no tiene piedad. En esta bahía había nueve iglesias y todas acabaron engullidas también, por mucho que sus devotos le suplicaran a san Marinell. Dicen que algunos días aún se pueden oír las campanas de esas iglesias bajo el agua.

Effy se giró hacia el mar y prestó atención, pero no oyó campanas.

—La Inundación ocurrió hace doscientos años. Mucho antes de que naciera tu padre —dijo. Esperaba no sonar despectiva.

—Claro, pero la historia de la Inundación vive en la mente de cada niño nacido en las Cien Últimas. Nuestras madres nos la susurran en la cuna. Nuestros padres nos enseñan antes a nadar que a caminar. El primer juego al que jugamos con nuestros amigos es ver quién aguanta la respiración más tiempo bajo el agua. Es un miedo que debemos aprender. El miedo evita que se nos lleve el mar.

Effy recordaba lo que Rhia le había contado sobre los sureños y sus supersticiones. Sobre cómo temían una segunda Inundación y creían que la magia de los Durmientes la detendría. Tras ver el mar bombardeando los acantilados y oír a Ianto hablar, Effy comprendió por qué lo pensaban. El miedo convertía en creyente a cualquiera.

Fue raro, pero acabó pensando en el profesor Corbenic. Cuando le había apoyado la mano en la rodilla, pensó que estaba siendo cordial, paternal. En ese momento no había sabido que debía temerlo. Incluso ahora no sabía si tenía permiso para temerlo.

—Por eso mi padre construyó la casa aquí —añadió Ianto—. Quería que mi madre y yo aprendiéramos a temer el mar.

—¿Tu madre no es de las Cien Últimas?

Eso no era lo que Ianto le estaba contando, pero el pequeño detalle

le llamó la atención. Aún no había visto ni rastro de la misteriosa viuda.

—No —replicó Ianto sin más—. Pero, Effy, no entiendes que derribar esta casa sería un sacrilegio. Una deshonra para el recuerdo de mi padre. A lo mejor no fui claro en mi primera carta y me disculpo por ello. Esta casa no se puede tirar. Sé que tienes un enorme respeto y afecto por mi padre y por el legado de Emrys Myrddin, así que estoy seguro de que podrás hacer frente al desafío.

¿Acaso Ianto también creía que la consagración de Myrddin detendría la segunda Inundación? ¿Que quizás eso revertiría el daño que ya se había hecho? Effy no preguntó; no quería arriesgarse a ofenderlo. Mientras decidía cómo responder, Ianto estiró el brazo y cerró la puerta. El aullido del viento cesó y su cabello se quedó quieto.

—Estoy lista —dijo Effy al fin—. Quiero hacerlo.

Tenía muchísimas ganas de hacer algo valioso por una vez, de crear algo hermoso, algo que fuera *suyo*. Quería que aquello fuera algo más que una forma de huir, algo más que una niña asustada que se escondía de monstruos imaginarios. No podía escribir una tesis ni un artículo de periódico ni tan solo un cuento de hadas; la universidad se había encargado de hacérselo saber. Aquella era su única oportunidad de hacer algo que durase, así que pensaba aprovecharla por muy imposible que pareciera la tarea.

Y, cuando regresase a Caer-Isel, sería para contarles al profesor Corbenic y a sus compañeros de clase que se habían equivocado con ella. Nunca volvería a lloriquear ni a arrodillarse. Nunca se sentaría de nuevo en ese sillón verde.

Tendría que depositar su fe una vez más en Myrddin. Tendría que creer que él nunca le encargaría un reto imposible. Tendría que confiar, como siempre había hecho, en las palabras escritas en *Angharad*, en el final feliz que prometía. ¿Qué más daba el millón de hombres ahogados? ¿Qué más daban los rumores sobre otra Inundación?

Su único enemigo era el mar.

—Excelente —dijo Ianto, esbozando su sonrisa con un único

hoyuelo—. Sabía que había acertado contigo.

Estiró el brazo, apoyó una mano en su hombro y le dio un suave apretón. Effy se quedó de piedra.

Ianto no dejaba de mirarla, como si esperase una respuesta. Pero lo único que Effy sentía era la humedad de su tacto, el enorme peso de su mano. Aquello la hizo retroceder en el tiempo, de vuelta al despacho del profesor Corbenic. De vuelta a ese sillón verde.

No podía hablar porque se sentía pesada. Se sentía como si fuera una muñeca vieja, enterrada bajo telarañas y polvo.

Cuando el silencio se alargó demasiado y se tornó incómodo, Ianto la soltó. La intensidad de su mirada menguó, como si hubiera sentido su espanto repentino. El hombre parpadeó, un tanto aturdido.

—Lo siento —dijo—. Discúlpame un momento. Tengo que ir a consultar números con Wetherell. No estará contento conmigo, por desgracia. Espera aquí, por favor.

Effy no esperó. Le dolía la cabeza y notaba el estómago pesado. La extraña casa ruinosa de Myrddin crujía y gemía a su alrededor. Hacía muchos años, antes de la primera Inundación, la gente de las Cien Últimas ejecutaba a sus criminales atándolos en la playa durante la marea baja. Todo el mundo observaba y aguardaba mientras las olas crecían. Llevaban mantas de pícnic y pan. Comían mientras el mar se comía a la pecadora y le llenaba la garganta de agua hasta que quedaba pálida y saciada.

Effy no sabía por qué, pero siempre se imaginaba a una mujer cuando pensaba en ello. A una mujer con el cabello del color de las algas marinas.

Ese era justo el tipo de barbaridad de la que los conquistadores norteños afirmaban haber salvado a sus súbditos sureños. Siglos más tarde, formaba parte de los cuentos de hadas y las leyendas, todas generalmente *llyrianas*, como si no hubiera ocurrido ninguna conquista. Como si no hubieran aniquilado poblados enteros en su

misión de erradicar esas tradiciones mal vistas. Como si las historias no fueran botines de guerra.

Effy recorrió despacio el pasillo, con una mano apoyada en la pared. Las náuseas no disminuyeron cuando se detuvo delante de la puerta. Al otro lado estaba el estudio, la habitación de Preston. La curiosidad, o quizás otra cosa, la impulsó a buscar el pomo.

Siempre se había sentado aturdida en los confesionarios de la iglesia mientras intentaba idear pecados que valiera la pena confesar, pero no tan horribles como para escandalizar al cura. En ese momento, sintió la necesidad inconfundible de confesarse. Quería que alguien supiera que Ianto la había tocado, aunque siguiera intentando convencerse de que no había sido nada. Un gesto amistoso, una palmadita en el hombro. Pero ¿acaso todas las inundaciones no comenzaban con un goteo inocente?

Effy detestaba no saber diferenciar el bien del mal, lo seguro de lo peligroso. El miedo había transfigurado todo su mundo. Mirar cualquier cosa era como intentar ver su reflejo en un espejo roto, todo deformado y fragmentado y extraño.

Preston había dicho que lo único que le importaba era la verdad. Entonces, ¿quién mejor que él para decirle si su miedo estaba justificado? No sabía por qué, pero sentía que podía confiarle aquello.

En todo el tiempo que habían pasado en el coche, él no la había tocado ni una vez. De hecho, se había movido *a su alrededor* de un modo muy cuidadoso, como si Effy fuera un objeto frágil que no quisiera romper.

Contuvo el aliento y abrió la puerta despacio. Crujió como el resto de la casa, con un chirrido terrible semejante al de un gato moribundo. Esperaba ver a Preston detrás del escritorio de Myrddin, con la cabeza sobre un libro.

Sin embargo, la habitación estaba vacía y sintió un pinchazo de decepción. Dejó que su mirada vagara por los papeles esparcidos y los libros antiguos, los cigarrillos sobre el alféizar y la manta sobre el diván hecho jirones. Lo observó durante un momento mientras intentaba imaginar a Preston durmiendo ahí.

Eso la hizo sonreír un poco. Las largas piernas le colgarían por el borde.

Con más curiosidad y arrojo, se acercó al escritorio. Había pertenecido a Myrddin, aunque ya no se lo podía imaginar allí sentado; las marcas de Preston estaban por doquier. Había dejado los libros abiertos como almejas, con manchas de agua amarilleando las páginas. *Las obras poéticas de Emrys Myrddin, 196-208 d. I.* permanecía abierto por el poema «La muerte del marinero». Effy pasó un dedo por encima de las palabras y vio a Preston haciendo lo mismo. ¿Se había imaginado el respeto en su voz o en el fondo sí que le apasionaba Myrddin?

Había papeles por todas partes, algunos hechos una bola o doblados, otros tan solo arrugados o alisados de nuevo. Muchos tenían los bordes irregulares, como si los hubiera arrancado de un cuaderno. Effy buscó el cuaderno de Preston, pero no lo vio. Los bolígrafos estaban repartidos por toda la mesa, destapados con irresponsabilidad.

Ahora le resultaba gracioso haber pensado que Preston sería meticuloso y preciso con el trabajo. Ni siquiera *ella* dejaba los bolígrafos destapados como una salvaje.

Effy sabía que estaba fisgoneando, pero le daba igual. Alisó unos cuantos papeles, la mayoría escritos en argantiano, que no supo leer, aunque sí que se detuvo a estudiar la letra de Preston. Era estrecha y pulcra, idéntica a la que había visto en el libro de registros de la biblioteca, pero no necesariamente elegante. Escribía las ges de un modo gracioso, con dos círculos superpuestos que parecían un muñeco de nieve sin cabeza. Effy se mordió el labio porque era una tontería reírse de aquello, aunque le encantó.

Desplegó otro papel, este escrito en llyriano:

¿Propuesta de título para la tesis? Ejecución del autor: una investigación sobre la autoría de las principales obras de Emrys Myrddin

Primera parte: presentar teoría de la falsa autoría, empezando con ??

Segunda parte: pruebas criptográficas. Pedir ejemplos a Gosse

Tercera parte: cartas, entradas de diarios… Usar el mimeógrafo más

cercano. ¿En Laleston?

La lista seguía un poco más, pero la mente de Effy se detuvo en la primera línea: «Ejecución del autor». Con dedos temblorosos, dio la vuelta a la página. Preston había dibujado unos cuantos garabatos sin sentido en los márgenes y escrito unas palabras descuidadas que se repetían hasta el final de la hoja.

Estaba mirando con gran incredulidad las notas al margen cuando la puerta se abrió con un chirrido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Preston.

Effy arrugó la página enseguida, con el corazón latiéndole a mil por hora.

—Te podría preguntar lo mismo.

Su voz sonó más segura de lo que se sentía. Preston tenía una taza de café en la mano y sus delgados dedos la aferraban con tanta fuerza que los nudillos se habían tornado blancos. El mismo músculo que antes le palpitaba en la mandíbula. Effy recordaba lo reservado que había estado cuando Ianto le enseñó el estudio, la rapidez con la que había guardado las notas cuando se sentó con él en el bar el día anterior.

Ya sabía por qué había escondido su trabajo con tanto cuidado.

—Effy —dijo Preston con gravedad. No se había apartado del umbral, pero movía los ojos detrás de las gafas.

—«La ejecución del autor» —leyó en alto con voz temblorosa—. «Una investigación sobre la autoría de las principales obras de Emrys Myrddin». ¿Esta es tu tesis?

—Dame un segundo —le pidió Preston, con una pizca de desesperación. Effy descubrió que le gustaba la idea de que le *suplicara* y las mejillas le ardieron de tan solo pensarlo—. Puedo explicarlo todo. No vayas corriendo a buscar a Ianto.

Las mejillas se le calentaron más aún.

—¿Qué te hace pensar que iría corriendo a buscar a Ianto?

Preston se acercó despacio y dejó que la puerta se cerrara con un crujido a su espalda. A Effy el corazón le latía muy rápido. Recordó lo

que el pastor le había dicho sobre el rey de las hadas y sus disfraces y, en ese momento, le pareció captar un poco de su maldad en Preston, en sus ojos entornados y su pecho hinchado.

Effy echó mano de la piedra de bruja en su bolsillo.

Un segundo más tarde, toda la ferocidad de Preston se desinfló. Retrocedió, como si se disculpara de forma tácita por acercarse a ella de *esa* forma. Effy apartó la mano del bolsillo. Preston no era un rey de las hadas muy convincente. Estaba demasiado rígido. Demasiado escuálido.

—Escucha, sé que admiras a Myrddin, pero con esto no quiero deshonrar su legado.

Effy apretó el papel contra el pecho.

—¿Crees que era un *fraude*?

—Solo quiero llegar a la verdad. Y la verdad no tiene ningún plan secreto. —Cuando ella lo miró con frialdad, Preston añadió—: «Fraude» posee ciertas connotaciones con las que no me siento cómodo. Pero no, no creo que sea el único autor de la mayoría de sus obras.

Con los dientes apretados, Effy deseó que hablara con claridad *por una vez.* Se esforzó por mantener la voz firme al contestar:

—Myrddin era un hombre extraño, solitario, un ermitaño… pero eso no lo convierte en un fraude. ¿Por qué piensas eso? ¿*Cómo* puedes pensarlo?

Estaban hablando de *Myrddin*, de Emrys Myrddin, el séptimo Durmiente y el último en ser consagrado, el autor más famoso de la historia de Llyr. Era absurdo. Imposible.

—Es complicado. —Preston dejó la taza de café y se pasó una mano por el pelo ya revuelto—. Para empezar, Myrddin fue el hijo de un pescador. No está claro si sus padres eran o no analfabetos y, por lo que he averiguado, dejó de ir a la escuela a los doce años. La idea de que alguien con una educación tan limitada pueda producir ese tipo de obra literaria es… bueno, es una idea romántica, pero muy improbable.

Effy oía la sangre palpitar en sus oídos. A esas alturas, hasta

notaba insensibles las puntas de los dedos por la furia.

—Eres un imbécil elitista —masculló—. Supongo que para ti solo la gente que lleva gafas y ha estudiado en la universidad puede escribir algo con sentido, ¿no?

—¿Por qué te interesa tanto defenderlo? —repuso Preston. Su mirada se había tornado fría. Incluso presa de la rabia, Effy supo que se la había ganado—. Eres una chica norteña. Sayre no es precisamente un apellido campesino.

¿Cuánto tiempo había pasado pensando en su apellido? Por algún motivo, eso hizo que su estómago revoloteara.

—Solo porque no sea sureña no significa que sea una esnob. Y eso demuestra lo estúpida que es tu teoría. La obra de Myrddin no iba dirigida solamente a los pescadores supersticiosos de las Cien Últimas. Cualquiera que la lee acaba encandilado. Bueno, cualquiera que no sea un…

—No me llames «imbécil» otra vez —replicó Preston con mal humor—. No soy el único que cuestiona su autoría. Es una teoría bastante habitual en la facultad de Literatura, pero hasta ahora nadie ha conseguido demostrarla. Mi tutor, el profesor Gosse, lidera la lucha. Me envió aquí con la excusa de recopilar los documentos y las cartas de Myrddin. *Sí* que cuento con el permiso de la universidad… Esa parte no era mentira.

La idea de que un puñado de académicos literarios, estirados y con la nariz arrugada, se sentara en unos sillones de cuero a deliberar con frialdad la forma de desacreditar a Myrddin la enfadó como nunca. Estaba más enfadada que cuando se había enfrentado a Preston en el acantilado, más enfadada que cuando había visto su nombre escrito en el registro de la biblioteca.

—¿Y cuál es tu objetivo? ¿Humillar a los seguidores de Myrddin? Lo sacarían del Museo de los Durmientes, lo… —Y entonces se le ocurrió una idea terrible—. ¿Esta es una estratagema argantiana para debilitar Llyr?

El semblante de Preston se oscureció.

—No me digas que crees de verdad en las historias sobre la magia

de los Durmientes.

A Effy se le encogió el estómago. Apretó los dedos en un puño alrededor del papel arrugado de Preston. Pues claro que *él* no creía en la magia de los Durmientes, visto que era un argantiano pagano y, para colmo, un académico. Se sintió avergonzada de que lo mencionase.

—Yo no he dicho eso —espetó—. Pero sería muy humillante para Llyr perder a nuestro Durmiente más prestigioso. Afectaría la *moral* de nuestros soldados cuando menos.

—Llyr está ganando la guerra, por si no te habías dado cuenta. —Preston hablaba con indiferencia, pero una sombra cruzó su rostro—. En Argant incluso se comenta que van a llamar de nuevo a filas… A todos los hombres entre los dieciocho y los veinticinco años. No es mi objetivo, pero tampoco sería tan grave que los soldados de Llyr perdieran un poco de *moral.*

Effy no se imaginaba a nadie menos apropiado para la vida militar que Preston Héloury.

—Así que eres un saboteador.

El chico resopló.

—Ahora sí que estás siendo ridícula. Esto no tiene nada que ver con política ni en lo más mínimo. Es una cuestión académica.

—¿Y crees que la academia es totalmente ajena a la política?

Tuvo que reconocer que Preston pareció reflexionar de verdad sobre aquello. Durante un momento, fijó la mirada en un punto recóndito de la pared más lejana. Luego miró de nuevo a Effy.

—No. Pero lo ideal sería que lo fuera. La academia debería esforzarse en buscar la verdad objetiva.

Effy soltó un resoplido mordaz.

—Creo que te engañas al creer que existe «la verdad objetiva».

—Bueno —Preston se cruzó de brazos—, supongo que, en esencia, estamos muy en desacuerdo.

La rabia de Effy empezaba a menguar, dejándola temblorosa con el reflujo de la adrenalina. Se detuvo a pensar con más calma.

—*Bueno* —dijo, imitando su tono pedante—, no creo que Ianto se

alegre cuando descubra que el universitario al que está alojando en su casa en realidad intenta destrozar el legado de su padre. De hecho, diría que hasta se pondrá furioso.

Se alegró al comprobar que Preston empalidecía.

—Escucha —repitió—, no tienes por qué hacerlo. Llevo semanas aquí y no he encontrado casi nada de utilidad. A este ritmo, tendré que renunciar al proyecto y marcharme pronto, a menos que…

Effy arqueó una ceja.

—¿A menos que qué?

—A menos que tú me ayudes.

Al principio pensó que lo había oído mal. Si su intención era ponerla nerviosa, lo había conseguido.

—¿Ayudarte? —preguntó con incredulidad tras recuperarse—. ¿Por qué te iba a ayudar?

Y entonces, sin ningún tipo de preámbulo, Preston dijo:

—«Me he mirado en las pozas de marea al atardecer, pero era otra de las burlas del rey de las hadas. Para cuando anocheció, el sol se había acobardado tanto que se acercaba al horizonte evanescente y lo único que quedaba en esas pozas era oscuridad. La luz decreciente no las alcanzaba».

Preston la miró expectante. A pesar de su desconcierto, Effy recordaba el final de ese fragmento:

—«Golpeé esa fría y opaca agua con las manos, como si pudiera castigarla por desobedecerme. Y, en ese instante, me percaté de que, sin saberlo, el rey de las hadas había dicho la verdad: aunque las pozas de marea no mostraban mi rostro, sí que me revelaron. Era una criatura traicionera, colérica y anhelante, igual que él. Justo como siempre me había querido». —Effy se detuvo, tragó aire y añadió—: Y es «luz menguante», no «decreciente».

Preston se cruzó de brazos de nuevo.

—Nadie en la facultad de Literatura puede hacer algo así, citar *Angharad* palabra por palabra en un santiamén. ¿Y aquel poema, el de «La muerte del marinero»? Myrddin no es famoso por su poesía y ese es muy poco conocido.

—¿A dónde quieres llegar?

—Está claro que quieres entrar en la facultad de Literatura, Effy. Y que te mereces entrar.

La chica se lo quedó mirando. Tuvo que recordarse que debía respirar, parpadear.

—No puedes decirlo en serio. Tengo buena memoria y ya…

—Es más que eso. ¿Qué crees que tienen los otros estudiantes de Literatura que no tengas tú?

Ahora estaba jugando con ella. Unas lágrimas ardientes e indignadas le escocieron en los ojos, pero se negó a permitir que cayeran.

—Para —espetó—. Ya sabes el motivo. Sabes que las mujeres tienen prohibido asistir a esa facultad. No hace falta que juegues conmigo de esa forma tan cruel y tonta…

—Es una tradición ridícula y obsoleta —la interrumpió Preston.

A Effy le sorprendió su vehemencia. Podría haber repetido las mismas obviedades que los profesores de la universidad, sobre cómo las mentes de las mujeres eran demasiado insípidas y que por ello solo podían escribir cosas frívolas y femeninas, nada que transcendiera en el tiempo y el espacio, nada que fuera a *durar*.

—No sabía que te importara una norma que no te afecta en absoluto —respondió.

—Ya deberías saber que no soy muy propenso a hacer cosas solo porque se han hecho así desde siempre. —Preston apretó la mandíbula —. O de preservar otras cosas solo porque han sido preservadas desde siempre.

Pues claro. A Effy se le encendieron las mejillas.

—Bueno, ¿y qué? ¿Me dedicarás un párrafo en los agradecimientos?

—No. Serías la coautora.

Aquello fue más que inesperado. Se le trabó la respiración, el corazón daba brincos en su pecho.

—No… Nunca he escrito un artículo académico. No sabría cómo hacerlo.

—No es difícil. Ya conoces las obras de Myrddin de cabo a rabo. Yo escribiría todas las partes sobre teoría y crítica. —Preston la observaba con atención—. Si acudieras a la facultad con una tesis revolucionaria, no podrían poner excusas para impedirte la entrada.

Effy casi puso los ojos en blanco. ¿Quién llamaba a su propio trabajo «revolucionario»? Pero se permitió, durante un momento, imaginar un nuevo futuro. Uno donde regresaba a la universidad con su nombre junto al de Preston en una tesis *revolucionaria* (o a lo mejor incluso *antes* que el suyo, si Preston quería jugar limpio y poner los nombres en orden alfabético). Uno donde la facultad de Literatura retiraba su anticuada tradición. Nunca tendría que dibujar otro corte transversal.

Nunca tendría que volver a ver al profesor Corbenic de nuevo.

Ahí estaba la esperanza, floreciendo como un tierno capullo. El profesor Corbenic y los otros estudiantes… no podían ganar si Effy abandonaba ese partido para participar en otro.

Pero eso significaría traicionar a Myrddin. Traicionar todo en lo que había creído durante toda su vida, las palabras y las historias que había seguido como la aguja de una brújula. *Angharad* siempre había sido su norte.

—No puedo —dijo al fin. No consiguió explicarse más. Preston exhaló.

—¿No sientes aunque sea un poco de curiosidad por el legado de Myrddin? ¿No quieres averiguar la verdad? Al fin y al cabo, es tu escritor favorito. Podrías acabar demostrando que me equivoco.

Effy resopló, pero no pudo negar que la idea la atraía.

—¿De verdad te importa más la verdad que tener razón?

—Pues claro.

No había ni rastro de duda en su voz.

La intensidad de Preston la hizo titubear. Como si percibiera su vacilación, el chico insistió.

—No te diré que será fácil conseguir que el departamento cambie de opinión. Pero lucharé por ti, Effy. Lo prometo.

Preston la miró a los ojos y no vio engaño en ellos. Ni artimañas.

Lo decía con sinceridad. Effy tragó saliva con fuerza.

—Lo intenté, ¿sabes? Cuando recibí la nota del examen. Escribí una carta a tu tutor, al profesor Gosse. Le sugerí temas para la tesis. Le dije cuánto significaba la obra de Myrddin para mí.

Preston soltó un delicado suspiro.

—¿Y qué dijo?

—Nunca respondió.

Effy no le había contado aquello a nadie, ni siquiera a su madre. Se observó las manos, que aún apretaban el trozo de papel arrugado. Le temblaban tan solo un poco.

—Lo siento —dijo Preston. Luego dudó y se pasó la mano por el pelo—. Es… es terrible y cruel. —Effy no dijo nada. Intentaba ignorar las lágrimas en sus ojos. Preston siguió hablando, esta vez con más suavidad—: Pero tengo fe en este proyecto. Tengo fe en ti… en nosotros dos.

Tartamudeó un poco al final, como si se avergonzara de lo que había dicho. Effy nunca lo había oído tropezar con las palabras y, por algún motivo, eso la hizo querer confiar más en él.

—Pero ¿qué me dices de los Durmientes? —preguntó. Se arriesgaba a que Preston se burlara otra vez de ella—. Sé que los estudiosos de la universidad son unos agnósticos estirados que se creen demasiado listos para los mitos y la magia, pero no todo el mundo en Llyr siente lo mismo. Sobre todo en el sur. Creen que la consagración de Myrddin es lo único que impide una segunda Inundación.

—Un único artículo no destruirá un mito de un plumazo. Sobre todo uno que ha contado con siglos para construirse. El Museo de los Durmientes no echará a Myrddin en cuanto bajemos del tren en Caer-Isel con nuestra tesis en la mano.

No lo había deletreado exactamente, pero Effy sabía lo que quería decir: que la verdad y la magia eran dos cosas distintas, irreconciliables. Y eso era justo lo que le habían dicho a Effy toda su vida los médicos que la habían tratado, la madre que había perdido toda la esperanza, los maestros, los curas y los profesores, que nunca

nunca le habían creído.

Effy había depositado su fe en la magia. Lo más sagrado para Preston era la verdad. La suya no era una alianza natural.

Y, pese a todo, se vio incapaz de negarse.

—¿Crees que tendrán los mismos temores que yo? —Esa era su última línea de defensa—. ¿No crees que algunas personas se preguntarán por qué alguien con el apellido Héloury está tan decidido a destruir el legado de un autor nacional de Llyr?

—Más motivos para tener un nombre llyriano puro como el de Effy Sayre en la cubierta junto al mío. —La mirada de Preston parecía divertida—. Considéralo un armisticio.

Effy no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Por eso quieres mi ayuda?

—No solo por eso. Ianto me está dejando fuera. No confía en mí. Pero en ti sí.

Effy recordó la forma en la que Ianto había apoyado la mano sobre su hombro. Lo pesada que la sintió y cómo la hizo regresar a ese lugar donde se ahogaba.

—¿Qué quieres que haga? ¿Seducirlo? —soltó sin pensar. El rostro de Preston se tornó de un impresionante color rojo.

—¡No! Por todos los santos, no. ¿Por quién me tomas?

Effy también se había sonrojado y no podía mirarlo a la cara. ¿Por qué había dicho aquello? Era otra prueba más de que había algo roto en su cerebro, como un desvío en las vías del tren. Nunca podía fiarse de las intenciones de otras personas.

—¿Los argantianos tienen un santo patrón de la verdad?

—No exactamente. Pero juraré por vuestra santa Una si eso te hace feliz.

Sin saber cómo, Effy acabó por asentir. Aún aferraba el papel de Preston en la mano derecha, así que extendió la izquierda, a la que le faltaba el dedo anular.

Preston aceptó su mano y la estrechó. Su palma era suave, con dedos largos y finos. A Effy no solía gustarle dar la mano a otras personas. Siempre se quedaba aferrada a ella incluso cuando la

situación se volvía incómoda porque no sabía en qué momento soltar la mano del otro.

—Juro por santa Una que te ayudaré —dijo—. Y que no te delataré… no *nos* delataré a Ianto.

—Juro por santa Una que no te traicionaré —añadió Preston—. Y que lucharé por ti. Te prometo que tu nombre estará en la cubierta junto al mío.

Effy se mantuvo agarrada a él con los cerrados. Esperaba que Preston retorciera la mano o se deshiciera de ella, pero no pasó. Tenía la yema del pulgar manchada de tinta. Se preguntó si aquello era una prueba, si intentaba juzgar su valía. Effy nunca se había considerado una persona con mucha resistencia.

Y, aun así, no había desafío en sus ojos, y en ese momento Effy se percató de que Preston la estaba dejando elegir. Fue un gesto pequeño, quizá no valía la pena ni mencionarlo. Sin embargo, muy pocas personas le ofrecían la oportunidad de elegir.

Al fin, se soltó. Preston bajó la suya al costado enseguida y flexionó los dedos.

—Empezaremos mañana —dijo el chico con rigidez—. ¿Puedes devolverme el papel?

Avergonzada, Effy soltó la página y la depositó en la mesa. La tinta se había traspasado un poco a su palma.

—Deberías haberlo escrito en argantiano.

Preston la miró con los labios apretados.

—Ahora ya lo sé.

Esa noche, de vuelta en la cabaña de invitados, la mente de Effy no dejaba de dar vueltas. Incluso después de tomarse la pastilla de dormir, se quedó despierta observando el techo húmedo y mohoso mientras pensaba en el pacto que había hecho.

A lo mejor por la mañana se daba cuenta de que era una tontería. A lo mejor se arrepentía de no haber tomado el siguiente tren.

A lo mejor se arrepentía de traicionar a Myrddin.

Pero, por el momento, lo único que sentía era una adrenalina que le revolvía el estómago. Se masajeó el muñón del dedo anular. Era tan suave como una piedra de bruja.

Effy se dio la vuelta, con el pelo extendido sobre el almohadón verde y el corazón a mil por hora todavía. Cuando cerró los ojos, vio la página de notas de Preston, tinta azul sobre blanco. Lo que había escrito sin pensar en los márgenes, lo que se repetía por toda la página, era su nombre:

Effy

Effy

Effy

Effy

Effy

SIETE

Angharad *es un texto difícil de situar. Algunos pasajes parecen escabrosos y vulgares, más propios de un cuento erótico o una novela romántica, mientras que otros poseen una prosa exquisita y una gran profundidad temática. No es insólito ver a amas de casa hojear sus ejemplares sobre un montón de colada o a trabajadores encorvados sobre una copia en tapa blanda en el tranvía. Y, aun así, es igual de habitual que* Angharad *aparezca en los planes de estudio de los cursos más avanzados de Literatura en la universidad. Ningún otro libro en la historia de Llyr puede presumir de tener un atractivo tan universal.*

INTRODUCCIÓN A *Angharad: edición coleccionista anotada*,
EDITADO POR EL DOCTOR CEDRIC GOSSE, 210 D. I.

Cuando Effy llegó a Hiraeth, no se habría imaginado que acabaría repasando las cartas de un hombre muerto junto con Preston Héloury a la extraordinaria hora de las siete de la mañana. Y, aun así, eso era precisamente lo que hizo al día siguiente.

—Bueno —dijo Preston—, supongo que querrás saber por dónde me he quedado. —Effy asintió—. Entonces, tendré que explicarte la base de mi teoría. La familia de Myrddin fue refugiada de la Inundación. Parecería intuitivo que sus obras reflejaran el mundo natural como algo inherentemente peligroso, inestable, incluso malicioso. Mucha de su poesía personaliza la naturaleza de ese modo…

—«El único enemigo es el mar» —lo interrumpió Effy.

—Exacto. Pero el padre de Myrddin era pescador, igual que su abuelo. El profesor Gosse fue el primero en mencionar esa aparente contradicción. La familia de Myrddin dependía del mar para su supervivencia, pero en su obra solo aparece retratado como una fuerza del mal cruel y despiadada.

—Eso no es cierto —repuso Effy—. En *Angharad*, el rey de las hadas la lleva a ver el océano y Angharad dice que es hermoso y libre: «Tan encantador, peligroso e inmenso que supera la comprensión mortal, el mar nos convierte a todos en soñadores».

Preston la miró con extrañeza. Era la primera vez que lo veía desconcertado, curioso.

—Termina la cita.

—Mm. —Effy se devanó los sesos para recordar el pasaje—. «Miré al rey de las hadas, detrás de mí, y al océano ante mí, las dos cosas más hermosas que había visto en mi vida. Ambas eran criaturas de rabia, sal y espuma. Ambas podían arrancarme la piel hasta los huesos. Lo único que quería era tentar su cólera, porque, con el valor suficiente, quizás consiguiera su amor».

—Sí que te lo sabes de principio a fin —comentó Preston, y, en esa ocasión, Effy estuvo segura de captar la admiración en su voz—. Pero no creo que ese pasaje pinte el mar como caritativo. El rey de las hadas es el captor de Angharad. Myrddin describe el mar como un dios embustero que atrae a Angharad con su belleza, pero siempre con la capacidad de destruirla por completo.

—La amaba —dijo Effy. Le sorprendió la vehemencia de su tono—. El rey de las hadas. Amaba a Angharad más que a nada en el mundo. Fue *ella* quien lo traicionó a *él*.

Nunca había podido hablar de *Angharad* de esa forma, ni defender su postura o presentar sus teorías. Había algo emocionante en ello y Effy esperaba que Preston pusiera en duda sus comentarios. Sin embargo, el chico la miró durante un rato largo, con los labios arrugados.

—Sigamos —dijo—. La resonancia metafórica de un pasaje en

concreto no importa ahora mismo.

—Vale —aceptó Effy, pero se sentía decepcionada.

—Bueno, el caso es que Gosse publicó un artículo donde hablaba sobre lo irónico de la situación, aunque no dijo nada concreto sobre la autoría de Myrddin. Eso fue hace unos meses, cuando acababa de fallecer. Desde entonces, los académicos han empezado de verdad a escarbar en su pasado. Gosse quiere ser el primero en demostrarlo, aunque no quería asustar a Ianto viniendo él en persona, por lo de ser el investigador preeminente sobre Myrddin y todo eso. Así que me envió a mí. —Preston frunció el ceño, como si esperase que Effy lo regañara de nuevo—. No hay ningún colegio en Saltney, como habrás visto. Myrddin recibió clases informales de las monjas, pero eso se acabó definitivamente cuando cumplió los doce años. Sus padres eran analfabetos. Tenemos varios documentos de la familia Myrddin, incluido el contrato de arrendamiento de su casa, y todos están firmados con una equis.

—¿Dónde está su casa? —preguntó Effy. Recordó al pastor mientras se alejaba hacia las colinas verdes—. No vi muchas allá abajo.

—Ah, ha desaparecido. Varias de las casas más antiguas en Saltney, las más cercanas al agua, ya han caído al mar. Casi no culpo a los lugareños por las supersticiones sobre la segunda Inundación.

Effy sintió un pinchazo vago de dolor confuso. La casa donde Myrddin había crecido, donde su madre lo había arropado cada noche en la cama, donde su padre había descansado sus manos de pescador llenas de cicatrices… engullida y socavada, perdida en el tiempo. Esa mañana había prestado atención por si escuchaba las campanas bajo el agua, pero no había oído ningún sonido.

¿Sería ella la responsable de socavar más el legado de Myrddin? Se le revolvió el estómago con solo pensarlo.

—Eso no demuestra nada —dijo Effy—. Mira todas las cartas de Myrddin. Está claro que sabía leer y escribir.

—Pero *míralas* de verdad —enfatizó Preston. Tomó la más cercana, con los bordes curvos y el papel amarillento por el paso del tiempo—.

Esta tiene fecha de un año antes de la publicación de *Angharad*. Va dirigida a su editorial, Greenebough Books. Fíjate en cómo firma su nombre.

Effy observó la página con los ojos entornados. La letra de Myrddin era bastante descuidada y difícil de entender.

—«Atentamente, Emrys Myrddin» —leyó en voz alta—. ¿Qué pasa con eso?

—Fíjate en el apellido. Lo escribe «Myrthin», con *th*. Esa es la grafía norteña.

Effy agarró el papel y pasó el dedo sobre la firma. La tinta era vieja y estaba un tanto descolorida, emborronada en algunos lugares, pero la *th* era clara.

No quería admitir cuánto la desconcertaba aquello.

—Podría haber sido un error sin más.

—Es raro escribir mal tu propio apellido.

—¿Y qué? Cometer faltas no te convierte en analfabeto.

—Aun así, creo que Myrddin no la escribió. Creo que es una falsificación.

Effy soltó una carcajada burlona.

—Ahora sí que pareces tan chiflado como esos sureños supersticiosos que tanto detestas.

—No es algo inaudito. —Preston sonaba casi malhumorado—. Hemos visto casos de falsificación literaria. El truco para una buena mentira es encontrar un público que esté dispuesto a creerla.

Effy se mordió el labio.

—¿Y quién es el público para la supuesta mentira de Myrddin?

—Tú misma lo has dicho. —La comisura de la boca de Preston se alzó para convertirse en una media sonrisa fina—. Los sureños supersticiosos que quieren creer que uno de los suyos puede trascender sus orígenes humildes y escribir libros que incluso hagan desmayarse a las chicas norteñas.

—Yo *nunca* me he desmayado —replicó Effy con enojo.

—Pues claro que no —dijo Preston, otra vez serio—. Pero hay gente que se beneficiaría de la mentira. La editorial de Myrddin, por

ejemplo. Greenebough gana mucho dinero de las regalías incluso ahora. La mitad del encanto de Myrddin era su atractivo pasado: el poeta pobre provinciano que resultó ser un genio. Hay mucho dinero que sacar de ese mito.

Preston tenía una forma de hablar con tanta elocuencia y tanta certeza que, durante un momento, Effy quedó casi convencida y demasiado intimidada para discutir. Cuando esa confusión desapareció, se enfadó consigo misma por dejarse influir con tanta facilidad.

—Estás siendo condescendiente. No todos los sureños son campesinos retrasados y no todos los sureños son unos esnobs. Seguro que odias cuando la gente mete a todos los argantianos en el mismo saco. Sabrás que la mayoría de llyrianos cree que los argantianos son fríos, ratas de mala fe que no creen en nada excepto en derechos mineros y márgenes de beneficio. No puedo decir que estés contribuyendo a desmentir esas creencias.

Mientras hablaba, Effy se arrepintió de caer en los mismos viejos estereotipos. Sobre todo estaba frustrada consigo misma por no pensar en un argumento mejor contra él.

—No sé por qué es mi deber refutar los *clichés* llyrianos. —La voz de Preston sonaba fría—. Además, es un *hecho* que el sur está económicamente desfavorecido comparado con el norte y que esa precariedad se nota sobre todo en las Cien Últimas. También es un hecho que las instituciones políticas y culturales de Llyr están dominadas por norteños y siempre ha sido así a lo largo de la historia. Ese es un legado imperialista. El norte cosecha lo que el sur siembra.

—No te he pedido que me des lecciones sobre mi propio país —espetó Effy—. Las estadísticas no cuentan toda la historia. Además, los argantianos hicieron lo mismo. Cortasteis los poblados montañosos del norte con el objetivo de convertirlos en pueblos mineros y túneles de carbón para luego dejar que vuestros mitos y magia desaparecieran en la oscuridad en vez de celebrarlos. Por lo menos Llyr no intenta esconder su pasado.

Preston parecía cansado.

—Hay quien lo llama «celebrar», hay quien lo tacha de legado colonial… En fin, da igual. Podemos seguir discutiendo sobre esto hasta que toda la casa se hunda en el mar. No te voy a pedir que creas toda mi narrativa. Pero accediste a ayudar, así que ¿podrías al menos *intentar* no discutir conmigo en todo momento?

Effy apretó los dientes y bajó la mirada al montón de cartas sobre el escritorio. Había accedido a ayudar, sí, pero le estaba costando más de lo que había previsto por culpa de la actitud estirada de Preston. Por el momento, se esforzaría en aguantarla lo mejor posible. En cuanto tuviera una plaza en la facultad de Literatura, podría pasar el resto de su carrera universitaria intentando deshacer el daño que había hecho al legado de Myrddin.

—De acuerdo —dijo al fin, con el ceño fruncido—. Pero tienes que prometerme que serás un quince por ciento menos condescendiente.

Preston tomó aire.

—Diez por ciento.

—¿Y dices que *yo* soy la cabezota?

—Vale —accedió al fin—. Quince y no me insultarás.

—Solo lo hice una vez.

Seguía convencida de que se lo había ganado. Pero Preston tenía razón: de poco servía discutir por todo.

Sin embargo, le costaba tragarse aquello. Había abandonado sus principios para conseguir lo que quería, para mejorar su posición en la universidad, para ganar distinciones académicas. Para escapar de las burlas en los pasillos, de los susurros y de ese sillón verde. ¿En qué la convertía eso? Al final, no era mejor que Preston. Por lo menos él estaba comprometido con el noble e impreciso principio de la verdad.

Avergonzada por estos pensamientos, Effy guardó silencio.

Preston se cruzó de brazos.

—El caso es que antes de venir aquí Gosse y yo recopilamos una lista de vocabulario que se usa en toda la obra de Myrddin y la cotejamos con el de las cartas.

Effy olvidó enseguida su anterior promesa para soltar:

—Joder, ¿cuánto tiempo tardasteis en hacerlo?

—Es mi *tesis* —dijo Preston, pero se le ruborizaron las puntas de las orejas—. Resulta que hay muy pocas coincidencias entre el vocabulario que usa en sus cartas y el de sus novelas, fraseología específica que aparece una y otra vez en sus libros pero nunca en las cartas. Si todo ello no llevara el nombre de Emrys Myrddin, nunca pensarías que lo ha escrito el mismo hombre. Y luego está el problema de *Angharad*.

Effy se puso a la defensiva enseguida.

—¿Qué pasa con *Angharad*?

—Es un libro raro. En cuestión de género, cuesta clasificarlo. Se suele decir que Myrddin pertenece a una escuela de escritores que se encargaron de revivir la épica romántica.

—*Angharad* es romántica —dijo, e intentó mantener la voz firme—. Un romance trágico, pero sigue siendo romántica.

Preston dudó. Effy casi podía verle repasar su acuerdo mentalmente para calcular cómo moderar su tono según ese quince por ciento.

—La épica romántica suele estar escrita en tercera persona y siempre narrada por hombres. Héroes y caballeros cuyo objetivo es rescatar damiselas y matar monstruos. Pero el rey de las hadas es tanto el amante como el monstruo y Angharad es tanto la heroína como la damisela.

—Y obviamente no podéis reconocer que Myrddin fuera un visionario creativo —repuso Effy con el ceño fruncido.

—Es que hay demasiadas inconsistencias, cosas que no acaban de encajar. Y Ianto está siendo muy reservado. Eso solo me hace recelar más.

Effy examinó de nuevo los papeles desperdigados.

—No me digas que esto es todo lo que has conseguido encontrar.

—Te dije que necesitaba tu ayuda —replicó él, y no consiguió ocultar su desdicha—. Ianto me mantiene al margen. Fue Wetherell quien me dio estas cartas. Se las pidió a la gente con la que se carteaba Myrddin, a su editorial y sus amigos. Pero tiene que haber más.

—¿Más cartas?

—Cartas. Diarios. Borradores de poemas malos. Novelas a medio terminar. Listas de la compra, por todos los santos. *Algo*. Es como si hubieran borrado a ese hombre de su propia casa.

—Lleva seis meses muerto —señaló Effy. Pensó de nuevo en lo que había dicho Ianto: «Mi padre siempre fue su mayor admirador». Había notado una pizca de resentimiento ahí.

—Aun así… estoy seguro de que Ianto esconde algo. Es una casa rara y desconcertante. Debe de haber… no sé, una habitación secreta en alguna parte. Un ático, un almacén. Algo que no me haya enseñado. Ianto jura que no lo hay, pero no le creo.

Effy recordó la puerta con el pálpito de la marea tras ella.

—¿Qué me dices del sótano?

Preston empalideció.

—No le veo sentido preguntar sobre eso —dijo a toda prisa—. Está inundado. Y, además, Ianto protege la llave con su vida. Yo no me molestaría.

Percibió una pizca de miedo en su voz. Nunca lo había oído asustado antes y decidió no presionarlo. Por el momento. Además, se le había ocurrido otra cosa.

—La viuda. Me dijiste que te invitó a venir.

—Nunca la he visto —respondió el chico, un poco menos pálido y aliviado por el cambio de tema—. Ianto me dijo que está enferma y prefiere estar a solas.

Effy no podía evitar pensar en ella. Myrddin tenía ochenta y cuatro años cuando murió; seguro que su esposa no era mucho más joven. A lo mejor *enferma* era un eufemismo para *loca*. A los hombres les gustaba mantener a las mujeres locas encerradas en un lugar donde se podían olvidar cómodamente de su existencia. Sin embargo, Ianto no parecía sentir ningún rencor hacia su madre. Effy sacudió la cabeza, como si quisiera desechar ese pensamiento.

—Vale. Pero ¿qué quieres de mí?

Preston dudó y no la miró a la cara.

—Planos para la casa —dijo al cabo de un segundo—. Seguro que

existen en alguna parte. A lo mejor Ianto ya te los ha mostrado.

—Pues no. —Y a ella no se le había ocurrido preguntar, lo que resultaba vergonzoso—. Sería una cosa muy razonable que pedirle. Puedo hacerlo.

—Vale. Ianto no sospechará nada. —Preston parpadeó detrás de las gafas, aunque su rostro era inescrutable—. Pero ve con cuidado. No…

Effy suspiró.

—Seré muy educada, si es eso lo que quieres decirme.

—Todo lo contrario, la verdad. —Preston se sonrojó en ese momento—. Yo lo mantendría bien lejos. No seas demasiado… complaciente.

Effy no sabía si estaba intentando regañarla o advertirla. ¿Acaso no confiaba en ella? ¿O recelaba de Ianto? Se le puso la piel de gallina. No creía que Preston la considerase tan incompetente.

El chico parecía tan inquieto que supo que quería decir algo más, pero no añadió nada. Effy mantuvo la mirada fija en él como si pudiera descifrarlo, aunque solo consiguió sonrojarse también.

—Iré con cuidado —dijo al final.

—Bien —respondió él, enderezándose. Su tono era frío y cortante de nuevo—. Y, por supuesto, yo seré discreto. Tomo notas en argantiano para que Ianto no las lea.

—Excepto una —replicó Effy. Se había pasado la noche anterior pensando en su nombre escrito en los márgenes de esa página, en la letra precisa y pulcra de Preston: «Effy Effy Effy Effy Effy». A lo mejor solo eran unas notas sin sentido. O a lo mejor se trataba de otra cosa. No quería avergonzarlo, pero tampoco quería privarse de la verdad—. ¿Por qué esa nota no?

—La mayoría de lo que escribo no es importante. —La miraba con firmeza, aunque su rubor no había desaparecido por completo—. Solo son ideas errantes que me pasan por la cabeza. Sé que las tiraré más tarde, así que no me molesto en traducirlas de argantiano a llyriano. Supongo que esa me pareció importante.

Effy tardó el resto de la mañana en reunir el valor suficiente para hablar con Ianto. Su mente reproducía una y otra vez ese momento en el que le había apoyado la mano en el hombro, cuando se había deslizado a gran velocidad a ese lugar submarino. Mientras paseaba por el rellano superior, sacudió la cabeza para intentar quitarse el recuerdo de la cabeza. *Siempre ha sido amable contigo*, dijo una voz. Al final, se convenció de que ese gesto había sido paternal y nada más.

Ianto estaba tomando té en el salón, bajo la lámpara que colgaba peligrosamente. Las telarañas se pegaban a los candelabros vacíos como algodón de azúcar y los trozos de cristal parecían balancearse sin viento. Al verla, Ianto se puso en pie de inmediato.

—¡Effy! Siéntate, por favor. ¿Te traigo una taza de té?

Effy agarró el respaldo de una silla con ambas manos. Quiso negarse por instinto, pero había ido allí con un objetivo. Despacio y con el estómago revuelto, se sentó en la silla.

—Claro. Un té suena maravilloso.

—Excelente.

Ianto corrió a la cocina y Effy se quedó sentada allí, con las palmas empapadas, mientras intentaba que su mente no se alejara de ella. No quería pensar en la pesadez del contacto de Ianto.

El hombre regresó unos minutos más tarde con una taza de porcelana rota que dejó delante de ella. Effy dio un pequeño sorbo experimental y el azúcar sin disolver se le acumuló en la lengua como si fuera arena. Dejó la taza de nuevo.

—Me estaba preguntando… —empezó, pero Ianto alzó una mano para detenerla.

—Me da la sensación de que no sé gran cosa sobre ti, Effy. Eres arquitecta, admiras la obra de mi padre, pero seguro que hay algo más.

—Ah, no soy muy interesante —replicó con una carcajada corta e incómoda.

Ianto le sostuvo la mirada.

—A mí me resultas muy interesante. ¿Eres de Caer-Isel?

—De Draefen. —Se frotó las manos en las medias—. Vine a Caer-Isel a estudiar en la universidad.

—Una chica norteña de cabo a rabo —dijo Ianto con una sonrisa—. Lo habría deducido por tu nombre. —La miró con los ojos entornados un momento, como si intentara recordar algo—. Supongo que no estarás emparentada con los banqueros Sayre de Draefen, ¿verdad?

Effy sintió que se le relajaban un poco los músculos. Esas preguntas eran fáciles de responder.

—Sí. Mi abuelo es el director del banco. Mi madre es una de sus secretarias.

—Está claro que la arquitectura no viene de familia. ¿Qué te inspiró a estudiarla?

Effy reflexionó su respuesta. No quería revelar su auténtica falta de entusiasmo por el tema.

—Me gustan los retos —dijo sin más. Ianto soltó una carcajada de satisfacción.

—Pues entonces has aceptado el proyecto adecuado.

Más relajada, Effy dio otro sorbo al té e intentó sonreír. Hasta se permitió mirarlo a los ojos. Se percató de que eran unos ojos muy insólitos, casi incoloros, como el agua. Daba igual cómo cambiase su expresión, si sonreía o fruncía el ceño: sus ojos no parecían variar. Era como mirar una de las pozas de marea, los espejos falsos del rey de las hadas.

De repente, Ianto se puso en pie.

—¿Sabes? Esta no es la atmósfera adecuada para mantener una conversación animada. ¿Pudiste visitar el bar ayer cuando fuiste al pueblo? Seguro que te gustará regresar a la civilización, aunque sea en las Cien Últimas.

Y así fue como Effy terminó otra vez en el bar de Saltney, sentada delante de Ianto Myrddin.

Las ventanas del bar estaban opacas por la niebla y el agua de un chaparrón previo y las luces de dentro relucían superficiales. Ianto

sonreía y charlaba con la camarera, que parecía tan lúgubre como siempre.

Effy intentó pedir sidra caliente, pero Ianto enseguida trajo dos copas de *whisky*. Para no ser maleducada, fingió dar pequeños sorbos a la bebida mientras lo observaba por encima del borde de la copa. Tenía el pelo húmedo que le rozaba los hombros y un brazo apoyado en el respaldo del reservado, como si se aferrara a él.

Effy dejó la copa; los dedos le temblaban ligeramente. Intentó observar con curiosidad el bar, como para dar la impresión de que esa era la primera vez que lo veía.

—Gracias. Tenías razón. Esto es agradable.

—Sienta bien salir de la casa —dijo Ianto. Su voz sonaba rara, más grave y áspera. Seguro que se lo estaba imaginando—. Sé que no tiene ni punto de comparación con Caer-Isel —añadió, aún con la voz desentonada—, pero el pastel de carne y riñones de aquí es muy bueno.

Effy quiso decirle con educación que no le gustaba el pastel de carne y riñones, gracias, pero no sirvió de nada. Cuando la camarera regresó, Ianto pidió dos enseguida.

Una vez se marchó la mujer, Effy carraspeó.

—Bueno, sobre Hiraeth…

—Has dicho que eres una chica a la que le gustan los retos —la cortó Ianto—. Ya veo por qué pusiste tu nombre en el sombrero para este proyecto.

Effy tomó aire. Estaba claro que conseguir los planos iba a ser más difícil de lo que pensaba.

—Sí. Y sabes lo mucho que respeto el trabajo de tu padre.

Técnicamente, no era mentira, pero lo parecía, visto el acuerdo que acababa de hacer con Preston. Envió una muda y breve plegaria a santa Duessa y juntó las manos sobre el regazo. La patrona del engaño por una buena causa (debatible) recibía muchas peticiones últimamente.

—Claro. Pero la tarea es monumental. No te culparía si tuvieras que buscar a un huérfano desgraciado al que desangrar.

Effy parpadeó, tan extrañada por el comentario que se quedó un momento sin habla.

—¿Cómo?

—Ah, ¿no has oído ese viejo mito? —Ianto parecía complacido, pero había algo inquietante debajo de su sonrisa—. Es un rito del sur que se remonta a los días previos a la Inundación. Derramar la sangre de un niño sin padre en los cimientos de un castillo aseguraba que la estructura fuera sólida. Un sacrificio de sangre… Supongo que a los norteños os parecerá una salvajada.

Como la niña sin padre que era, Effy se lo tomó como una salvajada y como algo fascinante. Por suerte, la comida llegó antes de que tuviera que responder.

Los pasteles de carne y riñón humeaban; eran del mismo marrón dorado que la madera pulida. Effy agarró a regañadientes el tenedor. Preston le estaba pidiendo mucho si encima tenía que fingir entusiasmo por el riñón.

Pero, para su sorpresa, Ianto no tocó su comida. La observaba a ella con intensidad.

—Últimamente estás pasando mucho tiempo con el argantiano.

El corazón le dio un vuelco.

—La verdad es que no —consiguió decir—. Solo esta mañana. Es… —buscó una descripción inocente, algo que no fuera mentira— es que tiene cosas interesantes que decir.

—A mí no me da buena espina. —Ianto agarró el cuchillo. La hoja jaspeada de grasa relució—. Es nerviosillo, ¿verdad? Un joven raro y asustadizo. A lo mejor se debe a su sangre argantiana.

Por algún motivo, Effy sintió la necesidad de defender a Preston.

—Creo que está muy dedicado a su trabajo. No pierde el tiempo con chácharas ni cortesías.

—En ese sentido, diría que se parece mucho a mi padre. —Ianto la apuntó con el cuchillo—. Venga, come.

El corazón se le encogió de nuevo. Cortó un trozo de la corteza hojaldrada del pastel y el vapor salió como un espíritu escapando de su receptáculo.

Ianto la observaba sin parpadear con esos ojos acuosos incoloros e inescrutables. Mientras Effy masticaba, dijo:

—Eres una chica muy guapa.

La comida en la boca quemaba tanto que no podía tragarla. Quería escupirla en la servilleta, pero no se animó a hacerlo; apenas podía moverse. Se le inundaron los ojos de lágrimas. Ianto no dejaba de observarla con esa mirada insondable e incansable.

Effy no creía que estuviera guapa. O, al menos, no tenía ni idea. Llevaba medias y una falda a cuadros con un jersey blanco de lana por encima. Era el tipo de atuendo que había lucido durante su primera semana en la universidad. Antes del profesor Corbenic. Ahora se arrepentía. El aire húmedo había convertido su pelo ondulado en rizos y los rizos se habían encrespado sin control. Como la cabaña no contenía ningún espejo, no había podido maquillarse ni ver cómo de grandes eran sus ojeras.

Le dolía mucho tener la comida ardiente sobre la lengua, pero al fin se enfrió lo suficiente para tragarla. Se llevó la mano a la boca. La punta de la nariz se le empezaba a calentar, como siempre que estaba a punto de echarse a llorar.

Ianto no pareció darse cuenta. Su mirada era implacable y se fijó en que sus ojos parecían más claros. Astutos.

—Tus ojos. Tu pelo. Todo precioso.

Effy se clavó las uñas en la palma. Se arrepentía de haber ido con él. Pero no quería fracasar. Aunque le sorprendió el pensamiento, lo que no quería era fallarle a Preston. Así que miró a Ianto a los ojos y pensó una respuesta para los insípidos cumplidos.

—Gracias —dijo. El rubor, por lo menos, no era fingido—. Eres muy amable.

La puerta del bar se abrió con un traqueteo y tres pescadores entraron junto con el olor del mar. Pese a la brisa que soplaba desde la puerta, el pelo negro de Ianto seguía liso.

Effy llevaba varias piedras de bruja en el bolsillo del abrigo. Mientras sostenía el tenedor con una mano, las toqueteaba con la otra. ¿Se atrevería a sacar una delante de él? ¿Su miedo manifiesto lo

arruinaría todo?

No podía esperar más o le entraría más miedo.

—Quería preguntarte si tenías los planos de la casa. Me vendrían muy bien.

Eso consiguió que su mirada la soltara al fin. La sorpresa cruzó veloz el rostro de Ianto y luego desapareció como un pájaro estampándose contra una ventana para, acto seguido, volar torcido. De improviso, Ianto metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel doblada.

—Aquí tienes.

Ansiosa, Effy estiró el brazo para agarrarla. Los dedos tan solo habían rozado los bordes del papel cuando Ianto le asió de repente la mano con tanta fuerza que le hizo daño. Effy soltó un quejido quedo de sorpresa.

—Ianto…

El rostro del hombre estaba tan pálido como el acantilado y sus ojos carecían de color. Y entonces, tan repentino como cuando la había agarrado, la soltó de nuevo, dejándola con los papeles. Se levantó de la silla con tanta brusquedad que casi resultó violenta. El cuchillo cayó sobre la mesa con estrépito.

—Vámonos —dijo. Hablaba con los dientes apretados. Como Effy se lo quedó mirando boquiabierta, repitió la palabra en un gruñido—: ¡Vámonos!

Aturdida, Effy se puso en pie. Luego se guardó los planos en el bolso y corrió tras él.

De vuelta en el coche, Ianto miraba con fijeza y sin parpadear la carretera, con las enormes manos alrededor del volante.

Effy tenía miedo de romper el pesado silencio opresivo, miedo de poner en peligro su precaria victoria, miedo de provocar a Ianto. Así que dirigió la vista a la ventanilla y siguió con la mirada las gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal. Aún le palpitaban los dedos de

cuando la había agarrado.

El mar regurgitaba con enfado sobre las rocas, las lenguas de espuma bañaban el borde de la carretera. El agua tenía un tono verdoso ese día, como la poción de una bruja.

—¿Has disfrutado de la comida? —ladró Ianto con la mirada al frente.

—Sí —respondió Effy. Los trozos de pastel de carne y riñones se removían inquietos en su estómago. Cada bache en la carretera lo empeoraba.

—Bien. No todas las chicas agradecen un acto de caballerosidad ni son tan humildes sobre sus encantos. Me han contado que en las ciudades del norte las mujeres empiezan a tratar con egoísmo a los hombres y el matrimonio.

Effy tragó saliva con fuerza. Era cierto que ahora había más mujeres que nunca en la universidad y que muchas se marchaban sin anillos de compromiso. Diez años antes, el único motivo por el que una chica iba a la universidad era para encontrar marido. Su abuela aún le preguntaba acerca de eso cada vez que le escribía, para ver si había conocido a algún joven simpático. «No, no lo he conocido», respondía Effy siempre.

El coche se sacudía y zarandeaba mientras su corazón traqueteaba dentro del pecho.

—¿Te has casado alguna vez? —preguntó, en un último esfuerzo para ser cortés.

El coche chapoteaba sin piedad sobre la arena mojada.

—No. El matrimonio no es para todos los hombres.

—Entiendo —dijo, intentando ser amable—. Mis padres nunca se casaron.

Hubo una larga pausa, durante la cual el viento sopló con tanta fuerza que las ventanillas vibraron.

Ianto conducía mucho, muchísimo más rápido que Wetherell en ese mismo coche. Effy se agarró al borde del asiento y se mordió el labio. El interior del vehículo olía a mar y almizcle. Olía igual que Hiraeth.

—¿Tienes prisa por volver? —Casi tuvo que gritar por encima del sonido del viento y la arena que acribillaba las ventanillas.

—Pues claro —respondió Ianto. Pero casi fue un gruñido.

El tono de su voz la dejó clavada en el sitio, como una aguja que atraviesa el ala de una mariposa. La llenó de un miedo impreciso e inquietante; enroscó los dedos alrededor del asa del bolso, con la sangre corriéndole por las venas y el corazón latiéndole con fuerza. Un instinto físico, animal, le decía: *Va a pasar algo horrible.*

—Lo siento —dijo. El ambiente en el coche se le antojaba muy tenso y pesado.

Y entonces recordó que esa mañana no se había tomado la pastilla rosa.

La mirada de Ianto se apartó de la carretera. Lo de antes no habían sido imaginaciones suyas: los ojos turbios del hombre ahora eran vidriosos y agudos. Relucían con un brillo maníaco.

—Hemos hablado durante una hora y no me has dicho lo que quiero saber de verdad —dijo Ianto.

Effy quería decirle que no la mirara, que mantuviera la vista en la carretera. El coche subía por el acantilado a tanta velocidad que su cuerpo estaba prácticamente pegado al asiento.

—¿El qué? —consiguió preguntar con desconsuelo.

De repente, Ianto giró la cabeza con brusquedad para comprobar la carretera que dejaban atrás. Y fue entonces cuando Effy se fijó en que no había espejo retrovisor. Los de los laterales estaban girados hacia dentro, invisibles. Si Ianto quería mirar detrás de él, tenía que torcer el cuello.

¿Cómo no se había dado cuenta antes, cuando conducía Wetherell? ¿Estaban los retrovisores puestos en ese momento?

Se le empezó a nublar la visión. *Aquí no*, se suplicó. *Aquí no, ahora no*. Tenía las pastillas rosas en el bolso, pero no podía arriesgarse a tomar una delante de Ianto. No podría soportar las preguntas que haría sobre ellas. Las piedras de bruja en el bolsillo rebotaban con el ritmo irregular del coche.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó Ianto al fin, con el mismo

gruñido grave y áspero—. Una chica guapa como tú no necesita este proyecto para que haga bulto en su currículum. Cualquier profesor con la sangre caliente te pondría la nota más alta en un santiamén.

El pánico alcanzó su punto álgido como una ola coronada de blanco y entonces lo vio. Estaba sentado en el asiento del conductor, justo donde había estado Ianto. Tenía el pelo negro liso como el agua. Su piel era tan pálida como la luz de la luna y sus ojos quemaban agujeros en ella hasta alcanzarle la sangre, los huesos. Desenroscó los dedos del volante y se estiró hacia ella con unas uñas largas, oscuras y tan afiladas como garras.

Effy no llevaba el cinturón puesto, así que, cuando abrió la puerta, le resultó bastante sencillo lanzarse del coche.

OCHO

El rey de las hadas ha adoptado muchas formas y algunas parecían, en la superficie, idénticas. Había días en los que no sabía si el marido que acudía a mí era el que me besaba los ojos cerrados con una ternura infinita o si sería el que me retendría contra la cama sin importarle que llorase. Esos eran los días más difíciles, cuando no podía distinguir su versión amable de la cruel. Ojalá fuera una serpiente, una criatura con pezuñas, una bestia alada… cualquier cosa excepto un hombre.

Angharad, DE EMRYS MYRDDIN, 191 D. I.

Effy tardó una hora en alcanzar Hiraeth con las piernas entumecidas y la visión que pasaba de borrosa a nítida en cuestión de segundos hasta el punto de marearla. Tenía el pelo húmedo y pegado a la cara, las medias tan rotas que estaban hechas jirones. Y encima sangraba.

Preston se hallaba en la parte superior de las escaleras y, nada más verla, las bajó a toda prisa de dos en dos.

—Effy —dijo sin aliento al alcanzarla—. ¿Dónde estabas?

—¿Dónde está Ianto?

—Volvió hace una media hora, solo. —Preston señaló el coche negro en la entrada—. Intenté preguntarle dónde estabas, pero pasó a mi lado y se encerró en el dormitorio… ¿Qué ha pasado?

Effy tosió e intentó encontrar la voz. Tenía el labio partido y lo notaba hinchado, dolorido.

—Tengo los planos —dijo al fin.

Preston la miró como si le hubieran salido escamas y aletas.

—No, quiero decir, ¿qué te ha pasado *a ti*? Estás cubierta de sangre y… bueno, polvo.

—La carretera es polvorienta —replicó Effy. No estaba lo bastante lúcida para avergonzarse.

Preston la condujo por las escaleras al interior de la casa. Seguía sin haber ni rastro de Ianto (un pequeño milagro), pero Wetherell los fulminó con la mirada desde el umbral de la cocina. Parecía tan adusto como siempre, con la piel cenicienta en la acuosa luz.

Las escaleras al primer piso le resultaron más complicadas. Effy se apoyó con pesadez en el pasamanos mientras Preston la observaba con los labios apretados y los hombros tensos, como si esperase que tropezara en cualquier momento.

El retrato del rey de las hadas parecía difuso y caleidoscópico; los colores giraban en un borrón ilegible. El rostro de la criatura era una mancha pálida, sin ningún rasgo.

A lo mejor ese era su castigo por traicionar a Myrddin, por planear pisotear todo su legado. Soltó algo semejante a un sollozo, demasiado bajo para que Preston lo oyera.

El rey de las hadas nunca se le había parecido a plena luz del día.

Cuando llegaron al estudio, Effy requirió de todas sus fuerzas para no derrumbarse. Notaba un intenso *staccato* de dolor detrás de las sienes. Miró a su alrededor, los papeles esparcidos sobre la mesa, los libros abiertos, el maltrecho diván, y sintió, por algún motivo, un zumbido quedo de alivio.

—Effy —repitió Preston con voz grave—. ¿Qué has hecho?

—Salté del coche de Ianto.

Oírse decirlo hizo que la niebla se disipara. De repente fue consciente de lo loca que sonaba. De lo loca que *había sido*. Se llevó una mano a la boca, se palpó el labio hinchado e hizo una mueca.

Preston parecía desesperado.

—¿Y qué tienen que ver los planos con eso? No pensaba que tu misión requiriese actos tan heroicos.

—No hubo nada de heroico en ello —repuso Effy. Se estaba ruborizando mucho—. Ojalá. Ianto ya me había dado los planos. Pero… no soportaba estar más tiempo con él en el coche.

Eso fue todo lo que pudo contarle. ¿Qué diría Preston si le confesaba lo que había visto… si lo había visto de verdad? No sería diferente a las otras ocasiones, con su madre y sus abuelos, con el médico, con los profesores y los curas.

Como mucho, Preston parpadearía con desconcierto, seguro de que se trataba de algún tipo de broma. Probablemente resoplaría y se arrepentiría en secreto de haber vinculado su futuro académico al de una chica loca que necesitaba pastillas para diferenciar entre lo real y lo irreal.

Seguro que no había una aliada peor que Effy para una misión cuyo objetivo era descubrir la *verdad objetiva.*

Pero Preston solo negó con la cabeza.

—¿Y te dejó allí sin más? ¿Con… con este aspecto?

Mientras Effy observaba las luces traseras del coche de Ianto desaparecer en la distancia, lo único que había sentido fue alivio. Había temido que aparcara y la arrastrara de nuevo hacia el vehículo. La visión del rey de las hadas, de su cabello negro mojado y su horrible mano estirada hacia ella, aún se reproducía en el interior de sus párpados.

—No lo culpo —dijo con la voz hueca—. Fue absurdo hacer algo así.

Preston soltó un largo suspiro.

—No pensé que te sacaría de la casa. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

El chico parpadeó y las gafas se le escurrieron por el puente de la nariz.

—No estoy seguro.

Si hubiera estado más lúcida, oír a Preston admitir una incertidumbre la habría complacido. Por lo menos había *algo*, por trivial que fuera, que desconocía.

Effy tuvo el valor al fin de examinarse. El jersey blanco estaba

húmedo y manchado de lodo. No lo veía, pero notaba que el codo le palpitaba bajo la manga y la sangre se pegaba a las fibras de lana. Y, aunque la falda había terminado bastante ilesa, le dolía la cadera.

Las medias habían sufrido lo peor: estaban desgarradas sin remedio y las dos rodillas, llenas de arañazos ensangrentados, le escocían tanto que jadeó. En el destrozo de su piel tenía pegados tierra y guijarros, como moscas atrapadas en el matamoscas. Le dolía la nariz y se alegró de no poder verse la cara.

En el coche de Ianto no había ningún espejo. De eso estaba segura. De hecho, desde que había llegado a Hiraeth, no había visto su reflejo ni una vez. Ni siquiera se había visto en el espejo de la mirada turbia y turbulenta de Ianto.

—Toma —dijo Effy con voz débil, y le ofreció su bolso a Preston—. Tengo los planos.

El chico aceptó el bolso y lo dejó sobre el escritorio. No lo abrió para mirar su interior.

—Effy, ¿por qué no te sientas?

—¿Que por qué? —Un relámpago de pánico le recorrió la columna —. Porque no quiero.

—Bueno, pues entonces esto será mucho más difícil.

Y se arrodilló delante de ella. Effy se quedó tan pasmada que casi se derrumbó. Tuvo que apoyar ambas manos en la mesa para estabilizarse.

—¿Qué haces? —soltó, ahogada.

—Si no te limpias la tierra, se te infectarán los cortes. Las infecciones pueden provocar septicemia, algo que, si no se trata, requerirá amputación. Y, en cualquier caso, sería culpa mía si te tuvieran que amputar las piernas por la rodilla, porque fui yo quien te pidió que consiguieras los planos.

Dijo todo aquello con una sinceridad absoluta.

Effy tomó aire, en parte para calmarse y en parte para no reírse. Fiel a su palabra, Preston empezó a quitarle con delicadeza las piedrecitas de las heridas de las rodillas. Su roce era amable y Effy solo sintió unas punzaditas leves de dolor. Detrás de las gafas, Preston

entornaba los ojos con la misma concentración como cuando leía uno de los libros de Myrddin.

Al cabo de un rato, pareció satisfecho de haber sacado todas las piedras y agarró el vaso de agua de la mesa. Effy seguía tan patidifusa que casi ni reaccionó cuando Preston se mojó la manga y la pasó por la piel rota. Eso, al fin, le sonsacó un grito ahogado.

—Ay —se quejó—. Escuece.

—Lo siento. Casi he terminado.

El dolor la mareaba de nuevo. Con cautela, apoyó una mano en el hombro de Preston para mantener el equilibrio.

El chico se detuvo, tensó los músculos y alzó la cabeza hacia ella. Se miraron a los ojos durante varios segundos, pero ninguno dijo nada. Al cabo de un segundo, Preston bajó la cara y regresó a sus cuidados.

Effy crespó los dedos en la tela de su camisa. Por debajo, notaba la piel de Preston cálida y el movimiento de los músculos.

—¿Cuántas rodillas peladas has tratado a lo largo de tu carrera como académico?

—Tengo que decir que eres la primera.

Effy rio a pesar de todo.

—Eres muy raro, Preston Héloury.

—Dice Effy Sayre, la que ha saltado de un coche en marcha.

—Solo porque no llevaba el cinturón de seguridad.

Fue la segunda vez que lo oyó reír y recordaba lo mucho que le gustaba ese sonido: grave y entrecortado. Debajo de su mano, los hombros de Preston se sacudieron ligeramente.

Al cabo de un minuto, el chico se puso de pie.

—A ver las manos —pidió.

Effy se las mostró. Tenía las palmas rasguñadas, pero no demasiado, como si se hubiera peleado con un rosal. Con los dedos así de estirados, la ausencia del dedo anular parecía flagrante.

Esperaba que Preston no le preguntara nada sobre aquello. Esa era otra pregunta que no quería responder.

—Están bien —reconoció el chico—. Estoy seguro de que esto no

te llevará a la tumba.

Tenía una manchita de sangre en la mejilla de cuando había alzado la mano ensangrentada para ajustarse las gafas. Effy decidió no decírselo.

—Qué alivio. No quiero que seas el responsable de mi muerte prematura.

Preston rio de nuevo.

—La culpa me corroería.

Effy sonrió, aunque no podía dejar de pensar en los ojos de Ianto, en el cambio de tono en su voz. ¿Se lo habría imaginado todo? ¿Por qué había salido corriendo de la casa para luego regresar a toda prisa? Había conducido muy rápido, con mucha determinación, y habló en un gruñido grave. La mente de Effy había palpitado como un faro y cada latido de su corazón gritaba: *Peligro. Peligro. Peligro.*

Recordó que Ianto le había contado la historia de la Inundación, sobre que los habitantes de las Cien Últimas no se habían percatado de que iban a morir hasta que el agua les llegó al cuello. Si no se hubiera lanzado del coche, ¿se habría ahogado allí?

A veces, Effy tenía pesadillas en las que estaba sentada en el sillón verde del profesor Corbenic, con las manos atadas a los reposabrazos mientras el agua negra y turbia se acumulaba a su alrededor. No podía escapar y el agua seguía subiendo. En esos sueños, lo peor era que ni siquiera se resistía. Tragaba el agua como si fuera aire.

—¿Crees que estará enfadado conmigo? —soltó—. Me refiero a Ianto.

El regocijo desapareció de los ojos de Preston.

—Bueno… No es la forma más discreta de escapar de una conversación incómoda, eso es cierto. ¿Qué te dijo?

Effy tomó aire. ¿Por dónde podría empezar a explicárselo todo? Tenía claro que no le podía contar lo del rey de las hadas. Preston había sido bastante claro acerca de su opinión sobre las «supersticiones sureñas». Confesar aquello equivaldría a revelarse como la chica inestable y poco fiable que Effy ansiaba con desesperación no ser.

—Solo ha sido una conversación incómoda, como has dicho —respondió al fin—. Exageré.

—Pues seguro que lo supera —dijo Preston, aunque parecía intranquilo.

En cuanto Preston quedó convencido de que Effy no perecería por sus heridas y el dolor de cabeza de la chica empezó a menguar y su visión se aclaró, desenrollaron los planos sobre la mesa. Ya había oscurecido y tan solo unas gotas de luz entraban por la ventana. La luna, sin estar llena, era de un blanco perla, oculta tras el encaje de las nubes.

Preston encendió dos lámparas de queroseno y las acercó para que pudieran examinar los planos con su brillo anaranjado.

Los planos eran muy antiguos. Effy lo supo porque eran cianotipos en realidad. Hacía una década o así, los planos tradicionales se habían vuelto obsoletos y se reemplazaron por métodos de impresión menos caros con tinta azul sobre un fondo blanco. Sin embargo, los planos para la mansión Hiraeth eran del mismo zafiro intenso que la marca favorita de ginebra de su madre. Los bordes estaban rotos y gran parte de la tinta se había corrido o desteñido.

La primera página mostraba un corte transversal de la casa, mucho, muchísimo mejor que cualquier cosa que Effy podría soñar dibujar, y en la segunda había una planta.

Preston los examinó con los ojos entornados.

—No entiendo nada.

—Yo sí.

Le complació saber, por primera vez, algo que él desconocía.

Pasó el dedo pulgar por la página, siguiendo el contorno de la planta baja. Allí estaban el salón, la cocina, el vestíbulo y el horrible baño que ni le habían permitido ver. Nada fuera de lo normal. Sin embargo, al buscar la puerta del sótano, no la encontró.

—Interesante —murmuró Effy.

—¿El qué?

—En los planos no aparece el sótano por ninguna parte. Pero un sótano no es algo que puedas hacer en el último minuto. Tiene que formar parte de los planes arquitectónicos desde el principio. Solo se me ocurre que esta casa estaba construida sobre unos cimientos ya existentes, sobre algo que ya tenía sótano.

La mandíbula de Preston se contrajo.

—¿Estás diciendo que había otra casa aquí antes de Hiraeth? Cuesta imaginar que sea posible. Hasta esta mansión parece desafiar las leyes de la naturaleza.

—No sería tan raro. La bahía de las Nueve Campanas fue arrasada por la Inundación, pero eso no significa que no sobreviviera nada. —Effy miró de nuevo los planos, segura de su teoría—. Es más fácil reparar unos cimientos que ya existen que construir algo nuevo desde cero.

—Tú eres la experta, supongo —dijo Preston, aunque no parecía convencido.

Era un detalle curioso, aunque no solventaba ninguno de sus problemas, ya que Preston se había negado categóricamente a acercarse al sótano y había empalidecido con tan solo mencionarlo. Effy examinó el plano de la primera planta. Allí estaban el estudio y la puerta que daba al balcón ruinoso y la serie de habitaciones que Ianto le había prohibido ver: su dormitorio y el de su madre. El más grande tenía que ser el principal y, a su izquierda, el de Ianto.

Como siempre que se la mencionaba, la viuda de Myrddin se atascaba en la mente de Effy como el pinchazo de una aguja.

—Nunca has conocido a la señora de la casa, ¿verdad?

—No —respondió Preston—. Ni siquiera he hablado con ella por teléfono. Es mayor y me imagino que valora su intimidad.

Un escalofrío recorrió la nuca de Effy.

—Si valora tanto su intimidad, no habría invitado a la universidad a husmear en su casa.

—Solo estoy examinando las posesiones de su marido, no las suyas —replicó Preston a la defensiva, cruzándose de brazos—. No sé quién es la señora Myrddin, pero no es relevante para mi investigación

académica.

—¿Nunca te has preguntado, más allá de tu «investigación académica», por qué es tan solitaria? —Todo ese asunto le había dado mala espina desde su llegada a Hiraeth, y más desde que había visto al rey de las hadas—. Cuando le pregunté a Ianto por ella, no dijo gran cosa.

—Effy, no estamos escribiendo una tesis sobre la viuda de Myrddin. Deberíamos sentirnos aliviados de que no nos ponga trabas.

A Effy se le ocurrieron cinco respuestas, pero al final cerró los labios.

Bajó los ojos al plano. Los aposentos privados, a los que Ianto les había prohibido la entrada, consistían en dos dormitorios y dos baños. Bastante típico. Todo era bastante típico.

Un tanto desmoralizada pero reacia a admitir su derrota, Effy se centró de nuevo en los cortes transversales.

Allí estaba el tejado a dos aguas con una ligera pendiente; no era lo bastante grande para albergar un ático, ni siquiera un entrepiso, como Preston había sugerido antes. Sin embargo, en la pared occidental de la casa, cerca del dormitorio de Ianto, había una franja estrecha de espacio blanco, algo que al arquitecto se le había olvidado llenar.

Aunque un arquitecto que se precie no se *olvidaría* de terminar los cortes transversales (eso solo lo hacía Effy y en parte se debía a la apatía, no a la incompetencia). Se inclinó sobre el escritorio para observar el plano con los ojos entrecerrados e intentar medir el tamaño del espacio vacío con el pulgar.

—¿Qué es? —preguntó Preston con urgencia—. ¿Has visto algo?

—Sí. No aparece en la planta, algo raro, pero, si miras con atención el corte transversal, verás este trocito de espacio en blanco. A juzgar por la escala del plano, es del tamaño de un armario estrecho y está junto al dormitorio de Ianto. Diría que fue un error del arquitecto, pero ya sé que no crees en las coincidencias.

Aunque Preston parecía ofendido, no se lo discutió.

—Bueno, me creo que Ianto esté escondiendo algo de su padre ahí

dentro. Es bastante reservado.

—Pero no podemos entrar *ahora*.

Era tarde. Ianto se había retirado a sus aposentos y la idea de enfrentarse a él de nuevo le revolvió el estómago. Cada vez que su mente no estaba ocupada, se llenaba de inmediato con la imagen del rey de las hadas, con una mano sobre el volante y la otra extendida hacia ella. Sacudió la cabeza para intentar borrar el recuerdo.

—No, claro que no —dijo Preston—. Pero mañana por la mañana Ianto se marchará. Siempre va a la iglesia los domingos y suele tardar una hora. Podemos aprovechar que no está.

Una hora. Eso era más o menos el tiempo que habían pasado en el bar y Ianto había tenido mucha prisa por volver. Effy se planteó mencionarlo, pero ¿qué sugería aquello en realidad? Nada útil. Solo era su cerebro intentando extraer significado de un terror sin fundamento que la perseguía como un fantasma.

—¿Qué me dices de la *irrelevante* señora Myrddin? Dijiste que nunca sale de su dormitorio. Ianto no estará, pero ella sí.

Preston miró de reojo la puerta, como si esperase que alguien irrumpiera en el estudio.

—Tendremos que proceder en silencio para no molestarla.

—Pero ¿y si la molestamos? —preguntó Effy.

—Entonces supongo que tendremos que mentir —replicó Preston. Se removió un poco al decirlo y alzó los hombros—. Le diremos que nos ha enviado Ianto.

—Esa mentira no es que sea muy buena.

—Bueno, pues piensa tú en algo. —El chico se había ruborizado un poco—. Nos reuniremos aquí mañana por la mañana. Ianto se irá al amanecer.

A Effy aún le parecía una mala idea monumental. Pero no se le ocurrieron más alternativas.

—De acuerdo. Aquí al amanecer.

Preston asintió. Mientras Effy se giraba hacia la puerta (despacio, para no hacer sufrir más a sus rodillas raspadas), notó su mirada en ella. Echó un vistazo por encima del hombro y vio que Preston bajaba

la cabeza a toda prisa para revolver unos papeles sobre el escritorio, avergonzado porque lo había descubierto observándola.

El rubor se había intensificado. Effy recordó con cuánta delicadeza la había tocado. El chico aún tenía las yemas de los dedos manchadas con su sangre.

—¿Preston? —dijo. Su voz sonó extraña: pequeña, inquisitiva. Casi esperanzada.

Él alzó la mirada.

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por?

—Por preocuparte por si moría o no de septicemia.

—Ah. Bueno, nunca se puede ser demasiado precavido. Hay gente que ha muerto de formas más banales.

—Pues entonces gracias por darme la oportunidad de morir de un modo interesante.

—Lo que sea para que no te vuelvas a lanzar de otro coche en marcha. —Le temblaba un poco la comisura izquierda de la boca, como si intentara no sonreír. Detrás de las gafas, su mirada era solemne—. Ahí fuera hay muertes mucho más interesantes.

Effy salió del estudio y se quedó en la luz parpadeante de las bombillas descubiertas que bordeaban el corredor. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, se sintió fría de repente y anclada al suelo, como si algo invisible la mantuviera ahí. La respiración le brotaba de la boca en pálidas volutas.

Y, pese a todo, no era el *pánico* de cuando había visto al rey de las hadas. De hecho, era todo lo contrario: una calma extraña y antinatural.

A su alrededor reinaba un silencio impactante, furioso. Los tablones del suelo habían dejado de gruñir y Effy ya no oía el sonido distante del océano contra las rocas mientras arrastraba despacio a

Hiraeth hacia el mar.

Preston se hallaba al otro lado de la puerta, pero Effy se sentía terriblemente sola. La casa se expandía por los cuatro costados como enredaderas.

Y entonces lo vio: un destello blanco al final del pasillo, como si alguien hubiera dejado una ventana abierta y la brisa soplase las cortinas. Pero no había ninguna ventana ni ninguna cortina; solo el bajo andrajoso de un vestido y el destello de una larga melena plateada. Captó justo el extremo de cada uno y el talón de un pie descalzo, que abultaba por debajo de la superficie de la piel fantasmal como la red enredada de un pescador y la criatura marina pulposa atrapada en ella.

El pulso de Effy se sacudía en la garganta. El aire se había vuelto afilado, frágil y frío, tan frío como el corazón del invierno. Ese terror gélido la tomó por sorpresa, pues no era el miedo que había conocido toda su vida, el miedo al rey de las hadas y a su mano extendida. Ese peligro lo reconocía.

Sin embargo, aquello no era como nada que hubiera visto antes. Era un terror nuevo, uno que solo pudo analizar en cuanto el fantasma hubo desaparecido. Al menos… tenía que ser un fantasma. Effy hasta dio un cauteloso paso hacia el final del corredor, donde la figura había desaparecido. La puerta de los aposentos estaba cerrada y no la había oído abrirse. Aquella criatura había atravesado directamente la madera.

Huía de algo. Se le ocurrió ese pensamiento mientras se alejaba de nuevo, con el corazón palpitándole torcido. Ver un vestido desaparecer por una esquina y, aunque fuera imposible, a través de una puerta cerrada era como encontrarse con un cuervo muerto en el camino. Todo el mundo, incluso los escépticos norteños, sabía que se trataba de un presagio de muerte.

No temían al pájaro en sí. Temían lo terrible y desconocido que su muerte presagiaba.

Después de que el coche de Ianto acelerase, Effy se había apartado de la carretera para tragarse una de sus pastillas rosas. Se suponía que

eran un dique contra las visiones, contra el mundo irreal que siempre parecía florecer debajo del real, como el latido de la sangre detrás de un moratón mientras aguarda el momento de atravesar la piel.

Y, aun así, había visto al fantasma. Y el rey de las hadas se le había aparecido a plena luz del día como nunca antes. En el oscuro rincón de su dormitorio, con la garra en la puerta de su armario… pero Effy siempre había creído que la luz del sol la protegía de él. En *Angharad*, el rey de las hadas acudía ante ella de noche, cuando su padre y sus hermanos dormían tan profundamente que no se daban cuenta.

Algo iba mal en Hiraeth o, quizás, en todo el territorio de las Cien Últimas. Antiguos dioses mágicos y malvados… o, peor, ambivalentes. El rey de las hadas ostentaba más poder allí. El mundo irreal estaba a punto de romper sus grilletes.

Y Effy había entrado justo en el centro, en esa casa que se hundía en el borde del mundo. Tenía las mejillas y la frente húmedas con una capa fría de sudor. Las pocas garantías que le había ofrecido el médico ya no importaban. Las pastillas no bastaban para detener las olas que se estrellaban contra ella.

Cuando Effy pudo mover las piernas, adormecidas de nuevo, bajó corriendo las escaleras y salió despedida por la puerta hacia la oscuridad de la noche, con el corazón restallándole como las campanas de una iglesia. No tenía miedo del fantasma. Pero sí que sentía un miedo horrible y espantoso de la cosa que había matado a la mujer que fue.

NUEVE

Oigo a las sirenas cantar
bajo las olas desenfrenadas,
sus exuberantes cabellos como reinas de los prados
y su madura virginidad lista para saquear
como el oro de sus cofres ahogados.

«El gran capitán y su esposa del mar», recopilado en *La obra poética de Emrys Myrddin*, 196-208 d. I.

La mañana era del mismo gris pálido que el vientre de una trucha y las olas holgazaneaban con suavidad en la costa. Effy se despertó con un sobresalto poco después del amanecer; la miasma púrpura y verde de sus pesadillas aún giraba en los rincones de su mente.

Las pastillas para dormir debían eliminar incluso sus sueños, sumergirla en la oscuridad total e inconsciente, pero esa noche tampoco habían funcionado. Pasó horas sumida en las pesadillas, dando vueltas con tanta violencia en la cama que el edredón de color musgo había resbalado y caído al suelo.

Había soñado con él, por supuesto. Con el rey de las hadas y su corona de hueso. No recordaba una época en la que hubiera soñado otra cosa. A veces las pesadillas se intercalaban con imágenes del profesor Corbenic, pero cambiaban con tanta rapidez que, en cierto punto, parecían idénticos. Todo cabello negro y manos extendidas y agua subiéndole por la garganta.

Effy sabía que Preston no estaría contento con que llegara tarde. Metió a toda prisa los brazos en las mangas del jersey y los pies en las botas. Dudó delante de la puerta, los dedos sobre el pomo de hierro. Ahora que había visto al rey de las hadas a plena luz del día, no podía confiar por completo en sus viejas tácticas de supervivencia.

Se metió dos pastillas rosas en la boca y las tragó sin agua. Luego abrió la puerta con fuerza y *corrió*, derrapando sin aliento por el sendero hacia Hiraeth.

Cuando llegó, jadeaba y la piel le hervía con adrenalina. No había visto destellos de pelo negro en los huecos entre los árboles. Al pasar por delante de la casa, buscó el coche de Ianto, pero, por suerte, ya se había marchado.

Dos pájaros picoteaban algo incrustado en las marcas de neumáticos. Un animal atropellado, mutilado y aplastado. Effy no se acercó lo suficiente para distinguir lo que era. Con solo ver el pelaje enmarañado y sangriento el estómago se le puso del revés. Subió los escalones de la casa.

Preston la esperaba en el estudio con una taza de café en las manos y una mirada de reproche en el semblante.

—Llegas tarde.

Effy miró hacia la ventana, por donde entraba una tierna luz rosada.

—Aún está amaneciendo. Además, no es justo. Tú has dormido aquí.

—Y he tenido tiempo de ir a por café y todo. —Preston miró con intensidad su taza—. Si hubieras estado aquí al amanecer, también tendrías café.

Effy tomó aire y se contuvo para no poner los ojos en blanco, aunque la reacción previsible de Preston la reconfortó de un modo extraño. Después de todas las rarezas, de sus pesadillas, de los violentos cambios de humor de Ianto, el fiable malhumor de Preston era como un bálsamo.

Pero tampoco pensaba decírselo.

—Me pediste que no discutiera contigo en todo momento, pero tú

prometiste que serías un quince por ciento menos condescendiente.

Preston apretó los labios.

—Vale —cedió—. Has ganado esta, signifique lo que signifique eso para ti.

Complacida con su conformidad, Effy se planteó qué trofeo podía conseguir.

—Pues significa que me vas a dar tu café.

Preston soltó un enorme suspiro de sufrimiento, pero le entregó la taza. Sin dejar de mirarlo por encima del borde, Effy dio un sorbo pequeño y enseguida sufrió una arcada.

Pues claro que Preston Héloury tomaba el café solo. Dejó la traza e intentó ocultar una mueca.

—¿Has visto a Ianto irse? —le preguntó el chico.

—No, ya se había marchado.

Effy recordó el animal muerto en la carretera. Había sido demasiado pequeño para tratarse de un ciervo, pero demasiado grande para ser un conejo; tendría el tamaño justo para que Ianto lo hubiera visto por el parabrisas y, aun así, había mantenido el pie sobre acelerador.

La imagen del rey de las hadas en el asiento del conductor parpadeó en su visión. Effy tuvo que clavarse las uñas en la mano para que desapareciera de nuevo.

—Deberíamos darnos prisa —dijo Preston—. *Creo* que las misas llyranas solo duran una hora, pero tú lo sabrás mejor que yo.

—Así que mis sospechas son correctas —comentó Effy mientras se encaminaban hacia la puerta—. Los argantianos son paganos.

—No todos —replicó el chico sin inmutarse y hasta con cierta alegría—. Solo yo.

—Seguro que tu madre llyriana está muy contenta contigo.

—Se esfuerza mucho para que me sienta culpable.

Echaron a andar por el pasillo.

—Pero no será muy beata, ¿no? —preguntó Effy cuando doblaron la esquina de los aposentos—. O no se habría casado con un argantiano.

—Te sorprendería lo experta que es la gente en la disonancia cognitiva.

—¿Alguna vez te cansas de ser un estirado sin sentimientos?

Preston resopló una carcajada.

—No, para mí es muy natural.

—¿Sabes? Podrías haber dicho que el amor trasciende las insignificantes riñas teológicas.

—¿«El amor puede con todo»? —Preston arqueó una ceja—. Supongo que podría decirlo si fuera romántico.

Effy resolló, pero, por algún motivo, su corazón latió con irregularidad. Se dijo que se debía a los nervios de su plan condenado al fracaso. Cuando Preston estiró el brazo hacia la puerta, el recuerdo del fantasma apareció en su mente: el cabello blanco volando como un velamen roto, la piel tan pálida que casi era translúcida.

Una frialdad similar le cosquilleó en la piel y casi dijo: «Un momento, para». Pero habría sido inútil mencionar el encuentro a Preston. Sabía sin preguntar que no era el tipo de persona que creía en fantasmas.

Por otra parte, quizá sí que valiera la pena mencionar a la señora Myrddin.

—Silencio —le pidió con tensión—. La viuda debe de estar ahí.

—*Lo sé* —susurró el chico—. Hago el menor ruido posible.

Effy contuvo el aliento mientras Preston giraba el pomo y empujaba la puerta hacia los aposentos privados. Lo que apareció ante ellos fue un pasillo estrecho y oscuro lleno de polvo. El suelo de madera estaba cubierto de agujeros de termitas y las paredes permanecían desnudas excepto por un pequeño espejo oxidado.

A Effy le sorprendió verlo. Sin embargo, cuando lo examinó de cerca, se percató de que el cristal estaba tan oxidado que resultaba imposible ver reflejado nada. Una decepción extraña se asentó en su estómago.

Preston y ella se detuvieron en el pasillo para escuchar con atención, pero no oyeron ningún ruido procedente de las puertas. Y, al igual que la noche anterior, incluso el agua contra las rocas había

enmudecido. Si la señora Myrddin se hallaba en sus aposentos, estaría durmiendo.

O a lo mejor no existe, dijo una molesta voz en su mente. No tenía pruebas que demostrasen esa idea, pero, cuando pensaba en el fantasma, se le aceleraba el pulso.

—La habitación de Ianto es la de la izquierda —dijo en voz baja.

—Espero que no la haya cerrado.

Había algo raro en esa parte de la casa. Parecía existir en otro mundo, fría, silenciosa y extraña, como un naufragio en el suelo oceánico. El resto de Hiraeth crujía y gemía y se sacudía, protestaba por su lenta destrucción. Allí dentro el aire resultaba intenso y pesado. Effy lo atravesó casi al ralentí, como si llevara ropa mojada. Lo cierto era que esa ala de la casa parecía estar ya inundada.

La puerta de Ianto se abrió sin un temblor.

Effy no sabía lo que había esperado ver en el otro lado. ¿Una sirena encallada sobre la cama, un montón de pieles de selkie? ¿Al fantasma? Pero, para los estándares de Hiraeth, el dormitorio era tan ordinario que resultaba decepcionante. Había una enorme cama de dosel, parecida a la de Effy, con cortinas de gasa carcomidas por las polillas y sábanas de satén azul oscuro, con lo que el colchón parecía empapado. Por lo que vio, no había ningún espejo.

Distinguió un armario, con las puertas cerradas con firmeza, entre las cuales había quedado encajada la manga de un jersey negro, como un tejón en una trampa. *Un tejón*, pensó de repente. A lo mejor ese era el animal de la carretera.

Había montones de periódicos amarillentos, pero ninguno pertenecía a Emrys Myrddin. Los titulares eran muy arbitrarios. Un artículo sobre una instalación de arte en Laleston. Otro sobre una serie de robos en Corth, una ciudad al este de Saltney, no demasiado lejos. Otro sobre un poni que se había convertido en héroe por enfrentarse con valor a un gato montés; al final, el poni sucumbió a las heridas y murió.

Effy dejó que los periódicos revolotearan de nuevo al suelo.

—Nada.

—Yo aún no estoy listo para rendirme —dijo Preston—. En el plano, ¿dónde estaba el espacio en blanco?

—En la pared oeste —señaló Effy.

En esa pared solo había una enorme estantería a medio llenar. En silencio, procedieron a examinar los lomos, pero no encontraron ninguna obra de Emrys Myrddin. Los gustos de lectura de Ianto parecían ser más escabrosos, sobre todo misterios y romances, el tipo de libro que Preston consideraría «vulgar».

Un título erótico le llamó la atención: *Dominar a la damisela.* Effy lo dejó en su sitio con un escalofrío.

—No lo entiendo —dijo Preston, soltando un suspiro malhumorado —. Es imposible que no haya nada. ¿Qué tipo de hombre limpia tan a conciencia el recuerdo de su padre de una casa?

Era la segunda vez que Preston sacaba ese tema y Effy se preguntó por qué le molestaba tanto.

—No lo sé. Cada persona vive el duelo de una forma distinta. No sabes lo que te pasará a ti.

—Pues resulta que mi padre está muerto.

Lo dijo con tanta naturalidad, en un tono tan conversacional, que Effy tardó un momento en reaccionar. Lo miró; Preston estaba un poco girado hacia ella y la escasa luz se aferraba a su perfil. Sus ojos, de un marrón pálido, parecían intensos pero firmes, como si observase algo que ya llevaba tiempo mirando.

—Vaya par estamos hechos —dijo Effy al fin—. Dos hijos sin padre abandonados en una casa que se hunde. Deberíamos ir con cuidado, no sea que Ianto decida degollarnos sobre los nuevos cimientos.

Su intención había sido aligerar la tensión, pero Preston apretó la boca.

—Si hay alguien que crea en esa vieja costumbre, seguro que es Ianto. ¿Has visto la herradura sobre la puerta?

—No —admitió Effy—. Pero esa es una antigua tradición popular para evitar que las hadas entren en la casa.

Preston asintió.

—Y todos los árboles plantados por la propiedad son serbales. Para

alguien que no conserva los libros de su padre, parece haber estudiado sus decretos de cerca.

Serbales, hierro. Effy hasta había visto un manojo de bayas rojas fuera de la cabaña. Las bayas del serbal también servían de protección contra las hadas.

Ianto tenía los retratos que había encargado su padre del rey de las hadas y de Angharad colgados en la escalera. A lo mejor esa era otra forma de protección. Si mantenía al rey de las hadas atrapado dentro del marco, dentro de una historia de Myrddin, quizá le impidiera atravesar la puerta principal.

Effy se preguntó si eso era lo que Ianto quería *de verdad* de ella: una casa que lo protegiera del rey. ¿Acaso él también había visto a la criatura en la carretera, con su corona de hueso y cabello negro mojado?

Pero ¿qué querría el rey de las hadas de Ianto? Solía buscar a chicas jóvenes con el cabello pálido para embellecer su corona. Los hombres dormían profundamente en la cama mientras sus esposas e hijas desaparecían. Eso era lo que decían las historias.

Y el pastor le había dicho lo mismo cuando le dio las piedras de bruja: «Una chica joven y guapa a solas en los acantilados…».

Sacudió la cabeza para desterrar esos pensamientos. Preston, que se había aferrado con ambas manos al borde de la estantería, retrocedió con un suspiro.

La estantería se tambaleó, no de un modo insignificante, lo suficiente para revelar un hueco estrecho entre la madera y la pared. Effy y Preston intercambiaron una mirada.

Sin decir nada, se acercaron al extremo de la estantería y tiraron de ella. Hizo tal ruido que Effy supo que molestarían a la señora de la casa (eso si estaba de verdad en la otra habitación), pero el pulso le latía a toda velocidad y su mente no se detuvo a pensar en la posibilidad de que los atraparan.

Tras apartar lo suficiente la estantería, vio que no había ninguna pared detrás, solo un espacio vacío y oscuro que, al entrar, se convirtió en una pequeña habitación excavada en un costado de la

casa.

—Ve con cuidado —la advirtió Preston—. Effy, espera. Iré a por una vela.

Ella no *quería* esperar. El corazón le martilleaba en el pecho, pero estaba tan oscuro que no tenía otra opción. Se quedó parada en la fría habitación, sin ver nada a su alrededor, y, por raro que pareciera, no sintió miedo. Reinaba el silencio absoluto en ese ambiente tan inmóvil. Effy solo se podía imaginar que lo que fuera que estuviera con ella en esa habitación, si acaso había vivido en algún momento, ya estaba muerto.

Preston regresó con una vela y entró en la habitación con ella. Cabían justos y sus hombros se tocaban. Notó que el brazo de él se movía con su respiración, un tanto entrecortada, demasiado acelerada.

El chico encendió la vela para revelar las paredes cubiertas de polvo y las esquinas con telarañas, yeso pelado y puntos grises de moho. Donde la pintura se había desconchado se distinguían los ladrillos expuestos y la argamasa teñida de negro como si fuera tinta.

No había nada en la habitación; tan solo una caja abollada de hojalata. Justo en el centro del suelo, colocada allí a propósito.

Effy hizo amago de arrodillarse, pero Preston extendió el brazo y la contuvo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Tus rodillas —dijo, bajando la vela para señalarlas—. Seguro que siguen en carne viva y… —Parecía nervioso. Con la otra mano se acariciaba el pelo revuelto y tardó un momento en terminar de hablar —. Déjame a mí.

—Ah. —Effy lo observó mientras se arrodillaba—. Pensaba que ibas a decirme que la caja estaba maldita.

No vio su rostro, pero oyó el resuello ya familiar de la risa de Preston.

—Sí que parece un poco maldita, ¿verdad?

—Me alegra comprobar que no careces por completo de imaginación.

Preston sacudió con cuidado la caja.

—Está cerrada.

—No —dijo Effy, con cierto malhumor—. Déjame ver.

Preston se levantó sacudiéndose los pantalones y le entregó la caja. Al igual que el resto de la habitación, estaba cubierta de polvo. Effy tuvo que soplar para leer las palabras en la parte delantera: «PROPIEDAD DE E. MYRDDIN».

El corazón le dio un brinco. Refrenó su entusiasmo mientras examinaba el resto de la caja. Bajo el nombre había un grabado de los mismos dos santos, Eupheme y Marinell, con las barbas como olas titánicas hinchadas. Effy sintió lo mismo que cuando había revisado esos libros antiguos en la biblioteca de la universidad: como si estuviera descubriendo algo arcano, secreto y especial, algo que, en cierto modo, le pertenecía.

Y a Preston también, claro. Por el polvo, supo que hacía mucho, muchísimo tiempo que unos dedos no tocaban esa caja. Había una pequeña cerradura en la parte delantera, pero el metal parecía frágil, igual de insustancial que la cajita donde el abuelo de Effy guardaba sus ordenados puros.

Estampó la caja contra la pared, lo que causó un estruendo ensordecedor. Se oyó también el crujido del metal cuando el borde de la caja se dobló sobre sí mismo como una servilleta arrugada.

Preston, de hecho, soltó un gritito.

—¡Effy! ¿Qué estás haciendo?

—La estoy abriendo —respondió. Era una obviedad.

—Pero Ianto… —protestó el chico a duras penas—. Seguro que se fijará en que hemos abierto a golpes la caja de su padre y que la hemos saqueado.

—Estaba cubierta de polvo. Creo que no sabe que está aquí.

Preston soltó otro sonido vago y estrangulado de protesta, pero Effy ya había abierto la cerradura rota. Levantó la tapa de la caja y los goznes oxidados chirriaron.

Dentro había un cuaderno pequeño de cuero con un cordón enrollado a su alrededor.

La respiración se le atragantó en la garganta. Tenía ante ella algo

en lo que Emrys Myrddin había escrito de verdad.

Eso era mejor que cualquier libro confuso que encontrase en la biblioteca. Mejor que cualquier tesoro que un buzo pudiera desenterrar.

Echó un vistazo hacia Preston, que se había quedado ojiplático, con la boca entreabierta, y descubrió que no le importaba haberlo descubierto con él.

—No me lo puedo creer —dijo Preston—. Nunca pensé que pudiéramos encontrar… Bueno, aún no sabemos lo que hay dentro. Podría ser un almanaque. Podría ser un libro de recetas.

Effy lo fulminó con la mirada.

—Nadie guarda un recetario en una caja secreta en una habitación secreta.

—Con Myrddin ya nada me sorprende —replicó Preston con sequedad.

Agarró el diario y algo se deslizó de entre las páginas. Varias cosas, de hecho. Cerca de una docena de fotografías, descoloridas y desgastadas por el tiempo.

Con dedos temblorosos, Effy tomó una. A través de la capa nacarada del paso del tiempo, vio que era la fotografía de una chica, no mucho mayor que ella, con el largo cabello pálido. Estaba acurrucada en el diván del despacho de Myrddin, ataviada con una bata de satén que se había deslizado para revelar una pantorrilla pálida.

Preston frunció el ceño.

—¿Quién es?

Effy descubrió que no podía hablar. El aire en la habitación se le antojó de repente muy pesado, muy espeso.

Recogió la siguiente fotografía, con la misma chica, en el mismo diván, pero en una postura distinta: tenía las piernas estiradas, los pies le colgaban por el borde del diván y la bata se había arrugado más arriba para exponer la curva del muslo.

Aunque Effy ya sabía lo que iba a encontrar, necesitaba mirar la siguiente instantánea. La chica había pasado mucho tiempo escondida,

acumulando polvo. Así se convertía una persona en fantasma: cuando su vida había importado tan poco que nadie había llorado su ausencia.

En la siguiente fotografía, la chica estaba tumbada bocarriba, la bata abierta para revelar sus pechos tersos y redondos. Los pezones eran pequeños y apretados, como si ese día hubiera hecho frío en el estudio. No miraba hacia la cámara, sino que dirigía los ojos hacia otra parte, con la mirada vacía. Tenía los brazos arqueados sobre la cabeza, pero en una postura rígida y antinatural, como si las manos o el capricho de otra persona los hubiera colocado de esa forma.

Su cuerpo aparecía liso y desnudo como una pieza de carne en una carnicería, con todas las partes correspondientes. Dos piernas y dos brazos, la cabeza y el pelo dorado, el vientre plano y los pechos perfectamente simétricos. Si alguien la cortara por el medio como un pescado, ambas partes serían idénticas.

La mano de Effy se tensó y arrugó los bordes de la fotografía. Notó un nudo prieto en la garganta.

Preston había agarrado otra foto. Tenía la cara muy roja. Apartó los ojos a toda prisa para intentar mirar cualquier otra cosa que no fuera la chica desnuda.

—¿Quién crees que es? —preguntó de nuevo.

—No lo sé. —Su voz sonaba pastosa, como un eco bajo el agua—. Podrían ser de Ianto…

—Ianto no necesita guardar estos, eh… materiales para adultos bajo llave. —Ahora tenía hasta la nuca de color rosa—. Ya has visto su estantería.

«Materiales para adultos» era el tipo de eufemismo que solo se le ocurriría a un académico. Si las circunstancias fueran distintas, Effy se habría echado a reír.

Pero la chica no era una persona adulta, no del todo. No podía serlo. Parecía de la edad de Effy y lo cierto era que Effy no se sentía como una adulta.

Las fotografías la mareaban; los bordes de su visión empezaban a nublarse.

—Entonces tienen que ser de Myrddin.

La certeza fue como un puñetazo en la tráquea. La respiración le salía en estertores secos y calientes.

Preston la miró con el ceño fruncido.

—Effy, ¿te encuentras bien?

—Sí —consiguió decir, pero no soportaba seguir mirando a la chica. Le dio la vuelta a la fotografía.

Había algo escrito en el dorso, en una letra apresurada pero delicada.

Preston lo leyó en voz alta y la voz le tembló ligeramente.

—«Te amaré hasta la ruina».

Era lo que el rey de las hadas le había dicho a Angharad la primera noche que se acostaron juntos en su cama matrimonial. Su largo cabello negro se derramaba sobre la almohada para enredarse con el dorado pálido de la chica.

No era la letra de Ianto.

Se oyó un golpe en el piso inferior, seguido del crujido de una puerta al abrirse, y los dos se sobresaltaron. Effy notó que su sopor se desvanecía. Dejó la caja en el suelo y la cerró, abollada como estaba, mientras Preston se guardaba el diario en el bolsillo de la chaqueta. Se apresuraron a salir de la pequeña habitación y arrastraron la estantería de vuelta a su sitio.

Dejaron las fotografías dentro de la caja. Effy no quería volver a verlas en su vida. No tenía forma de saberlo a ciencia cierta, pero tenía la certeza absoluta de que la chica de las imágenes estaba muerta.

Cuando llegaron al estudio, Effy estaba sin aliento. Le picaba la nariz por el polvo, la sangre le palpitaba cálida y, cuando Preston sacó el diario del bolsillo, vio que le temblaban las manos.

Desenrolló el cordón con dedos largos y hábiles mientras Effy lo observaba extrañamente hipnotizada. Se inclinaron sobre el escritorio, tan cerca que sus hombros casi se tocaban. Notaba el calor del cuerpo

de Preston a su lado y el zumbido frenético de energía que emanaba de él.

Detrás de las gafas, el chico fruncía el ceño con una concentración total. El cordón revoloteó hasta el suelo.

Effy no pudo contenerse: se estiró para abrir el cuaderno por la primera página. Al hacerlo, rozó la mano de Preston y el muñón de su dedo anular ausente le rozó el pulgar. El chico bajó la mirada un momento, su atención desviada durante un instante, y luego miró de nuevo el diario.

La primera página estaba cubierta por la letra fastidiosa y arácnida de Myrddin. Tanto Effy como Preston agacharon la cabeza, entornaron los ojos y leyeron:

10 de marzo de 188

Visité a Blackmar en Penrhos. Me dio unos apuntes sobre «El joven caballero» que estaban bien. También se ofreció a presentarme a su editor, un tal señor Marlowe, en Caer-Isel. Blackmar parecía pensar que al director de Greenebough Books le encantaría mi infancia empobrecida. Con cierta arrogancia, se refirió a ella como «mis asperezas». También estaban allí tres de sus hijas. A la esposa, deduje, la desterró.

Ese era el final de la primera página. Preston alzó la mirada del cuaderno hacia Effy. Era la primera vez que lo veía completamente boquiabierto.

—No me lo puedo creer —dijo—. Este es el diario auténtico de Myrddin. Una parte de mí esperaba, como es natural, encontrar algunas de sus obras sin publicar, pero no me atreví a imaginar que me encontraría con un *diario* completo. ¿Sabes lo valioso que es esto, Effy? Aunque no descubramos pruebas de un engaño, este diario…

Bueno. A Gosse le va a dar un patatús. En serio, creo que todos los académicos en la facultad de Literatura se amputarían el brazo izquierdo por él. Como pieza de museo, valdrá miles. Puede que *millones*.

—Creo que te estás adelantando un poco —repuso Effy. Pero sonó débil; el corazón le farfullaba en el pecho—. Ianto no sabría que estaba ahí o habría intentado venderlo.

—O hay algo en él que no quiere que descubra nadie más —añadió Preston con el semblante sombrío.

Siguieron leyendo.

30 de enero de 189

«El joven caballero» se publicará. Greenebough parece ostentar un optimismo cauto, pero yo no espero mucho éxito. Puede que los jóvenes lo lean, pero me parece un libro demasiado seco. ¿Los jóvenes de hoy en día se preocupan por la caballerosidad y la modestia? No mucho, diría yo. Cuando visité Penrhos, volví a ver a las hijas de Blackmar. La mayor es muy rubia y se interesó en mi trabajo. Pero la mente de una mujer es demasiado frívola y, aunque ella es un ejemplar bastante sensato de su sexo, supe que le interesaban más los bailes y los chicos. Ha escrito unos cuantos poemas.

Effy miró y miró la frase «la mente de una mujer es demasiado frívola». Fue como la picadura de una serpiente, un relámpago repentino de dolor. Angharad era de todo menos *frívola*. Era astuta y atrevida; su mente siempre estaba planeando, imaginando, conjurando nuevos mundos. Era fuerte. Había derrotado al rey de las hadas.

Si Myrddin tenía una opinión tan pobre de las mujeres, ¿por qué había escrito *Angharad*?

—*El joven caballero* fue el primer intento de publicación de Myrddin —comentó Preston—, pero solo recibió silencio a modo de respuesta. Emrys Myrddin no se convirtió en un nombre conocido hasta…

—Hasta *Angharad* —terminó Effy. Le dolía el pecho.

—Veamos qué tiene que decir Myrddin al respecto.

Pasaron páginas hasta 191, el año de la publicación de *Angharad.*

18 de agosto de 191

Blackmar me entregó a Angharad de noche. La lluvia y la humedad en esta época del año son insoportables. No doy mucho crédito al nerviosismo de los naturalistas, pero estas tormentas de verano me recuerdan las advertencias sobre una segunda Inundación. Blackmar estaba contento de deshacerse de ella; últimamente lo ha estado fastidiando mucho.

Se publicará en invierno. El señor Marlowe está muy emocionado con la reinvención de Emrys Myrddin.

Preston soltó un suave suspiro. Le relucían los ojos marrones.

—Effy, no me lo puedo creer.

Aquello parecía incriminador. Pero, aunque las palabras «la mente de una mujer es demasiado frívola» seguían carcomiéndola, Effy no pensaba ceder.

—¿Quién es Blackmar?

Preston parpadeó, como para alejar la perplejidad de su semblante.

—Colin Blackmar. Otro autor de Greenebough. Seguramente conozcas su obra más famosa, «Sueños de un rey durmiente».

—Ah. Sí. Ese horrible y aburrido poema largo que tuvimos que memorizar a fragmentos en el colegio.

Preston arqueó una comisura de la boca.

—¿Recuerdas algo?

—«El rey dormido sueña con espadas y muerte. Siente la sangre de sus enemigos fluir por su cota de malla y la parte soñadora sueña con el agua fría del río. Ve el largo cuerpo del dragón desenroscarse, el destello de las escamas, los dientes relucientes ¡y cuán frustrado se siente el rey dormido! Pues en esa batalla en su mundo de sueños él es tanto el caballero como el dragón».

Intentó recitarlo con el dramatismo apropiado, aunque la cabeza le daba vueltas y notaba las piernas débiles.

—En serio, no conozco a nadie con mejor memoria que tú —dijo Preston. La admiración en su voz era innegable—. Impresionarías a tus profesores en el colegio.

—Es una tontería. No me digas que le ves mérito.

—Blackmar siempre fue un autor comercial, no tan querido como Myrddin. Nadie en la facultad de Literatura está estudiando «Sueños de un rey durmiente», eso seguro. —Cuando Effy lo miró con hastío, prosiguió—: Y no, nunca lo he admirado. Su obra me parece… bueno, tediosa.

Algo en lo que coincidían al fin.

—¿Tú sabías que Myrddin y Blackmar eran amigos? ¿Por qué Blackmar le trajo *Angharad* en agosto de 191?

—Se me ocurren unas cuantas ideas —respondió Preston—. Pero esto es importante, Effy. Incluso si tienes razón tú y Myrddin es exactamente quien decía ser (un genio provinciano), este diario puede demostrar muchas otras cosas. Cosas sobre las que otros académicos de Myrddin solo han podido especular. Gosse se va a atragantar con su bigote.

—Eso *si* Myrddin no es un fraude —replicó Effy. Pero no pudo imbuir a sus palabras la confianza que quería. No dejaba de echar vistazos al diván verde del rincón. Se podía imaginar a la chica allí, con la bata abierta como una ostra—. Esto demuestra que al menos Myrddin no era analfabeto, pero… no parecen los pensamientos de un genio inolvidable.

Preston parpadeó con rapidez y arqueó una ceja.

—¿Te he oído bien? ¿Estás empezando a planteártelo?

—¡No! —exclamó Effy, con el rostro enrojecido—. O sea, no del todo. Es que… las cosas que ha dicho sobre las mujeres… No sé cómo pudo escribir un libro como *Angharad* si de verdad creía que las mujeres eran descerebradas y frívolas.

Intentó hablar con la fría racionalidad de Preston, alejada de toda emoción. Pero notaba el nudo de las lágrimas en la garganta. El Myrddin de la fotografía en su libro de *Angharad* y el Myrddin de ese diario eran dos bueyes uncidos tirando en direcciones opuestas y, por mucho que Effy lo intentase, no podía conciliar ambas ideas.

—Disonancia cognitiva —dijo Preston. Cuando Effy lo taladró con la mirada, añadió enseguida—: Pero tienes razón. El típico misógino no escribiría *Angharad*.

Llamar «misógino» a Myrddin era bastante fuerte. Seguramente era la afirmación más atrevida e inequívoca que le había oído a Preston. Eso hizo que el nudo en su garganta subiera más.

—Aunque no puedes considerarlo tal solo por una frase en una entrada de su diario —dijo con voz débil—. A lo mejor solo… no sé, tenía un día malo.

El argumento era lamentable y lo sabía. Preston tomó aire como si fuera a discutir, pero luego cerró la boca. A lo mejor vio la tristeza en su rostro. Se quedaron un momento en silencio y Effy sintió la atracción del diván en el fondo de su mente. Como si, al girarse, se fuera a encontrar con la chica allí tumbada, el cadáver de un blanco azulado, lleno de gusanos y moscas que zumbaban a su alrededor. Le dieron ganas de vomitar.

—Me gusta ir sobre seguro —dijo Preston al fin, y Effy le agradeció que rompiera el silencio, el hechizo que esas fotografías le habían lanzado—. Pero, al ver todo esto, si tuviera que apostar por algo… apostaría por nosotros, Effy.

Detrás de las gafas, Preston tenía la mirada clara. La determinación en sus ojos hizo que se le hinchara el pecho. Nunca había pensado que sentiría algo cercano a la *camaradería* con Preston Héloury, un odioso académico de Literatura, un argantiano de poco fiar. Y, sin embargo,

camaradería no parecía la palabra adecuada.

Al mirarlo a los ojos, se dio cuenta de que ese sentimiento se parecía más al afecto. Incluso… quizás… a la pasión. Y Effy no pudo evitar preguntarse si él sentía lo mismo.

—Alguien se ha esforzado mucho en ocultar este diario por algún motivo —dijo Preston, sin dejar de mirarla a la cara—. Es algo por lo que matarían otras personas, y conozco bien a mis colegas. Pero, si vamos con cuidado, podemos…

Lo interrumpió la puerta al abrirse. Effy no había oído pasos por el pasillo. Pero Ianto estaba en el umbral, con la ropa empapada y el pelo negro pegado a la cabeza.

Los reflejos de Preston fueron impresionantemente rápidos. Tiró el diario detrás de su espalda y lo ocultó bajo un montón de papeles del escritorio.

Effy soltó un gritito ahogado, pero nadie lo oyó por encima del sonido del agua regando el suelo. Caía de la ropa de Ianto y del cañón del mosquete que apoyaba sobre un hombro.

Casi se sintió *aliviada* de verlo allí, perfectamente mortal incluso con su rabia. Una parte de ella esperaba ver al rey de las hadas aparecer por la puerta.

—Ha estallado una tormenta de repente —dijo el hombre—. En cuanto volví de Saltney, comencé mi ronda semanal por la propiedad, porque Wetherell jura que ha visto el rastro de un lobo. No deja de insistir en que contrate a un guardabosques, pero me gusta el aire fresco de la mañana. Parecéis cómodos.

¿Cómo había tenido tiempo para atravesar los terrenos después de volver de la iglesia? Seguro que no habían dedicado más de una hora a buscar el diario de Myrddin. Pero su coche no estaba y Effy había visto a una criatura muerta descomponiéndose en la carretera.

O, al menos, eso pensaba. Se había tomado las pastillas rosas esa mañana, encima dos, por si acaso, pero después de la noche anterior (después del fantasma) ya no se fiaba por completo de su medicación. A lo mejor no había ningún animal ni nada de sangre.

Apretó los labios. Le picaba la piel.

El rostro de Preston empalideció.

—Effy solo me estaba, eh… hablando sobre su trabajo. Tengo cierto interés en la arquitectura. Siempre he sentido curiosidad por las diferencias entre el clásico argantiano y las casas de Llyr…

Perdió el hilo y, a pesar de su miedo, a Effy le encantó ver lo mal que mentía Preston.

—Vamos a la misma universidad en Caer-Isel —dijo ella con suavidad—. Resulta que hasta tenemos amigos en común. El mundo es un pañuelo.

La discrepancia en sus excusas era patente, pero Preston no le había dado mucho con lo que trabajar. ¿De verdad esperaba que Ianto creyera que le importaba la diferencia entre una ventana de guillotina y una de bisagras? Preston agarraba con fuerza el borde de la mesa y tenía los nudillos blancos.

Ianto se los quedó mirando sin más, como si no hubieran hablado. Muy despacio, dejó que el mosquete le resbalase del hombro y colgara paralelo al suelo, con el cañón apuntando hacia las rodillas de Preston. A Effy se le cerró la garganta.

—Creo —dijo el hombre, pronunciando cada sílaba en un *staccato* deliberado— que he sido bastante generoso al permitiros entrar en mi hogar y muy paciente al permitiros inquirir sobre la vida de mi padre y la historia familiar, cosas que, por supuesto, son muy personales. Si descubriera que alguien se aprovecha de mi paciencia y generosidad por cualquier motivo… Bueno. Supongo que lo mejor será no descubrir lo que pasará.

—Entendido —dijo Preston con demasiada rapidez, y tragó saliva —. Por supuesto. Lo siento.

Effy se contuvo para no propinarle un codazo. En todo el planeta no había nadie con más pinta de culpable que él.

—No es lo que piensas —dijo Effy, intentando mantener la voz firme—. Estábamos tomando un café y charlando antes de ponernos a trabajar. ¿Has disfrutado del pueblo?

—Mm —respondió Ianto. El extremo del mosquete era un agujero vacío, una negrura sin fondo. Alrededor del hombre se estaba

formando un charco sobre el suelo de madera—. Diría que ya habéis charlado suficiente por hoy, señorita Sayre. Señor Héloury. Effy, me gustaría ver algunos bocetos esta tarde.

Era como si hubiera olvidado lo del día anterior: el rato en el bar, que ella saltara del coche. Volvía a tener los ojos turbios de nuevo, inescrutables. Aunque Effy hubiera tenido el valor de intentarlo, no habría podido adivinar nada con tan solo mirarlos.

Sin añadir nada más, Ianto se giró y cerró con un portazo al salir. Lo único que quedó fue el charco de agua en el suelo.

Todo el incidente bastó para convencer a Effy de que Ianto escondía algo, aunque no conociera la existencia del diario. Mientras intentaba trabajar en los bocetos en la mesa del salón de la planta baja, con la extraña lámpara de araña ondulando sobre ella, no pudo dejar de pensar en las fotografías de la chica en el diván. Cada una era como una estaca clavada en su cerebro.

Eran antiguas, eso seguro, aunque no supiera decir cómo de antiguas. Recordó la frase escrita en el dorso de la última: «Te amaré hasta la ruina». La letra coincidía con la del diario de Myrddin.

Su mente reflexionó más sobre esa otra frase en el diario: «La mente de una mujer es demasiado frívola». Había algo raro en ello, en todo; quizás no era como lo que Preston creía, pero, aun así, le dolía el corazón y le ardían los ojos. A esas alturas, el mejor resultado sería que el diario fuera falso. Que Myrddin nunca hubiera escrito esas cosas sobre las mujeres. Pero eso parecía muy improbable, visto que alguien (a lo mejor el propio Myrddin) se había esforzado tanto por esconderlo.

Eso la dejaba con dos opciones: que Myrddin hubiera creído esas cosas y, pese a todo, acabase escribiendo *Angharad* (disonancia cognitiva, como había dicho Preston) o que no hubiera escrito *Angharad* directamente.

En ese momento, Effy no sabía qué era peor.

Trabajó con pocas ganas en sus esbozos, con los dedos temblorosos alrededor del lápiz. Le venía bien tener mucha práctica, porque solía hacer los deberes de Arquitectura con poco entusiasmo. Pero lo raro fue que Ianto no bajó a ver cómo iba, ni siquiera cuando la fina luz gris que entraba por las ventanas se atenuó hasta desaparecer.

Effy miró por el cristal manchado. Casi había oscurecido por completo y el sol empequeñecía en el horizonte. Dobló los papeles y se puso en pie.

Su intención era regresar a la cabaña, de verdad que sí, pero, de algún modo, sus piernas la llevaron por las escaleras. Pasó junto al retrato del rey de las hadas, que, por suerte, permanecía atrapado en su marco; junto a las esculturas de los santos; junto a la puerta del estudio donde Preston estaría leyendo el diario.

La noche anterior había sido cerca de esa hora cuando había visto al fantasma. El anochecer, cuando la guerra entre la luz menguante y la oscuridad hambrienta lo convertía todo en trémulo e irreal. Effy se dijo que solo quería llevarle los esbozos a Ianto, tal como le había pedido. Pero, al acercarse a la puerta que conducía a los aposentos privados, se descubrió moviéndose con sigilo para intentar no hacer ruido.

Sintió la misma quietud opresiva que cuando Preston y ella habían entrado en el dormitorio antes. Sin embargo, no vio al fantasma: no hubo un destello de vestido blanco ni de pantorrilla desnuda, ni el revoloteo de las cortinas. Effy estaba a punto de darse la vuelta, decepcionada, cuando oyó una voz.

—Tenía que salir…

Se quedó de piedra, como un ciervo al otro extremo del rifle de un cazador. Era Ianto.

—No tenía otra opción —dijo, y fue un sonido grave, quejumbroso, como si sintiera dolor—. Esta casa me retiene, ya lo sabes, y sabes lo del serbal…

Dejó de hablar de repente. A Effy se le heló la sangre en las venas.

Y entonces habló de nuevo:

—Tenía que traerla a *ella* de vuelta. ¿No es eso lo que querías?

Effy aguardó y aguardó, los temblores le recorrían todo el cuerpo, pero Ianto no dijo nada más. Cuando tuvo fuerzas para moverse, se lanzó inestable hacia las escaleras. El miedo resonaba en su interior como un segundo pulso. Ianto había hablado para sí… o para algo que no podía responder en voz alta.

Algo como un fantasma.

DIEZ

Cuando el rey fue enterrado,
los sueños lo abandonaron.
Fue el abominable vacío
el que lo cubrió como un sudario.
Un olvido lúgubre y fúnebre
demasiado cercano a la muerte.
Y así los sueños consolaron
al rey medio muerto y desesperado.

«Sueños de un rey durmiente», de Colin Blackmar, 193 d. I.

Al día siguiente, Preston estaba más alterado de lo habitual y se sobresaltaba con cualquier sonido inesperado. No parecía superar el hecho de que Ianto había agitado el rifle ante ellos. Pero esa era la última de las preocupaciones de Effy. El antagonismo más manifiesto de Ianto no la molestaba. Un hombre con una pistola era un enemigo que podía reconocer y comprender con facilidad.

No, lo que más le preocupaba eran las cosas que solo podía ver por el rabillo del ojo, las voces que oía cuando nadie más escuchaba.

Las amenazas de Ianto habían sido vagas, pero Effy sabía que no quería verla con Preston de nuevo. Así que empezaron a trabajar solo al amparo de la noche.

Habrían tardado días, o incluso semanas, en leer todo el diario con la atención cuidadosa que requería. Sin embargo, las entradas que sí

que habían leído señalaban una y otra vez a Colin Blackmar. Si Preston tenía razón, no disponían de mucho tiempo para resolver el misterio antes de que el resto de la facultad de Literatura llamara a su puerta… o antes de que Ianto lo echara de la casa.

—A lo mejor solo es cuestión de días —dijo Preston—. Tenemos que centrarnos en Blackmar.

Effy no sabía nada sobre Blackmar más allá de ese terrible poema; recordaba con claridad recitarlo mientras llevaba un jersey del colegio que picaba.

—Será un escritor de lo más patriótico —añadió Preston—. Un nacionalista sin tapujos. Por algo todos los niños de Llyr han aprendido «Sueños de un rey durmiente». Y al rey se lo venera porque ha matado a cientos de argantianos.

La voz de Preston se tornó aguda al final; siempre parecía inusualmente nervioso cuando hablaba de Argant y su acento, por lo general sutil, se volvía más pronunciado.

—Seguro que al Gobierno llyriano le encantaría ponerlo también en el Museo de los Durmientes —comentó Effy. Todos los Durmientes tenían una cosa en común: debían ser del sur.

—Ah, Blackmar seguramente se esté lamentando de haber tenido la desgracia de nacer al norte de Laleston. Supongo que podría inventarse alguna historia sobre que fue un huérfano al que adoptó la nobleza, con auténtica sangre sureña fluyéndole por las venas. Y en un santiamén… Museo de los Durmientes, veneración eterna, *magia*.

El tono de Preston rebosaba ironía. Effy puso los ojos en blanco.

—Seguro que te frustra mucho tener que aguantar nuestras supersticiones llyrianas. Solo porque sea una creencia arcaica no significa que no sea *cierta*.

—Argant tiene muchas supersticiones propias, te lo aseguro. Pero, para mí, la magia es solo la verdad que la gente decide creer. Para la mayoría, esa verdad es lo que sea que los ayude a dormir de noche, lo que les facilite la vida. Es diferente a la verdad *objetiva*.

Effy soltó una corta carcajada.

—No me extraña que seas un mentiroso tan nefasto.

Le encantó ver que, a pesar de su monólogo sobre que las buenas mentiras requerían un público dispuesto a escucharlas, aún se ruborizaba y tartamudeaba al hablar sobre ello.

—No me *gusta* mentir. —Preston se cruzó de brazos—. Sé que no es realista, pero el mundo sería un lugar mejor si todo el mundo contara la verdad.

Aquello era muy ingenuo. Effy nunca se había parado a pensar en las mentiras que contaba. No se sentía *bien* al mentir, pero la culpa tampoco la desgarraba por dentro. Mentir era una forma de supervivencia, una forma de escapar de cualquier trampa. Algunos animales se mordían las patas para escapar. Effy solo ocultaba una verdad tras otra hasta que no sabía si debajo de todas esas mentiras desesperadas y acuciantes quedaba una persona de verdad.

Pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que intentó contar la verdad a alguien. Había supuesto que nadie le creería. Sobre todo Preston, con su pretensión y desdén por cualquier cosa que no se pudiera demostrar. Pese a todo, aunque se aferraba a sus principios, no era tan cerrado de mente como se había imaginado al principio. Reflexionaba de verdad sobre todo lo que Effy decía, toda la nueva información que se le presentaba… y hasta le había dicho que estaba dispuesto a dejar que demostrase que se equivocaba.

—¿Crees en fantasmas? —soltó Effy de repente.

Preston parpadeó.

—¿A qué viene eso?

—Pues… no sé. —Effy se había sorprendido a sí misma al preguntarlo—. Curiosidad. Sé que no crees en la magia de los Durmientes, pero los fantasmas son distintos, ¿verdad?

El semblante de Preston se endureció de repente.

—No hay pruebas de que los fantasmas sean reales. Ninguna evidencia científica que lo sustente.

—Pero no hay nada que demuestre que *no* sean reales, ¿verdad?

—Supongo que no.

Esperaba que Preston añadiera algo más, pero había cerrado la boca y no la miraba a la cara. Esa abstracción no era propia de él. En

general, costaba poco hacer que se pusiera poético con cualquier tema.

—Y hay muchísimas historias de fantasmas —insistió Effy—. Tantos avistamientos… Seguro que, en una habitación llena de gente, la mitad afirmaría haber visto un fantasma. Cada cultura tiene sus propias historias. Eso parece importante.

—No sé a santo de qué viene esto —dijo Preston despacio—, pero si de verdad quieres saber en lo que creo… Creo en la capacidad de la mente humana de racionalizar y externalizar su miedo.

—¿Miedo? —Effy arqueó una ceja—. No todas las historias de fantasmas dan miedo. Algunas reconfortan.

—Vale, bien. —La voz de Preston sonaba tensa. Fijaba la mirada con tozudez en un punto por encima de la cabeza de Effy—. Creo en que las emociones (dolor, terror, deseo, esperanza o lo que sea) pueden conjurar a un fantasma.

No era la respuesta desdeñosa que Effy había esperado recibir. Preston no se había reído de ella, como había temido. No le había dicho que era infantil o tonta. Sin embargo, por cómo había hablado, sabía que todo su cuerpo se había tensado con la palabra *fantasma* porque era algo de lo que no quería hablar.

Parecía que Effy se había acercado demasiado y casi había metido el dedo en la llaga.

Descubrió que no quería hacerle daño, así que decidió no contarle lo que había visto. Ni lo que había oído.

—Blackmar está vivo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. —Preston parecía aliviado con el cambio de tema—. Mayor, pero vivo.

—Pues vayamos a verlo. Es el único que puede responder a nuestras preguntas.

Preston dudó. Habían pensado que era demasiado peligroso mantener las luces del estudio encendidas, así que trabajaban con la luz de la luna y de las velas y hablaban en voz baja. En ese momento, el lado izquierdo de su cara estaba iluminado de naranja y el derecho de blanco.

—Resulta que ya he escrito a Blackmar —respondió al fin—. Su nombre aparece bastante en las cartas de Myrddin. Pensé que podría ofrecerme su perspectiva sobre el carácter de Myrddin, ya que Ianto no quiere hablar sobre su padre.

—¿Y bien? —insistió Effy.

—La carta regresó con una nota de «Devolver al remitente». Pero sé que la abrió y la leyó, porque el sello estaba roto y lo había reemplazado por otro.

—¿Puedo ver la carta?

Con cierta reticencia, Preston la sacó. Effy alisó el papel contra la mesa y, con los ojos entornados a la luz de las velas, la leyó:

Querido señor Blackmar:

Soy un estudiante de Literatura en la Universidad de Caer-Isel y mi tesis se centra en algunas de las obras de Emrys Myrddin. Hace poco descubrí que ustedes dos mantenían correspondencia. Si tuviera la amabilidad de responder a mis preguntas, me gustaría investigar su relación. Podría viajar hasta Penrhos si prefiriera mantener una conversación cara a cara en vez de hacerlo por correspondencia.

Atentamente,
Preston Héloury

Effy parpadeó.

—Esta es la peor carta que he visto nunca.

—¿Qué quieres decir? —Preston parecía ofendido—. Es rápida y profesional. No quería hacerle perder el tiempo.

—Blackmar debe de tener noventa años ya. Tiene *mucho* tiempo entre manos. ¿Dónde están los halagos? ¿Las súplicas? Al menos tendrías que haber *fingido* que te gustaba su obra.

—Te he dicho que no me gusta mentir.

—Es por una buena causa. ¿No vale la pena mentir un poco si con eso conseguimos la verdad?

—Qué paradoja más interesante. Por algo en Llyr tenéis una santa de los mentirosos felices. ¿Los padres bautizan a sus hijos en honor a santa Duessa?

A Effy se le erizó el vello. No quería ir por ese oscuro camino.

—Algunos supongo que sí. Pero no cambies de tema. Me estoy burlando de tu horrible carta.

Preston suspiró.

—Vale. ¿Por qué no la escribes tú?

—Lo haré —respondió Effy con resolución.

Effy escribió esa noche la carta, llena de súplicas y halagos. Como no podían arriesgarse a dejarla en el buzón de Hiraeth, porque Ianto podría encontrarla con facilidad, Preston bajó a Saltney para enviarla.

—Ahora solo falta esperar —dijo el chico—. Seguiré leyendo el diario.

La mente de Effy daba vueltas a un misterio diferente, el que no le había contado a Preston por cobardía. El rey de las hadas, el fantasma, la extraña conversación de Ianto. Esos pensamientos la perseguían dormida y despierta, hasta el punto de que huía de Hiraeth con rapidez por la noche para encaminarse a toda prisa hacia la seguridad de la cabaña.

Fue casi un alivio no pensar en Myrddin durante una temporada. No quería recordar las fotografías, la entrada del diario donde tachaba de frívolas a las mujeres. Una parte de ella deseaba no haber visto nada.

Distraer a Ianto era, por lo menos, fácil. Effy le dibujaba bocetos que nunca abandonarían el papel, plantas que nunca serían reales. Descubrió que el hombre era un público dispuesto a escuchar sus mentiras. Ianto quería creer, como había hecho Effy antes (y una parte

de ella aún seguía creyéndolo), que el proyecto de Hiraeth era algo más que un futuro imaginario. Que un castillo en el aire.

—Me gusta esta segunda planta —dijo Ianto con los planos extendidos sobre la mesa del salón—. Los ventanales que dan al mar… Será maravilloso observar el amanecer y el atardecer desde ahí. A mi madre también le gustarán.

—¿Tu madre no quería que viniera?

Effy se había refrenado para no preguntárselo desde su llegada a Hiraeth, pero, tras la extraña conversación que había oído sin querer, esa pregunta la carcomía por dentro.

Y parecía un buen momento para plantearla. Ianto estaba contento. El sol se escabullía entre las nubes. El rey de las hadas no se le había aparecido a Effy desde ese día en el coche y Ianto nunca había mencionado el incidente. Al parecer, nunca había ocurrido.

Ianto se reclinó en la silla y soltó un suspiro. El silencio se alargó y Effy se preocupó por si, después de todo, no era un buen momento para esa pregunta.

—Es una mujer muy reservada —dijo el hombre al fin—. Mi padre la hizo así.

A Effy se le contrajo el estómago en un puño.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre creció rodeado de una terrible pobreza, como ya sabes. Solo tenía la ropa que llevaba puesta y la barca pesquera de su padre. Cuando al fin consiguió algo, odió tener que dejarlo marchar. —Otro silencio—. Esta casa… Prefirió que se deteriorara antes que permitir que viniera un desconocido a arreglar las fugas en las tuberías o las ventanas rotas y mucho menos los cimientos ruinosos. Creo que es una buena metáfora, pero no soy un académico literario, como nuestro otro invitado.

Casi nunca mencionaba a Preston por su nombre. Lo llamaba «el estudiante» o «el argantiano». Las palabras de Ianto le recordaron cierto pasaje de *Angharad:*

—Te amaré hasta la ruina —dijo el rey de las

hadas, apartándome un mechón de pelo dorado de la mejilla.

—¿La tuya o la mía? —pregunté.

Él no respondió.

Eso la hizo pensar de nuevo en las fotografías y *eso*, a su vez, hizo que se le sonrojaran las mejillas. A lo mejor no quería saber nada sobre el fantasma, sobre la viuda de Myrddin, sobre los secretos que Ianto ocultaba. Todo estaba enredado como peces en una red de pesca, criaturas moribundas que se agitaban mientras se ahogaban en el aire.

A lo mejor Preston tenía razón sobre por qué la gente creía en la magia. La verdad era una cosa fea y peligrosa.

—Bueno —dijo Effy—. Intentaré mantenerme fuera de su camino.

—Ah, no creo que la molestes —replicó Ianto. Sus ojos incoloros habían adquirido un poco de ese brillo extraño que había percibido en el bar y aquello la sorprendió tanto que se apartó en la silla—. Eres tan tímida como un gatito.

Effy intentó sonreír. Con dedos temblorosos, aferró las piedras de bruja en su bolsillo.

Un día después de la conversación con Ianto, encontraron una carta en el buzón de Hiraeth. Effy y Preston lo habían estado vigilando a todas horas para interceptarla antes de que Ianto la viera. Justo llegó durante el turno de Effy y, tras agarrarla, se la apretó contra el pecho y subió corriendo las escaleras de la casa. Le daba igual que fuera de día y que Ianto pudiera verla y enfurecerse. Irrumpió en el estudio, respirando con dificultad, y dejó el sobre con fuerza delante de Preston.

El chico estaba sentado en el escritorio de Myrddin con la cabeza gacha sobre el diario. El sol que entraba por la ventana iluminaba las motas doradas de su cabello castaño y resaltaba las pálidas pecas

sobre su nariz. Cuando vio la carta, esbozó una sonrisa que, por algún motivo, hizo que el corazón de Effy brincase ligeramente.

—Te ha respondido de verdad —dijo el chico—. No me lo puedo creer.

—Deberías tener más fe en mí. Puedo ser encantadora.

Preston soltó una carcajada.

—Lo cierto es que lo sé.

A Effy se le encendieron las mejillas. Agarró el sobre de nuevo y casi rompió el sello de Blackmar. Sacó la carta con cuidado; estaba escrita en un papel muy fino, casi translúcido al sol. La sostuvo en alto para que Preston también pudiera leerla.

Señorita Euphemia Sayre:

Me ha complacido recibir una carta que rebosa tanta admiración y que ha escrito una joven que parece amable y encantadora. Estaría más que dispuesto a alojaros a usted y a su compatriota estudiante en mi mansión, Penrhos. Ya conoce la dirección, como demuestra la entrega exitosa de su carta. Diría que es usted una jovencita de lo más especial al interesarse tanto en la obra de dos ancianos, uno de los cuales lleva seis meses muerto. Será bienvenida en mi casa todo el tiempo que necesite para poder responder satisfactoriamente sus preguntas sobre mi obra y la de Emrys Myrddin. Fuimos muy amigos y, al final, incluso familia.

Atentamente,
Colin Blackmar

—Le escribí para contarle lo mucho que me gustaba «Sueños de un rey durmiente» —dijo Effy, tan complacida con el resultado de su

carta que sonreía y parloteaba. Las palabras le salían rápidas y entusiastas—. Apenas mencioné a Myrddin… No quería ofenderlo sugiriendo que estaba más interesada en la obra de Myrddin que en la suya. Te dije que solo haría falta halagarlo un poco.

Effy miró expectante a Preston, pero el chico se había quedado mudo y observaba la carta con el ceño fruncido.

—No sabía que ese era tu nombre completo.

Con la emoción del momento, se había olvidado de que había firmado la carta a Blackmar como «Euphemia». Lo había hecho con toda la intención del mundo. Nadie, ni siquiera su madre ni sus rígidos y formales abuelos, la llamaba Euphemia. Pero «Effy» poseía un aire infantil y frívolo. No quería que Blackmar la considerase frívola. Quería que tomara con seriedad su petición, así que había usado su nombre real.

En ese momento vio la mente de Preston dándole vueltas a aquello y se le encogió el estómago.

—Sí. Es mi nombre completo.

—¿Te importa si…? Perdona, no quiero ser maleducado… —Nunca lo había visto tartamudear de esa forma. Tenía hasta las puntas de las orejas rojas—. No hace falta que respondas, claro, y la verdad es que puedes abofetearme o llamarme idiota con total libertad por preguntarte esto, pero… ¿fuiste una niña cambiada?

Effy dejó que la habitación se sumiera en el silencio. Llevaba tanto tiempo usando el apodo de «Effy» que casi se había olvidado del significado de su nombre real: que el nombre de un santo era la señal de un niño cambiado.

Cerró la mano izquierda en un puño y la abrió de nuevo. Sí que era una pregunta de lo más maleducada. Nadie preguntaba sobre ello. Effy era una buena chica norteña procedente de una buena familia norteña, mientras que los niños cambiados eran una costumbre bárbara que solo practicaban los campesinos en las Cien Últimas.

—Sí —dijo al fin, y le sorprendió comprobar con cuánta facilidad pronunciaba esa palabra.

—Lo siento mucho. Como mencionaste que no tenías padre…

Preston se pasó una mano por el pelo con pinta de desdichado.

—No pasa nada —respondió. Eso también fue fácil decirlo. De hecho, Effy se percató de que podía contar toda la historia como si le hubiera ocurrido a otra persona, para que fuera totalmente indolora —. Mi madre tenía mi edad, o por ahí, cuando me tuvo. Mi padre era un hombre que trabajaba en el banco de mi abuelo, mayor que ella. No hubo ni boda ni noviazgo. Fue una vergüenza para mi abuelo que terminase embarazada. Despidió a mi padre, lo envió de vuelta al sur. Era de las Cien Últimas… uno de esos genios provincianos.

—Lo siento —repitió Preston con desesperación—. No hace falta que digas más.

—No me importa. —Effy se hallaba en otra parte, flotando. Su mente había abierto la escotilla de escape y se había marchado—. Mi madre me tuvo, pero una niña era inconveniente para todo el mundo. Para ella y para mis abuelos. Encima fui una niña horrible. Tenía muchas rabietas y rompía cosas. Ni de bebé quería mamar. Gritaba cuando alguien me tocaba.

Y entonces se detuvo. La escotilla de escape se había cerrado y Effy se estampó contra ese muro, la frontera entre lo real y lo irreal. En su mente había una división, un *antes* y un *después*. Antes había sido una niña normal, aunque un poco imprudente. Y, de repente, en cuestión de un segundo, se había convertido en otra cosa.

O quizá siempre había habido algo *malo* en ella. Una criatura feérica malvada procedente del mundo irreal, atrapada injustamente en la realidad.

—Por Draefen pasa un río —prosiguió al cabo de un momento—. Ahí fue donde mi madre me dejó. Recuerdo que era invierno. Todos los árboles estaban pelados. Sé que pensó que una mujer triste sin hijos me acabaría recogiendo. No quería dejarme allí para que muriera…

El semblante de Preston era inescrutable, pero no había apartado los ojos de su cara. Effy tendría que haber aceptado la salida que le había ofrecido para no seguir hablando. Preston era la persona más escéptica que había conocido nunca. No creía en la magia, ni siquiera

creía en Myrddin. ¿Por qué iba a creerla a ella cuando nadie más lo había hecho?

Pero Preston la había escuchado cuando le preguntó si creía en fantasmas. No la había desestimado ni se había reído, aunque la conversación lo incomodó. Y luego se acordó de cómo se había arrodillado en el suelo delante de ella para limpiarle las rodillas raspadas. Tampoco la había interrogado sobre por qué se había lanzado del coche en marcha.

Effy abrió la boca de nuevo y brotaron las palabras.

—No vino ninguna mujer sin niños a por mí —susurró—. Pero *él* sí.

Detrás de las gafas, Preston entornó los ojos.

—¿Quién?

—El rey de las hadas.

Según la antigua costumbre bárbara, en el sur se creía que algunos niños nacían mal o las hadas los envenenaban en la cuna. Esos niños cambiados eran terribles y crueles. Mordían a sus madres cuando intentaban darles de mamar y les ponían nombres de santo para intentar alejar el mal. Effy nunca supo si su madre eligió el nombre, Euphemia, para que fuera una bendición o una maldición. Era la variación femenina de Eupheme, el santo patrón de los escritores. La mayoría del tiempo le parecía una broma cruel.

Pero, si eso no funcionaba, la madre tenía derecho a abandonar a su hijo, a dejarlo a la intemperie para que las hadas lo recuperasen.

Seguro que Preston diría que aquello era una bonita verdad que los sureños se contaban para dormir bien por las noches: en realidad no abandonaban a sus hijos para que muriesen, sino que un hada se los llevaba a su auténtico hogar, en el reino feérico. Pero Effy lo había visto. Trece años después, la imagen persistía brillante y clara en su mente. Su rostro hermoso y su pelo negro mojado. La mano estirada hacia ella.

Al pensarlo, el pánico le atenazó el pecho. Antes de que el miedo de verdad pudiera agarrarla y arrastrarla bajo las aguas, la voz de Preston rompió el recuerdo:

—No lo entiendo. El rey de las hadas es una historia.

Effy había oído aquello mismo tantas veces que las palabras ya no escocían. En general, habría dejado de hablar en ese momento, se habría disculpado y dicho que solo bromeaba.

Pero las palabras siguieron brotando:

—Estaba allí conmigo. Salió del río. Aún relucía por el agua. Reinaba la oscuridad, pero el rey de las hadas se situó en un charco de luna. Me dijo que me llevaría con él y aquello me dio mucho miedo, pero cuando ofreció su mano la acepté.

Eso era lo que más costaba relatar. La confesión más fea, la verdad negra y podrida en su interior: que había aceptado la mano. Una niña normal habría retrocedido por el miedo, se habría echado a llorar, habría gritado. Sin embargo, Effy no produjo ningún sonido. Había estado lista para que se la llevara.

—Pero mi madre regresó —dijo con voz pastosa—. Me sacó de la orilla y apartó mi mano del rey de las hadas. Vi la furia en su rostro antes de que desapareciera. No hay nada que odie más que verse despojado de algo que le pertenece. Mi madre me abrazó, pero el dedo que lo había tocado estaba podrido. Se lo llevó con él y dijo que volvería a por el resto.

Alzó la mano izquierda, a la que le faltaba el cuarto dedo. No relató lo último que le había dicho el rey de las hadas: que se llevaba el dedo anular para que ningún otro hombre pudiera poner un anillo en él. Así Effy siempre le pertenecería.

—Dijiste que era invierno. —La voz de Preston era amable—. Se te podría haber congelado.

Eso fue lo que dijo el médico, claro. Tras vendarlo, le dio un jarabe marrón para evitar infecciones, igual que, años más tarde, le daría las pastillas rosas para evitar las visiones.

Hasta unos años después, cuando Effy leyó *Angharad,* no descubrió lo que mantenía a raya al rey de las hadas. El hierro. El serbal. Sus bayas. Había tomado unas ramas de serbal en el parque de Draefen para guardarlas bajo la almohada. Había robado el candelabro de hierro de su abuelo para dormir con él en la mano. Hasta intentó

comer bayas de serbal, pero sabían tan amargas que las acabó escupiendo entre arcadas.

—Sabía que no me creerías. Nadie me cree.

Preston guardó silencio. Casi veía cómo le funcionaba la mente, los pensamientos que pasaban detrás de sus ojos.

—Supongo que por eso te gusta tanto la obra de Myrddin —dijo al fin.

—No leí *Angharad* hasta los trece —dijo con las mejillas sonrojadas—. Si es eso a lo que te refieres. No fue producto de la imaginación infantil… No tenía la imagen del rey de las hadas en la mente.

—No es eso lo que quería decir. Más bien… que te resultaría más fácil creer que existía algo de magia, una maldición, las perniciosas hadas. Algo más aparte de la ordinaria crueldad humana.

Preston no la creía. Quizás eso fuera lo mejor. Tenía el estómago revuelto.

—Sabía que no lo entenderías.

—Effy —dijo Preston en voz baja—. Lo siento. No hacía falta que me lo contaras.

—Mi madre vino a por mí al final —añadió a toda prisa—. Se sentía muy culpable por haberme abandonado. Hasta me dio el nombre de un santo *bueno*. Siento lástima por los otros niños cambiados que recibieron nombres como Belphoebe o Artegall.

—Eso no está bien, Effy. —Preston hablaba en voz baja pero firme, sin dejar de mirarla a los ojos—. Las madres no deberían odiar a sus hijos.

—¿Qué te hace pensar que me odiaba? —Ahora sí que estaba enfadada, no porque no la hubiera creído, sino porque no tenía ningún derecho a juzgar a su madre, a una mujer que ni siquiera había conocido—. Como ya he dicho, fui una niña horrible. Cualquier madre habría estado tentada de hacer lo mismo.

—No. Para nada.

—¿Por qué siempre estás tan seguro de tener razón? —Effy intentó imbuir veneno a sus palabras, pero sonó desesperada, como a la defensiva—. No conoces a mi madre y apenas me conoces a mí.

—Te conozco bastante ya. No eres horrible ni por asomo. Y, aunque fueras una niña difícil, signifique lo que signifique eso, nada justifica que tu madre te quisiera *muerta*. ¿Cómo espera tu madre que vivas con eso, Effy? ¿Que sigas con normalidad sabiendo que en una ocasión intentó abandonarte en el frío?

La chica tragó saliva. Le pitaban los oídos; durante un instante, pensó que eran las campanas bajo el mar, las campanas de esas iglesias ahogadas. Si hubiera tenido una pastilla rosa allí, se la habría tomado.

Su madre le había conseguido esas pastillas por un motivo: para que Effy *pudiera* vivir con aquello, para que pudiera vivir con normalidad a sabiendas de que en una ocasión la habían abandonado para morir. Su madre había arrancado a Effy de las garras del rey de las hadas y tan solo dejó atrás un dedo. Eso era amor, ¿verdad?

—Dijiste que crees en los fantasmas. ¿Qué tiene de diferente esto? —preguntó con voz pastosa.

—Dije que creía que el horror o el deseo podían conjurar a uno —contestó Preston. Apartó los ojos y un músculo le palpitó en la garganta—. No puedo decirte que crea en el rey de las hadas, Effy, pero creo en tu dolor y en tu miedo. ¿No basta con eso?

Effy no le había contado lo peor de todo: que el rey de las hadas nunca la había dejado de verdad. Si le decía que lo había visto en el coche con Ianto, se daría cuenta de que había cometido un terrible error al confiar en ella para que lo ayudara. Nunca creería otra palabra de lo que dijera.

Le escocían los ojos por las lágrimas y tragó con fuerza para evitar que se derramaran.

—No. No basta. Estás siendo desconsiderado. Y encima cruel. No es… Nadie creyó a Angharad tampoco. Y, como nadie la creyó, el rey de las hadas tuvo libertad para tomarla.

Preston inhaló. Durante un momento, Effy creyó que iba a discutir, pero no había malhumor en su rostro ni tampoco hostilidad. Casi parecía afligido.

—Siento ser desconsiderado —dijo al fin—. Intentaba no serlo.

Solo quiero decirte que… bueno, que te mereces algo mejor.

Con un sobresalto repentino como una ola fría de agua marina, Effy acabó pensando en el profesor Corbenic.

«Te mereces a un hombre, Effy —le había dicho el profesor en una ocasión—. No a uno de esos muchachos raros con acné. He visto cómo te miran, con esos ojos tristones y lascivos. Aunque no me quieras a mí, al final sé que acabarás en los brazos de un hombre, de un hombre de verdad. Agotarías a esos pusilánimes. Necesitas a alguien que te rete. A alguien que te refrene. A alguien que te mantenga a salvo, que te proteja de tus peores impulsos y del mundo. Ya verás, ya».

Apretó los ojos y sacudió la cabeza para expulsar el recuerdo de su mente. No quería pensar en él. Antes prefería pensar en el rey de las hadas en un rincón de su dormitorio.

Pero, cuando abrió los ojos, no había ningún profesor Corbenic ni ningún rey de las hadas. Solo estaba Preston delante de ella, que la observaba con atención, con ternura, como si le preocupara que incluso su mirada pudiera molestarla.

—No quiero hablar más de esto.

—De acuerdo —respondió el chico con amabilidad. Pero no dejó de mirarla.

Esa noche no se quedó más tiempo en Hiraeth. No quería hablar con Preston ni mucho menos con Ianto. Así pues, cuando el sol se entregó a la invasora oscuridad, Effy se retiró a la cabaña para invitados.

El aire era cruel y frío y la hierba estaba húmeda por la llovizna de antes. Effy se abrochó el abrigo hasta el cuello y se envolvió la bufanda tres veces alrededor de la garganta para esconder en la lana la boca y la nariz. Luego se deslizó por la puerta de la cabaña hasta quedarse sentada en la hierba con las rodillas contra el pecho.

Las pastillas rosas y las de dormir permanecían intactas en el interior de la cabaña, sobre la mesilla de noche. Oscureció más y más. Las palabras de Preston resonaban en su mente sin cesar: «Creo en tu

dolor y en tu miedo. ¿No basta con eso?».

No. No bastaba. Mientras aquello fuera todo en lo que creyera, Effy siempre sería una niña asustada que se inventaba historias. Sería débil, inestable, voluble, indigna de la vida que quería. Cosas así eran las que enviaban a chicas como ella a áticos y manicomios, donde las encerraban para luego tirar la llave.

Effy aguardó a que estuviera tan oscuro como la boca de un lobo y no pudiera verse ni las manos delante de ella. Luego encendió una vela que había traído de la casa y la sostuvo hacia la densa oscuridad.

Cuando vino a por mí, hermoso y traicionero, yo era una muchacha, una corona de oro pálido en su cabello negro.

Cuando vino a por mí, hermoso y traicionero, yo era una muchacha, una corona de oro pálido en su cabello negro.

Cuando vino a por mí, hermoso y traicionero, yo era una muchacha, una corona de oro pálido en su cabello negro.

Repitió la frase una y otra vez en su mente y luego la dijo en voz alta, hacia la negra noche y su silencio inquietante.

—Cuando vino a por mí, hermoso y traicionero, yo era una muchacha, una corona de oro pálido en su cabello negro.

No tenía miedo. Necesitaba que acudiera.

Y entonces, detrás de la línea de los árboles, un destello blanco. Cabello negro mojado. Captó incluso un trozo de cara, pálida como la luna.

Todo su miedo apareció de nevo y su mente se agitó como una criatura atrapada en la espuma de las olas. Se puso en pie tambaleante y soltó la vela. La hierba húmeda enseguida la apagó para sumirla en la oscuridad.

Buscó el pomo de la puerta, la abrió de un golpe y entró a toda prisa. La cerró a su espalda y el hierro chirrió contra la piedra.

El corazón le martilleaba contra el esternón como un pájaro enjaulado. Le temblaban tanto las rodillas que cayó hacia delante de nuevo y tuvo que arrastrarse por el suelo frío hasta alcanzar la cama. Le tiritaban demasiado los dedos para encender otra vela. Se aupó en la cama y se tapó con el edredón verde hasta la cabeza.

Había ido a por ella, justo como le prometió hacía años. Lo había visto. Era real. Effy no estaba loca.

Mientras el rey de las hadas fuera real, podía matarlo, igual que había hecho Angharad.

Si no era real, entonces nunca podría huir de él.

Effy se metió dos pastillas para dormir en la boca y las tragó sin agua. Pero las pastillas ya no podían evitar que soñara con él.

ONCE

La mayoría de los estudiosos de Myrddin consideran que, de algún modo, entabla un diálogo con Blackmar, aunque el grado en que sus obras se asemejan en temática o estilo sigue siendo objeto de debate. Mientras Myrddin, en las pocas entrevistas que concedió, fue categórico en cuanto a que no quería ser conocido como un «escritor sureño», Blackmar, oriundo del norte, se inspiró en gran medida en la estética y las tradiciones folclóricas propias. En este artículo, argumento que Blackmar percibía el sur como un reino vivo lleno de fantasía que permanecía atrapado en el pasado lejano y que solo existía para que los escritores norteños proyectaran sus fantasías en él. En este sentido, sostengo que Blackmar es un escritor sureño, pero solo en el sur de su imaginación.

La cuestión del sur: Colin Blackmar, Emrys Myrddin y la fascinación norteña, DEL DOCTOR RHYS BRINLEY, 206 D. I.

Cuando se reunieron al día siguiente, Preston no mencionó al rey de las hadas ni los niños cambiados. Effy se sentía agradecida. No quería intentar justificarse ni decirle que había pasado la noche en la fría oscuridad a la espera de que el rey de las hadas se mostrara ante ella. Preston la había tratado con amabilidad, con más amabilidad que cualquier otra persona a la que le había contado la verdad, pero seguía sin creerle. Le escocía, aunque el recuerdo de cuando dijo «¿No basta con eso?» resonaba en su mente y la reconfortaba un poco. Al menos no la había llamado loca.

Solo quedaba la cuestión de convencer a Ianto de que les permitiera ir a visitar a Blackmar. No sería una tarea sencilla. Preston se ponía muy *nervioso* a su alrededor («Nos apuntó con una *pistola*, Effy», le había dicho con una voz extrañamente aguda cuando la chica sacó el tema).

No le gustaba la idea de suplicarle a Ianto que la dejara salir de la casa. Y a Preston no le entusiasmaba ninguna de las mentiras que había propuesto.

—Ianto no es idiota —dijo—. No sé cómo podrás relacionar esto con tu proyecto… ni cómo lo convencerás de que *yo* también tengo que ir. Por todos los santos, sería más fácil decirle que nos escabullimos para tener una cita nocturna.

Effy notó que se le enrojecía la cara.

—No creo que *eso* le hiciera gracia.

Las mejillas de Preston también se tornaron de color rosa.

—Seguro que no. Nos dejó muy claro que no quería volver a vernos juntos… pero esa sería una mentira más convincente. O sea… bueno. Le da igual a dónde vaya yo. Sería más feliz si me marchara para no volver. Solo le importas tú.

Aunque Effy no quisiera admitirlo, sabía que era cierto. Pero, desde el incidente en el bar, Ianto no le había pedido nada; tan solo un coqueteo superficial y casto. Eso podía hacerlo.

—Entonces, ¿por qué no le decimos que me llevas a alguna parte? —sugirió—. Que me dejarás en Laleston. Para poder, no sé, consultar libros sobre arquitectura. Allí hay una biblioteca. Si todo va según el plan, no hará falta que volvamos. Podemos llevarnos el diario y ya.

Hablaba con más confianza de la que sentía. La mitad del tiempo ansiaba con desesperación marcharse de esa casa hundida y de sus secretos perturbadores, pero aún sentía una extraña atracción que la instaba a quedarse. Al fin y al cabo, ese era el reino del rey de las hadas. Quizá su lugar estaba allí.

—Supongo que es cierto —respondió Preston—. Nunca has firmado nada que te vincule a él, ¿verdad? Ni te ha dado dinero.

Le parecía gracioso que Preston estuviera tan preocupado por los

tecnicismos. La mente de Effy siempre pasaba por alto los detalles. Ignoraba las cosas pequeñas, porque eso no era lo que la iba a llevar a la ruina. Si se paraba en la playa a examinar caracolas, no podría ver la ola titánica que se alzaba sobre su cabeza.

¿Sobre qué tipo de cosas pensaría si no estuviera siempre aguardando la llegada de la siguiente ola? No se permitió reflexionar sobre ello. Tenía que hablar con Ianto.

Effy lo encontró sentado en el borde de los acantilados, en una pose despreocupada y peligrosa, estirado sobre las rocas blancas como un lagarto al sol del mediodía. No era un día especialmente soleado, pero incluso la luz débil y legañosa le otorgaba a su pelo un brillo oleoso. Mojado. Siempre parecía mojado.

—Effy —dijo cuando la vio aproximarse—. Ven, siéntate.

Se acercó a él, aunque no se sentó. A un kilómetro hacia abajo, el mar chapoteaba como agua sucia, perezoso y gris.

—Quiero pedirte una cosa.

—Lo que quieras —dijo Ianto enseguida—. En serio, Effy, acércate más.

Él se hallaba peligrosamente cerca del borde del acantilado y parecía más un saliente de roca que un hombre. Había nacido en las Cien Últimas, en esa misma casa. El peligro del mar le resultaba tan familiar como el respirar. Effy sintió un pinchazo inesperado de compasión. Ianto quería quedarse allí de verdad, con los cimientos anegados y todo.

Se preguntó si se podía amar algo para *sacarlo* de la ruina, para revertir el proceso de inundación, para volverlo nuevo otra vez.

Effy se acercó más y se quedó a un brazo de distancia de Ianto. El hombre tenía los ojos turbios e incoloros. Era seguro, por el momento.

—Tengo que ir a la biblioteca de Laleston. Allí hay libros que necesito… Lo siento, debería haberlos traído de Caer-Isel, pero no me di cuenta de que me involucraría tanto en el proyecto.

—Hay un largo viaje hasta Laleston. ¿Estás segura de que debes ir?

—Sí. —El corazón le repiqueteaba en el pecho; lo estaba consiguiendo—. Estoy bastante segura. Es la biblioteca más cercana

que hay. No quiero tener que tomar el tren hasta Caer-Isel…

—Te daré dinero para el billete. Me parece justo, ya que estás aquí a petición mía.

Effy tomó aire.

—Gracias, pero no será necesario. Preston ha accedido a llevarme en coche.

Una sombra cayó de inmediato sobre el semblante de Ianto. En el silencio, un pájaro pasó volando con un chillido y el ruido reverberó en el mar revuelto. El viento arreció y trajo con él unas gotas de agua marina que le mojaron la cara a Effy. Los ojos incoloros de Ianto cambiaron, las sombras se desvanecieron un tanto y la chica tensó los músculos.

—No me fío de ese chico argantiano —dijo Ianto al fin—. Lleva aquí semanas y, cada vez que le pregunto si ha hecho algún avance, solo me suelta jerga académica que ninguna persona normal y corriente entendería. Y no me gusta cómo te mira.

Effy casi se atragantó.

—No me mira de ninguna forma.

—Lo hace. Cada vez que entras en una habitación, te observa. Es como si esperara a que tropezases para agarrarte. Es inquietante.

—No es lo que parece —repuso Effy, aunque notaba que la garganta le palpitaba—. Es un académico, como has dicho… No creo que tenga ese tipo de, eh… inquietudes. Está demasiado centrado en su trabajo.

Sin embargo, las palabras de Ianto le provocaron todo tipo de pensamientos, la mayoría inapropiados, muchos de ellos directamente lascivos. Hasta ese momento, no se había planteado las «inquietudes» de Preston, si había hecho esto o aquello alguna vez o si tenía novia en Caer-Isel. Considerar todo aquello la angustiaba y sonrojaba.

—Da igual. —Ianto le sostuvo la mirada—. No puedes irte demasiado tiempo. Wetherell me reclama sin cesar el plano final para poder hablar sobre dinero.

—Solo serán dos días —dijo Effy con cuidado.

Y entonces vio cómo ese fenómeno extraño ocurría de nuevo: la

turbiedad desapareció de sus ojos, como el sol al atravesar las nubes, hasta que de repente regresó de nuevo. Ocurrió varias veces: turbio y despejado, turbio y despejado. Cada cambio era rápido, como un parpadeo.

A Effy se le revolvió el estómago.

—Es que no podemos ir y volver en un mismo día…

Ianto se puso en pie de repente. Effy retrocedió.

—¿Sabes? A lo mejor te sienta bien pasar un tiempo fuera. Estar encerrado en esta casa… puede ser asfixiante.

Hablaba como si le costara pronunciar las palabras. Todos esos cambios en él, como los temblores y el deterioro de los acantilados bajo sus pies, hacían imposible comprenderlo. Ianto podía apuntarla con una pistola un día y ser muy amable con ella al siguiente. Podía agarrarle la mano y apretársela con fuerza hasta que doliera para, un día más tarde, mantenerse a una distancia prudente.

El viento agitaba el cabello de Effy y los bajos de su abrigo de un lado para otro; los aferraba para luego soltarlos de nuevo. Se acordó del fantasma y de la conversación unilateral de Ianto. «Esta casa me retiene», había dicho en voz alta a nadie. Effy ya no sabía nada a ciencia cierta en lo referente a Hiraeth o a Emrys Myrddin… pero se fiaba de esa afirmación.

Si se quedaba más tiempo allí, la casa también la retendría a ella.

Ianto los observaba desde la entrada mientras cargaban sus cosas en el maletero del coche de Preston. Wetherell estaba a su lado, tan serio y desaprobador como siempre, con el pelo plateado reluciente en la fina bruma que cubría Hiraeth.

A Preston le preocupaba el descenso por los acantilados. Effy solo quería marcharse cuanto antes. Las ramas rotas de los árboles se enroscaban en la niebla como los dedos de una bruja para intentar aferrar el aire.

—No me puedo creer que le parezca bien —murmuró Preston

mientras alzaba el baúl de Effy. Se le levantó un poco la camisa por el abdomen, con lo que expuso un trozo estrecho de piel beis. Effy lo observó, fascinada hasta que la camisa bajó de nuevo.

—No dejas de subestimar mis encantos.

—Tienes razón. En la página del título, me aseguraré de acreditarte como «Effy Sayre, hechicera».

Intentó no reírse para que Ianto no la viera, pero la piel le cosquilleaba de un modo agradable.

Preston rodeó el coche y le abrió la puerta. Cuando luego él subió al asiento del conductor, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

—¿Quieres uno? —preguntó al cabo de un momento.

El mismo placer cálido de antes se enroscó en sus entrañas.

—Claro.

Preston encendió otro y se lo ofreció. Effy lo aceptó, pero ya no miraba a Preston. Una fuerza desconocida la había hecho apartar la mirada de él de vuelta a Ianto, que se hallaba de pie en el sendero de grava con los brazos cruzados sobre el pecho.

No era ni el Ianto jovial con los ojos turbios ni el Ianto peligroso con los ojos despejados. Effy tardó un momento en descifrar la mirada en sus ojos pálidos mientras pasaba de ella a Preston y a ella otra vez. Sin embargo, era peor de lo que se había imaginado, peor que la furia, el odio o la ira.

Era *envidia*.

El campo sureño permanecía verde incluso en invierno, con colinas de color esmeralda y parcelas cultivadas como trenzas rubias. Las coníferas se elevaban en densos cúmulos junto a las colinas en un verde más oscuro que le otorgaba plenitud al paisaje. Había manchas de flores púrpura de cardos y rocas cubiertas de líquenes que sobresalían de la hierba. Algunos sureños supersticiosos creían que los cerros eran las cabezas y las caderas de gigantes dormidos.

Effy miraba por la ventanilla del copiloto. Todo parecía nítido y

claro.

—Es precioso —se maravilló, y apoyó los dedos en el cristal—. Nunca había estado al sur de Laleston.

—Yo tampoco. De hecho, nunca había ido al sur de Caer-Isel hasta que vine a Hiraeth.

Abandonar Hiraeth había sido como salir de debajo del mar. Todo lo que habían visto borroso bajo una película de agua ahora brillaba con nitidez. No había niebla en las ventanillas ni chorreaba humedad por las paredes. Los espejos no se empañaban con la condensación. El cielo era de un magnífico azul intenso, las nubes flotaban pálidas y esponjosas. Las colinas estaban salpicadas de ovejas con las caras negras que parecían también nubecitas, donde la tierra era de un verde inverso al cielo.

No parecía el reino del rey de las hadas. Effy no se lo imaginaba escondido en las colinas verdes, entre los campos de flores y las cabras.

Ni tampoco se lo imaginaba sentado en el coche de Preston.

El chico llevaba conduciendo dos horas ya; subían por carreteras serpenteantes de un único sentido y luego volvían a bajar. Pasaban junto a pueblos que solo eran un puñado de casas con los tejados de paja, bien arrejuntadas como cuerpos alrededor de una hoguera. Solo se habían detenido una vez para que un granjero cruzara con sus vacas. Preston conducía con una atención consumada; apenas apartaba la vista del parabrisas y solo lo hacía para mirarla a ella.

Effy se removió en el asiento y cuadró los hombros.

—¿Necesitas un descanso?

—¿Sabes conducir?

—No. Mi madre nunca quiso que aprendiera.

En Draefen no tenía mucho sentido conducir, porque los tranvías y los taxis podían llevarte a donde quisieras y las casas estaban tan apretadas como las teclas de un piano; el sitio al que deseabas ir nunca quedaba muy lejos.

En una ocasión había pedido clases de conducir. Su madre soltó un suspiro de fastidio. «Apenas me fío de que te acuerdes de apagar el

fogón. ¿Cómo quieres que te deje ponerte detrás de un volante?».

—No pasa nada —dijo Preston—. Puedo seguir conduciendo un rato.

Irremediablemente, su conversación se centró en Myrddin, Blackmar y el diario. Habían hojeado el cuaderno para encontrar todas las referencias que pudieron sobre Blackmar y *Angharad*.

Myrddin los mencionaba con bastante asiduidad. «Blackmar hoy ha tenido problemas con A.», escribió el verano anterior a la publicación del libro.

—Creo que Blackmar escribió la novela —dijo Preston al fin, y luego resolló, como si se hubiera agotado al decir una afirmación tan audaz sin rodeos—. Myrddin dice que Greenebough quería «reinventarlo», que se centrara más en el mito del genio provinciano. Pero Myrddin nunca menciona nada sobre escribir *Angharad* él mismo. Solo menciona el libro cuando habla de Blackmar.

—Pero ¿no te parece raro? —Effy ya le había dado vueltas a esa conclusión y creía que algo no acababa de encajar. No sabía cómo explicarlo. Ya no se trataba solo de Myrddin. Percibía en sus huesos, en su sangre, que algo iba mal; era como el latido de un segundo corazón—. Fíjate en cómo hablan de ella… del libro. Siempre usan el femenino para referirse a *Angharad.*

Preston se encogió de hombros.

—Los marineros ponen nombre de mujer a sus barcos. El padre de Myrddin era pescador. Sospecho que es un poco de descaro por su parte.

—Es posible. —Pero a ella aún no le acababa de encajar y no sabía cómo explicarlo—. Estoy pensando de nuevo en «La muerte del marinero». Dice: «Pero marinero era yo, sin motas de gris en la cabeza…».

—«… así que, con la audacia de la juventud, repliqué: *El único enemigo es el mar*» —terminó Preston—. *Memento mori*. Sobre la arrogancia de los hombres jóvenes.

—Entonces, ¿qué es el mar? ¿La muerte?

—No la muerte exactamente, sino morir.

Effy arqueó una ceja.

—¿Qué diferencia hay?

—Bueno, en el verso previo, justo antes de que empezaras a recitar, dice: «Todo lo antiguo debe decaer». Creo que trata sobre que el mar toma y toma, te carcome despacio, igual que el agua pudre la madera del barco. Lo último que el mar te arrebata es la vida. Así que, bueno, piénsalo como morir despacio. La arrogancia del marinero no tiene por qué ser su creencia de que no morirá, sino la idea de que lo peor que el mar puede hacerle es matarlo.

Effy parpadeó. La carretera ante ella se abultaba y luego se alisaba. Dividía las colinas como un surco que hubiera cincelado una mano antigua.

—Eso me gusta —dijo al cabo de un momento.

—¿De verdad? —Preston parecía sorprendido. Y complacido—. Escribí un artículo sobre ello. A lo mejor lo incorporo a mi tesis… *nuestra* tesis. Visto que te ha gustado.

—Sí. No me importaría ponerle mi nombre.

El trayecto fue muy agradable, el día verde y azul y, al cabo de un rato, con la llegada del atardecer, dorado. Pasó una hora más y se detuvieron en una tiendecita junto a la carretera para comprar panecillos de salchicha envueltos en papel encerado y café en vasos de papel. Effy se puso cantidades ingentes de leche y tres paquetes de azúcar. Preston la observó crítico por encima del borde de su vaso.

—¿Para qué sirve beber café si lo vas a diluir tanto? —preguntó mientras subían al coche. Effy dio un largo trago para saborearlo.

—¿Para qué sirve beber café si no sabe bien?

—Bueno, puedo argumentar que el café solo *sabe* bien.

—No debería sorprenderme que pienses así si encima tomas *whisky* solo —replicó Effy con una mueca—. Eso o en el fondo eres masoquista.

Preston giró la llave en el contacto.

—Esto no tiene nada de masoquismo. Te puede llegar a gustar algo si lo bebes lo suficiente.

El coche regresó con suavidad a la carretera. Durante un rato, se dedicaron a beber café y masticar los panecillos de salchicha en silencio. La mente de Effy se había quedado atascada en el recuerdo de Preston bebiendo ese *whisky* sin parpadear. No le parecía el tipo de chico que saliera de fiesta a menudo, que se quedaba hasta el amanecer en bares o bailes, que regresaba entre trompicones a su habitación, donde se quedaba dormido y no acudía a las primeras clases de la mañana. Ese tipo de gente la rodeaba en la universidad, pero Effy nunca había sido una de ellos, nunca los había conocido de verdad… Ni siquiera Rhia era tan descuidada.

Miró a Preston. La luz dorada se acumulaba en su perfil y convertía sus ojos marrones en casi avellana. Cada vez que daba un sorbo al café, Effy veía cómo su garganta se movía al tragar y permitía que su mirada se detuviera en la humedad que se aferraba a los labios del chico.

—¿Tienes novia en Caer-Isel? —soltó de repente.

El rostro de Preston enrojeció. Había estado bebiendo café en ese momento y, al oír su pregunta, tosió. Le costó tragar antes de responder.

—¿Qué te ha hecho pensar en eso?

—Nada en concreto —mintió Effy, porque no pensaba confesar que lo había estado pensando desde su conversación con Ianto… ni admitir con cuánta intensidad había estado observando a Preston—. Es que vamos a la misma universidad, pero no nos conocimos allí. Me gustaría saber el tipo de cosas que hacías…

Ella también se estaba ruborizando mucho. Fijó la mirada con firmeza en la taza de café, acunada en su regazo. Oyó que Preston tomaba aire.

—No, no tenía novia. O sea, no tengo. A veces, bueno, conozco a alguna chica y… bueno. Pero no suele ser más de una noche, quizás café al día siguiente… Da igual. Lo siento.

A esas alturas, estaba *extraordinariamente* rojo y miraba la

carretera con una atención obstinada, aunque durante un instante brevísimo sus ojos se posaron en Effy, como para comprobar su reacción. La chica apretó los labios, embargada por unas ganas inexplicables de sonreír.

Le gustaba hacer que se sonrojara. Cada vez parecía estar pasando más a menudo.

—No te preocupes: sé a lo que te refieres. Menudo seductor estás hecho, Preston Héloury.

Él se rio, aún con las mejillas sonrosadas.

—Qué va, para nada.

—Pues a mí me lo parece. Debajo de toda esa petulancia, eres muy encantador.

—¿Crees que soy *petulante*?

Effy tuvo que reírse al oírlo.

—No es que seas la persona más accesible que conozco. Pero supongo que sí eres la más inteligente y elocuente.

Preston sacudió la cabeza. Guardó silencio un momento y observó el paisaje por la ventanilla.

—Hay mucho que compensar —dijo al fin— cuando eres el único argantiano en el programa literario más prestigioso de todo Llyr.

Effy sintió compasión enseguida… y también culpa. Se acordaba de cómo lo había reprendido en el acantilado primero y luego también en el bar, donde lo pinchó y cuestionó sus lealtades.

—Siento si la gente te ha tratado con crueldad. Siento todas esas cosas que dije cuando nos conocimos.

—No pasa nada, de verdad —respondió Preston, girándose para mirarla—. Son sobre todo susurros y miradas por los pasillos. Seguro que tú también has tenido tu ración por ser la única mujer en la facultad de Arquitectura.

Effy se tensó. Se dio cuenta de que, sin pretenderlo, había creado la oportunidad perfecta para que le preguntara por el profesor Corbenic. Aún no sabía si ese cotilleo en concreto había alcanzado la facultad de Literatura.

—No es horrible —dijo. *Mentira*—. Sabía a qué me había

apuntado.

Preston tomó aire como si quisiera añadir algo más. Al final, sin embargo, cerró la boca y centró la mirada en la carretera. Se sumieron en un silencio ligeramente incómodo a medida que dejaban atrás las colinas verdes, tan grandes como olas durante la marea alta.

Penrhos, la hacienda de Blackmar, no se hallaba técnicamente en las Cien Últimas. Seguía siendo el sur de Laleston y cerca de Syfaddon, un pueblo comercial concurrido donde la luz de las farolas se acumulaba sobre los adoquines húmedos y los toldos de los escaparates se agitaban con el viento como vestidos colgados en un tendedero.

El coche de Preston atravesó las calles abarrotadas y se detuvo cada pocos minutos para que un mercader pudiera pasar con su carromato o un niño descarriado pudiera huir de su madre. Las ventanas de los bares y las tiendas relucían con el brillo de las lámparas de gas.

—No está lejos ya —murmuró Preston. Tenía los nudillos blancos alrededor del volante y el ceño fruncido por la inmensa concentración que se necesitaba para no atropellar a un peatón distraído—. Al final de la calle. No es tan remoto como Hiraeth.

Effy observó a un pescador ajustar una carpa que tenía la boca abierta y distinguió la lengua y los dientes. Los pescados estaban alineados a la perfección en su cama de hielo, tan limpios como cadáveres en los compartimentos de un crematorio.

—¿Blackmar es de Syfaddon?

—No, de hecho es de Draefen. Creo que desciende de uno de esos industrialistas que surgieron después de la Inundación. Trabajaba en petróleo o ferrocarriles o algo así. Tiene suficiente dinero para no trabajar ni un día en toda su vida, pero eso no lo convierte en un escritor interesante.

—O, al menos, no tan interesante como un nuevo genio provinciano —replicó Effy a medida que el mercado de Syfaddon se

encogía en el espejo retrovisor—. ¿Crees que su editorial, Greenebough, hizo que Blackmar escribiera *Angharad* para publicarlo con el nombre de Myrddin?

—Esa es mi teoría, sí. Blackmar recibió la mejor educación que el dinero puede comprar, claro. Estudió Literatura en la Universidad de Caer-Isel. Existe hasta una beca con su nombre. O no sé si con el de su padre.

—Pero nadie estudia «Sueños de un rey durmiente». Es irónico, ¿verdad? Que su obra más conocida sea una ridiculez comercial mientras todo el mundo adora *Angharad*. O sea, ¿por qué accedería a algo así? No es como si Greenebough lo hubiera convencido con *dinero*. Has dicho que ya era rico. Y, si podía escribir algo como *Angharad*, ¿por qué el resto de su obra es tan… normalucha?

Preston guardó silencio durante un momento para reflexionar.

—Tienes razón. Hay cosas que no encajan. Pero por eso hemos venido aquí.

Y, con eso, torció por una carretera estrecha, peor pavimentada y bordeada por una flota de olmos enormes. Las sombras entre los árboles parecían densas y aceitosas, como si la oscuridad se moviera. Ya estaba atardeciendo: el sol se inclinaba con suavidad hacia la línea del horizonte, las nubes se tornaban de un violeta amoratado. Avanzaron varios minutos más por esa carretera sombría y escarpada antes de que los torreones de una casa aparecieran a lo lejos sobre los árboles.

Distinguieron la verja de hierro negro fundido que cortaba la casa en fragmentos. *Casa* parecía un término insuficiente y hasta descortés. Lo que tenían delante era una construcción colosal de ladrillo y bóvedas de aristas, con columnas de mármol y ventanas de guillotina.

Effy no se consideraba una arquitecta de verdad, pero pudo calcular el coste de cada detalle, de cada balcón y balaustrada. Alcanzó una suma que la dejó mareada.

Preston detuvo el coche delante de la verja e intercambió una mirada con Effy. Ambos tenían la misma pregunta implícita en los labios, pero entonces la puerta empezó a abrirse despacio con un

crujido.

El coche avanzó por el camino circular y rodeó una isla con una hierba inmaculada y una fuente de mármol con forma de doncella que tenía los brazos en los costados, con las manos extendidas hacia arriba y los dedos estirados. El agua salía de las palmas abiertas.

Durante un momento, Effy juraría que la cara de la mujer cambió, que sus ojos invisibles se movieron bajo las pestañas de mármol. Pero, al parpadear, la estatua permanecía inmóvil de nuevo. Nunca había sido una mujer, nunca había estado viva.

Se clavó los dedos en la palma y, por algún motivo, le pareció apropiado susurrar:

—Todo esto no puede ser de escribir, ¿verdad?

—Supongo que es el dinero de su familia.

Era tan distinto de Hiraeth y eso, más que nada, fue lo que la impactó. ¿Por qué la familia de Myrddin vivía en esa miseria decadente, con todas sus preciosas posesiones mojadas, podridas y con una capa de sal marina y suciedad?

Los arbustos en Penrhos estaban igual de cuidados que un corcel, sin hojas rotas ni ramas partidas. Incluso sin una herencia familiar, los Myrddin deberían tener dinero. No había ningún motivo razonable por el que Ianto y su madre tuvieran que vivir de esa forma a menos que lo hicieran por un respeto supersticioso y erróneo hacia su marido y padre fallecido.

Preston aparcó y se apearon. Hacía tanto frío que el aliento de Effy flotó delante de ella. Entornó los ojos a la luz del atardecer; había una enorme escalera de piedra con unas puertas dobles de madera en la parte superior.

Al cabo de un segundo, las puertas se abrieron con un fuerte gruñido.

No distinguió bien a Blackmar; solo oyó el golpeteo de su bastón contra la piedra mientras bajaba hacia ellos. Cuando estuvo tan cerca que Effy pudo distinguir los detalles, vio un destello de su bata roja de terciopelo, el ébano pulido del bastón y, cuando les sonrió, el brillo de un diente de oro en la boca. Tenía los pies resguardados en un par de

zapatillas a conjunto de terciopelo rojo.

Su rostro era como un espejo oxidado, punteado con un millón de grietas. Era la persona más mayor que Effy había visto nunca.

—¡Euphemia! —exclamó el hombre con un estertor emocionado—. Me alegro de que hayas aceptado mi invitación.

Y entonces la agarró por la cintura en un abrazo entusiasta pero chirriante. Effy se envaró, sin saber qué hacer, y aguardó a que terminara.

Blackmar la soltó al fin. Los ojos agudos le relucían en el rostro, tan arrugado como una nuez.

—Ah —dijo Effy cuando la soltó. Se sentía sin aliento—. Muchas gracias por acogernos.

—Me encanta recibir a mis admiradores. —Blackmar sonrió. De cerca, Effy vio que le faltaba casi un tercio de los dientes, que habían sido reemplazados por imitaciones de oro—. ¿Este es tu… compatriota?

—Sí. Preston Héloury.

El ceño arrugado de Blackmar se arrugó más.

—Héloury —repitió despacio. En su acento de hombre rico llyriano, el apellido argantiano casi sonó como una maldición—. Ese nombre me resulta familiar… Estudias en la facultad de Literatura, ¿verdad? Me has escrito antes.

—Así es. —La postura de Preston era rígida, con los brazos cruzados sobre el pecho—. También soy un admirador, aunque, bueno… no tan elocuente como Effy. Euphemia.

Le costó pronunciar la primera sílaba. Effy percibió que arrugaba un poco el ceño al decirlo con su sutil acento argantiano.

Se sintió rara al oír su nombre completo en boca de Preston por primera vez. No fue una sensación desagradable, pero sí extraña. La piel le picaba con una calidez inesperada. Con el esfuerzo añadido para pronunciar las vocales, habían sonado más suaves. Más amables.

—Bueno, los argantianos no son famosos por su entusiasmo o pasión. Hace demasiado frío en las montañas. —Blackmar rio, muy complacido con su chiste—. Venga, entrad. Os serviré un poco de

brandi.

Hizo que dos empleados domésticos sacaran los baúles del coche de Preston y los cargaran en silencio por los escalones de la casa.

Effy y Preston los siguieron despacio. Las nubes bajas y planas colgaban oscuras alrededor de los torreones de la mansión Penrhos hasta casi envolverlos como un par de manos enguantadas. Los criados dejaron los baúles un momento para abrir las puertas. Luego todos cruzaron el umbral.

El interior era tan elegante como Effy había esperado: una doble escalera de mármol blanco que conducía al rellano del primer piso, alfombras mullidas de terciopelo a conjunto con las zapatillas y la bata de Blackmar, pared de papel de damasco donde colgaban cuadros y retratos con marcos dorados. Un gran tapiz mostraba el árbol familiar de Blackmar, comenzando con un tal Rolant Blackmar, quien Effy supuso que era el industrialista… de petróleo o ferrocarriles.

Sobre él había una enorme cabeza de ciervo disecada, con ojos negros que brillaban vacíos y miraban a la nada.

—Es precioso —dijo Effy, porque sintió que eso era lo que se esperaba que dijera y porque así le ahorraba a Preston el tener que mentir de nuevo.

Penrhos *era* precioso de un modo particular. Estaba ornamentado a la perfección, con el mobiliario, el papel de pared y las alfombras conjuntados de un modo impecable, sin una mota de polvo o un escondrijo de telarañas en un rincón. Los retratos eran todos adustos, nadie sonreía; las cortinas de terciopelo no dejaban entrar ni un hilo de luz. Ni había ninguna lámpara atrevida y anticuada ni descarados cuadros abstractos, ni tampoco lámparas de araña feas que atrajeran la mirada para que el espectador determinara si eran feas de verdad o no.

Era una casa hermosa, pero no *ingeniosa*. Era una casa carente de imaginación.

A Effy le resultaba casi imposible de creer que el autor de *Angharad* viviera allí.

—Gracias, gracias —dijo Blackmar, agitando una mano—. Pero no

habéis visto lo mejor aún. Venid al estudio. Estoy seguro de que querréis relajaros después del largo viaje.

Effy no creía que beber con Blackmar pudiera ser relajante, pero lo siguió al estudio, con Preston pisándole los talones.

El estudio mantenía la misma cohesión: cortinas azules y sillones a juego, bonitos, pero no inspiradores. Había otra cabeza de ciervo disecada sobre la puerta y un reloj de pared que marcaba la hora sin entusiasmo en el rincón. Eran las seis y cuarto.

Los criados habían desaparecido; Blackmar sirvió el brandi él mismo con una mano marchita y temblorosa. Les entregó a cada uno una copa de cristal tallado.

El brandi era una elección extraña. Effy solo había visto a sus abuelos beberlo; se servían una única copa en un vaso minúsculo después de cenar. No era *grosero*, precisamente, servir brandi sin ofrecer antes algo de comer, pero Effy tuvo la sensación de que algo no iba bien en Blackmar.

A lo mejor los muebles perfectos intentaban compensar otra cosa. Una casa bien ordenada para una mente en decadencia.

—Salud —brindó Blackmar, y se acomodó en un sillón con gran esfuerzo—. Por una investigación fructífera para vosotros y por una buena compañía para mí.

Se rio de nuevo con su propio chiste y entrechocaron las copas. Preston engulló el brandi sin pestañear; Effy se mojó los labios y fingió tomar un sorbo. No creía que Blackmar se fuera a dar cuenta. El hombre bebió media copa de un trago.

—Gracias —dijo Preston, aunque con poca convicción—. Y gracias de nuevo por su hospitalidad.

Blackmar agitó una mano.

—Me gusta recibir a gente. Como todos los grandes escritores. Recibo lectores, recibo invitados. En el pasado, recibía mujeres, pero esos días, por desgracia, han quedado atrás.

Effy se rio, aunque con una obligación lúgubre. Preston miró, incómodo, su copa.

—Bueno, estaríamos encantados de que recibiera unas cuantas

preguntas —dijo la chica—. ¿Cuándo conoció a Emrys Myrddin?

—Ay. Fue hace tanto tiempo que no sabría decir el año. A finales del ciento ochenta y algo. Mi padre lo contrató, de hecho, como archivero para algunos registros familiares. Era mi empleado.

Effy echó un vistazo a Preston. Eso parecía, de algún modo, significativo. Los ojos de Preston también parecían relucir de interés. Hasta Effy tuvo que admitir que ese hecho fomentaba su teoría de que Blackmar era el autor real.

—Vivía en un piso en Syfaddon, como los otros criados, pero durante el día estaba aquí, en Penrhos, ordenando archivos y haciendo otras nimiedades igual de tristes. Pero soy un hombre curioso y siempre me ha interesado la vida de mis criados. Sus *pasados*. Así que, como no tenía nada mejor que hacer, empecé a pasar tiempo con Emrys en el archivo. Y nos llevamos bien de inmediato.

»Sabía que era sureño, por supuesto, por el nombre y el acento, pero era distinto al resto de los inmigrantes sureños que contratamos. Más ambicioso. En esa época, yo estaba trabajando en un borrador temprano de «Sueños» y Emrys mostró mucho interés por mis escritos. Acabó por contarme que él también era escritor e intercambiamos alguna de las obras en las que estábamos trabajando.

El corazón Effy se aceleró cuando se inclinó hacia delante, pero Preston habló antes que ella:

—Myrddin habría estado trabajando en *El joven caballero* entonces. ¿Fueron esos fragmentos los que vio?

Blackmar ladeó la cabeza, reflexivo, con la mirada turbia.

—Creo que sí. Por todos los santos, cuánto hace de eso. Fue en otra vida. Emrys estaba desesperado… pensaba que nadie querría comprar un libro escrito por un campesino rural de las Cien Últimas. Pero mi familia tenía contacto con Greenebough Publishing, así que me ofrecí a presentarlo allí.

Effy asintió despacio. Todo eso encajaba con lo que habían leído en el diario.

—Pero a *El joven caballero* no le fue bien, ¿verdad? Myrddin no fue un nombre famoso hasta…

—Sí. —La voz de Blackmar se tornó cortante de repente. Dejó la copa casi vacía en una mesita austera—. Eso forma parte de la historia que todo el mundo conoce. *Angharad* volvió famoso a Myrddin.

Blackmar recelaba de repente y Effy vio que Preston también lo había captado. El chico depositó la copa y, con aire desafiante, preguntó:

—¿Myrddin seguía siendo su empleado por aquel entonces?

—No, no —respondió Blackmar—. Había conseguido suficientes regalías para alquilar otro piso en Syfaddon. Y luego se compró esa horrible casa en la bahía de las Nueve Campanas. Nunca entenderé por qué quiso volver a Saltney. Pero dijo que había algo en la bahía que lo llamaba. Como un faro que manda señales a un barco para que regrese a casa.

—No hay nada como el lugar donde uno nació —comentó Preston. Su rostro lucía una mirada solemne, pero inescrutable—. ¿Se cartearon mientras Myrddin escribía *Angharad*?

—¿Sabéis qué? —dijo Blackmar con brusquedad—. Mi memoria ya no funciona tan bien como antes. Creo que lo mejor será que habléis con alguien de Greenebough sobre estos asuntos. Y resulta que el editor jefe, Marlowe, vendrá mañana por la noche.

Recelaba mucho, pero eso no frenó a Effy.

—Eso es maravilloso. Muchas gracias por dejarnos pasar la noche aquí. Estoy segura de que encontraremos todo lo que buscamos.

Preston la miró y ella le dirigió un gesto con la cabeza silencioso y casi imperceptible.

Blackmar se levantó tembloroso. En el tiempo que tardó en ponerse de pie, Effy vio una mosca aterrizar en el ciervo disecado y arrastrarse hacia el interior de la nariz. El ciervo permaneció imperturbable. Muerto, como debía ser.

—Lo siento —dijo Blackmar—. Soy un hombre mayor y me acuesto temprano. Les diré a los criados que os enseñen vuestras habitaciones.

Ya habían colocado los baúles en dos habitaciones contiguas del piso superior. La de Effy tenía cortinas negras opacas y una enorme anémona de mar azul en el escritorio, congelada en una suspensión atemporal. Había un espejo de cuerpo entero, pero le habían dado la vuelta para que diera a la pared. Por algún motivo, Effy pensó que sería mala idea girarlo de nuevo.

La cama estaba, sorprendentemente, deshecha: era una ciénaga de sábanas verde mar y un incongruente edredón púrpura, como el color del vino recién sacado de la botella. A diferencia del resto de Penrhos, no había nada aburrido en esa habitación, ya que contenía un poco de caos.

Si a Effy le hubieran permitido decorar su propia habitación de niña, quizá habría tenido ese aspecto. Se sentó en el borde de la cama y soltó un suspiro.

Preston se apoyó en el escritorio con los brazos cruzados.

—Blackmar ha recelado, ¿verdad? En cuanto hemos mencionado *Angharad*.

—Así es. —Effy se mordió el labio—. Hay algo raro ahí. No sé el qué. Pero mañana podremos hablar con el editor de Greenebough.

Aunque todo lo que habían descubierto hasta ahora parecía apoyar la teoría de Preston de que Blackmar era el auténtico autor, Effy no podía obligarse a aceptarla. No solo por su lealtad para con Myrddin, aunque todavía sentía esa admiración infantil. Había algo más. Secretos enterrados bajo años de polvo. Una emoción inarticulable.

—Eso no nos da demasiado tiempo —dijo Preston—. Si no volvemos a Hiraeth mañana por la noche, Ianto sospechará mucho.

Pero Effy no pensaba en Ianto, sino en el rey de las hadas, la criatura con el pelo negro resbaladizo y la corona de hueso. En Penrhos se sentía a salvo de él. Allí el mundo de peligro y magia parecía bien encadenado y encerrado.

—Pues tendremos que volver —dijo Effy, con un hilo de voz—. Siento no poder ayudar conduciendo.

—No pasa nada. No me importa conducir. Volveremos a Hiraeth antes de la medianoche, lo prometo.

La medianoche era algo propio de los cuentos de hadas. No sabía si Preston había estado pensando en ello cuando lo prometió, pero Effy estaba recordando todas las maldiciones que convertían a las princesas en campesinas en cuanto daban las doce en el baile. ¿Por qué siempre eran chicas que nunca podían confiar en sus formas? Así se lo arrebataban todo en un instante.

—Gracias —dijo, e intentó apartar esas ideas de su mente—. Mañana hablaremos con el editor de Greenebough para conseguir las respuestas que necesitamos.

Preston asintió.

—Por ahora supongo que… dormiremos con el estómago vacío.

Effy rio por lo bajo. También le parecía raro que Blackmar les hubiera ofrecido brandi sin nada de comer para acompañarlo, pero ¿quién era ella para cuestionar a un hombre que había sido lo bastante generoso para responder a todas sus preguntas?

Hasta cierto punto, claro.

Agarró el bolso y empezó a rebuscar el bote con las pastillas para dormir. Ya no le importaba que Preston las viera, porque había descubierto que era una niña cambiada. Conocía su auténtico nombre. Sabía que creía en el rey de las hadas.

Pero buscó y buscó y su mano no se cerró alrededor de nada. El pánico se acumuló en su pecho, su respiración se tornó rápida y entrecortada. Y entonces le vino el destello de un recuerdo: el bote de pastillas en la mesita de noche en la cabaña de Hiraeth, olvidada con las prisas por marcharse.

—Ay —susurró—. Ay, no.

—¿Qué pasa?

—Pues… —Tenía la boca seca y le costaba hablar. Carraspeó. Los bordes de su visión empezaban a nublarse—. Se me han olvidado las pastillas para dormir. No sé dormir sin ellas.

Preston se apartó del escritorio para acercarse a ella. De pie, la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te mantiene despierta de noche?

No era la pregunta que Effy había esperado. La sacó de su pánico y

menguó el pálpito agudo de la adrenalina. Nadie le había preguntado eso antes, no desde que era una niña que balbuceaba sobre la criatura en el rincón de su cuarto.

Tardó unos minutos en encontrar las palabras.

—Me asusto —dijo al fin—. No de nada en concreto, la verdad; es algo físico. Somático. Es difícil de explicar. Noto una presión en el pecho y se me acelera mucho el pulso. Al final, supongo que me da miedo que algo malo me ocurra mientras estoy tumbada. Me da miedo que alguien me haga daño.

Las palabras salieron de repente, sin aliento, entre tartamudeos. No había mencionado al rey de las hadas, pero el resto era bastante cierto.

Intentó calibrar cómo recibía Preston aquello. La miraba con el mismo ceño fruncido, la misma preocupación.

—¿Hay algo que te ayude? O sea, aparte de las pastillas para dormir.

Nadie le había preguntado aquello tampoco, no desde que el médico le había puesto las pastillas en la mano. Effy miró a Preston, sintiéndose muy pequeña, pero no necesariamente como una presa sumisa.

—Diría que no estar sola podría ayudar.

El silencio cayó con suavidad en la extraña habitación. Preston tomó aire.

—Podría quedarme —dijo con mucho cuidado. Effy parpadeó de la sorpresa y enseguida se le calentaron las mejillas. Preston también se sonrojó, como si se acabara de dar cuenta de lo que implicaban sus palabras—. No de *esa* forma —le aseguró mientras se pasaba una mano nerviosa por el pelo—. Dormiré en el suelo.

A pesar de todo, Effy rio.

—No hace falta.

La cama era lo bastante grande para que dos personas no se tocaran. Los siguientes minutos también transcurrieron en silencio: Preston se dio la vuelta para ponerse cara a la pared y que Effy pudiera quitarse el jersey y los pantalones; luego se puso el camisón y

se metió bajo el edredón de color vino.

Preston se dio la vuelta de nuevo y se sentó con vacilación en el borde de la cama. Effy lo miró para animarlo, aunque aún le ardían las mejillas. El chico se movió para tumbarse a su lado. Ella debajo de las mantas, él encima. De cara. Sin tocarse.

Effy nunca había estado tan cerca de Preston antes. Desde esa perspectiva, sus ojos eran fascinantes: marrón oscuro bordeado de verde, con motas doradas alrededor de los iris. Sus pecas eran pálidas, descoloridas por el invierno. Sospechaba que resaltarían más cuando el verano regresara. Tenía los labios un poco coloreados por el brandi.

Mientras Effy lo observaba, él también la contemplaba. No sabía lo que vería. El profesor Corbenic había visto ojos verdes y cabello dorado, algo blando, blanco y dócil.

A veces quería contarle a alguien todo lo que había ocurrido y ver qué decían al respecto. Ya había oído la versión de la historia en la que ella era una mujerzuela, una puta, una zorra. La había oído tantas veces que era como una mancha de agua sobre terciopelo: nunca desaparecería. Se preguntó si habría otra versión. Ni siquiera conocía la suya propia.

Seguro que Preston no podía adivinar todas las cosas que le pasaban por la cabeza. A diferencia de Effy, parecía muy cansado. Detrás de las gafas, los párpados empezaron a pesarle. Qué gracioso: el párpado izquierdo parecía bajar un poco más que el derecho. Desde lejos nunca se habría dado cuenta.

—¿No tienes sueño? —preguntó el chico, arrastrando un poco las palabras.

—La verdad es que no —confesó Effy.

—¿Qué más puedo hacer?

—Pues… háblame. —Tuvo que bajar la mirada, avergonzada—. Sobre lo que sea.

—Intentaré pensar en los temas más aburridos que conozca.

Effy sonrió y se mordió el labio.

—No hace falta que sean aburridos. Podrías… podrías contarme algo nuevo. Algo que nunca me hayas dicho.

Preston guardó silencio mientras pensaba.

—Bueno —dijo al cabo de un momento—, si quieres saber por qué recuerdo tan bien «La muerte del marinero», es porque hay un viejo dicho argantiano que se le parece bastante.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Te lo diré si me prometes no estremecerte ante el sonido de nuestra lengua pagana —bromeó, arqueando una comisura de la boca. Effy rio por lo bajo.

—Lo prometo.

—*Ar mor a lavar d'ar martolod: poagn ganin, me az pevo; diwall razon, me az peuzo.*

—¿Eso es argantiano de verdad?

—Sí. Bueno, el dialecto del norte. Es lo que las abuelas les dicen a sus nietos protestones.

Preston esbozó una fina sonrisa.

—¿Qué significa?

—«Dice el mar al marinero: *Lucha por mí y vivirás, abandóname y te ahogarás*».

—Eso parece algo que escribiría Myrddin —dijo Effy. Se dio cuenta de que era la primera vez que había oído hablar argantiano a un nativo. Le parecía hermoso… o quizás lo hermoso fuera la voz de Preston—. Di otra cosa.

—Mm. —Preston frunció el ceño, pensativo. Luego dijo—: *Evit ar mor bezañ treitour, treitouroc'h ar merc'hed.*

—¿Qué significa?

El chico arrugó los ojos con regocijo.

—«El mar es traicionero, pero las mujeres lo son más».

Effy se ruborizó.

—Eso no parece algo que diría tu abuela.

—Tienes razón. Me daría una colleja por decirlo.

—Dime otra cosa.

Preston arrugó los labios y se le nubló la vista un momento mientras pensaba.

—*Ar gwir garantez zo un tan; ha ne c'hall ket bevañ en e unan.*

—Ese es el que más me ha gustado por cómo ha sonado. Dime lo que significa.

Detrás de las gafas, la mirada de Preston estaba fija en ella.

—«El amor es un fuego que no puede arder solo».

El corazón de Effy dio un brinco.

—Sonaba mejor en argantiano.

—Estoy parafraseando. —La voz de Preston se agravó, soñolienta—. Te prometo que no te estoy insultando en secreto.

—Eso no lo había pensado. —Effy empezaba a notar que le pesaban los párpados—. Me ha venido bien. Gracias.

Preston no pareció oírla. Se le cerraron los ojos. Al cabo de unos minutos, su respiración se ralentizó y el sube y baja de su pecho se acompasó al ritmo del sueño.

Con mucho cuidado de no molestarlo, Effy estiró la mano y le quitó las gafas. Preston no se movió.

Sintió curiosidad y se las puso durante un momento. Se había preguntado en más de una ocasión si Preston las *necesitaba* de verdad o si solo las llevaba para parecer más serio y académico. Pero, tras parpadear y parpadear detrás de las gruesas lentes, con la visión borrosa y la cabeza dolorida, se percató de que sí que las necesitaba y mucho.

Bueno. *Angharad* aún la eludía, pero al menos había resuelto un misterio.

Plegó las gafas con cuidado y las depositó en la mesita de noche. Al darse la vuelta, vio una de las piedras de bruja medio enterrada en la alfombra. Se le habría caído del bolsillo mientras se desvestía. La pescó del suelo.

Preston seguía sin moverse. Se giró de nuevo y se llevó la piedra al ojo. Contuvo el aliento con el pulso acelerado.

Lo único que vio fue el rostro dormido de Preston: su larga y fina nariz con las dos marcas minúsculas que habían dejado las gafas, las pecas, el superficial hoyuelo de la barbilla. Su piel parecía suave; arrugaba un poco el ceño como si, incluso dormido, su mente diera vueltas a muchas cosas.

Effy bajó la piedra de bruja. El corazón aún le martilleaba en el pecho, pero por un motivo muy distinto. Se dio la vuelta en la cama y dejó la piedra en la mesita, junto a las gafas de Preston. Luego tiró de la cadena de la lamparita, un tanto cutre, y los sumió a los dos en la oscuridad.

Al final se durmió. Cuando se despertó a la mañana siguiente, Preston ya se había levantado y estaba sentado en el escritorio, con el diario de Myrddin abierto.

Se giró al oír que Effy se removía. Su cabello, por lo general revuelto, había alcanzado un grado inaudito de anarquía: los mechones castaños parecían rebelarse unos contra otros y, a su vez, contra el cuero cabelludo. Se había puesto las gafas de nuevo.

Lo primero que dijo Effy al enderezarse fue:

—Menos mal que Blackmar no ha venido a echar un vistazo.

Preston enrojeció.

—No ha ocurrido nada inapropiado. Pero sé lo que podría parecer.

—No, si te has portado la mar de bien. —Effy dejó caer el edredón. Uno de los tirantes del camisón se había deslizado por el hombro y se fijó en que Preston apartaba la mirada adrede mientras ella lo colocaba en su sitio—. Gracias.

—No hay nada que agradecer —dijo sin mirarla a la cara—. De hecho, he dormido bien.

—Y has mantenido las manos quietas.

No pudo evitar hacerlo sonrojar más porque le encantaba su rubor.

En esa habitación, donde solo estaban Preston y ella, casi se había olvidado de que se alojaban en Penrhos. Podrían estar en cualquier parte dentro de ese pequeño espacio seguro hecho tan solo para ellos, donde todo era tranquilo y amable y lento. Hasta la luz que entraba por la ventana era de un tierno dorado pálido.

A regañadientes, Effy salió de la cama y Preston se dio la vuelta, de cara a la pared, para que pudiera vestirse.

El chico se había quedado en su lado de la cama toda la noche, con las rodillas dobladas en el colchón, demasiado corto. Incluso su respiración había sido gentil y discreta. Preston no la había tocado, pero, por todos los santos, Effy quería que lo hiciera.

DOCE

¿Qué define un romance? Todos los académicos parecen converger en un único punto: es una historia que debe tener un final feliz. ¿Y por qué? Yo diría que se debe a que un romance es la creencia en lo imposible, en que algo acabe feliz, pues el único final auténtico es la muerte y, en este sentido, ¿acaso el romance no es un rechazo de la mortalidad? Cuando el amor está presente, yo no lo estoy. Cuando el amor desaparece, yo también. A lo mejor el romance es una historia sin final, donde el «final» consiste en un armario con un fondo falso que conduce a otros mundos más extraños y compasivos.

«Teoría epistemológica del romance», del doctor Edmund Huber, aparecido en *Revista llyriana de crítica literaria*, 199 d. I.

Tras pasar tanto tiempo en Hiraeth, Effy casi había olvidado lo que era vivir en una casa normal. Se bañó en la bañera con patas perfectamente ordinaria de Blackmar y se envolvió en una bata de seda que le habían prestado.

Todo fue de lo más agradable. Los tablones del suelo no estaban demasiado fríos y por las ventanas no se colaban ráfagas del incipiente viento invernal. Cuando terminó de bañarse, regresó al dormitorio sintiéndose limpia y despejada y se dejó caer en la cama deshecha. Oía el agua en la habitación de Preston y, de repente, se sintió muy acalorada.

Todo lo que había ocurrido la noche anterior (aunque no había ocurrido *nada* en realidad, ni sus dedos se habían rozado siquiera) casi había conseguido distraer a Effy de su tarea. Mientras Preston se bañaba, se levantó y empezó a registrar la habitación.

Abrió los cajones del escritorio y se decepcionó al no encontrar nada. Alguien había limpiado a conciencia esa habitación hacía mucho tiempo y la había dejado vacía desde entonces. Se preguntó a quién habría podido pertenecer.

Encontró unos cuantos vestidos que olían a moho en el armario, pero no había un falso fondo ni una habitación secreta detrás. Effy hasta empujó la pared para comprobarlo. Miró detrás de las cortinas negras opacas. El jardín inmaculado de Penrhos parecía tan inamovible como un cuadro al óleo.

Casi parecía una tontería buscar debajo de la cama, como demasiado fácil e infantil, pero se arrodilló de todos modos. Enseguida notó que le picaba la nariz. Estaba demasiado oscuro debajo del somier, así que estiró el brazo y palpó el suelo.

Sus dedos se enroscaron alrededor de algo: un trozo de papel. Dos, tres.

Los sacó con toda la rapidez de la que fue capaz, temerosa de que pudieran desaparecer, alejarse flotando. Los apretó contra el pecho, respirando con dificultad. Parecían un secreto, igual que el diario, igual que cuando leyó esos libros antiguos en la biblioteca de la universidad. Estaba a punto de mirarlos cuando oyó que se abría la puerta.

Effy se dio la vuelta a toda prisa, pero solo era Preston, con el pelo húmedo y revuelto tras el baño. Llevaba una de las batas de Blackmar, que le quedaba demasiado corta. Effy sintió, durante un momento, lascivia por fijarse en ello. ¿Qué chica joven de su siglo se sentía febril al ver las *pantorrillas* de un hombre? Parecía una de esas protagonistas sacadas de una novela costumbrista, de las que podían desmayarse al ver el tobillo desnudo de su prometido.

—Effy, ¿qué haces en el suelo?

—He encontrado esto —dijo, enseñándole los papeles—. Debajo de

la cama.

Planeaba levantarse, pero, antes de poder hacerlo, Preston se arrodilló en el suelo a su lado. El agua aún relucía en los ángulos afilados de su rostro y un mechón de pelo húmedo se rizaba sobre su frente. Aunque estuviera mojado, parecía desaliñado. Effy tomó aire, molesta por fijarse tanto en esos detalles nimios.

Los papeles eran muy viejos; lo supo enseguida, sin necesidad de mirar las fechas. Los bordes se enroscaban, la tinta se había descolorido un tanto y, en general, parecían olvidados, como si alguien, en plena huida, los hubiera soltado hasta que acabaron acumulando polvo debajo de la cama. O como si la doncella que entraba a limpiar no hubiera podido alcanzarlos con la escoba.

Effy extendió la primera página para que los dos la leyeran.

17 de abril de 189

Mi astuta e inteligente muchacha:
Seguro que has buscado mi dirección en los papeles del estudio de tu padre. Si no, ¿cómo has podido escribirme? No volveré a subestimar tu astucia de nuevo. Puede que incluso, algún día, aparezcas ante mi puerta. No me quejaría. Me sentiría muy feliz de ver tu ceño fruncido en mi umbral.

Los poemas que me has enviado me han parecido bastante buenos. En concreto he disfrutado de uno sobre Arethusa. Jamás habría pensado que una muchacha con sangre norteña se interesase en nuestros mitos y leyendas, pero supongo que tu padre no te dio un nombre sureño por nada.

Envíame más si te apetece, por favor. Cuando regrese a Penrhos, me encantaría hablar contigo sobre Arethusa. En general, se la considera un

aspecto o, mejor dicho, un equivalente de santa Acrasia, quien, como sabrás, es la patrona del amor seductor. Es un tema muy interesante para tu poema.

Tuyo,
E. M.

—Arethusa —dijo Effy. Su mente aún estaba aturdida por el esfuerzo de intentar comprender lo que acababa de leer, pero a Arethusa la conocía—. Es la consorte del rey de las hadas al principio del libro.

—Sí. Se la presenta tan solo como contrapunto de la protagonista, seductora y activa, mientras que Angharad es sumisa y pasiva. Como vuestra diosa de dos cabezas, santa Acrasia y Amoret, la que Myrddin menciona en la carta. Pero, al final, Arethusa se convierte en una aliada. Es una subversión inteligente del tropo de la seductora malvada.

—No dice a quién le está escribiendo. —Effy bajó de nuevo la mirada a la página solo para asegurarse—. Dice que tenía un nombre sureño… Una de las hijas de Blackmar. El diario de Myrddin menciona que la hija mayor de Blackmar le enseñó algunos de sus poemas, ¿recuerdas?

Preston asintió.

—Y las fechas coinciden… Esa entrada era de enero, esta carta es de abril.

A Effy le palpitaba con fuerza el corazón. No ayudaba que estuviera tan cerca de Preston, que sus hombros casi se rozasen, que notase el calor de su cuerpo. Respiró hondo para calmarse.

—A ver la otra —dijo.

13 de noviembre de 189

Mi tonta y encantadora muchacha:

Me temo que tu padre nos ha descubierto. Me ha preguntado, sin eufemismos ni subterfugios, si había puesto en peligro la pureza de su hija, si te había llevado a mi cama. Le dije la verdad, que NO nos habíamos acostado. No sé si eres virgen, como tu supuesta protagonista. Y no sé por qué tu padre tiene un interés tan intenso en la pureza de su hija. Por todos los santos, si eres una mujer adulta.

Será mejor que no nos veamos durante una temporada… al menos hasta que pueda hablar con tu padre sobre este asunto delicado. Pero, si consigues escabullirte, te recompensaré en gran medida.

Tuyo,
E. M.

El estómago de Effy se revolvió como un barco en el oleaje. No quería pensar en Myrddin de ese modo. Aquello era peor que las fotografías. Había amado con tanta intensidad el libro de Myrddin que había dejado manchas de lágrimas en sus páginas, tanto que el lomo estaba agrietado de releerlo mil veces. No se lo quería imaginar de esa forma, rumiando sobre cómo podía arrebatarle la virginidad a una chica joven.

Respiraba de forma entrecortada. Alzó la mirada hacia Preston con lágrimas en los ojos.

Él la observó, preocupado.

—Leamos la última. Es corta —dijo con tensión.

1 de marzo de 190

Mi hermosa y corrompida muchacha:
Anoche, mientras yacíamos juntos, me dijiste

una cosa que no tardaré en olvidar. El sueño me rondaba, pero tú te tapaste el pecho desnudo con las mantas y te enderezaste. Inclinada sobre mí, dijiste: «Te amaré hasta la ruina».

Me senté como si me hubieran pinchado y, como ninguno había dicho antes esas dos palabras tan trilladas, contesté aturdido: «¿La ruina de quién? ¿La tuya o la mía?».

No respondiste y yo aún sigo pensando en ello.

Tuyo (en todos los sentidos imaginables),
E. M.

—Es esa frase —susurró Effy—. La de *Angharad.*

Preston tragó saliva.

—«“Te amaré hasta la ruina”, dijo el rey de las hadas, apartándome un mechón de pelo dorado de la mejilla. “¿La tuya o la mía?”, pregunté. El rey de las hadas no respondió».

—De la primera vez que se acostaron juntos. —A Effy le temblaba la voz—. En su noche de bodas.

—Primavera del ciento noventa —dijo Preston. También le temblaba un poco la voz—. Más o menos la época en la que Myrddin empezó a escribir *Angharad*… o empezó, supuestamente, a escribirla. Todo encaja.

Effy sacudió la cabeza. La oscuridad nublaba su visión, el pánico crecía en su interior como un oleaje.

—Sigo sin entenderlo.

—*Esta* es la conexión con Blackmar. Ni la amistad ni el empleo… Myrddin tuvo una aventura con la hija de Blackmar y, de algún modo, *Angharad* nació de ahí. No me extraña que Blackmar recelara tanto cuando lo comentamos. No sé cómo encaja aquí Greenebough o por qué se decidió publicar el libro con el nombre de Myrddin… Eso si lo escribió Blackmar, claro. Pero es posible que la hija formara parte

del… proceso de negociación.

—Estás diciendo que la intercambiaron como si fuera una res. —Effy deseaba salir flotando de su cuerpo, deslizarse por esa puerta secreta al lugar seguro y sumergido. Sin embargo, su cuerpo parecía estar aferrándose a su mente con todas sus fuerzas: sangre caliente, estómago revuelto. Todo señales terribles de vida—. Pero, si a Blackmar le preocupaba tanto la *pureza* de su hija y Myrddin se la arrebató, entonces ¿por qué le dejó tener también *Angharad*? En aquella entrada de diario decía que Blackmar entregó el manuscrito en agosto del noventa y uno.

Apenas pudo sacar las palabras. Preston la miraba con más preocupación.

—Effy —dijo despacio—, ¿estás bien?

—Esa frase. —Notaba los ojos calientes, con lágrimas contenidas—. «Te amaré hasta la ruina». Esa es una de las frases más famosas de *Angharad* y ni siquiera se le ocurrió a Myrddin.

Preston dudó. Cuando habló de nuevo, lo hizo con amabilidad.

—Los escritores toman cosas de la vida real todo el tiempo. No es como si la frase tuviera derechos de autor.

Effy entendía aquello. Pero aún le parecía mal. Todo le daba mala espina.

—Ojalá pudiéramos hablar con ella. Con la hija de Blackmar.

—Esa sería la solución más sencilla —concedió Preston—. Pero tendremos que contentarnos con hablar con el editor de Greenebough.

Aquel sentimiento se asentó en su estómago como una piedra. Effy no podía deshacerse de esa imagen de Myrddin: tumbado en la cama junto a una chica joven que decía en voz alta la frase más famosa de *Angharad.*

Ojalá pudiera regresar a aquel día en su residencia, cuando había mirado la foto de autor de Myrddin al final del libro, cuando solo había sido un espacio en blanco sobre el que podía verter sus deseos como pintura sobre un lienzo. Ya no quería respuestas. Cada pista nueva que descubrían era como un golpe en la nuca: enérgico, repentino, agonizante.

Preston y ella buscaron a conciencia debajo de la cama por si había más hojas dispersas, pero solo encontraron polvo.

Justo antes de cejar en su búsqueda para ir a desayunar, los dedos de Effy se cerraron alrededor de algo duro y frío. Cuando lo levantó, vio que tenía la palma y los dedos cubiertos de pequeños cortes. Un cuchillo.

Era tan pequeño que se podría usar para cortar fruta en la cocina, pero el mango estaba hecho de plata y un poco de óxido rodeaba la hoja. Intercambió una mirada con Preston mientras se lo acercaba al pecho. Ninguno quería hablar sobre que la hoja era de hierro.

Se vistieron y bajaron al piso inferior, Effy aún mareada. Descubrieron un bufé entero en el salón. Los criados, vestidos de negro, parecían más elegantes y resueltos que el día anterior; merodeaban por la casa como monjes lúgubres mientras limpiaban el polvo de los muebles a modo de penitencia. Como no había comida de desayuno tradicional (para consternación de Effy, porque esperaba tomar un té que le calmase el estómago), comieron aceitunas rellenas y pequeñas tartaletas de fruta que se disolvían en azúcar sobre la lengua.

Les resultó raro que Blackmar hubiera dejado todo un banquete para ellos con solo comida típica de una cena, pero, tras el brandi sin acompañamiento de la noche anterior, Effy se imaginó que era propio del anciano. Iba a tomar una segunda tartaleta cuando Blackmar entró en el salón, ataviado de traje con un pañuelo de bolsillo prudente.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó consternado—. ¡Esa comida es para la fiesta!

Preston se atragantó con su pastelito.

—¿Qué fiesta?

—La *fiesta* —repitió Blackmar con impaciencia— que celebro esta noche. Os lo dije, ¿no? Por eso viene el editor de Greenebough. Por la *fiesta*.

—No —respondió Effy. Intentó tragarse el resto de la tartaleta sin

que el hombre se diera cuenta—. No dijo nada sobre una fiesta.

—Bueno, pues espero que nos acompañéis, ya que habéis venido hasta aquí. Será vuestra oportunidad de hablar con alguien de Greenebough. Creo que él os podrá dar más información que yo. Como ya he dicho, mi memoria ya no es lo que era.

—Pero no hemos traído ropa formal —replicó Effy, y señaló sus pantalones y el jersey extragrande.

—Tonterías. —Blackmar agitó una mano. La mujer que fregaba el suelo tras él se encogió, como si la hubiera golpeado con un látigo—. Mi hija dejó muchas cosas en su armario. Las dos parecéis tener la misma talla. Y Preston puede tomar prestado uno de mis trajes. Tengo de sobra.

Y así quedó todo decidido. Blackmar se marchó a toda prisa (o todo lo rápido que podía marcharse alguien de su edad) y Preston y Effy regresaron a sus habitaciones. Effy no podía dejar de pensar en las cartas, sobre todo en la última. Le rondaba por la mente como agua oscura. Mientras subía las escaleras, las rodillas le temblaban con tanta fuerza que cayó hacia delante y se tuvo que agarrar al pasamanos.

—¿Effy? —Preston se dio la vuelta—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé. Es esa frase. De la última carta. «Te amaré hasta la ruina…».

Perdió el hilo de lo que decía y apretó la mano alrededor de la madera. Preston la miró con desconcierto.

—Por lo que sabemos, podría ser algo que la hija de Blackmar leyera en uno de los poemas de su padre. Puedo revisarlos de nuevo por si algo me llama la atención. Pero es algo, ¿verdad? Más pruebas de que Myrddin no era tan ingenioso como suponíamos. Más pruebas que vinculan *Angharad* con Blackmar…

—No —dijo Effy a toda prisa, y la vehemencia de su voz la sorprendió—. No es eso a lo que me refiero. No… no hace falta que lo atribuyas todo a Blackmar. A lo mejor *Angharad* fue un esfuerzo conjunto entre los dos. —Preston abrió la boca para responder y Effy se apresuró a añadir—: No estoy intentando defender a Myrddin solo

porque sea su admiradora. Ya no sé si lo soy.

Apretó los labios, con los ojos relucientes. Preston solo parpadeó.

—No te iba a acusar de eso —dijo con suavidad—. Creo que tienes razón. No sabemos exactamente qué pasó y Blackmar se niega a pronunciar la palabra *Angharad*, con lo que no conseguiremos respuestas por su parte. Esta noche sondearemos al editor de Greenebough lo mejor que podamos.

Effy asintió, muy despacio. Siguió subiendo las escaleras, pero las náuseas no remitieron.

Los invitados de Blackmar comenzaron a llegar por la tarde, justo antes del anochecer, cuando la luz naranja dorada empezaba a menguar y relucía en los capós suaves de sus coches. Subieron por la entrada circular y aparcaron en pulcras columnas, como insectos ordenados bajo el cristal de un entomólogo. Effy los observó desde la ventana y fue contándolos a medida que salían de los vehículos; las mujeres arrastraban tras de sí chaquetillas de gasa y los hombres fruncían el gesto bajo los bigotes.

Había al menos treinta invitados y Effy no supo si eso les iba bien o mal para su propósito. Una velada tan grande podía dificultarles lo de poder hablar a solas con el editor de Greenebough, pero una más íntima haría que Preston y ella parecieran intrusos extraños. Su edad ya los haría destacar entre la multitud: ninguno de los recién llegados era más joven que la madre de Effy. Eso la incomodó tanto que cerró las cortinas.

Preston y ella no habían encontrado nada sobre la aventura en el diario de Myrddin. De hecho, todas las entradas que deberían haber aparecido entre abril de 189 y marzo de 190 habían sido arrancadas del lomo. Preston parecía más abatido de lo que Effy lo había visto nunca.

—Demostrar que Myrddin tenía una aventura secreta ya es algo, ¿no? —dijo con la esperanza de animarlo un poco—. ¿Ya estaba

casado en esa época?

—No estoy seguro. No existe casi ningún registro de su vida personal ni certificados de matrimonio, que yo haya encontrado. Una aventura secreta es algo. Pero no es *suficiente*. Esas cartas servirían para un artículo obsceno en un periódico y quizás un par de párrafos en una tesis, pero no constituyen en sí mismas esa tesis. Necesitamos más contexto y más pruebas.

Yo no quiero más pruebas. Pero Effy no tuvo el valor de decírselo.

Quiso sacarse ese pensamiento de la cabeza y acudió al armario para elegir un atuendo. Revisó los vestidos como si fueran las fichas del catálogo de la biblioteca, con los susurros de la seda entre los dedos. Se detuvo cuando encontró un vestido verde esmeralda oscuro, con corsé en la espalda, escote bajo y mangas casquillo hechas de tul brillante.

La invadió una intensidad tan súbita que casi cayó hacia atrás. Las fotografías de la chica en el diván, su mirada vacía, sus pechos desnudos… Todo le volvió con la fuerza del agua golpeando el acantilado.

—Preston, ¿recuerdas las fotografías?

El chico frunció el ceño.

—¿Las de la caja de Myrddin? No pensarás que…

—Creo que esa es la hija de Blackmar. *Tiene* que serlo. Las palabras en el dorso, esa frase… «Te amaré hasta la ruina».

—Eso explicaría por qué Myrddin creyó necesario esconderlas.

Preston hablaba en voz baja, pero le relucían los ojos.

—Eso son pruebas, ¿verdad? O sea, quizás no sean irrefutables, pero sí que son significativas. Pruebas de una aventura y pruebas de que Myrddin le debía algo a Blackmar. Las fotos las encontramos en la casa de Myrddin, entre las páginas de su diario. ¿Y si…?

Effy se detuvo y tomó aire de repente. Casi había dicho algo ingenuo y fantasioso, algo que sonaba tan infantil como creer en el rey de las hadas. Preston la miró con extrañeza.

—«Y si» ¿qué? —insistió.

—Nada. No importa.

—Tenemos que volver a por ellas —añadió el chico, apremiante—. Necesitamos las cartas y las fotografías para demostrar la aventura. Es un paso más para demostrar que Blackmar escribió el libro o, al menos, alguna parte. Tenemos que encontrarlas antes que Ianto…

Se interrumpió al ver la mirada de pánico en el rostro de Effy. La chica estaba recordando la envidia en los ojos de Ianto mientras los observaba marcharse. La idea de que encontrase esas fotografías le resultaba más espantosa.

—A lo mejor deberíamos marcharnos ahora —dijo—. A la mierda con esta estúpida fiesta…

—No. —Preston sacudió la cabeza—. Tenemos que sacarle todo lo que podamos al editor de Greenebough. Demostrar la aventura es una cosa, pero también hay que probar que está relacionada con *Angharad*. Y para eso necesitamos a Blackmar y a su editor.

Tenía razón, por supuesto. Effy se apartó, soltando el aliento contenido. Sacó el vestido verde del armario y lo extendió sobre la cama. Parecía un cuerpo decapitado, carente de extremidades.

—Pues entonces debemos prepararnos.

El salón parecía legañoso con la luz de al menos cien velas y repleto de invitados. Las mujeres se movían sin cesar, elegantes en sus vestidos de color caramelo, con las faldas de tafetán susurrando como el viento en el río. Largos guantes blancos habían consumido sus manos y antebrazos, tan gráciles como cuellos de cisne. Se pegaban a los costados de los hombres, con los brazos enguantados alrededor de los de sus maridos, que, ataviados con lana negra, parecían bloques rígidos. Cuando reían, alzaban con decoro las manos para taparse la boca.

Effy había asistido a fiestas así de elegantes con sus abuelos, pero solo de niña, cuando llevaba medias blancas y zapatos de charol, en las que se dedicaba a sentarse enfurruñada en un sofá y picotear la comida poco apetecible de los adultos. Allí también se sentía fuera de

lugar, segura de que todas las miradas en la sala se centrarían en ella para fijarse en que era demasiado joven, en que no pertenecía a ese sitio.

El humo de los cigarrillos formaba nubes fantasmales en el aire. La mesa del bufé parecía repuesta; los criados habían conseguido disimular los estragos causados por dos invitados ignorantes. Buscó a los sirvientes de Blackmar y allí los encontró, inmóviles y silenciosos en los cuatro rincones de la sala, como reliquias familiares anticuadas que uno solo conserva movido por la culpa.

Se había puesto el vestido verde. El vestido de la hija de Blackmar. Le quedaba perfecto; el escote en forma de corazón era muy atrevido, las mangas casquillo se pegaban a sus hombros sin clavársele en la piel. Con esa luz, el color se veía más apagado, un verde bosque más que esmeralda, como el musgo, la tierra y las hojas.

Podría haber sido uno de los hombres verdes (no hadas, sino algo menos sintiente, más primitivo) que atravesaban los bosques de las Cien Últimas con algas trenzadas en sus barbas.

Con cierta alarma, pensó que podría ser la mismísima Angharad, vestida con los adornos del rey de las hadas.

No, se dijo con resolución. El rey de las hadas no se le aparecería en esa casa. Penrhos era un lugar anclado con firmeza en el mundo real. Y el mundo del rey de las hadas se aletargaba allí, como un campo en barbecho. No lo había visto desde que dejaran Hiraeth y la noche anterior, dormida junto a Preston, tampoco había soñado con él. Se había despertado descansada y segura por primera vez en mucho tiempo. No había necesitado las pastillas para dormir.

Pero el vestido de seda parecía una capa endeble entre su cuerpo y el mundo. A veces notaba la piel en carne viva; cada vez que se exponía al aire, le escocía y dolía. Y el vestido, aunque precioso, hacía décadas que había pasado de moda. Seguro que se fijarían en ella, que se burlarían de ella… Effy empezó a encogerse entre la multitud, con las voces rodeándola como agua. El corazón le subía por momentos por la garganta.

Preston agachó la cabeza para susurrarle:

—¿Estás bien?

Él llevaba uno de los trajes de Blackmar; le venía un poco corto en los brazos y las piernas, pero, por lo demás, le quedaba bien. Había renunciado a la corbata para dejarse el cuello abierto. A Effy le fascinaban las dos hojas de tela blanca que se desplegaban para desnudar la garganta de Preston, donde el pulso le latía a la luz de las velas.

Y allí estaba de nuevo: un anhelo miserable típico de las novelas Románticas, en mayúscula. Algo que Preston seguramente consideraría vulgar.

—Sí —respondió al fin, quitándose esos pensamientos de la cabeza —. Estoy bien.

—Me alegro. Vamos a buscar al editor de Greenebough y salgamos de aquí.

Blackmar los encontró primero cuando se abrió paso a empujones entre la multitud; de vez en cuando pinchaba con mala educación a alguien con su bastón. Tenía una pinta ridícula con ese traje caro, como si alguien le hubiera puesto una corbata y una chaqueta a una calabaza podrida.

—Euphemia —dijo, sonriendo con ganas hasta enseñar los dientes de oro—. Preston. Me alegro de que hayáis podido acompañarnos.

—Cómo no —contestó Effy. Alzó la voz por encima del tocadiscos y añadió—: Gracias por invitarnos. Sentimos habernos comido su comida antes. ¿Sería tan amable de presentarnos al editor de Greenebough?

Sabía que estaba siendo un poco maleducada, pero le daba igual. En un rincón, el reloj de pie acababa de dar las seis. Tenían que marcharse en menos de una hora para volver a Hiraeth antes de la medianoche.

—Dadme un momento —dijo Blackmar. La miró de la cabeza a los pies y las arrugas de sus ojos se marcaron más aún—. El vestido de mi hija te queda bien.

A Effy se le revolvió el estómago.

—Gracias. ¿Puedo preguntarle dónde está ahora su hija?

Blackmar se la quedó mirando durante tanto rato que a Effy se le empezó a enfriar la sangre. Preston carraspeó, como si con ello pudiera sacar a Blackmar de su estupor.

El hombre parpadeó y entonces, como si nunca la hubiera oído, como si Effy jamás hubiera hablado, dijo:

—Os presentaré al señor Marlowe. Es el editor principal de Greenebough.

Sin añadir nada más, se metió de nuevo entre la multitud. A lo mejor sí que había algo raro en Penrhos después de todo. Blackmar se había comportado, por un instante, como si estuviera hechizado.

Effy y Preston lo siguieron con desconcierto. Durante un momento, Effy creyó que había *imaginado* que le planteaba esa pregunta. Pero no… sabía que se lo había preguntado. Y sabía que Blackmar la había desairado de la forma más peculiar y extraña posible.

Miró a Preston, que le devolvió una mirada sombría. Necesitaban respuestas y rápido.

El señor Marlowe resultó ser un hombre cercano a la cuarentena con un bigote negro muy fino. Llevaba una llamativa corbata roja y no se levantó del diván cuando los vio acercarse.

—Blackmar, sinvergüenza —comentó con languidez mientras le daba vueltas a la ginebra en su copa—. Te he pedido postre ¿y me traes un pastelito envuelto en seda?

Effy enrojeció hasta abrasarse. Estaba tan nerviosa y avergonzada que no podía ni decir nada para defenderse. Preston soltó un sonido ahogado y frunció el ceño con indignación… No, con rabia. Nunca había visto su semblante transformarse tan rápido. Abrió la boca para hablar, pero, antes de poder hacerlo, Blackmar se dejó caer en el diván junto a Marlowe.

—Amigo mío —le regañó—, no son ni las seis. Tienes que bajar el ritmo si no quieres acabar tirado en mi alfombra de nuevo.

—Acabaré donde me plazca —repuso Marlowe con malhumor, aunque bajó la copa. Su mirada pasó de Effy a Preston, con los ojos empañados y vacíos—. Entonces supongo que estos son los universitarios. Venga, sentaos y hacedme preguntas.

Effy no quería sentarse. Preston eligió uno de los sillones, con la mirada lúgubre mientras observaba a Marlowe.

La chica cerró los dedos y se clavó las uñas en las palmas. El sillón contiguo al de Preston era de un tono verde apagado. Le empezó a doler la cabeza y sintió que se deslizaba en ese lugar bajo el agua. Preston alzó la mirada con preocupación y, cuando el silencio se alargó demasiado, Effy se sentó al fin. Aún le ardía la cara.

—Gracias por recibirnos —dijo Preston, pero su voz sonaba tensa. No se esforzó en aparentar amabilidad y Effy temía que, incluso en su estado poco lúcido, Marlowe se diera cuenta de ello—. Estamos trabajando en un proyecto sobre Emrys Myrddin y nos gustaría conocer la perspectiva de su editor. Sobre todo en el proceso de publicación de *Angharad*.

—Heredé la empresa hace años de mi padre. Yo no tuve nada que ver con *Angharad*. Pero es la obra que más beneficios nos ha dado hasta el momento. Se podrían comprar siete versiones de Penrhos con las regalías anuales. ¿Verdad, Blackmar?

El interpelado parecía incómodo.

—Eso es cierto.

—Y, después de publicar *El joven caballero* —prosiguió Preston—, ¿le pidió otro libro de inmediato a Myrddin?

Marlowe agarró de nuevo su copa.

—Por lo que sé de las historias de mi padre, publicarlo fue un gran esfuerzo. Dicen que es tarea de todos… pero eso se aplica a los niños, ¿verdad? —Su mirada permanecía distante—. Un libro es parecido.

—Entonces, ¿fue un esfuerzo *conjunto*? —Preston arqueó una ceja. Effy notó que el corazón le daba un brinco—. Es interesante, dado que *Angharad* es famosa por no tener ni dedicatoria ni agradecimientos.

Marlowe se encogió de hombros.

—Myrddin era un tipo raro. A lo mejor fue decisión de mi padre. Le gustaba vender a los *escritores* de la misma forma que los libros. El autor forma parte de la historia, ¿sabéis? Vino de perlas que Myrddin procediera de un tugurio atrasado de las Cien Últimas. Escribe bastante bien para ser el hijo de un pescador analfabeto.

Incluso entonces, después de todo lo que había pasado, Effy sintió que la rabia se encendía en su pecho. Se clavó más las uñas y se esforzó por mantener la voz firme al preguntar:

—¿Cuándo envió Myrddin el primer borrador a Greenebough?

—A principios de ese año, supongo. —Marlowe bostezó y puso cara de estar muy aburrido—. Estas son preguntas muy mundanas.

—Lo sentimos —dijo Preston, aunque con poca convicción—. Cuando su padre recibió el borrador para *Angharad*, ¿tenía un matasellos de Saltney?

Marlowe pareció molestarse en ese momento.

—¿Cómo demonios voy a saber eso? Acababa de salir del útero y Blackmar aún conservaba la mayoría de los dientes. —El escritor soltó una carcajada forzada y su ceño arrugado se perló de sudor—. Por todos los santos, no quiero pasar la velada hablando sobre la historia de un libro que se publicó hace casi medio siglo.

Effy notaba las manos húmedas. Se las frotó contra la rodilla doblada y la seda del vestido se arrugó. Percibía la amenaza que emanaba de Marlowe como una bruma, esa misma bruma fría y paralizante que se apoderó de ella cuando el profesor Corbenic había deslizado la mano por su muslo por primera vez.

Tomó aire y apretó los dientes. No había ido hasta allí para que sus recuerdos, sus debilidades, la controlaran. Se sentó en el borde del sillón.

—¿Alguna vez conoció a la hija mayor del señor Blackmar? —preguntó.

—Ya basta, Euphemia —dijo el escritor con brusquedad—. Estamos en una fiesta. Deja respirar al pobre hombre. Disponéis de toda la noche para hablar sobre nuestro querido Myrddin.

La mirada de Marlowe se tornó clara y lúcida de repente. Igual que la de Ianto, tenía un borde afilado, como de cristal roto. Él también avanzó más en el asiento.

—Mira lo que te digo, querida —le susurró por lo bajo a Effy—. Baila conmigo y te prometo que te daré todo lo que tengo.

No. La palabra se elevó en su mente como una ola escarpada y

enérgica, una que oscurecía toda la costa. Pero se estampó contra un malecón invisible, una barrera tan tozuda e implacable como un acantilado.

El mundo desapareció a su alrededor, barrido por el rugido de la contracorriente. Effy cerró los ojos y, al abrirlos de nuevo, juraría que vio la forma del rey de las hadas sobre el hombro de Marlowe. Sus fríos dedos blancos se curvaron, los estiró hacia ella…

Y entonces, de un modo inexplicable, Preston le agarró la mano. Su contacto la sacó del agua negra y el rey de las hadas desapareció con la misma rapidez con la que había hecho acto de presencia.

—Me disculpo si no le había quedado claro, señor Marlowe —dijo Preston con frialdad. Alzó las manos unidas y sonrió con los labios apretados.

Marlowe se reclinó hacia atrás, resollando de la sorpresa.

—Bueno. No esperaba… O sea, no pareces el tipo de… Da igual. Pues entonces deberías sacar a la dama a bailar. Eso es lo que quieren las mujeres, ¿no? Bailar y cháchara sin sentido. Seguro que ya se ha cansado de oír la conversación de los hombres.

—Lo haré —replicó Preston—. Effy, vamos.

La ayudó a ponerse de pie y la condujo entre la multitud al centro de la sala, en medio del resto de las parejas que se balanceaban. Effy parpadeó con furia mientras intentaba darle sentido a todo. Su voz perdida, el rey de las hadas. Se aferró a Preston como si fuera un ancla, con la cabeza justo por encima del agua espumosa, ese lugar que la ahogaba.

De alguna forma, durante aquel espacio de tiempo, su otra mano había encontrado el hombro de Preston y la de él había encontrado su cintura.

—Lo siento —dijo el chico en voz baja—. No se me ha ocurrido otra forma de quitarte de encima a Marlowe. Los hombres como él no respetan nada, tan solo el derecho de otro hombre sobre una mujer, y a veces ni siquiera eso. —Su voz se tornó más áspera, más enfadada—. De todas formas, no nos iba a dar ni una jodida respuesta. Está borracho y es un inútil.

Effy consiguió soltar una carcajada temblorosa.

—Creo que nunca te había oído decir un insulto.

—Bueno, a veces la situación lo requiere. —La rabia en su voz empezó a menguar poco a poco—. No me puedo creer que hayamos venido hasta aquí… Olvídalo. Lo siento. No quería obligarte a bailar. Una canción y creo que nos podremos ir sin que Blackmar se dé cuenta.

—Solo una canción —repitió Effy. Y, por algún motivo, le pareció algo muy triste.

En ese momento, fue consciente de la mano de Preston sobre su cintura. La calidez de su palma a través del vestido. La seda era muy fina y prieta. Seguro que Preston notaba las curvas de su cuerpo bajo ella.

Su propia mano palpaba los músculos tensos del hombro del chico a través de la chaqueta, incluso el hueso que sobresalía de repente. Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro, más cerca que la noche anterior, cuando durmieron castos en la misma cama.

La canción era lenta, de una lentitud casi dolorosa, y la voz de la cantante sonaba lúgubre. Effy sabía que terminaría pronto. Y no quería que acabase.

Se percató en ese instante de que no quería que Preston la soltara. De hecho, quería que la acercara más. Quería desabrocharle los botones de la camisa. Quería sentir con los labios el pulso de su garganta.

Con cierto desconsuelo y, en contra de su voluntad, se dio cuenta de que, al fin y al cabo, sí que se hallaba en una novela Romántica. Aunque fuera vulgar. Deseaba con desesperación no sentirse así, porque ¿cómo iba a querer un hombre como Preston Héloury a una criatura tan frívola, caprichosa y desatada como ella? Pero esa era la historia en la que se encontraba, la narrativa que se había erigido a su alrededor como las paredes de una gran casa.

La canción, cómo no, terminó. Pero Preston no la soltó. Bajó el brazo de su cintura, aunque se mantuvo aferrado a su mano. Fijaba la mirada en ella. No parpadeaba. No fue hasta que Effy recordó el reloj,

que se aproximaba más y más a la medianoche, cuando deslizó a regañadientes los dedos de entre los suyos.

Salieron a toda prisa del salón, recorrieron el pasillo y atravesaron la puerta hacia la fría y húmeda noche. Ya habían guardado los baúles en el coche, con las cartas y el diario a salvo en su interior. Effy no sintió el cosquilleo gélido en los brazos desnudos; cuando abrió la puerta del copiloto y se abrochó el cinturón de seguridad, era adrenalina pura y calor.

La verja de Penrhos se abrió con un crujido y Preston aceleró por el sendero de gravilla.

TRECE

Se ha especulado sobre que las diosas Acrasia y Amoret eran, en el pasado, una única entidad en vez de la diosa de dos cabezas a la que se venera en Llyr hoy en día. ¿Cuándo empezaron los llyrianos a considerar el amor un concepto estrictamente dicotómico en vez de una cualidad amplia y multitudinaria? ¿Por qué esta dicotomía se caracteriza por la sumisión contra la dominancia? Sostengo que esta transformación doctrinal está vinculada al papel cambiante de las mujeres en la sociedad llyriana y al miedo por el progreso femenino, sobre todo en las décadas que siguieron a la Inundación.

La historia social de un santo, DEL DOCTOR AUDEN DAVIES, 184 D. I.

Preston condujo con rapidez por carreteras sin iluminar. Las colinas verdes eran invisibles en la oscuridad, convertidas en borrones gruesos como huellas en un cristal. Las pasaron a una velocidad de vértigo, con la oscuridad corriendo a su lado. Effy no iba a menudo en coches y, cuando lo hacía, casi nunca era a ese ritmo. Se reclinó en el asiento un tanto mareada.

No culpaba a Preston por no fijarse, ya que miraba al frente con una concentración intensa, casi sin parpadear; los faros del coche tallaban túneles en la oscuridad. Confiaba en él, por supuesto, pero aquello era lo más temerario que habían hecho los dos hasta el momento, incluso si contaban las veces que se habían reunido en secreto sin que Ianto se percatara y cuando ella había saltado de un

coche en marcha.

Aquel coche había ido mucho más despacio.

Effy cerró los ojos. Una y otra vez, en el teatro detrás de sus párpados, vio la progresión de las fotografías, la bata de satén apartándose, los pechos de la chica desnudos en la gélida habitación. Vio las cartas temblando en sus manos trémulas. La letra apresurada de Myrddin: «Mi astuta e inteligente muchacha». «Mi tonta y encantadora muchacha». «Mi hermosa y corrompida muchacha».

Llámala por su nombre, quería gritar Effy, pero a nadie en particular, porque Myrddin estaba muerto. La chica seguramente también lo estaría. La hija de Blackmar. La… conquista de Myrddin. Llevaba tiempo perdida, igual que las iglesias inundadas.

En todo el tiempo que llevaba en Hiraeth, Effy nunca había oído las campanas.

De repente, se echó a llorar. Le ardía la punta de la nariz, los ojos se enrabietaron con agua y un sollozo estrangulado salió a la fuerza de su garganta. Se tapó la boca con la mano para intentar reprimir el sonido, para intentar no distraer a Preston de su tarea, pero respiraba aceleradamente y las lágrimas le fluían por las mejillas.

—Ay, Effy —dijo Preston. Y entonces, aunque fuera absurdo, aparcó el coche—. Lo siento. No hay nada peor que cuando nuestros héroes nos decepcionan, ¿verdad?

—No sabía que Myrddin era tu héroe. Pensaba que no te gustaba.

—Sí que me gusta. O sea, me *gustaba*. Aún me gustan las palabras que se le atribuyeron. Me gusta que escribiese sobre la muerte como decadencia. Muertes que duran años y años, igual que la Inundación… Bueno, eso da igual. Esas palabras significan algo, aunque Myrddin no las escribiese. O aunque lo hiciera.

—Es que… —Fuera, la oscuridad se asentaba a su alrededor, lenta como la marea baja—. Preston, he leído *Angharad* cien veces. Sabes que puedo citarlo palabra por palabra. Creer en todas las cosas que Myrddin escribió… o no escribió… Eso me salvó. Cada historia es una mentira, ¿verdad? Y es una historia sobre una chica a la que el rey de las hadas secuestra, pero ella lo derrota con su valentía y astucia… Si

eso no es cierto, entonces todo en lo que siempre he creído también es una mentira. Me dijiste que el rey de las hadas nunca amó a Angharad. Que era el villano del libro. Creo que tenías razón.

—Effy.

Preston tomó aire, pero no prosiguió.

—No existe el rey de las hadas —repuso la chica. Hasta decir las palabras en voz alta la aterrorizaba. Era como un muro cerrándose, derrumbándose sobre ella—. Pensé que *Angharad* era una historia antigua hecha nueva y que Myrddin era un genio de otro mundo, mágico como el resto de los Durmientes. Pero solo era un viejo lascivo y *Angharad* solo fue una treta astuta de su editor para ganar dinero. Ahí no hay nada de magia. O ya no la hay, por lo menos, porque he dejado de creer en ella. Ahora es solo otra mentira.

¿Y qué pasaba con todas las veces que había hojeado *Angharad* para intentar descubrir sus secretos, para armarse de valor en cómo la vida de Angharad reflejaba con claridad la suya? ¿Y qué pasaba con todas las noches que había dormido con hierro, con serbal, mientras veía al rey de las hadas con los ojos entrecerrados?

Nada era real. Effy solo era una chica loca de cuya mente nadie se podía fiar, precisamente el tipo de chica que su madre, el médico, los maestros y el profesor Corbenic decían que era.

He *ahí* la verdad en el centro de todo, la verdad que Effy había intentado evadir durante toda su vida: no existían las hadas ni la magia y el mundo era ordinario y cruel sin más.

Debería avergonzarse por lo mucho que lloriqueaba y farfullaba, con la visión borrosa por las lágrimas. Pero Preston solo la observaba con preocupación y las cejas juntas. Se quitó la chaqueta y se la ofreció.

—Toma. Lo siento, no tengo pañuelos.

Aquello era ridículo. Effy se sonó la nariz en una manga.

—¿Por qué te portas tan bien conmigo?

—¿Por qué no debería hacerlo?

Effy soltó una carcajada patética.

—Porque te he tratado fatal. Te fastidié solo por fastidiarte, para

sacarte de quicio. Fui una tonta…

—No te aprecias con claridad, Effy. —Preston cambió de postura en el asiento para mirarla a la cara—. Desafiarme no es *fastidiarme*. No siempre tengo razón. A veces me merezco ese desafío. Y cambiar de opinión no es ser tonta. Significa que has aprendido algo nuevo. Todo el mundo cambia de opinión a veces, como tiene que ser. Si no lo hacen, entonces son cabezotas o ignorantes. El agua en movimiento es sana, mientras que el agua estancada enferma. Envenena.

Effy se limpió los ojos. Aún se sentía avergonzada, pero el pulso recuperaba su ritmo normal.

—¿Cuál de tus héroes te decepcionó?

Preston suspiró. Fue un suspiro muy cansado que podría haber pertenecido a alguien que le triplicase la edad.

—Te conté que mi padre murió. Bueno, a mucha gente se le ha muerto el padre, no es un pasado insólito. Pero su forma de morir… No me imagino nada peor.

—No hace falta que hables sobre ello.

El tono de voz de Preston la hizo sentir mal por preguntar.

—No, no pasa nada. Mi madre es llyriana, como te dije. Su familia es de Caer-Isel, bastante acomodada; hay siete personas con estudios avanzados en su familia inmediata. Es gente que suele dedicarse a la academia. Mi padre es del norte, de las montañas… Es una zona como las Cien Últimas, un lugar muy rural, pero que se sustenta con la minería en vez de la pesca. Por lo que sé, fue una historia tórrida de amor prohibido. Se mudaron a un barrio a las afueras de Ker-Is (Caer-Isel), en el lado argantiano de la frontera, lo bastante cerca para visitar a menudo a la familia de mi madre. Mi padre nunca pudo ir, porque no tenía pasaporte llyriano. En fin. Trabajaba como gerente en una obra, nada prestigioso ni glamuroso.

Preston era un buen narrador. Se detenía en los momentos adecuados y agravaba la voz cuando era apropiado. Effy intentó guardar todo el silencio que pudo; casi ni se atrevía a respirar. Era la primera vez que Preston hablaba tan abiertamente sobre sí mismo y no quería arriesgarse a romper ese delicado momento.

—Una noche se quedó trabajando hasta tarde durante una mala tormenta. Era verano. Yo tenía dieciséis años. Las carreteras resbalaban, eran letales. Su coche se salió en un giro brusco.

—Oh. Preston, lo siento mucho.

—No murió en ese momento —prosiguió el chico. Le dirigió una sonrisita débil—. Sobrevivió, pero se golpeó la cabeza con fuerza contra el salpicadero y luego en el asfalto. No llevaba el cinturón de seguridad, porque siempre fue así de imprudente. Volvía loca a mi madre. La ambulancia se lo llevó al hospital. A la mañana siguiente estaba despierto y hablaba. Aunque las cosas que decía no tenían ningún sentido.

»Mi padre no procedía de una familia adinerada, pero era un hombre inteligentísimo. Autodidacta, leído, muy reflexivo. Se mantenía firme durante las cenas con mis tíos, con todos sus títulos avanzados. Tenía una biblioteca en el sótano con cientos de libros. ¿Qué más? Le encantaban los animales. No teníamos mascotas, pero me señalaba cada conejo que veía en la hierba, cada vaca en un arcén.

La voz de Preston se fue tornando más y más débil a medida que hablaba. El dolor que transmitía le retorció el corazón a Effy.

—Lo siento —repitió, pero no pareció oírla.

—Un traumatismo craneoencefálico, dijeron los médicos al principio. Con el tiempo, a lo mejor volvía a ser el de antes, pero no lo sabían seguro. Pasaban los días y apenas nos reconocía, ni a mi madre ni a mi hermano ni a mí. A veces percibía un insólito momento de claridad en su mirada cuando recordaba el nombre o la cara de alguien, pero desaparecía de nuevo en un parpadeo. Su cuerpo, por fuera, estaba ileso. En teoría, podía hacer cosas normales. Así que los médicos nos dejaron llevarlo a casa, aunque era como vivir con un desconocido.

»Era intratable, combativo. Rompía vasos y le gritaba a mi madre, algo que no había hecho nunca. Tiró todos los libros de los estantes. No era el mismo. Acabamos por confinarlo. O, mejor dicho, se confinó él, en el dormitorio del piso superior, donde pasaba todas las horas del día viendo la televisión, durmiendo. Le traíamos la comida en

bandejas. Al final, lo encontré yo. Muerto sobre las sábanas. Tenía los ojos abiertos y recuerdo que la luz del televisor parpadeaba sobre su rostro.

—Preston… —empezó, pero no supo qué más decir. Él asintió con tensión, como para indicar que no había terminado aún.

—Cuando hicieron la autopsia, descubrieron que los médicos se equivocaron con el diagnóstico inicial. No fue un traumatismo craneoencefálico o al menos no del tipo que se habían imaginado. No fue lo que habíamos pensado desde el principio, sino hidrocefalia. Fluido en el cráneo y en la médula espinal que no puede salir. La presión crece y crece. Si los médicos lo hubieran sabido, a lo mejor podrían haberlo desviado, drenado. Pero nadie lo supo hasta el final, hasta que murió. Hidrocefalia. Agua en el cerebro.

La voz de Preston apenas era audible. Sonaba hueca. Resignada. Effy quería estirarse y acunarlo contra su pecho, pero se conformó con apoyar una mano encima de la suya.

Durante un momento, los dos se quedaron inmóviles. Effy aguardó por si había hecho algo mal, por si había cruzado una línea invisible. Pero Preston dio la vuelta a su mano para entrelazar sus dedos con los de ella.

—Ojalá recordase —dijo el chico en voz muy baja— la última vez que señaló un conejo en la hierba. Cuando lo encontré ese día en el dormitorio, lo único en lo que pude pensar fue en los conejos. La persona amable e inteligente que fue… Esa persona murió mucho antes que él. A veces me siento culpable por hacer lo que hago, por estudiar lo que estudio… porque mi padre nunca pudo hacerlo. Y ni siquiera me verá graduarme, ni leerá alguno de mis artículos, ni…

Perdió el hilo y Effy le apretó la mano. El viento hacía traquetear las ventanillas del coche y daba la sensación de que estaban en medio de un río revuelto, aferrándose el uno a la otra para que el agua no los ahogara.

Preston alzó los ojos y su mirada se encontró con la suya.

—Gracias —dijo.

—¿Por?

—No lo sé. Por escucharme, supongo.

—No hace falta que me des las gracias por eso.

Preston guardó silencio hasta que, al cabo de un minuto, dijo:

—Y, bueno, supongo que en parte por eso no tengo mucha fe en la idea de la permanencia. Te pueden arrebatar lo que sea en cualquier momento. Ni el pasado está garantizado. Eso también lo puedes perder, como agua corroyendo la piedra.

—Lo entiendo —dijo Effy con suavidad—. Entiendo lo que quieres decir.

Con mucho cuidado, Preston desenredó los dedos de los suyos y apoyó ambas manos en el volante.

—Volvamos a Hiraeth —dijo—. Creo que aún podemos llegar antes de la medianoche.

Sin saber cómo y sin sus pastillas para dormir, Effy se quedó dormida. La presencia de Preston la tranquilizó, igual que la noche anterior; su mera proximidad servía para hacerla sentir a salvo. De lo siguiente que se enteró fue del coche deteniéndose. De repente, alzó la cabeza de donde la había apoyado en la fría ventanilla y pestañeó con cansancio. A través del parabrisas salpicado de lluvia, en el valle que formaban las luces delanteras, vio la silueta vaga de la cabaña. Aún tenía los bordes de la visión negros y le pesaba la cabeza.

—Oye —dijo Preston—. Hemos llegado. Faltan ocho minutos para la medianoche.

—Ah —replicó Effy con la voz pastosa—. Lo siento. Es increíble que me haya dormido.

—No te disculpes. Me alegro de que hayas descansado.

Effy se restregó la cara para quitarse los restos de sal de las mejillas. Tenía los ojos hinchados. Preston se apeó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. La chica se levantó entre tambaleos y él le ofreció su brazo para que se apoyara.

Lo aceptó y, al enroscar los dedos en la tela, sintió los músculos

magros y fibrosos a través de la camisa. Se apretó contra él para entrar en calor y permitió que Preston la guiase hasta la cabaña. La noche era húmeda, abundaba la niebla y no se oía ningún sonido, excepto el canto de los grillos y sus pasos sobre la hierba.

—Seguro que te alivia volver a tener las pastillas para dormir —dijo Preston con cierta incomodidad cuando alcanzaron la puerta.

—Sí. Tampoco es que tú puedas dormir castamente a mi lado cada noche.

Preston soltó una corta carcajada y apartó el brazo.

—Buenas noches, Effy.

Notó el estómago vacío por la decepción. Pero respondió en voz baja:

—Buenas noches.

Lo observó mientras regresaba al coche y se quedó mirando hasta que desapareció en la oscuridad, con las luces traseras parpadeando a lo lejos. Fue entonces cuando entró en la cabaña y se tumbó en la cama verde.

Si salía, ¿lo vería? Ese destello blanco entre los árboles, el largo cabello liso y negro. Se le había aparecido con mucha claridad en múltiples ocasiones desde aquella primera noche en la ribera del río. Pero ahora sabía que solo era su imaginación. Los esfuerzos de una niña triste para dar sentido a un mundo que era insensible y cruel.

Notó que se le humedecían los ojos de nuevo y los apretó para contener el flujo de las lágrimas. No había nada más que hacer, solo ser buena a partir de ese momento. Se tomaría las pastillas como debía. Apartaría la mirada si veía al rey de las hadas en el rincón de su cuarto. No más hierro, no más serbal ni trucos infantiles y fantasiosos.

No más *Angharad*.

Myrddin había muerto, en más de un sentido. Era hora de dejarlo descansar… o, mejor dicho, era hora de enterrarlo. Tenían las cartas, el diario y, pronto, las fotografías. La verdad caería sobre su cuerpo sin vida como tierra y, después de eso, quizás Effy pudiera ser libre.

Buscó el bote de pastillas en la mesilla de noche. Cuando cerró los

dedos a su alrededor, sintió un fogonazo de alivio.

Sin embargo, en esa ocasión no se tomó las pastillas para mantener a raya los pensamientos sobre el rey de las hadas, el profesor Corbenic, las cartas de Myrddin o la chica de las fotografías. Se las tomó porque, si no, se habría quedado despierta toda la noche preguntándose qué habría pasado si no hubiera soltado a Preston.

Aunque Ianto la había animado a marcharse y aunque técnicamente habían regresado antes de la medianoche, a la mañana siguiente no estaba nada complacido. Los fulminó a los dos con la mirada por encima del café mientras un chorro firme de agua caía del techo, atravesaba la lámpara de araña y se acumulaba en la mesa del salón.

Pasaron los segundos, marcados por la caída de esas gotas gordas.

—Se avecina una gran tormenta —comentó Ianto al fin, dejando la taza en la mesa—. Para dentro de dos días. La más grande en toda una década, dicen los naturalistas. Saben los santos hasta cuándo permanecerá la carretera inundada.

—Pensaba que el invierno era la temporada seca —dijo Preston.

—En las Cien Últimas no. Ya no.

Silencio de nuevo, excepto por el goteo del agua. Effy se preguntó qué chorrearía del piso superior, cómo había entrado el agua. Se había olvidado del intenso olor a mar de Hiraeth: a sal, podredumbre y madera mojada.

Pensó en la vez que había dado la vuelta a un tronco caído en el jardín trasero de la casa de sus abuelos: la madera se había desintegrado en su mano y Effy se quedó observando las hojas viscosas muertas, el moho blanco y los hongos que habían brotado como flores, cada uno con la forma y las estrías de una ostra.

Los árboles no morían cuando los talaban, ¿verdad? Su muerte duraba meses, años. Qué terrible destino.

—Supongo que querrás tapiar las puertas y las ventanas —sugirió Effy con cuidado.

—Querida, no necesito que una chica norteña venga a decirme cómo capear una tormenta —repuso Ianto. Su tono era ligero a pesar de la amargura de sus palabras, pero había un brillo tenue en sus ojos… algo que atravesaba la palidez turbia. A Effy se le puso la piel de gallina—. Lo que necesito son tus planos. Wetherell lleva días insistiéndome. ¿Dónde están?

Intercambió una mirada con Preston que, con suerte, Ianto no vería. Dos días hasta la tormenta significaba que disponían de dos días para descubrir los secretos de la casa. No podían quedarse atrapados allí en los acantilados para siempre.

—Estarán listos en un par de días —contestó Effy con alegría.

Ianto soltó un suspiro grave.

—Una vez estén los planos, aún tendremos que buscar contratistas, obreros, materiales… Esperaba empezar la construcción antes de que acabe el año.

Por mucho que se hubiera burlado de Preston, Effy se sintió culpable de mentirle a Ianto en ese momento.

—Eso aún es factible. Lo prometo: dos días y los tendrás listos.

—De acuerdo —dijo. Pero su mirada pálida se había agudizado—. Espero que los dos hayáis tenido un viaje… gratificante.

Intentaba provocarlos para que confesasen algo, pero Effy no sabía el qué. ¿Acaso Blackmar había llamado a Ianto para denunciarlos? ¿O Ianto solo tenía la vaga sospecha de que estaban mintiendo y esperaba dar en el clavo por casualidad?

Effy recordó la mirada de celos en su rostro mientras los veía marcharse. Fue una emoción más siniestra de lo que se habría imaginado. El corazón le martilleaba en el pecho.

—Creo que los dos encontramos lo que necesitábamos —dijo con inquietud—. Si no te importa, debería volver al trabajo…

Pero Ianto no se movió. Siguió mirándola con ojos afilados como el cristal y los enormes dedos alrededor del asa de la taza.

—Señor Héloury —dijo—. Puede marcharse. Quiero hablar con Effy a solas.

Durante un momento, pareció que Preston quería protestar. En

silencio, Effy le suplicó que no lo hiciera. Estaban tan cerca de demostrar *algo* que solo debían sobrevivir a Ianto y a su casa durante dos días más. No era el momento de pinchar a la serpiente.

Preston pareció llegar a la misma conclusión.

—De acuerdo —dijo, poniéndose de pie—. Yo también tengo que trabajar.

Se marchó, pero siguió mirando a Effy por encima del hombro hasta atravesar el umbral. Effy le sostuvo la mirada todo lo que pudo hasta que el hilo se rompió y se vio obligada a mirar de nuevo a Ianto.

—¿Qué querías comentarme? —Intentó sonar serena, agradable. Dócil.

—Espero que ese chico argantiano no haya hecho nada inapropiado.

Effy no pudo evitar ruborizarse.

—¡No! Claro que no.

—Bien.

Ianto ladeó la cabeza. El agua había dejado de gotear al fin; el charco en la mesa del salón estaba turbio, estancado.

El hombre guardó silencio durante tanto rato que Effy sintió que debía decir algo más.

—¿Eso era todo?

Ianto la miró al fin.

—¿Sabes? He pasado mucho tiempo intentando determinar qué tipo de chica eres, Effy. Todas las mujeres son o bien Acrasia o bien Amoret. La patrona de la seducción o la patrona de la sumisión. Pero algunas mujeres son más de una que de la otra. Creo que tú eres Acrasia. Una sirena, una seductora. Los hombres no pueden reprimirse cuando están a tu lado.

Effy intentó soltar una carcajada para pasar por alto sus palabras, pero el rostro de Ianto era serio y le brillaban los ojos incoloros. Ya no había ni rastro de la turbidez.

El corazón le rebotaba en la garganta. Tenía las pastillas rosas en el bolsillo. Si se tomaba una en ese momento, ¿podría convencerse de que Ianto no había dicho nada malo, de que solo era su imaginación la

que provocaba que su pulso latiera con un pánico animal?

En el espejo pálido de los ojos de Ianto, Effy se vio reflejada, aunque volvía a ser una niña con la nariz roja y lloriqueaba igual que había hecho en la ribera del río. Imposible… Un truco de esa maldita casa y de su mente confusa. Parpadeó y parpadeó hasta que la imagen desapareció, pero Ianto no apartó ni por un instante su mirada.

Había repudiado a Myrddin. Se había dejado las piedras de bruja en el bolsillo de los otros pantalones. Se había jurado que estaría cuerda y a salvo sin ellas. Pero ese era el problema de aniquilar su imaginación: su mente ya no podía conjurar una escapatoria, una grieta en la pared. No había nada por donde pudiera huir.

Effy tartamudeó lo que pudo durante el resto de la conversación y luego huyó al piso superior.

Cuando entró en el estudio, Preston estaba sentado en el diván, con el diario de Myrddin en las manos. Alzó la mirada con alegría y alivio.

—Las tengo.

—¿El qué?

Effy seguía sin aliento tras subir desesperada las escaleras. La voz de Ianto le palpitaba en los oídos.

—Las fotografías. He decidido aprovechar la oportunidad cuando te has quedado con Ianto abajo y… Effy, ¿estás bien?

—Sí —dijo, pero le temblaba la voz. Las piernas amenazaban con fallarle en cualquier momento—. Ianto, bueno…

Preston enderezó la espalda con atención.

—¿Te ha amenazado?

—No… no, la verdad es que no.

¿Cómo se lo podía explicar si apenas se lo podía explicar a ella misma? Ianto no había blandido un cuchillo, ni siquiera había intentado acercarse ni acariciarle el muslo.

Como si lo hubiera invocado, la cara del profesor Corbenic apareció ante ella y ondeó como un reflejo en el agua. En una ocasión,

le había dicho: «Necesitas a alguien que te rete. A alguien que te refrene. A alguien que te mantenga a salvo, que te proteja de tus peores impulsos y del mundo. Ya verás, ya».

Las palabras parecían una profecía. Si una historia se repetía tantas veces, si se construía ladrillo a ladrillo, ¿al final se convertía en verdad? Una casa sin puertas ni ventanas, sin ningún tipo de escapatoria.

Era una muchacha cuando vino a por mí…

Te amaré hasta la ruina…

Mi hermosa y corrompida muchacha…

Los hombres no pueden reprimirse cuando están a tu lado…

—Para —susurró por lo bajo para que Preston no la oyera—. Para, para, para…

—Effy —dijo el chico con gravedad, poniéndose de pie—. Siéntate, por favor. Estás pálida.

Demasiado entumecida y mareada para negarse, dejó que la condujera al diván. Preston se sentó a su lado. No se estaban tocando, no del todo, pero se hallaba tan cerca de él que notaba el calor que emanaba de su cuerpo y veía esos dos pequeños surcos que sus gafas le habían dejado en el puente de la nariz. Aún quería preguntarle si le dolían. O si le habían dolido al principio pero se había acostumbrado tanto al dolor que ni siquiera lo percibía ya.

—Lo siento —dijo en un hilillo de voz—. Es… estoy bien. No he comido nada.

Una chica loca, como había dicho el médico. Como su madre creyó desde siempre, como los otros estudiantes susurraban en los pasillos. Intentó recuperar el aliento, tragar bocanadas enormes de aire. Preston permanecía tenso a su lado, abriendo y cerrando los dedos sobre el regazo. Como si quisiera estirar la mano y tocarla, pero no se atreviera.

Al fin, Effy alzó la cabeza. *Para*, se repitió de nuevo con firmeza. *No es real. Nada de eso es real.*

—¿Has dicho que tenías las fotografías? —consiguió decir al fin.

Preston vaciló, aún con aire preocupado.

—Sí. Y se me ha ocurrido otra cosa. Si de verdad sacaron las fotos en este diván, eso significa que la hija de Blackmar estuvo aquí en algún momento, en Hiraeth. Lo que significa que la aventura duró más de un año. Blackmar dijo que Myrddin no se mudó aquí hasta después de la publicación de *Angharad*.

Effy frunció el ceño. Se sentía mareada, insegura en su propia piel.

—Así pues, esa entrada en el diario de Myrddin donde menciona que Blackmar dejó el manuscrito… ¿fue en su piso de Syfaddon?

—Tiene que serlo. Una parte de mí empezó a pensar que, bueno, a lo mejor era algo tan sencillo como que Blackmar corrigió un poco el manuscrito y luego se lo devolvió a Myrddin para que se lo enviase a Greenebough. No hay nada raro en eso. Pero ¿por qué Blackmar se incomoda tanto ante cualquier mención de *Angharad* y su hija? Sudaba cuando se lo preguntaste a Marlowe. No dejo de darle vueltas, de repasar el diario de Myrddin, pero hay algo que hemos pasado por algo, algo…

—Preston —lo interrumpió—. Tenemos que bajar al sótano.

Había estado pensando en Ianto, por supuesto, lo que le hizo pensar en la llave, lo que le hizo recordar la puerta oscura cerrada, la madera podrida con motas blancas de percebes. Recordaba el agua, que se movía y revolvía, tan negra que parecía impenetrable, como un suelo por el que pudiera caminar, como algo que tendría que romper para poder colarse dentro.

Y entonces recordó su propia teoría. Su mente se encendió en el silencio como un tocadiscos en una habitación vacía, aunque aún se sentía demasiado frágil para hablar en voz alta. Pensaba en la chica de las fotografías. Effy había considerado que tenía la mirada vacía, pero se daba cuenta ahora de que la muchacha había escapado de su cuerpo, su espíritu había vagado a otra parte mientras el *flash* de la cámara de Myrddin se centraba en sus pechos desnudos.

Effy conocía bien ese truco. Era casi como magia. Si te esforzabas con ganas, podías llegar a creer que habías salido de ese mundo frío y banal.

El color desapareció del rostro de Preston.

—No podemos bajar allí… Está sumergido y no sabemos si hay algo útil…

—Tenemos que *intentarlo* —insistió Effy—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Se avecina una tormenta y se nos acaban las opciones.

Preston tomó aire.

—Aunque pudiéramos conseguir la llave… y esa es una condición bastante importante… ¿qué hacemos? ¿Nadar en la oscuridad hasta que toquemos algo por casualidad? ¿Algo que quizá pese demasiado y nos arrastre al fondo? Esa parece una forma maravillosa de morir.

Le temblaba la voz como nunca antes y apretaba las manos en puños con tanta fuerza sobre su regazo que los nudillos estaban blancos.

Effy frunció el ceño.

—¿Tienes miedo?

—¿De ahogarme? ¿De la oscuridad? Sí. Son cosas razonables que temer —replicó, tenso.

«Hidrocefalia. Agua en el cerebro». ¿Cómo podía culparlo de tener miedo?

—Pues lo haré yo. Tú puedes sostener la linterna.

—Effy, esto es una locura. Ni siquiera tenemos la llave.

—Puedo conseguirla —dijo. Aunque una parte de ella no lo desease, sabía que podía hacerlo—. Te lo prometo. Y luego nadaré. No tengo miedo de ahogarme.

Lo decía en serio. Bueno, algún instinto primitivo sí que le haría sentir miedo una vez estuviera bajo el agua, cuando le palpitasen y ardiesen los pulmones y la luz desapareciera poco a poco sobre su cabeza. Pero, en un sentido abstracto, no temía ahogarse.

Lo cierto era que no tenía miedo de la muerte. Era la huida definitiva, la proeza de un escapista. Ahogarse no parecía una forma sencilla de morir, si daba crédito a Ianto, pero le daría igual una vez se hubiera sumergido. Podía soportar el miedo y el dolor si sabía que, al final, terminarían.

—Para —espetó Preston—. Para de… de ser tan temeraria. Eso es

algo terrible de ti, ¿lo sabías? Saltas de coches en marcha y saltas al agua oscura.

Sonaba tan enfadado como cuando se había enfrentado a Marlowe en la fiesta, y eso la dejó perpleja. Pero su rabia tenía un matiz distinto, algo más tenso. Algo desesperado.

Effy guardó silencio un momento para que las palabras calaran y luego dejó que resbalaran sobre ella como si fueran esa misma agua oscura.

—No lo entiendes —dijo—. No estabas en ese coche con Ianto. Cuando salté, no lo hice por ser *temeraria*… Me estaba salvando. Lo que tú consideras temerario para mí es supervivencia. A veces no es bonito: rodillas raspadas, la nariz ensangrentada o lo que sea. Me dijiste que no me veo con claridad, pero sí que lo hago. Sé lo que soy. Sé que, en el fondo, lo único que tengo es mi capacidad para sobrevivir. Todo lo que pienso, todo lo que hago, todo lo que *soy*… es una huida tras otra.

Creer en las historias de Myrddin también se había convertido en una huida, la más grande y duradera. Pero la había vuelto inestable, poco fiable, una criatura frágil y voluble. Aquella era la ironía más cruel: cuanto más hiciera por salvarse, más rápido se transformaba en una persona que no valía la pena salvar.

Effy le sostuvo la mirada a Preston, impertérrita, retándolo a que respondiera.

Respiraba con dificultad. Se oyó tragar saliva con fuerza.

—En eso te equivocas —dijo Preston. Le palpitaba el cuello. Sus ojos, de un marrón pálido, se habían vuelto oscuros—. No eres una única cosa. Sobrevivir es algo que haces, no algo que *eres*. Effy, tú eres valiente e inteligente. Eres la persona más real y completa que he conocido nunca.

Se le entrecortó la respiración y, cuando intentó hablar, descubrió que no le salían las palabras. Quería decir: «No te creo». Quería decir: «Gracias». Quería decir: «Háblame más de quién soy porque yo ya no lo sé».

Si Myrddin no había escrito *Angharad*, si de verdad solo había sido

un viejo verde, si no había ningún rey de las hadas, entonces ¿quién *era* ella? Solo una chica loca que chapoteaba en el agua oscura. Una parte de ella quería echarse a llorar.

No dijo ni hizo nada de aquello, sino que, en una maniobra veloz y decisiva, pasó la pierna por encima de las caderas de Preston, se puso a horcajadas sobre él y lo ancló al diván. Lo inmovilizó allí, con el rostro más cerca que nunca, con sus narices casi rozándose. Cuando sus pechos se juntaron, sintió que los corazones latían en un tándem frenético.

Durante un largo, larguísimo minuto, ninguno se movió ni habló.

—Effy —susurró Preston al fin. Deslizó la mano por debajo de su falda y los dedos abarcaron la curva de su cadera—. No podemos.

—¿No lo deseas?

Lo que quería preguntarle era «¿No me deseas?», pero no tuvo valor de hacer ese pequeño cambio.

—Pues claro que sí. —Preston se removió y Effy lo *notó*, duro y apremiante contra su muslo—. Y, si solo fueras una chica cualquiera en una fiesta, lo haría. Pero te conozco. Sé lo que te han hecho…

Se le revolvió el estómago.

—¿Qué significa eso?

Preston estiró la otra mano. Al principio Effy pensó que iba a acariciarle la cara, pero acabó recogiéndole el pelo dorado que caía sobre ambos, que le hacía cosquillas en las mejillas al chico. Lo retorció en un nudo y lo apartó por encima del hombro de Effy.

Fue un movimiento pulcro y gentil que flexionó los tendones del interior de su muñeca. Effy soltó un suspiro trémulo.

—Sé lo de ese profesor en tu facultad —dijo Preston con suavidad —. Y lo que te hizo… Lo siento mucho.

Fue como si la abofeteara. Se apartó, enderezándose con incomodidad sobre el regazo de Preston.

—No me lo habías dicho —repuso con voz temblorosa—. No me dijiste nunca que lo sabías.

—No lo mencionaste. Tampoco quería sacar yo el tema. —Preston también se enderezó y la rodeó con los brazos para que no cayera

hacia atrás—. Al principio no estaba seguro de si eras tú… Había rumores sobre una chica en el programa de Arquitectura que se había acostado con su tutor. Y luego descubrí que eras la única chica en ese programa…

—Nunca me acosté con él. —Se le revolvió el estómago tanto que tuvo ganas de vomitar—. Ni siquiera… No es justo. Los hombres dicen lo que quieren y todo el mundo les cree.

—No es justo —repitió Preston en voz baja—. Lo sé.

—Hicimos otras cosas, pero eso no. —Se le calentó la punta de la nariz, como siempre pasaba cuando iba a llorar. Intentó con desesperación no llorar en ese instante—. Y todo el mundo piensa que lo empecé yo, pero no. Nunca obtuve nada de él. Eso lo dijeron los chicos de mi facultad. Pero él solo me tocó y yo le dejé.

—Effy. Te creo.

La chica parpadeó con desconcierto, pero también para evitar que brotaran las lágrimas.

—Entonces, ¿por qué no…?

Preston se sonrojó un poco.

—No lo decía en ese sentido, como si fueras una mujerzuela y yo… Da igual. Pero no quiero ser otro hombre que te use. No quiero que pienses en mí de esa forma, como un polvo en un diván. No quiero ser una de las cosas que te mantienen despierta de noche.

Effy notó que un sollozo le subía por la garganta. Se tapó el ojo con la palma de la mano.

—Nunca pensaría en ti de esa forma. Te creía… frío, gélido, como dicen los estereotipos. En serio. No sabía que sentías algo cuando me mirabas.

—Lo sentía. Y sigo sintiéndolo.

Preston tensó las manos y los nudillos le rozaron con suavidad la espalda.

Recordó la forma en la que había escrito su nombre varias veces en los márgenes de aquel papel: *Effy Effy Effy Effy Effy*. Quería oírle decir *su* nombre de esa forma, una y otra y otra vez.

Estaba a punto de suplicárselo… Pero entonces sí que era una

mujerzuela. Aunque ¿qué clase de seductora era si no podía seducir al hombre que deseaba *de verdad*?

—Lo siento —dijo con pesar—. Soy tontísima.

—Para. No lo eres. —Preston tragó saliva y Effy se permitió, al fin, apoyar una mano en su cuello para sentir cómo se movía—. Yo también te he deseado durante mucho tiempo. Ha sido horrible. A veces casi ni podía comer… Lo siento, sé que suena muy raro. Pero pasé días sin hambre. Estaba… ocupado. Me arrebataste cualquier deseo.

Effy mantuvo la mano contra su garganta y Preston la sostuvo sobre su regazo y; en el exterior, el mar rugía contra las rocas con un sonido semejante al trueno. Todos los papeles, el diario y las cartas de Myrddin, las fotografías, estaban esparcidos por el suelo, con los bordes revoloteando en una brisa insólita. Y, pese a todo, algo se deslizó entre ellos como agua en una grieta.

CATORCE

El agua se abre camino por los espacios minúsculos y las grietas más estrechas. Donde el hueso se une al tendón, donde la piel se parte. Es traicionera y afectuosa. Es igual de fácil morir de sed que ahogarse.

Angharad, DE EMRYS MYRDDIN, 191 D. I.

Comenzó a llover por la mañana, tan solo una ligera llovizna, aunque suficiente para empañar las ventanas de la cabaña con condensación. Fuera, el mundo verde se había enverdecido más; las hojas y la hierba chorreaban lluvia hasta ser del mismo color que las gemas, mientras que el musgo en los árboles y en las rocas parecía más vivo. Alimentado. La madera era casi negra, respiraba húmeda. Los fragmentos de cielo que se veían entre las copas eran de un denso gris.

Effy recorrió el sendero hacia la casa con el viento zarandeándole el pelo en todas direcciones y el mar agitado por debajo. Las rocas sobresalían entre las salpicaduras de espuma como dientes afilados. Con los ojos entornados, miró por el borde del acantilado, pero los pájaros se habían ido y habían abandonado los nidos y las aguileras.

En una ocasión, Effy leyó un libro sobre la Inundación donde se afirmaba que los animales la habían presentido. Las ovejas encerradas habían balado desesperadas los días previos a la tormenta, el ganado uncido tiraba y tiraba de sus arreos. Al final, todos habían muerto

también. Se le puso la piel de gallina.

Fue entonces cuando lo vio: el revoloteo de algo oscuro como un trozo de tela atrapado en el viento. Pero, a medida que sus ojos se ajustaron a la luz turbia y parpadeaban para apartar las gotas de lluvia de las pestañas, aquello cobró una forma más sólida: pelo negro húmedo, tan ralo como las algas; piel blanca como hueso, y una corona dentada de astas. La cara estaba borrosa, sin rasgos, como si fuera un cuadro que no se hubiera secado aún, como si la lluvia lo hubiera estropeado.

Le hablaba, pero era un idioma no apto para los oídos humanos, algo tan antiguo que resultaba inabarcable, o a lo mejor se debía a que no podía distinguir las palabras por el ruido de la lluvia y el viento. La criatura extendió la mano, estiró los largos dedos con garras en las puntas. Effy se quedó paralizada por el miedo mientras el agua los empapaba a los dos.

Y entonces echó a correr. El sendero hacia la casa ya era prácticamente lodo que le succionaba las botas. El viento soplaba tan fiero y frío que se arrepentía de haber elegido falda y medias en vez de pantalones. Corrió hasta quedarse sin aliento y entonces se detuvo, jadeante, y miró por encima del hombro.

No había nada; tan solo rocas y lluvia y sus huellas empapadas en el lodo. Effy enroscó los dedos fríos en puños y cerró los ojos con fuerza.

Se había tomado la pastilla rosa esa mañana, como debía. Había decidido no creer en esas cosas. ¿Qué había salido mal? ¿Acaso llevaba tanto tiempo viviendo en el mundo irreal que le resultaba imposible salir de él? ¿Había pasado tanto tiempo creyendo en las historias, en las mentiras, que su mente rechazaba ahora la verdad?

A lo mejor no había salvación para ella. Ninguna pastilla rosa ni ningún médico zalamero podían rescatarla para que no se ahogase.

Effy se quedó a la sombra de la enorme casa, tragándose las lágrimas. Quedaba una cosa por hacer, un último recurso desesperado. Algo en lo que aún depositaba sus esperanzas. A lo mejor, si podían descubrir al fin la verdad sobre Myrddin, desenterrar la última pista

irrefutable, el rey de las hadas moriría con él, con su legado.

Tenía que creer en ello o pasaría el resto de su vida en habitaciones cerradas y paredes acolchadas y pastilla tras pastilla tras pastilla. Se hundiría en el fondo marino como una de las esposas selkie de Myrddin que jamás regresaban a la superficie.

Intentó afilar su mente como la punta de un cuchillo, centrarla en una única cosa: *la llave, la llave, la llave.* Pero sus pensamientos seguían desviándose hacia Preston. En concreto, hacia el recuerdo de sus dedos agarrándole la cadera. Había repetido ese momento una y otra vez en su cama la noche anterior: la mano de Preston deslizándose por su muslo, por debajo de la falda. La había deseado también, había *sentido* la prueba de su deseo entre las piernas. Y aun así…

Sacudió la cabeza, se apartó el pelo de la cara y se obligó a pensar en otra cosa. En lo que fuera excepto en el rey de las hadas, del que quería escapar pero no podía, ni en el chico que *deseaba* pero no podía tener.

Al acercarse a la casa, oyó un repiqueteo. Al principio pensó que eran las campanas, las campanas de fábula que había ansiado oír, pero era un sonido más claro que sonaba por encima de la superficie. Metal contra metal.

Sobre ella, Hiraeth parecía balancearse y gruñir, oscilaba peligrosamente contra las nubes como moratones. Effy la rodeó, con las botas totalmente mojadas, en busca del repiqueteo.

Para su sorpresa, encontró a Ianto allí mismo, arrodillado en la base de un gran árbol negro. Tenía un martillo en una mano y golpeaba una y otra vez una pequeña pieza de metal para clavar la estaca en la raíz del árbol. Llevaba el pelo suelto alrededor de la cara, con la frente empapada de lluvia y sudor.

No vio ni oyó a Effy hasta que esta carraspeó.

—¿Ianto?

El hombre se dio la vuelta. Tenía los ojos incoloros turbios e insondables.

—Effy.

—¿Qué haces?

Tuvo que alzar la voz para que la oyera por encima del viento.

—Hay que amarrar los árboles o el viento los arrancará de raíz y los tirará hacia la pared norte de la casa.

Effy miró a su alrededor. Había cientos de árboles que agitaban las ramas con violencia. Las hojas se soltaban y ondulaban en el viento.

—¿Necesitas ayuda con eso?

Ianto soltó una carcajada carente de alegría.

—No puedes ayudarme, querida. Este no es un trabajo para mujeres. —Pero su voz sonaba ligera y no percibió ningún brillo cruel ni vidrioso en sus ojos. A su lado había una larga cadena de metal enroscada como una serpiente a punto de atacar—. Bueno. Supongo que podrías traerme la chaqueta. Está en una de las sillas del salón.

—Claro —respondió la chica. Ya estaba temblando, abrumada por la oportunidad que se le había presentado. El cuello de la camisa de Ianto colgaba bajo y distinguió el cordón de cuero.

Se apresuró a subir las escaleras de la casa y abrió la pesada puerta. Respiraba con dificultad.

El vestíbulo parecía más oscuro de lo normal; un candelabro oxidado ofrecía una burbuja de luz diáfana. Effy chapoteó por los charcos del suelo sin prestar atención al agua que caía del techo, abultado como la papada de un anciano.

Wetherell se hallaba en el umbral del salón, más sombrío de lo normal.

—¿Qué hará para capear la tormenta, señorita Sayre? —le preguntó. Apenas movió los labios al hablar.

Effy no quería decirle que planeaba marcharse. A lo mejor avisaba a Ianto.

—¿Qué hay que hacer?

—Tapiar las ventanas. Amarrar los árboles. —Wetherell movió los ojos bajo los párpados pesados—. Si fuera lista, se marcharía ahora que puede.

Effy parpadeó sorprendida.

—¿Usted se va a ir? Es el encargado de la herencia de Myrddin…

—La herencia de Myrddin es algo más que esta casa. Es todo el dinero en su cuenta bancaria norteña, los cheques de regalías de su editorial, las cartas que le di al señor Héloury. Esta casa solo es un testimonio feo y podrido de la crueldad del fallecido Myrddin y del precio que Ianto aún está pagando por ella.

—¿Crueldad? ¿A qué se refiere?

—Este no es buen lugar al que traer una esposa ni en el que criar a una familia para que viva siempre con el miedo a la destrucción. Myrddin lo hizo a propósito; construyó esta casa aquí y retuvo a su esposa y a su hijo en ella. Quería que sintieran miedo… miedo de quedarse y miedo de marcharse al mismo tiempo.

Effy recordó de repente la conversación unilateral que había oído.

«No tenía otra opción —había dicho Ianto mientras gruñía de dolor—. Esta casa me retiene, ya lo sabes, y sabes lo del serbal…».

Recordaba la envidia en sus ojos cuando Effy se había marchado de Hiraeth con Preston. Recordaba la desesperación con la que Ianto había regresado a la casa tras comer en el bar, tanta que la había abandonado en la carretera.

Si no debía creer en la magia, ¿cómo podía explicar todo aquello? No le quedaba más remedio que pensar que Ianto estaba loco, triste, anclado a esa casa y al legado de su padre por la culpa y el dolor y el terror persistente. Myrddin quería que Ianto sintiera miedo, que lo sintiera incluso tras la muerte de su progenitor.

A lo mejor la verdad también liberaría a Ianto. Solo tenían que entrar en el sótano.

Effy tomó aire y miró a Wetherell a los ojos sin remordimientos.

—No tengo miedo —dijo, a pesar de que el viento hizo temblar el cristal de la ventana como si fuera papel—. No me marcharé hasta conseguir lo que quiero.

Cuando le sacó la chaqueta a Ianto, ya llovía con más furia y las gotas caían duras y gordas hasta el punto de que casi dolían al aterrizar en

su piel. Ianto apenas la miró cuando volvió a salir; estaba enrollando la larga cadena alrededor del tronco del árbol, enroscándola por las estacas con una concentración amarga que le hacía apretar los dientes.

Le dirigió un vistazo rápido.

—Pónmela sobre los hombros, por favor —dijo con tensión.

Effy se acercó despacio, con la sangre palpitándole de adrenalina. Si fracasaba, no tendría otra oportunidad. Con gran cuidado y deliberación, Effy le puso la chaqueta por encima. Primero en un hombro y luego en el otro. Y entonces, cuando él empezó a meter los brazos, Effy le sacó el cordón del cuello con un tirón suave e inofensivo.

Tragó aire con fuerza y retrocedió entre trompicones, pero consiguió guardar la llave con rapidez en la manga del abrigo. Ianto ni se crispó.

El hombre alzó la mirada un momento hacia el árbol que había enrollado con cadenas y anclado al suelo, como una hechicera atada a la hoguera. Tenía los ojos entornados. Su expresión era indescifrable.

—Ianto —dijo Effy a su pesar. Sabía que debía huir al sótano, que Preston la estaba esperando, que no podían permitirse perder más tiempo. Pero notaba el pecho tenso con un dolor inesperado. «Esta casa me retiene», había dicho en voz alta a nadie en particular.

A pesar de los cambios de humor extraños, a pesar de su crueldad, Effy al fin se daba cuenta de que tenían más en común de lo que creía.

—¿Seguro que quieres quedarte?

El hombre soltó algo que le pareció una carcajada, aunque no estaba segura. Ianto se dio la vuelta al fin, con mechones de pelo negro pegados a la cara como los largos rasguños de una criatura salvaje.

—«Pero marinero era yo, sin motas de gris en la cabeza, así que, con la audacia de la juventud, repliqué: *El único enemigo es el mar*».

El ruido de la lluvia diluyó el poema y ahogó sílabas. Pero Effy conocía de memoria esas palabras. Ianto, con su mirada turbia y empañada, no tenía intención de abandonar Hiraeth.

Effy solo consiguió asentir con la cabeza. Regresó tambaleante a la

casa, con el corazón rugiéndole en los oídos. Ianto había omitido el primer verso del poema: «Todo lo antiguo debe decaer».

Preston la aguardaba junto a la puerta del sótano, paseándose nervioso. Con una mano se agarraba la nuca. Effy sacó la llave de la manga y la sostuvo en alto.

Detrás de las gafas, Preston abrió los ojos de par en par.

—¿En serio la has conseguido?

—¿Cuándo dejarás de subestimarme?

El chico soltó una carcajada, aunque le salió temblorosa por el miedo.

—No tienes por qué hacerlo, Effy. En serio. Podemos regresar luego. Podemos contratar a alguien para que drene el agua…

—Preston —lo cortó—, los dos sabemos que no vamos a volver.

Wetherell había desaparecido del umbral. Effy esperaba que hubiera empacado sus cosas y se hubiera marchado por la carretera, lejos de esa casa, mientras pudiera. ¿Habría puesto en su sitio los retrovisores del coche?

Se imaginó a la camarera en el bar de Saltney clavando tablones en las ventanas, a todos los pescadores cerrando las trampillas. ¿Cuántas casas reclamaría esa tormenta? ¿Cuántas historias, cuántas vidas, caerían en el indiferente e insensible mar? Con manos trémulas, metió la llave en la cerradura y la giró.

La puerta podrida se abrió sin producir ningún sonido.

Tras ella, el agua negra ondeaba y bullía. Cantaba una canción sin palabras sobre profundidades, sobre peligros. Effy bajó un peldaño y luego otro hasta alcanzar el último que no estaba sumergido.

Preston se quedó en el umbral sobre ella. Le temblaban los hombros de verdad.

—No pasa nada —dijo la chica, y le sorprendió lo tranquila que le salió la voz—. Enciende la linterna.

Preston susurró algo ininteligible y la encendió. La luz se insertó en las paredes húmedas de piedra e iluminó el grabado desgastado sobre el agua: «El único enemigo es el mar».

De niña, a Effy le había gustado nadar cuando sus abuelos la

habían llevado a las piscinas en un hotel de Draefen. Iban el fin de semana por la mañana, momento en el que su madre dormía hasta el mediodía, destruida por la última botella de ginebra de la noche anterior. En su bañador amarillo vivo, Effy chapoteaba, jugaba y hasta se retaba a ver cuánto tiempo podía aguantar con la cabeza bajo el agua. Su abuelo se fijó en su entusiasmo y le pagó unas clases. Aunque dejó de ir hacia el final de la escuela secundaria, se consideraba mejor nadadora que la mayoría.

La noche anterior había practicado a contener el aliento para ver cuánto aguantaba antes de que los pulmones empezaran a arderle y le entrara el pánico. Treinta segundos, cuarenta, sesenta… Pero sabía que sería distinto bajo el agua. Siempre lo era. Cuando solo quedara la débil luz distante de la linterna de Preston, cuando el frío le calase en los huesos. Se arrodilló en el peldaño resbaladizo cubierto de percebes y empezó a quitarse las botas.

—Dame una última oportunidad para convencerte —dijo Preston con voz apremiante y temblorosa—. Podemos encontrar otra forma…

Effy dejó las botas y se levantó aún con las medias puestas. Tembló al sentir la piedra fría. Se quitó el abrigo y se ató el pelo con el lazo de terciopelo. Observó el agua oscura e impenetrable.

Aunque pareciera imposible, un fragmento de su reflejo ondeaba en ese oscuro espejo. La media luna de un rostro pálido, una nube de pelo rubio oscuro. El destello de pómulos altos y las plumas de las pestañas amarillas.

Eso hizo que sintiera más y menos miedo a la vez, como cuando había visto al fantasma en el pasillo… Miedo no por la criatura, sino por el agua oscura que la rodeaba.

Se giró hacia Preston.

—No tengas miedo. Sé que puedo hacerlo.

El chico le envolvió el brazo con los dedos, la ancló allí durante un instante. La miró directamente a la cara, con ojos firmes y fieros por la determinación.

—Recuerda lo que dijimos. Mantén una mano apoyada en la pared de la izquierda para no perderte. La primera vez que te sumerjas es

para explorar. Intenta comprobar hasta dónde llega la caverna y luego sal a por aire y valoraremos la situación.

Le palpitaba la garganta bajo el cuello de la camisa. Effy quería tocarla de nuevo, tocarlo *a él* de nuevo, pero sabía que, si lo hacía, nunca querría soltarlo. Con mucho cuidado, se liberó de su mano.

—Lo sé. Estoy lista.

Se dio la vuelta y empezó a descender. El agua estaba fría y el impacto inicial le sonsacó un jadeo; luego empezó a subirle por la cintura e incluso más arriba, hasta que sumergió los brazos. Flotaba tras haber perdido el contacto con el suelo resbaladizo bajo sus pies.

Estiró el brazo, sus movimientos más lentos por el agua turbia, y encontró la pared de la izquierda. También estaba resbaladiza por las algas, aunque notaba las grietas donde los ladrillos se habían desmenuzado; por ahí había entrado el agua.

Effy oyó que la respiración de Preston se aceleraba, pero estaba decidida a no mirar atrás. Su cabello flotó a la deriva alrededor de la cabeza como un pecio pálido. Inhaló profundamente y se sumergió.

Enseguida la luz se atenuó y convirtió el agua en un verde turbio, casi opaco. Effy pateó para impulsarse hacia delante. A lo lejos distinguió la forma oscura de *algo*, pero no sabía el qué y ya notaba la garganta tensa.

Se dejó flotar un poco más, llevada por la inercia de sus patadas iniciales, hasta que los dedos rozaron algo duro y sólido. La cosa oscura, fuera lo que fuera… Podía alcanzarla.

Quería seguir investigando, agarrarla con las manos, *sostener* algo, pero recordó la promesa que le había hecho a Preston, así que se dio la vuelta y pateó hacia la luz legañosa. Salió de nuevo a la superficie entre jadeos y vio que Preston había descendido más peldaños. El agua le llegaba por las rodillas.

El chico la agarró por las muñecas y la aupó por la escalera para sacarla del agua.

—Effy, ¿estás bien?

Pasaron unos cuantos segundos de respiración pesada antes de que pudiera hablar.

—Sí —contestó al fin—. He visto algo… lo he *tocado*. No sé lo que es, pero tengo que alcanzarlo. Sé que puedo…

Le castañeaban los dientes, aunque ni siquiera sentía el frío. La adrenalina la había envuelto en una nube insensible y toda la sangre le fluía bien cálida. Preston le aferraba la muñeca con fuerza.

—¿Estás segura?

Effy asintió y, con cada segundo que pasaba, se sentía más segura. La luz de la linterna parpadeaba en las paredes de piedra, en el agua, y moteaba la superficie negra con oro.

Se apartó de Preston y, durante un momento, se vio a través de *sus* ojos, sumergiéndose por momentos a medida que descendía los peldaños y desaparecía como una selkie bajo las olas.

No se parecía en absoluto a nadar en la piscina, donde el agua, de un azul químico, estaba clara. Aquella era una oscuridad densa y exquisita. Su cuerpo también pesaba más. Ya no poseía la ligereza de la niñez ni las larguiruchas extremidades ni la pronta fe. Sus brazos y piernas parecían una carga.

Effy apretó la mano izquierda contra la pared y pateó. La forma negra se materializó despacio, como algo que se movía bajo el hielo. Estiró el brazo y la tocó de nuevo para intentar determinar su tamaño. Bajo su mano, notó que la madera vieja y podrida se deshacía.

Se oyó un ruido grave, una vibración que parecía proceder del agua, y Effy recordó de repente todos los cuentos de hadas que advertían a los niños de que no se acercasen al borde del océano o de los lagos. Kelpies, selkies, mujeres feéricas envueltas en algas que se los llevaban al agua y los estrangulaban con su largo cabello. Arethusa, la consorte del rey de las hadas, que seducía a los hombres con su belleza y luego los ahogaba mientras cantaba para encubrir los sonidos de su agitación desesperada y fatídica.

Un miedo terrible y tenso se apoderó de ella. Acarició la madera con la mano, bastante segura de que se trataba de un estante. Era igual de tonta que el marinero en el poema de Myrddin (eso si Myrddin había escrito ese poema), quien creía que lo único que debía temer era el poder del mar cuando había millares de criaturas oscuras

en él. Millares de formas de ahogarse.

Effy había leído en una ocasión, en uno de esos libros antiguos del sexto piso de la biblioteca, sobre un método de tortura que se practicaba en el sur antes de la Inundación. Ataban a las víctimas y las obligaban a beber y beber y beber hasta que el estómago reventaba y los cuerpos se agotaban por el peso del líquido. «La cura del agua», se llamaba. Se pasó días imaginándose esos cuerpos hinchados. Según leyó, a veces obligaban a la víctima a vomitar toda el agua para luego bebérsela de nuevo.

Los pulmones empezaron a arderle.

Sus dedos encontraron el borde de algo, algo con un mango que pudo agarrar. Intentó sacarlo, pero pesaba demasiado y el pecho estaba a punto de estallarle.

De algún modo, supo que, si subía a la superficie en ese momento, nunca tendría el valor de volver. Así que apartó la mano izquierda de la pared y usó las dos para agarrar la cosa pesada de metal y *tirar* de ella.

Intentó nadar hacia la superficie, pero la cosa en sus manos (ahora que la palpaba, sabía que era una caja) la lastraba. El pánico se liberó en su pecho. Sentía el frío y el miedo, el terrible miedo que la paralizaba y la hacía descender aún más. Se le nublaron los bordes de la visión.

Sin embargo, en cierto sentido, Preston se había equivocado con ella. Se dio cuenta en ese momento. Aunque tenía miedo de vivir, no quería morir. Effy no era arquitecta y quizá nunca fuera escritora tampoco ni heredase la magia, los mitos y las leyendas, pero sí que era experta en sobrevivir.

Escapó del agua y salió a un mundo de terca luz.

Aún tenía los ojos cubiertos de oscuridad, con lo que no vio a Preston. Pero lo notó cuando la agarró por la cintura y la aupó por las escaleras; los dos jadeaban y tosían y Effy escupía el agua fétida.

Se quedaron allí tirados un momento, la chica con la caja aferrada al pecho y Preston agarrado a ella. El agua chapoteaba mansa a sus pies.

—Lo… lo he conseguido —tartamudeó Effy con voz ronca—. Te dije que podía.

—Effy —susurró Preston. Su aliento le calentó la oreja—. Mira.

Durante un momento, no supo a qué se refería; su cerebro todavía estaba lleno de un agua que se agitaba como la rompiente del mar. Apretaba y distendía los dedos insensibles alrededor de los bordes de la caja de metal oxidada, que ahora parecía formar parte de ella como una quinta extremidad.

Un cerrojo desalentador colgaba de ella. Pero, impresa en la parte superior de la caja, en letras negras y decididas, había una palabra. Un nombre.

«Angharad».

El agua caía en gruesas cortinas cuando salieron al sendero en dirección a la cabaña. El coche de Wetherell había desaparecido y había dejado unas huellas de neumáticos desesperadas en el lodo profundo de la entrada. A su alrededor, a medida que el viento soplaba, se oían los sonidos retorcidos y desgarradores de las ramas que acababan arrancadas de los árboles, de las hojas que salían volando en grandes remolinos de aire.

Effy debería haber sentido miedo, pero estaba demasiado concentrada en no morir congelada.

Debajo de dos abrigos, el suyo y el de Preston, se abrió paso trastabillando por el lodo, aferrada con fuerza al brazo del chico. En el otro brazo, Preston cargaba la caja de metal.

A Effy le temblaba todo el cuerpo; veía borroso en la tenue luz, las sombras oleosas como petróleo entre los árboles. Durante un momento, le pareció distinguirlo de nuevo, un destello de pelo negro húmedo, un brillo de corona de hueso, pero parpadeó y desapareció. No sentía miedo. La caja contenía la verdad y borraría del mapa al rey de las hadas de una vez por todas. Lo desterraría de su mente. Lo encadenaría en el mundo del mito y la magia al que pertenecía.

Tenía el pelo pegado a la frente y a las mejillas, helado como algas en agua fangosa. Le temblaban las piernas adormecidas y temía que le fueran a fallar en cualquier momento.

De algún modo y sin necesidad de hablar, Preston supo que debía agarrarla con más fuerza. La levantó cuando llegaron al umbral de la cabaña.

Mientras abría la puerta de piedra y hierro, una maraña letal de ramas pasó junto a ellos.

Preston cerró la puerta para ahogar el terrible sonido del viento. Luego sacó el mechero para encender las lámparas de aceite y las velas mientras Effy se quedaba allí de pie, con la ropa chorreando al suelo. Todo se le antojaba pesado, como en un sueño.

Miró la caja, que Preston había depositado en el escritorio, y leyó esa palabra, ese nombre, una y otra vez: *Angharad Angharad Angharad Angharad Angharad.*

—Lo siento —dijo Preston, sacándola de su ensueño—. No hay mucha leña en la chimenea y no creo que pueda traer más, visto que está todo tan mojado…

Perdió el hilo de lo que decía, con aire desesperado. Effy parpadeó sin más.

—No pasa nada —dijo inexpresiva.

—Deberías, eh… quitarte la ropa. —Eso hizo que el pulso de Effy se acelerara y las mejillas se le calentaran. Preston también se ruborizó y añadió a toda prisa—: No de esa forma… o sea, es que estás empapada.

—Lo sé.

Effy se quitó el abrigo de Preston y luego el suyo y dejó que formaran un charco en el suelo.

El chico se dio la vuelta para ponerse de cara a la pared mientras ella se quitaba la camisa, la falda y las medias mojadas. Rebuscó en el baúl el jersey más calentito que pudo encontrar y se lo puso. Luego se acercó a la cama, se metió bajo las mantas y se subió el edredón hasta la barbilla.

Preston se dio la vuelta de nuevo, aún sonrojado.

—Eso está mejor.

Pero Effy seguía con frío. Sentía que nunca volvería a entrar en calor, ni siquiera debajo de las mantas, ni siquiera con las cuatro sólidas paredes a su alrededor. Quería sentirse a salvo, anclada. Quería vivir en un mundo donde no hubiera criaturas con astas en el exterior, donde el hierro en la puerta no fuera necesario.

¿Era aquel el mundo irreal o el real? Todo parecía mezclado, ya no existía una frontera rígida entre los dos. El agua oscura subía y Effy apenas podía mantener la cabeza encima de la superficie.

—La tormenta —consiguió decir. Y luego no supo qué más añadir. Su mente era una red enredada entre la espuma de las olas.

—Todo irá bien —dijo Preston. Tenía las gafas salpicadas de agua —. Aún podemos llegar a Saltney. Solo tienes que entrar en calor. —Calló. Le temblaban los labios—. Pero lo has conseguido, Effy. De verdad que sí.

La chica soltó un sonido ahogado que esperaba que se pareciera lo suficiente a una carcajada.

—Aunque pierda unos cuantos dedos más.

Preston agachó la cabeza, como si quisiera reñirla y no pudiera. Preston, que le había quitado con delicadeza las piedras de las heridas en las rodillas y le había limpiado la sangre cuando apenas confiaban el uno en la otra. Una ola repentina y desesperada de afecto le inundó el pecho.

—Debería volver a la casa —dijo Preston—. Tenemos que…

—No —lo interrumpió Effy con el corazón a mil por hora—. No vayas.

Preston frunció el ceño.

—Tenemos que recuperar las cartas y las fotografías.

—Por favor. No te marches, por favor. Creo que me moriré si te vas.

En ese momento, con el viento intentando atravesar la puerta y sin forma de distinguir lo real de lo irreal, lo dijo en serio. Preston era lo único que parecía sólido, estable y cierto. Sin él, se sumergiría bajo el agua y no saldría de nuevo.

Preston soltó un suave suspiro. Durante un momento, Effy creyó que se marcharía y el corazón le tembló en la boca del estómago.

Sin embargo, Preston se acercó despacio y se sentó en el borde de la cama. También tenía la ropa empapada. La camisa se le pegaba a la piel, translúcida por la lluvia.

—De acuerdo, me quedaré.

El calor de su cuerpo atravesó las mantas. Effy se enderezó para acercarse más. Apoyó la barbilla en su hombro con mucho cuidado, como si depositara un vaso en una mesa y no quisiera producir un sonido discordante.

Sintió que Preston respiraba despacio, el sube y baja de sus hombros. Giró la cabeza hacia ella.

Preston la besó, o Effy lo besó a él… Poco importaba; era como decir que la casa se hundía o el mar subía. Una vez sus labios se tocaron, Effy no pudo pensar en nada más.

Preston le acunó la cara con las manos, con una gentileza excepcional, y la bajó hacia las almohadas.

Se apartaron un momento, Preston casi encima de ella, apoyado en los codos. Le caía un hilillo de agua por la nuca hasta la clavícula.

—Effy, ¿estás segura? —le preguntó.

Ella asintió. Quería decirle que sí, pero la palabra se le enredó en la garganta. Al final, lo que dijo, en voz baja, fue:

—No he estado con nadie. He besado a chicos… y luego pasó lo del profesor Corbenic, pero eso solo fue…

—No será así, te lo prometo, Effy. Te trataré bien.

La chica le creyó y casi le dieron ganas de echarse a llorar. Con cuidado, empezó a desabrocharle los botones de la camisa para descubrirle el cuello y el pecho, luego el abdomen y el ombligo. Nunca había visto desnudar a nadie de esa forma y se quedó un momento perpleja por la *vitalidad* de Preston, por las señales de vida en cada músculo prieto, en cada movimiento que resaltaba los huesos bajo la piel.

Effy no pudo evitar tocarlo por todas partes, por allí y allá y acá, el tórax y el esternón y, al fin, el triángulo de piel por encima de la

hebilla del cinturón.

Preston temblaba bajo sus caricias y lo oyó tragar saliva con fuerza. Deslizó las manos debajo de su jersey.

—¿Puedo?

—Sí —respondió Effy. Por fin había encontrado la palabra.

Preston agarró el bajo del jersey y se lo sacó por la cabeza. Y entonces Effy quedó desnuda y él la besó de nuevo, arrastró despacio la boca por su mandíbula, por su cuello. Effy soltó un jadeo quedo cuando los dedos de Preston encontraron su pecho, pero él solo lo acarició y lo sostuvo, como para protegerlo del frío.

Effy detuvo las manos en la hebilla del cinturón, enfadada con él; el corazón le daba brincos de repente. Palpó a Preston por encima de los pantalones, duro y apremiante. La maravillaba y asustaba a partes iguales. Lo había deseado durante tanto tiempo y ahora sabía, sin ápice de duda, que él también la deseaba.

Al fin consiguió quitarle el cinturón y liberarlo de los pantalones. Preston alzó las mantas y se metió en la cama a su lado.

Lo único que se interponía entre ellos eran las gafas. Effy se las quitó de la cara y las depositó en la mesilla de noche. Preston parpadeó, como si reajustara la visión. Vio las dos muescas pequeñas en el puente de su nariz y las acarició con el pulgar allí donde los trozos de metal se habían clavado en la piel.

Preston arqueó una comisura de la boca.

—¿Qué haces?

—Siempre me he preguntado si te dolían.

—La verdad es que no. En general, ni me doy cuenta. Ojalá pudiera verte con más claridad ahora, pero incluso borrosa eres preciosa.

Effy sintió que le ardían las mejillas. Ya no quedaba ni rastro del frío.

—Ve con cuidado, por favor.

—Ah. Lo haré, te lo juro.

Preston se movió y le separó despacio los muslos.

Hubo un poco de dolor, pero fue como contener el aliento: al

liberarlo, dio paso a un placer infinito.

Gimió por lo bajo contra el hombro de Preston, un sonido fruto en parte de la sorpresa y de la rendición. Rendirse fue sencillo cuando el asalto era tan tierno. La tierra nunca protestaría si el mar la mojara con algo que solo se podría llamar afecto.

Igualaron las respiraciones, la boca de Preston cerca de su oído. Cuando la respiración del chico se aceleró, Effy supo que estaba muy cerca, pero entonces se ralentizó de nuevo y sus movimientos fueron largos y deliberados.

—No —susurró malhumorada contra su garganta—. No *pares.*

—Solo quería decirte que, cuando esto acabe, te cuidaré. Si quieres que te cuide.

Effy cerró los ojos y hasta la oscuridad detrás de los párpados brillaba con estrellas falsas.

—Sí que quiero.

Cuando terminaron, Effy se tumbó junto a Preston, los dos tapados con el edredón verde. Ella estaba bocabajo, él bocarriba, pero se miraban con las mejillas apoyadas en la almohada.

Las cuatro paredes a su alrededor parecían impenetrables. Effy apenas oía la lluvia.

—No quiero volver allí —dijo con un hilillo de voz ahogado—. Jamás.

Preston no le preguntó si se refería a la tormenta, a la casa o al mundo.

—Eso, por desgracia, me parece imposible.

—¿Por qué debería creerlo? Estás más ciego que un topo.

Preston rio.

—Me pondré las gafas de nuevo si eso me da más credibilidad.

—No. Me gusta saber más que tú, para variar.

—Sabes muchas cosas que yo desconozco. —Le apartó un mechón húmedo de pelo de la frente—. De hecho, hay un dicho argantiano

sobre eso.

—¿Sí? ¿Cuál?

—*Ret eo anavezout a-raok karout*. «Uno debe conocer antes de amar».

Fue algo tan *Preston* que Effy casi se rio. Lo que más amaba el chico era la verdad y ella no había amado otra cosa más que su mundo imaginario. De algún modo, a pesar de todo, se habían encontrado.

—Pues resulta que al final los argantianos sois bastante poéticos. Por mucho que la propaganda llyriana nos haga creer lo contrario.

—Me llamaste «petulante».

Una sonrisa le tiró de la comisura de los labios.

—Bueno, algunos estereotipos contienen algo de verdad.

Preston resopló y Effy se acercó más a él. Le acarició con suavidad el hueco del codo con un dedo para ver cómo se tensaba y temblaba. Una señal de vida, como los minúsculos brotes verdes que crecían tercos en la tierra invernal.

Por el rabillo del ojo, vio la caja cerrada.

—Aunque tienes razón sobre una cosa. Tendremos que salir en algún momento.

Preston captó el dolor de su voz, el temblor del miedo. La abrazó, con el pecho desnudo contra la espalda de Effy, que apoyaba la cabeza en la curva de su mentón. El corazón de Preston palpitaba con el ritmo estable de una marea.

—Las cosas solo importan porque tienen un final. No te abrazaría con tanta fuerza si pensara que podemos quedarnos aquí para siempre.

—Eso me ha dado ganas de llorar.

Ojalá no lo hubiera dicho.

—Lo sé. No es el argumento más original ni soy el primer académico en plantearlo… Lo efímero de las cosas es lo que les da significado. Las cosas solo son hermosas porque no duran. La luna llena, las flores, tú. Pero, si eso son pruebas, entonces creo que será cierto.

—Algunas cosas son constantes —repuso Effy—. Deben serlo. Creo

que por eso muchos poetas escriben sobre el mar.

—A lo mejor los aterroriza esa idea de constancia. El miedo al mar es el miedo a lo eterno… porque ¿cómo vas a ganar contra algo tan duradero, tan vasto y profundo? Mm. Podrías escribir un artículo sobre eso, al menos en el contexto de la obra de Myrddin. Bueno, a lo mejor tiene que ser una tesis entera.

—Ay, para. Deja de ser tan irremediablemente *tú*.

Notó que Preston se reía contra su espalda y los hizo temblar a los dos.

—Lo siento. Ya me callo. Estoy muy cansado.

—Yo también. —Effy bostezó—. Pero, cuando despertemos, vuelve a ser tú, por favor. No te vayas a ninguna parte.

—No te preocupes por eso.

Y, con la misma inevitabilidad que el mar contra los acantilados, el sueño los inundó a los dos.

QUINCE

Pasé muchas noches en vela preguntándome cómo podría escapar de él. Y, aun así, descubrí que los verdaderos grilletes eran de mi creación. Durante esas noches, me dediqué a pensar en la misma vieja pregunta: ¿por qué el rey de las hadas me había elegido a mí? ¿Qué había hecho para merecer aquello? Esa pregunta era, de hecho, magia muy poderosa, pues me mantenía atrapada allí, inmóvil, con mi marido dormido al lado. No sería libre hasta que no rompiera el hechizo de mi propia mente.

Angharad, DE EMRYS MYRDDIN, 191 D. I.

Effy se despertó en la oscuridad con el corazón resonando como una campana. Los truenos retumbaban contra las paredes de piedra de la cabaña y la lluvia hacía ondear las ventanas. Todas las velas se habían consumido hasta dejar charcos de cera. Cuando se sentó y habló, el aliento se empañó delante de su cara.

—Preston —dijo—. La tormenta… Tenemos que irnos.

El chico se enderezó con un sobresalto, como si lo hubiera pinchado. Lo observó parpadear en la vaporosa oscuridad mientras buscaba las gafas en la mesita de noche y los rayos tornaban las ventanas de un blanco puro e intenso. Preston las agarró al fin y se las puso.

Oyó el pulso de miedo que irradiaba de él, un calor que le dejó la piel de gallina.

Se vistieron en silencio. No se oía nada por encima del sonido del

viento y la lluvia, pero, de todos modos, Effy temía hablar, por si su voz sonaba tan lúgubre como sus sentimientos. Cuando no lo pudo soportar más y tras recogerse el pelo con dedos temblorosos, preguntó:

—¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si no podemos volver?

—*Podemos* —insistió Preston con fiereza—. *No* nos quedaremos atrapados aquí.

—Qué tonta soy, no debería haberte dicho que te quedaras. No deberíamos habernos dormido…

—Effy, para. —Preston se estiró para agarrarle la mano—. Lo hecho hecho está y no me arrepiento… *Nunca* me arrepentiría… Da igual. Nos llevamos la caja y bajaremos a Saltney. Buscaremos a un herrero para que rompa el candado y…

Perdió el hilo cuando otro estruendo reverberó en la casita. Effy miró la caja; le temblaba el mentón. Parecía muy grande y pesada y el candado relucía un poco bajo las capas de algas y óxido.

Tuvo una idea en ese momento y se sobresaltó.

—Las cartas. Las fotografías y las cartas. Siguen en la casa.

Preston empalideció. Hinchó el pecho y lo desinfló de nuevo cuando soltó un suspiro pesado y duro.

—Mierda. Vale. No pasa nada. Iré a por ellas. Tú espera en el coche.

—Ahora el tonto eres tú. —Captaron el destello de un rayo—. Te acompañaré.

Preston había aprendido al fin a no discutir con ella. Se pusieron los abrigos y se encaminaron hacia la puerta.

Por algún motivo, Effy sintió un pinchazo de dolor cuando pensó en dejar atrás la cabaña. Le había venido bien durante su época en Hiraeth. El hierro en la puerta había aguantado, las cuatro paredes no se habían derrumbado ni aunque se filtrase agua por ellas. Había mantenido a raya al rey de las hadas, tanto si era real como si no.

Un último ramalazo de miedo la impulsó a agarrar el resto de las piedras de bruja del escritorio y a guardarlas en el bolsillo de los pantalones.

Preston no pareció darse cuenta. Apretaba los dientes y un

músculo le palpitaba en la mandíbula. Cuando se reunió con él en la puerta de nuevo, la agarró de la mano.

—Iba en serio lo que te he dicho antes —dijo con suavidad—. Quiero cuidar de ti. Cuando volvamos a Caer-Isel, a los profesores horribles y a los estudiantes horribles… No quiero que tengas que aguantar todo eso sola de nuevo.

Effy notó un nudo en la garganta.

—Son crueles. También serán crueles contigo.

—Eso no importa. No tengo miedo de cuidar de ti, Effy.

Si hubieran tenido más tiempo, se habría acurrucado entre sus brazos para que la abrazara allí hasta que la tormenta pasara. Pero se contentó con apretarle la mano. Juntos, abrieron la puerta.

Al principio parecía imposible dar un solo paso adelante. El viento soplaba con tanta furia que Effy tuvo que cerrar los ojos y llevarse la mano delante de la cara, e incluso así el azote era tan brutal e intenso que pensó que le irritaría la piel. La lluvia la empapó al instante y le atravesó el abrigo. Hojas y ramas volaban por doquier a una velocidad de vértigo.

Preston también alzó la mano y tuvo que gritar para que lo oyera por encima del viento.

—¡Tenemos que darnos prisa! No podré conducir si esto empeora.

Effy se preguntó cómo iba a poder conducir *en ese momento*, pero parecía un pensamiento demasiado derrotista para pronunciarlo en voz alta. Con los dedos aún entrelazados, se adentraron en la tormenta y subieron por el sendero, cubierto con árboles caídos que se habían convertido, en gran medida, en lodo.

Lo único que impidió que Effy cayera fue la mano firme de Preston. Cuando tuvo que parar porque el lodo le succionaba con desesperación las botas, él la arrastró de nuevo hacia delante por la pequeña pendiente.

Sin embargo, todo empeoró cuando alcanzaron el borde del acantilado. Desde allí, Effy veía el mar y el cielo, casi indistinguibles en su rabia gris y blanca, que se alzaban juntos para luego azotar la roca. Effy entendía por fin por qué los sureños, en los días antiguos

antes de la Inundación, creían que solo había dos dioses: el Cielo y el Océano. La tierra solo era algo atrapado y comprimido entre dos furias en guerra.

De repente, recordó lo que Rhia le había dicho: los sureños creían que los Durmientes eran lo único que impedía una segunda Inundación. Que la consagración de Myrddin los mantenía a salvo. ¿Acaso Preston y ella habían provocado aquello de algún modo? ¿Descubrir las mentiras de Myrddin había cercenado la magia de los Durmientes, como Effy se había temido al principio?

Preston tiró de ella cuando un trozo de acantilado se desmoronó bajo sus pies y fue engullido en un instante por la boca espumosa del mar. Effy no pudo evitar pararse a observar mientras otra cosa, aunque solo fuera piedra anónima y desgastada, caía en el olvido.

Y, pese a todo, en medio del caos, ninguna figura oscura apareció a la sombra de la casa. De todos los momentos posibles, Effy creyó que él acudiría en ese instante, cuando el sello entre la realidad y *lo otro* se había roto.

Mientras recorrían el sendero entre trompicones, Hiraeth apareció a lo lejos, un baluarte negro contra el cielo gris. A lo mejor Ianto tenía razón, a lo mejor su tarea no había sido imposible después de todo. A lo mejor había cierta magia antigua y silenciosa que lo protegía, algo que ni sus descubrimientos podían quebrar.

Pese a los esfuerzos de Ianto, los árboles, los serbales, habían sido arrancados de raíz. Las bayas se separaban de las ramas y acababan hechas papilla. Todas las protecciones estaban destruidas. Y, aun así, el rey de las hadas no apareció.

Effy estaba demasiado desconcertada para saber si debía sentirse aliviada. Las tejas salían volando del tejado a dos aguas como pájaros.

Justo cuando alcanzaron los peldaños de la entrada, un enorme árbol pasó volando a su lado, arrastrando las cadenas. Effy trastabilló hacia atrás con un jadeo y Preston tartamudeó una maldición.

—Por todos los santos —le dijo al viento—. Empiezo a pensar que los naturalistas tenían razón sobre la segunda Inundación.

Effy no mencionó las supersticiones sureñas ni a los Durmientes. Se

le había secado la boca y el estómago le daba vueltas con la misma ferocidad que el mar.

Subieron los peldaños y atravesaron la puerta. Preston la cerró con pesadez tras ellos mientras Effy se apoyaba en la pared para intentar recuperar el aliento.

—Si es una segunda Inundación —dijo, pronunciando cada sílaba con cuidado y dolor—, ¿qué vamos a hacer?

Preston se limpió las gotas de lluvia de las gafas.

—Salir de aquí lo más rápido posible.

No había nada más que decir. Subieron al piso superior mientras, a su alrededor, la casa gruñía de un modo ensordecedor y el agua sangraba por todas las grietas de las paredes y el techo.

Algunos de los cuadros en la escalera habían caído; el cristal que contenía al rey de las hadas se había roto y, desde los trozos rotos, la criatura la miraba con sus ojos incoloros.

El marco ya no lo retenía. Effy sintió un relámpago de miedo antes de que Preston la llevara a toda prisa de nuevo por debajo del arco con las caras de san Eupheme y san Marinell. El arco se desmoronaba, las caras de madera estaban podridas. Ningún santo podría protegerla ya.

«Tus rezos no sirven para nada. No te protegerán contra él», le había dicho el pastor.

El primer piso estaba peor. El agua empapaba las paredes, el papel se despegaba en largas lenguas de verde deslucido. Todas las bombillas se habían roto y los tablones del suelo crujían bajo sus pies con cada pisada.

Se abrieron paso hasta el estudio peligrosamente; por detrás de ellos, la mitad del suelo se hundió. La madera vieja al fin cedió bajo el peso de tanta agua.

—No pasa nada —farfullaba Preston, más para sí que para ella—. No pasa nada, no pasa nada…

Abrió la puerta del estudio.

Ianto estaba delante del escritorio de Myrddin. Tenía un trozo de cadena tirado sobre un hombro y el mosquete apoyado en la mesa a su

lado. Estaba empapado, con la camisa pegada al cuerpo. El pelo negro le chorreaba hasta formar charcos en el suelo.

Effy se quedó de piedra y el estómago se le revolvió por el miedo.

—Bienvenidos —dijo Ianto, con mucha calma.

—¿Qué… qué haces aquí? —tartamudeó Preston.

—Bueno —replicó Ianto, muy despacio—, anoche, justo cuando me iba a meter en la cama con total tranquilidad, recibí una llamada de teléfono de lo más inesperada, de un viejo amigo. Blackmar es milenario y está medio loco. Al principio pensé que tendría que asentir en silencio mientras soltaba sus peroratas de lunático desdentado. Pero, de hecho, empezó a contarme que hacía poco había alojado a unos visitantes inesperados, dos estudiantes de la Universidad de Caer-Isel. Le habían dicho que estaban trabajando en un proyecto centrado en Emrys Myrddin y que le habían hecho muchas preguntas sospechosas. En concreto, sobre la publicación de *Angharad*.

A Effy se le empezaron a entumecer las piernas. Luego los brazos y luego todo el cuerpo. Apenas notaba los dedos de Preston agarrados a los suyos.

—Qué curioso —prosiguió Ianto, y apoyó la barbilla en una mano en un gesto exagerado de perplejidad—. Curioso, curioso, curioso… Eso es lo que le dije a Blackmar cuando le relaté que yo *también* era el anfitrión de dos estudiantes de la Universidad de Caer-Isel, uno de los cuales profesaba interés por la vida y obra de mi padre. Me desconcertó en gran medida la insistencia de Blackmar de que esos estudiantes honestos a quienes había tenido la amabilidad de aceptar en mi casa pudieran tener intenciones perversas. No me gusta pensar lo peor de la gente, como ya sabréis. Pero tampoco me gusta que me tomen por tonto. Así que decidí venir al estudio en persona a preguntar… y, qué extraño, lo encontré vacío.

Sus ojos. Eran nítidos y translúcidos, sin nada de turbiedad. Parecían tan afilados que podrían cortar y tan claros que Effy se veía reflejada en ellos.

—Te advertí sobre él, Effy —dijo el hombre.

—Ianto… —empezó a decir, pero la voz le temblaba demasiado como para proseguir. Los bordes de su visión ondeaban y el miedo se le cuajaba en el estómago.

El hombre se movió, traqueteando las cadenas que llevaba sobre el hombro.

—Santa Acrasia sí que es tu patrona, sí. Veo la marca de su boca por todo tu cuello. Te has deshonrado y encima con un *argantiano*… Esperaba algo mejor de una buena chica norteña como tú.

Ese era el Ianto del bar, el que la había agarrado de la mano y había apretado hasta que le dolió. En su mirada no quedaba ni rastro del afable, alegre y esperanzado Ianto.

—Por favor —dijo Effy. La bilis le subía por la garganta—. Para, por favor.

Fue como si Ianto no la oyera, como si Effy no hubiera hablado.

—Y tú, Preston Héloury… Bueno. No sé cómo has conseguido seducir a Effy para que forme parte de tu pequeño plan, pero ahora ya sé por qué viniste aquí de verdad. Afirmaste que solo sentías respeto por mi padre, por el legado de Emrys Myrddin. —Ianto estiró el brazo hacia la mesa y Effy soltó un gritito estrangulado de terror al creer que iba a agarrar el mosquete, pero acabó recogiendo un trozo de papel—. «Ejecución del autor: una investigación sobre la autoría de las principales obras de Emrys Myrddin». Esto es un ataque contra el legado de mi padre.

—No es lo que parece —dijo Preston con voz ronca, pero Ianto solo sacudió la cabeza y alzó las manos, con lo que las cadenas traquetearon de nuevo.

—Me creería tus halagos zalameros si no hubiera descubierto esto. —Con una floritura, sacó las fotografías de la chica y luego las soltó para que revolotearan hasta el suelo. Effy vio un destello de la pantorrilla desnuda de la muchacha, de su cabello pálido—. No eres mejor que un periodista sórdido de pacotilla que busca pruebas de que mi padre llevaba una doble vida lasciva. No sé de dónde las has sacado o cómo has conseguido encontrar su *diario*, pero esto acaba aquí. Esta es la casa de mi padre. Esta es *mi* casa. Y has venido aquí a

destruirla, a arruinarla…

Un enorme trueno interrumpió sus palabras, tan potente que Effy se encogió, y un fantástico rayo iluminó toda la habitación con una clara luz blanca.

La casa gruñó miserablemente a su alrededor y, desde alguna parte bajo ellos, se oyó un estruendo: más rocas que caían al mar.

—Ianto —dijo Effy una vez el trueno se desvaneció y solo quedó el aullido del viento. Intentó bajar la voz, que sonara dócil. ¿Qué más le quedaba aparte de intentar razonar con él? Había creído que la verdad podría salvarlo, pero a lo mejor no habían llegado a tiempo—. Por favor… esta casa no sobrevivirá a la tormenta. Tenemos que marcharnos ahora mismo.

—Cállate —le ordenó Ianto con brutalidad. Movía los ojos pálidos de Effy a Preston, frenéticos y salvajes—. He llamado a la Universidad de Caer-Isel. Tuve que convencerlos, pero al final la oficina del decano sacó los expedientes de Preston Héloury y de Effy… perdón, de *Euphemia* Sayre.

Fue la primera vez que oía su nombre completo, su *auténtico* nombre, en boca de Ianto. Resonó otro trueno y algo grande y negro se estampó contra la ventana con tanta fuerza que formó una fisura en el cristal. La rama de un árbol. Empezó a entrar lluvia.

—Parece que eras un poco problemática en la facultad de Arquitectura, Euphemia —prosiguió Ianto—. Un asunto extraño con tu tutor… Quizá por eso la universidad prohibía la entrada a mujeres. Todas son o seductoras o doncellas ruborosas, poco aptas para pensamientos más elevados.

Effy cerró los ojos con fuerza.

—Para.

—A lo mejor no acerté contigo. A lo mejor eres Amoret y no Acrasia. A lo mejor te quedaste inmóvil mientras tu tutor se aprovechaba…

En ese momento fue Preston quien gritó por encima del sonido del viento y de los truenos.

—¡Para! No sabes de lo que estás hablando, hijo de…

—También sacaron tu expediente —lo interrumpió Ianto—. Preston Héloury. Un nombre raro, situado entremedias. Tu madre es una llyriana de pura cepa, pero tu padre es un campesino argantiano de las montañas. O lo *era*. Tardé un poco en leer todos esos periódicos en argantiano, pero al final encontré su obituario. Qué desagradable. No se me ocurre forma peor de morir que una mente en decadencia que sangra agua.

Preston apretó la mano de Effy con fuerza. Detrás de las gafas, su mirada se endureció.

La ventana detrás de Ianto se rompió por completo y dejó entrar la lluvia y el viento. Los trozos de cristal salieron volando y el pelo de Effy revoloteó alrededor de su cara. Le escocían los ojos por las lágrimas.

—Por favor —dijo. Si la verdad no podía salvar a Ianto, a lo mejor, si la enterraban, se salvarían Preston y ella—. Puedes quedarte con el diario, las fotografías, con *todo*. No escribiremos ni una sola palabra sobre tu padre. Pero… déjanos ir o moriremos todos aquí.

—Ah, no. De este lugar no se marcha nadie. Las cosas viven y mueren aquí, pero no se marchan.

Otro alarido ensordecedor del viento, otro rayo que crepitó por el cielo.

—Estás loco —dijo Preston.

Ianto *sí* que parecía loco, en cierto sentido, con los ojos vidriosos y muy brillantes, el cabello húmedo pegado al cráneo y a los hombros, la enorme cadena que traqueteaba con cada movimiento. Al mismo tiempo, Effy sabía que lo que el hombre decía tenía sentido en su mente. Tenía lógica, una lógica enfermiza quizá, que alguien como Preston nunca entendería. Pero quienes creyeran en cuentos de hadas, magia y fantasmas sí que lo comprenderían.

Como Ianto y ella.

Effy recordó una historia de fantasmas que su abuelo le contó en una ocasión sobre un prisionero que había sido olvidado y lo dejaron para que muriera de hambre en un calabozo. Mientras vivió, su señor oyó el repiqueteo de las cadenas de noche, que se movían por los

pasillos del castillo. Cada noche, el sonido se acercaba más y más, hasta que al fin una mañana encontraron al señor muerto entre las sábanas, con marcas sangrientas de estrangulamiento alrededor del cuello como un llamativo collar de rubíes.

Si se quedaba allí, Ianto también se convertiría en un fantasma. Aunque no le quedaría ninguna casa que acechar.

Effy tenía que dejarlo allí, con su locura, o la acabaría arrastrando con él.

—Preston —dijo con urgencia—. Vámonos.

Con las manos aún entrelazadas, retrocedieron un paso con cautela. Sin embargo, antes de que pudieran huir hacia la puerta, Ianto agarró el mosquete a la velocidad del rayo. La boca negra del cañón los miraba con fijeza. A Effy se le secó la garganta. Se quedó clavada en el sitio.

Y entonces, de la nada, Ianto preguntó:

—¿Conocéis el cuento del primer rey de Llyr? —Ninguno consiguió hablar, pero eso no detuvo a Ianto. Dio otro paso hacia ellos sin bajar el mosquete. Las cadenas se sacudieron como dados echando suertes —. El primer rey de Llyr fue un cacique tribal que ganó todas sus guerras. Tenía las barbas de todos sus enemigos para demostrarlo y las tejió en una gran capa de pelo. Tenía tiendas y cabañas y hasta casas, pero cuando al fin unificó su reino lo que quiso fue construir un castillo. Encontró a los mejores obreros entre sus nuevos súbditos y empezaron a excavar los cimientos. Sin embargo, cada noche, cuando iban a dormir, descubrían que los cimientos se habían inundado, aunque no recordaban haber oído que lloviera.

»El rey, como era de esperar, estaba desconcertado y molesto. Enfadado. Pero el mago de la corte, un hombre muy anciano que había visto vivir y morir a muchos caciques, le dijo que la tierra también estaba enfadada con él. Todos los árboles que había talado en su misión, toda la hierba que había quemado… ¿por qué iba la tierra a permitir que construyera un castillo cuando la había tratado con tanta crueldad? El mago le dijo que, si quería tener un castillo alto y fuerte, tendría que darle algo a cambio a la tierra. Un sacrificio.

»Y, así, el rey ordenó a sus hombres que fueran a buscarle un niño, un niño sin padre. Ató al muchacho huérfano a una estaca dentro de los cimientos de su castillo y luego se fue a dormir. Al regresar al día siguiente, descubrió que había agua y que el niño se había ahogado, pero, cuando los obreros fueron a reparar los cimientos, la siguiente noche aguantaron firmes y secos. Construyeron el castillo y ninguna tormenta ni conquistador ha podido derribarlo desde entonces.

Durante todo el discurso de Ianto, el viento no había cejado su lamento y el agua le acribillaba la espalda. Effy había empezado a oír crujidos y estruendos procedentes de abajo: tablones que caían inexorables contra el acantilado hasta aterrizar en el mar.

—Eso es un mito, una leyenda —dijo Preston, con cierta desesperación—. No es cierto, no es *real*. Pero la muerte sí que lo es y, si nos quedamos, moriremos.

Ianto soltó una carcajada grave y amarga.

—Tanto tiempo que has pasado en las Cien Últimas y aún no lo entiendes. Lo que tus científicos y académicos llaman «mitos» aquí es tan real como cualquier otra cosa. ¿Cómo va a sobrevivir la tierra y la gente a la Inundación?

Effy cerró los ojos para evitar el viento. Cuando llegó a Hiraeth, también creía en eso. Creía en *Angharad* y en las bayas y en los serbales y en los cinturones de hierro. Pero las historias eran criaturas taimadas, criaturas con objetivos. Podían engañar y robar y mentirte a la cara. Podían desmenuzarse bajo tus pies.

—Estás loco —dijo, y abrió los ojos para encontrarse con que el cañón del mosquete se había acercado.

—Llámame loco si quieres —dijo Ianto, y, al dar un paso hacia delante, las cadenas tintinearon—, pero lo único que veo aquí son unos cimientos que se hunden y dos niños sin padre.

Antes de que Effy pudiera descifrar el significado de sus palabras, Ianto le clavó la pistola en la espalda. Preston tartamudeó protestas mientras el hombre los conducía de nuevo al pasillo; rodearon los agujeros donde los listones habían caído y bajaron las escaleras. El agua chorreaba por los rostros en ruinas de san Eupheme y san

Marinell, que parecían estar llorando.

Un torrente de agua se deslizó por los peldaños a su lado y se llevó con él el cuadro del rey de las hadas. A pesar del cristal roto, el cuadro seguía indemne y los rasgos del ser permanecían nítidos y claros. Era como si el agua no pudiera tocarlo.

Ianto los detuvo delante de la puerta del sótano. Sacudió el extremo del mosquete como si los riñera con el dedo.

—Me fijé en que me faltaba la llave, Euphemia. No hacía falta que tramaras ningún engaño, ¿sabes? Te la habría dado por un precio.

Le agarró la cara y con la mano le acunó la barbilla y la alzó hacia él. Tenía los ojos claros, cristalinos. Le sostuvo el rostro con tanta fuerza que le dolía. Effy profirió un gemido quedo.

—No la toques —gruñó Preston.

Ianto la soltó con brusquedad y con una uña le arañó la mejilla hasta hacerle sangre.

—Ya he tenido bastante contigo. Presuntuoso y zalamero desde el primer día en que te dejé entrar en mi hogar. Creo que esta será una forma apropiada de morir… igual que tu padre. Muerte por agua.

—¡No! —gritó Effy cuando Ianto abrió la puerta. El agua negra se filtraba por todas las grietas de las paredes y subía por los peldaños.

Sin soltar el mosquete, Ianto se quitó las cadenas del hombro. Effy se fijó en que había una estaca atada a un extremo. El hombre agarró a Preston por el brazo y lo empujó hacia el agua oscura. Las botas del chico rasparon la piedra resbaladiza. Extendió las manos para apoyarse en el marco de la puerta, pero Ianto lo agarró por la camisa para que no cayera.

Effy se percató de que no iba a tirar a Preston al agua cuando empezó a rodearle las muñecas con las cadenas.

—¡Para!

Se lanzó contra la espalda de Ianto, pero era como una ola pequeña contra la piedra sólida. Ianto se la quitó de encima con un gesto mecánico.

Aunque Preston se resistía a las ataduras, el agarre del hombre era firme y el mosquete seguía apuntándole el pecho. El cañón relucía en

la penumbra.

Ianto agarró a Preston por las cadenas y lo hizo bajar las escaleras, donde clavó la estaca en la pared para, acto seguido, empezar a martillearla con el extremo redondeado del mosquete. El tiempo pareció curvarse y ralentizarse alrededor de Effy, como el agua de un río rodeando una roca. No quedaba ningún pensamiento en su mente, nada excepto la marea pura y brillante de adrenalina en sus venas.

Bajó chapoteando las escaleras detrás de los dos hombres y agarró la muñeca de Ianto. Casi le hizo soltar el mosquete y trastabillar hacia el agua oscura.

—Niña tonta —gruñó Ianto al enderezarse. El agua entraba por las paredes, entre las grietas de los ladrillos, como cientos de ojos llorando—. No sabes a qué estás jugando.

Y entonces, con un brazo enorme, la lanzó contra la pared con tanto vigor que Effy se golpeó la cabeza en la piedra y se oyó un crujido terrible. Sintió el dolor en los dientes y la mandíbula, pero entonces un pinchazo agudo le atravesó el cráneo hasta la garganta.

Consiguió alzar una mano insensible y palparse la nuca. Los dedos salieron manchados de sangre.

Ianto era un hombre grande, pero no *tanto*. No lo suficiente para que dos personas no pudieran quitarle el arma de las manos. La fuerza que tenía era imposible. Inhumana.

Preston gritaba, pero no lo oía. Estaba sorda a todo excepto al rugido de la sangre en los oídos. Las piernas le temblaban y se dejó caer en los peldaños. Sumergió la parte inferior de su cuerpo en la lisa agua oscura.

—Por favor —oyó que decía Preston cuando recuperó durante un momento la capacidad de oír—. Haré lo que sea… Pero déjala vivir.

Le temblaba la voz y las sílabas caían entre sollozos.

—Ah, no te preocupes por eso. Los cimientos solo necesitan un niño sin padre. No tengo intención de dejarla morir.

Effy intentó enderezarse, pero el dolor era aniquilante. Veía estrellas difusas. Oyó de nuevo el sonido del mosquete contra la estaca, estruendos metálicos lúgubres y luego el tintineo de las

cadenas.

Hasta que todo quedó en silencio excepto el agua.

Ianto la agarró del brazo y la arrastró por la escalera como si no pesara más que una muñeca, como si fuera el juguete de un niño. El agua chapoteaba a su alrededor y, sobre ellos, la casa gruñía y gruñía.

Lo último que vio de Preston fue con los ojos entornados. Solo captó las cadenas oxidadas alrededor de las muñecas, cadenas que lo ataban a la pared, y el destello de miedo detrás de las gafas.

Intentó gritar su nombre, pero no pudo, y entonces Ianto cerró la puerta tras ellos.

Ianto la arrastró al salón. Effy estaba recuperando la visión por momentos, lo suficiente para ver que la puerta se había desplomado a medias y la madera astillada sobresalía en ángulos extraños, como las ramas de un pino pelado.

Tardó un momento en darse cuenta de que no solo era por el golpe en la cabeza: toda la habitación estaba torcida hacia el mar. La mesa del salón se había deslizado hacia la pared más alejada, las sillas se amontonaban a su lado y, contra todo pronóstico, la araña de cristal aún colgaba peligrosamente en el techo, como el péndulo pesado de un reloj de pared.

Effy acabó apoyada en una de las sillas podridas, con la visión aún borrosa. Ianto se movía con torpe determinación por el salón; lanzaba muebles y abría con rabia puertas de armarios, como si buscase algo. El mosquete aún relucía a su costado.

—Por favor —consiguió decir Effy con la boca llena de sangre—. Haré lo que sea… lo que quieras. Pero no lo dejes morir, no lo dejes morir…

No sabía si Ianto la había oído. Tardó unos minutos en darse la vuelta y, cuando lo hizo, aferraba algo en el puño. Un trozo de papel arrugado y un lápiz. Se los lanzó a Effy y, desconcertada, ella los aceptó.

—Toma —gruñó el hombre—. Termina los malditos planos.

Effy se lo quedó mirando boquiabierta.

—Esta casa va a caer al mar.

Ianto rio y fue un sonido áspero terrible, como piedra contra piedra.

—Cuando el agua llene los pulmones de tu amante, cuando se vuelva pálido y se hinche, cuando su cuerpo flote como el cadáver de un pez muerto… esta casa aguantará. Debe hacerlo.

El corazón le palpitaba en la garganta y el odio quemaba un agujero en su estómago.

—Entonces, ¿por qué debería dibujarte nada si vas a permitir que muera? No lo haré. *No lo haré.*

La furia recorrió el rostro de Ianto como nubarrones negros. Le clavó el extremo del mosquete bajo la barbilla.

—No quiero tener que matarte, Effy. Lo sabes, ¿verdad? Siempre he querido que te quedaras aquí. A salvo del mundo.

—Eso no lo sé —dijo Effy. Aún veía los bordes borrosos—. No sé a qué te refieres.

Ianto se rio y, en esa ocasión, fue una carcajada suave… casi tierna.

—No pensarás que la persona más cualificada para este proyecto era una estudiante de Arquitectura de primero que estaba suspendiendo la mitad de las clases, ¿verdad? ¿No te preguntaste por qué la familia de Emrys Myrddin iba a contratar a una niña llorona que lo único que puede ofrecer al mundo es su cara bonita?

Effy intentó responder, pero la voz le falló. Solo consiguió soltar un quejido.

—No me hacía falta leer tu expediente, Effy. —La voz de Ianto se suavizó y bajó el mosquete para acunarle el mentón con la mano—. Sabía el tipo de chica que eras. Siempre lo he sabido. Una chica hermosa, pero débil. Una a la que nadie echaría de menos. ¿Quién preguntaría por ti si desaparecías de las clases, de la residencia? Eras la opción perfecta para esta casa. Para mí. Una chica que podía desaparecer con facilidad.

Érase una vez que Effy habría creído ser esa chica. Habría sentido miedo por cualquier cosa que la mantuviera en el sitio, que la encadenara a algún lugar del que no pudiera huir. Se había imaginado como una artista del escape, una maga cuyo único truco era desaparecer. La permanencia resultaba peligrosa. Siempre la había considerado una trampa.

Pero las cosas habían cambiado. A lo mejor sus compañeros de clase no preguntarían por ella ni sus profesores. A lo mejor incluso su madre se alegraría de deshacerse de ella al fin. Pero, si desaparecía a través de uno de esos agujeritos engañosos en los cimientos del mundo, Effy sabía que Preston pasaría el resto de su vida buscándola. No podía dejarlo solo. No podía permitir que se ahogara.

Y aun así… no sabía cómo impedirlo.

Poco a poco, desplegó el papel que tenía en la mano. Le temblaban los dedos cuando llevó el lápiz a la página.

—Eso es —dijo Ianto con más suavidad que antes—. Buena chica. Construye algo hermoso para los dos. No quiero esperar mucho más. He pasado doce años mortales buscándote y, al fin, has vuelto a casa.

Las lágrimas florecieron en las comisuras de sus ojos. Esa vieja sensación de miedo le subió por los dedos de los pies y de las manos; era el terror somático que la paralizaba de noche, que la había perseguido como un perro durante toda su vida. Era el miedo que su cuerpo sentía antes de que la mente lo comprendiera.

—Ianto —dijo mientras movía el lápiz trémulo por el papel—, por favor, no…

—Nada de llorar —dijo él, chasqueando la lengua—. Eres una chica, no una niña.

Y entonces se oyó un gemido repentino e inmenso. Un traqueteo desgarrador. Detrás de Ianto, la lámpara de araña se soltó al fin del techo y cayó al suelo. Se rompió en un instante brillante y espléndido y los trozos de cristal salieron volando en todas direcciones. Un fragmento le cortó la mejilla, otro se alojó en su pantorrilla tras atravesar el nailon de la media.

Effy soltó un gritito de dolor, pero Ianto apenas pareció darse

cuenta. Todo el suelo era una constelación de cristales rotos que relucían como escarcha. Incluso con la sangre goteándole por la mejilla, lo único en lo que podía pensar era en Preston abajo, ahogándose.

—No puedo hacerlo —susurró—. Ianto, por favor, *por favor*. Deja que se marche.

—El amor es terrible, ¿verdad? —dijo Ianto por encima del rugido del agua—. Por eso esa frase se volvió tan famosa. «Te amaré hasta la ruina». Creo que todos comprendemos lo que es que el amor te arruine. Incluso yo.

Ianto se acercó a ella tanto que olió el aroma a sal y podredumbre que emanaba de él, el aroma a tierra húmeda de algo que no acababa de ser humano.

Sus dedos apresaron la nuca de Effy y agarraron puñados de pelo dorado. Con un tirón, le acercó la cara y apretó los labios contra los suyos con tanta violencia que fue como agua de mar golpeando piedra.

El tiempo se ralentizó de nuevo a su alrededor. Effy se quedó callada e inmóvil, con enredaderas verdes enrolladas en las muñecas y los tobillos que la atrapaban en aquella silla.

Sabía que, si se esforzaba lo suficiente, podría escapar de aquello, podría marcharse a algún lugar en las cavernas profundas de su mente y esconderse hasta que hubiera terminado, hasta que su cuerpo le volviera a pertenecer.

Pero Preston estaba en el piso de abajo. Ahogándose. Mientras Ianto le mordía el labio inferior con tanta fuerza como para hacerla sangrar, Effy introdujo la mano en el bolsillo de los pantalones y encontró las piedras de bruja.

Cuando Ianto se apartó del beso durante solo un instante, Effy le tiró las piedras a la cara y se las metió en la boca con toda la brutalidad que pudo reunir. El hombre retrocedió conmocionado, atragantándose con ellas, farfullando maldiciones.

—Puta de mierda —espetó, y las piedras cayeron al suelo—. Debías mantenerte pura para mí.

A Effy le quedaba una última piedra, que agarró entre el dedo índice y el pulgar con la mano que le faltaba el cuarto dedo. Temblando, se la llevó al ojo.

El mundo a su alrededor onduló como si fuera un reflejo en el agua. Y entonces ocurrió una metamorfosis estremecedora: donde antes estaba la camisa rota de Ianto ahora había un chaleco de zarzas negras y, debajo, tan solo músculos, tendones y piel pálida, muy pálida, todo enrollado alrededor de hueso. Le había crecido el cabello, le llegaba hasta la mitad de la espalda, y lo tenía más liso. Su rostro había sido hermoso antes, pero un tanto burdo, demasiado gastado y humano. Ahora era tan hermoso que superaba la razón, con pómulos afilados como cuchillas, ojos pálidos que casi no parecían tener color, con tan solo el blanco y el iris negro, como un eclipse de sol.

Sus dedos terminaban en garras y los estiró hacia Effy, llamándola.

Casi dejó de respirar por el impacto. Bajó la piedra de bruja, pero ahí estaba el rey de las hadas igualmente. Lucía una corona de hueso. De su pelo chorreaba agua fétida. Effy parpadeó y parpadeó y parpadeó, pero nada pudo borrarlo de la habitación.

—Sí que estoy loca —consiguió decir, atragantándose con las palabras.

—No —dijo el rey de las hadas, y su voz fue el sonido de tijeras cortando seda—. Estás viendo la verdad, como siempre has hecho, Euphemia. Te ofrecieron a mí en una orilla y luego retiraron la oferta. No me gusta que me engañen. He pasado doce años persiguiéndote, pero te escondiste de mí con tus triviales trucos mortales. Nunca más. He venido a reclamar lo que me pertenece por derecho. Una vez ofrecido, un sacrificio no se puede revocar.

No podía ser real. Y, pese a todo, Effy sabía que lo era… que debía serlo. No podía escapar de aquello. Toda su vida había conducido a ese momento. Se había escondido detrás de pastillas rosas, detrás de santos, detrás de las regañinas del médico y de su madre. Se había convencido de que no existía. Y casi había funcionado.

Pero, en las Cien Últimas, en aquella antigua casa que se hundía, no había ningún lugar en el que esconderse.

—¿Por qué? —gritó por encima del agua revuelta. Esa pregunta era lo que más la había atormentado de todo—. ¿Por qué yo?

El rey de las hadas rio, un sonido encantador y horrible.

—No soy una criatura tan cruel como dicen las historias, Euphemia. No voy a por algunas muchachas solo porque son hermosas. Tú eras una niña bonita, con ese cabello dorado, pero hay muchas niñas bonitas, a salvo en sus camas, a las que no puedo tocar. Voy a por las niñas a las que abandonan al frío. Esas no pueden pertenecer a ninguna parte, tan solo a mí.

El dedo que le faltaba empezó a palpitarle, como si acabara de recordar que su pérdida fue dolorosa. Un dolor fantasma, extraño y viejo, pero dolor pese a todo. Effy aferró la piedra de bruja, aunque sabía que no la salvaría.

—El mundo no te ha tratado bien, Euphemia —prosiguió la criatura con esa voz afilada y sedosa—. Pero puede hacerlo. Si obedeces, si te entregas a mí por completo, seré tan amable que te haré llorar. Cuando eras joven, lo único que pude tomar fue un dedo. Ahora tendré el resto.

—No —respondió, aunque la respiración le salía en borbotones secos y nerviosos—. No. No quiero ir contigo.

El rey de las hadas ladeó la cabeza y, durante un momento, pareció sentir curiosidad. Casi como un ser humano.

—¿Y por qué no? ¿Qué te ata a este insípido mundo mortal? Aquí solo eres otra chica hermosa a la que han tratado mal. Conmigo podrás ser mucho más. Conmigo podrás ser reina.

Una parte de ella había aguardado toda su vida a oír esas palabras, temiéndolas y ansiándolas en la misma medida. Effy soltó un suspiro trémulo; el anular que le faltaba aún palpitaba con el dolor fantasma.

Esa creencia, tanto esperanza como terror, la había mantenido a salvo. Al fin comprendía la magia de Hiraeth, su maldición y su bendición. La mansión Hiraeth, ese grandioso edificio que Ianto quería que construyera, siempre pertenecería a un futuro imaginario, un castillo en el aire. La magia residía en su imposibilidad. Lo irreal nunca podía decepcionarla, nunca podía hacerle daño, nunca podía

desaparecer bajo sus pies.

Pero ahora lo real y lo irreal se habían enredado y daba igual cuál fuera cuál. Effy miró al rey de las hadas en todo su inmenso poder. Solo era una chica aferrada a una piedra hueca.

—Lo haré si lo salvas —soltó—. Salva a Preston e iré contigo. Haré lo que quieras.

El rey de las hadas la contempló con un cariño traicionero.

—No hago tratos tendenciosos con muchachas mortales; son ellas quienes hacen tratos desesperados conmigo. Ya estás dentro de mi mundo, Euphemia. Picaste el anzuelo y entraste tranquilamente en mi trampa. Te tendré pase lo que pase, querida. No me volverás a eludir. Pero me haría mucho más feliz si aceptaras mi mano y me acompañaras con una sonrisa encantadora.

Sería indoloro; Effy lo sabía. Una especie de muerte, mucho más rápida que ahogarse, mucho más sencilla que caer al mar junto con esa casa en ruinas.

En cierto sentido, siempre había anhelado aquello, deslizarse por la última grieta del mundo. Pero ahora tenía una cuerda a la que aferrarse, paredes resistentes y cimientos fuertes.

La semilla de una idea empezó a florecer en su mente.

—¿Cómo me quieres? —preguntó con cuidado, e intentó que su voz sonara grave y dulce—. ¿Quieres que me arrodille?

La idea pareció sorprender al rey de las hadas, en caso de que fuera una criatura capaz de sorprenderse. Esbozó su hermosa sonrisa.

—Sí. Me haría muy feliz verte de rodillas.

Muy despacio, Effy se arrodilló en el suelo. Los cristales rotos se le clavaron en las rodillas, pero se tragó el dolor. Mientras el rey de las hadas se acercaba a ella, buscó entre los escombros hasta que sus manos encontraron un fragmento largo y ancho de cristal del tamaño de una daga pequeña.

—Euphemia —dijo el rey de las hadas a modo de advertencia.

—No. No digas mi nombre.

Y entonces alzó el cristal. El fragmento espejado tomó la forma del rey de las hadas y la reflejó hacia él.

La criatura se quedó mirándose un rato largo, pues veía por primera vez su precioso rostro, su pelo negro, su corona de hueso. El momento fue tan denso que Effy casi dejó caer el brazo por su peso.

Justo cuando iba a rendirse, ocurrió una segunda metamorfosis estremecedora: en el espejo, el rey de las hadas cambió. Su bello rostro se tornó ceroso y cetrino, las mejillas se ahuecaron como cuencos de porcelana. Su cabello se volvió plateado y quebradizo y cayó.

La piel se aflojó alrededor de los huesos, se arrugó y, en cuestión de segundos, el rey de las hadas se convirtió en un hombre muy muy muy viejo, lamentable y mortal después de todo.

Abrió la boca marchita, pero no pudo pronunciar ni una palabra. Se desmoronó como un castillo de arena en la playa, inundado por la irracional marea. Sus ojos se marchitaron en el cráneo. Hasta la corona de hueso se partió en minúsculos fragmentos.

Y entonces, al fin, no quedó nada más que polvo.

Con cierta dificultad, Effy se levantó y trastabilló por encima de los restos del rey de las hadas. Le dolían las rodillas y tenía las medias manchadas de sangre. Por última vez, se llevó la piedra de bruja al ojo.

Pero, a través del agujero, vio lo mismo. El rey de las hadas seguía siendo ceniza al viento. Y Hiraeth seguía derrumbándose a su alrededor. Dejó caer la piedra, pero, si produjo algún sonido, no lo oyó. Solo oía su corazón, su respiración, el recordatorio delicado pero constante de que seguía con vida.

Effy también dejó caer el trozo de cristal junto con un poco de su sangre. Luego atravesó cojeando el umbral en ruinas del salón, de vuelta a la puerta podrida del sótano.

DIECISÉIS

Ningún hombre escapa de su error originario,
ese rezumar silencioso de negra decadencia.
—Decadencia es una cosa, peligro otra —contesté entre risas.
Pero el hombre sabio también se rio y repuso:
—El mar es lo único que una espada no puede cercenar.

«La muerte del marinero», de Emrys Myrddin, 200 d. I.

El rey de las hadas había muerto, pero la casa seguía hundiéndose y no quedaba *tiempo*. Preston ya se podría haber ahogado. Esa idea amenazaba con destruir a Effy, su cuerpo flotando…

Sin embargo, cuando abrió la puerta del sótano, lo vio allí, el rostro pálido en la luz tibia, las gafas relucientes como dos faros.

Effy casi se derrumbó del alivio. El agua le llegaba por los hombros y las paredes aún lloraban, pero seguía vivo. Bajó al agua oscura y nadó hasta alcanzarlo. Lo envolvió con las manos, se agarró a él como si fuera una boya, mientras el agua formaba remolinos a su alrededor y se aproximaba a la puerta abierta.

—Effy —jadeó Preston—. Pensaba que estabas…

—Yo también pensaba lo mismo de ti.

Tocó todas las partes de su cuerpo que pudo alcanzar: las mejillas y la larga nariz estrecha; la frente y la barbilla; la línea de la mandíbula, que había besado la noche anterior; la garganta, que

palpitaba bajo su mano. Le dolía la cabeza, pero no le prestó atención. *Señales de vida*, pensó. Los dos aún podían sobrevivir a aquello.

Al final, sus manos descendieron a los brazos de Preston hasta alcanzar los grilletes que lo sujetaban contra la pared. Effy agarró las cadenas y tiró. Preston también tiró, con una fuerza desesperada, hasta que ambos se quedaron sin aliento. La estaca no se había movido ni un centímetro.

El pánico empezó a apoderarse de ella.

—No se mueve.

—Lo sé. —La voz de Preston temblaba y notó su aliento contra la mejilla—. Llevo tirando todo el rato… Estoy bien sujeto. Effy, tú tienes que salir de aquí.

La chica soltó una carcajada grave y trémula, un sonido que no contenía nada de humor. ¿Qué más podía hacer excepto reírse? Era absurdo.

—No seas tonto. No te pienso dejar aquí. Encontraré algo para romper las cadenas…

La interrumpió otro estrépito terrible. ¿Rayos, cristales resquebrajándose, un crujido del suelo? Ya no lo distinguía. Había tanta destrucción a su alrededor que todo había empezado a sonar igual. Del techo llovía yeso y polvo. El agua le llegaba a Effy hasta el mentón.

—No hay tiempo —repuso Preston en voz baja—. Tienes que irte.

—No. —Effy le rodeó los hombros de nuevo con los brazos y le clavó las uñas—. *No*.

—Si no te vas, moriremos los dos aquí, ¿y para qué? Aún puedes llegar a Saltney; sácame las llaves del coche del bolsillo y…

En ese momento, Effy lo odió, lo odió con toda su alma por intentar ser tan asquerosamente *razonable.* El rey de las hadas era real, lo que significaba que ya habían superado el punto de lo razonable.

Y además… no se podía razonar con el mar.

—No estás siendo justo —soltó—. ¿De verdad piensas que puedo subir por esas escaleras, cerrar la puerta detrás de mí y *marcharme*? Después de todo lo que…

Un sollozo ahogó el resto de sus palabras. Le había subido por la garganta sin que se diera cuenta y no se había percatado de que estaba llorando hasta que notó un sabor amargo en la boca. Lágrimas, sangre, agua de mar… Todo le sabía igual. Sal y sal y sal. Preston estaba sumergido hasta la barbilla.

—Ojalá nos pudiéramos haber quedado en la cabaña —le susurró Preston contra su pelo—. Para siempre… de forma imposible. Siento haber dicho todas esas estupideces sobre que las cosas solo importan porque no duran. Era arrogancia, creo. No quiero morir aquí. Quiero…

Se le quebró la voz y Effy se rompió de nuevo. Las lágrimas caían por las mejillas de Preston y la chica levantó el brazo para intentar limpiárselas, porque ¿cómo lo iba a hacer él si tenía las manos atadas? Le alzó las gafas y le besó la nariz y luego la boca. Solo saboreó la sal. Preston se atragantó en sus labios y le salió un sollozo desgarrador del pecho. El agua ya les quedaba por encima del mentón y se les metía en la boca.

—Te quiero.

Effy apretó la frente contra la de él.

—Yo también te quiero —respondió Preston con voz temblorosa—. Siento que esto haya sido nuestra ruina.

Una parte de Effy quería sonreír, incluso quería reírse, pero, si abría la boca, le entraría agua. Cerró los ojos, luego los abrió de nuevo. Preston la miraba sin parpadear detrás de las gafas mojadas. Quería ser la última cosa que viera.

Y aun así… unas palabras conocidas aparecieron en su mente: «Lo único que tengo es mi capacidad para sobrevivir». Había mirado a la cara al rey de las hadas, lo había matado al fin. No podía permitir que aquello terminara así. Si Effy solo era eso, una superviviente, entonces lo sería hasta su último aliento.

Bajó las manos y empezó a tirar de nuevo con furia de las cadenas. Tiró con tanta fuerza que notó la piel que se desgarraba. Preston también forcejeó mientras el agua le subía hasta el puente de la nariz. Pero, pese a todo, la estaca se mantuvo firme.

Y entonces ocurrió lo imposible: otro par de manos se cerró sobre las de Effy.

Tiene que ser un sueño, pensó. A lo mejor ya estaba muerta. A lo mejor su huida había sido una ilusión. A lo mejor Ianto la había matado o el rey de las hadas la había tomado; daba igual. Pero siguió tirando, guiada tan solo por el instinto. Preston también tiró. Igual que las manos fantasmales. Y al fin, donde dos pares de manos no habían sido suficientes, tres sí que bastaron y Effy notó que algo cedía, que la estaca se soltaba de la pared.

En cuanto Preston se liberó, Effy lo agarró, aún con las cadenas a su alrededor, y los llevó a ambos a la superficie. Cuando se quitó el agua de los ojos, vio que alguien flotaba en el agua a su lado: una mujer con un vestido y el pelo blancos extendidos como una medusa vaporosa en el agua. Tenía la piel pálida y arrugada por la edad, pero las manos, cuando tocaron a Effy, eran suaves como las de una muchacha.

Effy soltó una carcajada a medida que los tres subían tambaleantes los peldaños. Qué absurdo le parecía que los rescatara un fantasma.

Sin embargo, si el rey de las hadas había sido real, ¿quién era ella para cuestionar aquello?

Todo lo demás parecía real, desde el brazo de Preston alrededor de ella hasta la piedra fría y resbaladiza bajo sus manos y rodillas. Captó el destello de un rayo, que iluminó la cara del fantasma, con arrugas en algunos lugares pero familiar, tan familiar que casi era como mirarse en un espejo con un marco dorado.

Effy había visto ese rostro atrapado en fotografías, unido a un torso desnudo. Había creído que la chica estaba muerta, desterrada del tiempo, pero la tenía allí, delante de ella.

Mientras toda la casa temblaba con el aullido del viento, a Effy le sobrevino un relámpago de comprensión.

—Eres tú —susurró—. Eres Angharad.

La mujer que no era un fantasma los condujo con rapidez por el vestíbulo y evitó con destreza los agujeros en el suelo, como si hubiera hecho aquello cien veces. Iba descalza y Effy se preguntó por qué no le sangraban los pies con todas las astillas de madera y cristales rotos del suelo.

Effy y Preston la seguían cojeando, agarrados de la mano. Cuando alcanzaron el umbral, necesitaron las fuerzas de los tres, empapados y respirando con dificultad, para abrir la puerta.

El viento los aferró entre sus garras de inmediato. Arrancó el lazo negro del pelo de Effy y casi le quitó las gafas a Preston de la cara. Hizo ondear la bata blanca de Angharad, transparente por la humedad, hasta el punto de que Effy le pudo ver los tobillos y las rodillas desnudas y las venas azules bajo la piel como estriaciones en un acantilado. Se detuvo un momento, en medio de las ráfagas letales, solo para mirar.

El pelo de Angharad se agitaba alrededor de su cara. Effy se dio cuenta de que envejecer era lo contrario a la alquimia. Lo que había sido dorado ahora era plateado.

—Venga —los apremió en un elegante acento del norte—. Tenemos que buscar refugio.

El coche de Preston seguía en la entrada, pero salir de Hiraeth era un sueño lejano. Resultaría imposible conducir en esa tormenta, imposible ver a través del parabrisas. Mientras bajaban los escalones, Effy vio que Preston apretaba y relajaba la mandíbula sin cesar. Notaba su mano gélida.

—¿A dónde vamos? —preguntó, alzando la voz por encima del rugido del viento y de la lluvia que los acribillaba sin cesar.

Effy lo sabía.

—A la cabaña. Aguantará.

Preston la miró como si estuviera loca.

—Las cuatro paredes aguantarán —corroboró Angharad—. Y no tenemos otra opción.

Preston por lo menos reconoció la lógica de aquello. Aferró con más fiereza la mano de Effy.

Ya no había sendero; todo era lodo y agua que les succionaba los pies. Derraparon por el borde del acantilado sin control. El otro brazo de Preston voló para agarrarlos al tronco de un árbol. El lodo le llegaba casi a los dobladillos del pantalón. Por encima de su cabeza, las ramas volaban como flechas torpes, letales y sin rumbo fijo.

El bajo del vestido de Angharad estaba negro.

—No dejéis de andar —dijo.

Effy se sintió como si le dieran con una vara.

—No lo haremos.

Vadearon por el fango a través del páramo de árboles arrancados, con los troncos partidos y las raíces expuestas al aire como hombres caídos en el calor de la batalla. La cabaña apareció ante ellos, sus cuatro paredes de piedra imperturbables ante la tormenta.

Cuando llegaron al fin, Angharad lanzó su peso contra la puerta tachonada de hierro y la abrió. Effy y Preston la atravesaron arrastrando los pies y el chico la cerró tras ellos, con lo que apagó el sonido del viento.

Effy se apoyó en la mesa e intentó con desesperación recuperar el aliento. No sentía las piernas. Cuando bajó la mirada hacia su mano, vio que tenía las puntas de los dedos azules y temblorosas.

Pero no consiguió que le importara. Miró a la mujer del vestido blanco mientras se escurría el pelo. El agua caía de su cuerpo delgado y se acumulaba con decoro en el suelo.

De todas las cosas que hacer, Preston empezó a *pasear* por la cabaña. Fue desde la puerta hasta el escritorio y se detuvo para examinar a Effy; en la segunda vuelta, cuando se fijó en los dedos azules de la chica, le agarró las dos manos, se las llevó a la boca y sopló.

—No vas a perder otro dedo —le dijo.

Había unas cuantas heridas más apremiantes, como la piel desgarrada alrededor de las muñecas de Preston y la herida en la cabeza de Effy, pero ninguna parecía importar en ese instante. Effy se sentía sobre todo aturdida.

—Bueno —dijo al fin, un poco mareada—, cuando las cosas deben

podrirse, se pudren.

Lo que dijo fue tan extraño que Preston arrugó el ceño, pero Angharad alzó la cabeza como si hubiera dicho su nombre.

Ese movimiento pareció alertar a Preston de su presencia de nuevo y dejó de soplar los dedos de Effy el tiempo suficiente para decir:

—Gracias. Esto… gracias. —Angharad asintió una vez, con los labios apretados—. Es usted de verdad. —Preston dudó y bajó sus manos y las de Effy—. La señora de la casa. La…

Perdió el hilo y, durante un momento, todo quedó en silencio, incluso el sonido del viento contra la madera y la piedra. Era como si una capa de nieve hubiera cubierto la cabaña.

Angharad inclinó el mentón al fin.

—Sí. Soy Angharad Myrddin, Blackmar de soltera. Mi marido lleva seis meses muerto. Mi hijo, imagino, ha muerto junto con la casa de su padre. Pero lo cierto es que, al igual que su padre, murió hace meses.

El dolor en su voz era difícil de digerir. Effy pensó en lo que se había convertido el rey de las hadas, en un montón de polvo y cenizas. Ianto había muerto con él, como vino derramado de una jarra rota, poseedor y poseído arruinados por un trozo de espejo.

Dentro de la mano de Preston, Effy curvó los dedos.

—No era mi intención —dijo con desesperación—. No pretendía matarlo, pero… No lo sabía. No hasta que ocurrió. Bueno, ni yo misma lo creía.

A oídos de Preston aquello no tendría sentido. Sin embargo, Effy sabía que Angharad lo entendería. La anciana se abrazó el torso con los brazos.

—No había nada más que hacer. Como he dicho, mi hijo lleva muerto mucho tiempo. Convertirse en el recipiente del rey de las hadas implica perderse poco a poco, como el agua al erosionar la piedra. Ianto se resistió lo mejor que pudo.

—Lo siento —intervino Preston, parpadeando—. ¿Está diciendo que el rey de las hadas es real?

Angharad lo miró con cansancio.

—Los norteños no entienden algo hasta que lo ven con sus propios

ojos. No te culpo… Yo también fui una ingenua norteña que creía que las historias solo eran historias y que el rey de las hadas tan solo era papel y tinta y superstición sureña. La magia real es más astuta y se le da bien ocultarse. El rey de las hadas es retorcido y sigiloso, pero *es* real. O lo *era*.

Oír a otra persona decirlo en voz alta al fin… A Effy casi le fallaron las piernas.

—Lo he visto toda mi vida —susurró—. Desde que era niña. Nadie me creyó.

La mirada de Angharad se centró con firmeza en ella.

—A mí tampoco me creyeron. Sobre el rey de las hadas. Sobre que usó a mi marido y luego a mi hijo como receptáculos. Y sobre las palabras que escribí. Sobre mi libro.

—Nosotros le creemos —dijo Preston—. Hemos leído sus, eh… sus cartas.

—¿Cuáles? Pensé que Greenebough las había quemado todas.

—Las encontramos debajo de tu cama —explicó Effy—. Fuimos a visitar a tu padre en Penrhos… Parecía que las habían abandonado allí para que acumularan polvo…

Se daba cuenta de que contar todo aquello era muy vergonzoso. Se le ruborizaron las mejillas. El ceño arrugado de Angharad se arrugó más.

—Mm —dijo al fin—. Parece que vais a causarles problemas a Marlowe y a mi padre.

—Ianto intentó matarnos por eso —intervino Preston—. O, bueno, supongo que no era él si…

Perdió el hilo de nuevo, un tanto desesperado. Effy no lo culpaba por no ser capaz de aceptar de inmediato la revelación sobre el rey de las hadas. De todos los escépticos que había conocido, él era el más escéptico.

—Mi hijo. —Una mirada de devastación atravesó el rostro de Angharad—. Hay demasiado de su padre en él. O *había*. El rey de las hadas capta la debilidad y el deseo en los hombres. Es como una herida, un hueco que usa para deslizarse dentro.

Effy intentó no pensar en los últimos momentos de la vida de Ianto, cuando apretó la boca con tanta fuerza contra su piel que aún le dolía la mandíbula. Había existido otro Ianto, uno que había visto surgir en momentos concretos, como una foca que rompe durante un instante la superficie del agua. Había sido amable con ella cuando se conocieron, había sentido esperanza por la casa que Effy nunca construiría y por el futuro que él nunca vería.

Las mejores partes de él le resultaban demasiado familiares. Ianto también creía en cosas imposibles. No era culpa suya que el rey de las hadas lo hubiera usado.

—Lo siento —dijo, pese a que no le pareció suficiente.

Angharad agitó una mano, aunque tenía los ojos verdes húmedos y brillantes.

—Bueno —dijo, al cabo de un momento—. Supongo que tenéis bastantes preguntas. Vamos a sentarnos.

Angharad encendió un fuego con la poca leña seca que había y los tres se sentaron delante de él. El azul letal había desaparecido de las puntas de los dedos de Effy y los había dejado tiernos y rosados. Se apretó a Preston a medida que el viento sacudía las paredes y la lluvia jaspeaba el cristal de las ventanas y lo volvía opaco.

—Tenía dieciocho años cuando conocí a Emrys Myrddin —relató Angharad—. No puedo decir que por aquella época pensara que un día nos casaríamos, que tendríamos un hijo y que pasaría todo esto. *Esto.* —Soltó una carcajada hueca—. Mi vida. Por aquel entonces, Emrys solo era un desconocido atractivo, un empleado de mi padre, y lo único que sabía era que, cuando le planteaba una pregunta, él la respondía. No veía al rey de las hadas detrás de sus ojos.

Preston se inclinó hacia ella.

—¿Cuántos años tenía Myrddin?

—Treinta y cuatro. —Angharad miró el fuego—. Cuando era joven, creí que yo había hecho que todo aquello pasara. Creí que lo quería.

A Effy se le revolvió el estómago.

—Las cartas que vimos… Tu padre no estaba contento con que Myrddin y tú, eh…

—Tuviéramos una aventura —concluyó Angharad con claridad—. Así lo llamábamos entonces. Algo ilícito; las dos partes eran igual de culpables. Myrddin no estaba casado, pero fue muy escandaloso que tuviera relaciones con una chica joven, con la hija de su mejor amigo. Esa fue otra cosa que nadie más creyó, que todo empezó con mucha inocencia. Yo era joven y mi padre no tenía tiempo para mí. Quise que leyera alguno de mis poemas, pero me despachó. Me dijo que las mentes femeninas no eran aptas para las historias, que éramos demasiado caprichosas e inconstantes. Esas fueron sus palabras, banales y redundantes, en mi opinión. Por eso la única obra que perdura de Colin Blackmar es un poema aburrido que los niños leen en el colegio.

La sorprendió tanto oír que Angharad se burlaba de su padre que Effy soltó una carcajada inapropiada demasiado estridente.

—«Sueños de un rey durmiente» es horrible, ¿verdad? ¿Por qué Greenebough Books lo eligió?

—Ah, seguro que vieron un hueco en el mercado para la poesía repetitiva que puede enseñar metáforas y símiles a niños de nueve años. El anciano Marlowe era muy astuto. No he oído alabanzas parecidas sobre su hijo.

—No, diría que no. Lo conocimos en una de las fiestas de su padre. Era un borracho libidinoso.

—Bueno, mi padre también —contestó Angharad observando las llamas—. Ahora creo que está demasiado mayor para ser tan mujeriego y mi madre ha muerto, con lo que supongo que ya no sería *mujerear* tanto, pero es despreciable. Siento que hayáis tenido que conocerlo.

Alzó la cabeza y miró directamente a Effy cuando dijo aquello, con ojos verdes duros y brillantes. Effy se sintió atrapada en esa mirada, como un pecio en una red. Los ojos de Angharad eran tan claros que parecían dos espejos, muy diferentes a los cristales de mar verdes que

el oleaje dejaba en la arena. Effy vio en ellos su reflejo tembloroso en miniatura. Su cabello rubio estaba hecho un desastre y tenía las mejillas sonrojadas por el calor.

—No deberías disculparte tú —dijo, apartando la mirada de su propio rostro. Se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que lo había visto.

Angharad esbozó una pequeña sonrisa.

—Bueno. No importa. Hay tres hombres en esta historia y ninguno se arrepintió de nada. Nunca expresaron ni una pizca de culpa.

—Culpa —repitió Preston—. ¿Culpa por qué?

El fuego crepitó. Los truenos rugieron como olas contra la costa. Los ojos de Angharad contenían llamas.

—Nuestra *aventura* empezó poco a poco. Nuestros codos se rozaban al principio. O nos tocábamos la rodilla. Luego un beso, compungido y pesaroso. Luego otro, penitente. Y otro más, robado, tan embriagador que ninguno se arrepintió. Emrys temía la ira de mi padre, pero nada más.

Effy sintió una mano fantasmal sobre su cabeza, dedos que le acariciaban el pelo. Los susurros de sus compañeros de clase resonaban en el fondo de su mente y vio su apellido tachado en la lista de la universidad y reemplazado por la palabra «fulana».

—¿Se puede llamar una aventura si el hombre casi te doblaba la edad y eras…? Bueno…

—¿Una muchacha? —Angharad arqueó una ceja.

—Sí.

La palabra le pesó en la boca.

—Tenía dieciocho años —repitió Angharad—. Eso, según alguna gente, me convertía en mujer. Bueno… era una mujer cuando les resultaba conveniente culparme y una muchacha cuando querían usarme. Todo el mundo pensó que lo quería. Me convencí de que yo también quería aquello. Emrys siempre me trató bien, al menos antes de que el rey de las hadas lo poseyera por completo. Supongo que también fue un poco de rebeldía juvenil por mi parte. Odiaba a mi padre y quería hostigarlo.

Al principio, Effy había imaginado la mano del profesor Corbenic, con su vello negro áspero, tocándole la cabeza. Pero entonces, con una oleada de náuseas que le dieron ganas de vomitar, se imaginó que la mano de Myrddin la agarraba por la nunca y la sostenía como un pescado que ansiaba la libertad.

—Emrys leyó mi poesía —prosiguió Angharad— y me dijo lo que era bueno y lo que era basura. Me animó a escribir más, dijo que tenía talento. Yo también quería que me publicaran. —Soltó una carcajada seca, sin humor—. Supongo que mi sueño se hizo realidad, en cierto sentido.

El estómago de Effy se revolvió de dolor.

—El libro… —dijo Preston con suavidad—. *Su* libro es el más famoso en la historia de Llyr. Aunque quizás eso no sea un gran consuelo. Lo siento.

Angharad sacudió la cabeza.

—Durante mucho tiempo, dejé de pensar incluso que era *mi* libro. Es difícil creer en algo cuando parece que todo el mundo intenta convencerte de lo contrario.

Lo sé, pensó Effy. Y entonces, porque podía decirlo en voz alta, lo hizo:

—Lo sé.

—Mi padre perdió la esperanza conmigo —dijo Angharad, y esbozó una pequeña sonrisa—. Todas mis hermanas odiaban leer. Tocaban el arpa y preparaban pasteles y querían encontrar maridos que trabajaran en bancos. Yo fui el tipo de chica que, en las antiguas historias, solía llamar la atención del rey de las hadas.

Temblorosa, Effy tomó aire cuando Angharad dijo aquello. Aunque lo había visto convertirse en polvo, el miedo no había desaparecido por completo. Su cuerpo recordaba tan bien ese temor que tardaría tiempo, mucho tiempo, en enseñarle algo nuevo.

—Emrys fue quien me enseñó eso. —La sonrisa de Angharad casi era sincera—. Por aquella época, no comprendía que vendría a por mí. Era una chica norteña. El rey de las hadas era una leyenda, una superstición sureña, como ya he dicho. Pero esas palabras plantaron la

semilla.

»Fui a la biblioteca en Laleston y leí todos los libros que pude encontrar sobre el mito del rey de las hadas. Sin embargo, descubrí que esas historias iban sobre cómo mantenerlo a raya, cómo esconderse de él: la herradura que podías clavar sobre la puerta o el collar de bayas que podías ponerte. Trataban sobre las chicas que secuestraba y cómo las mataba. Pensé: ¿y si hay una chica que *invita* al rey de las hadas a su puerta? ¿Alguien que no llorará cuando la secuestre? ¿Que se enamorará de él?

—Conque sí que era una novela romántica —dijo Effy. Preston la miró con dureza.

—Al principio sí —respondió Angharad—. ¿Sabes? No cambié ni una palabra del inicio del libro. No quería que hubiera *señales*. Quería preservar cómo me sentí cuando lo escribí, cuando pensé que iba a ser una novela romántica. Quería que el público también se convenciera de que estaba leyendo algo romántico.

Effy abrió la boca para hablar, pero Preston fue más rápido.

—Entonces los dos teníamos razón, en cierto sentido. Es una novela romántica… hasta que deja de serlo.

Angharad inclinó la cabeza.

—La protagonista no sabe, y yo tampoco lo sabía entonces, cómo acabaría aquello. Escribí esa parte antes de saberlo. Antes de la noche que pasé con Emrys en su piso. Eso…

Fue la primera vez que Angharad dejó de hablar con brusquedad durante su relato y el silencio repentino cayó duro y pesado como una roca desde gran altura. Fue un silencio largo e insoportable, durante el cual la sangre de Effy se espesó con desesperación.

La lluvia acribillaba el tejado. Al fin, Angharad abrió la boca de nuevo para hablar.

—Tenía un pequeño espejo de mano —dijo en voz baja—. Después de hacer el amor por primera vez, nos tumbamos juntos en la cama y Emrys se quedó dormido. Pero yo sentía que tenía fuego en las venas, un murmullo en las manos y en los pies, y no podía dormirme. Así que me senté y me peiné delante del espejo. ¿Qué más iba a hacer? Me

sentía tan incorpórea como un fantasma. No podía confiar ya en mi forma. Estaba en la cama a su lado y, cuando el espejo captó la silueta dormida de Emrys, vi al rey de las hadas detrás de mí.

A Effy se le entrecortó la respiración. Aunque lo contara décadas más tarde, el miedo de Angharad era tan palpable y familiar que se le contrajo el estómago. Preston le apretaba más la mano.

—No lo creí, por supuesto. Pensé que mis propios ojos me mentían. ¿Cuántas veces había oído que no se podía confiar en la mente de una mujer? Del espanto, dejé caer el espejo y se rompió en el suelo. Recordé los libros que había leído en la biblioteca… Si el rey de las hadas veía su propio reflejo, este lo destruiría. Pero Emrys dormía y solo yo había visto la verdad.

»Aquella visión ocupó todo mi ser durante semanas. El resto del libro salió fluyendo de mí como ninguna otra historia o poema. Lo terminé en quince días, no más. Era un libro hecho con mis propios miedos y esperanzas, sobre una chica que había visto cosas terribles, pero que, al final, las derrotaba.

—¿Cómo lo consiguió Myrddin? —preguntó Preston—. ¿Y cómo acabó todo… así?

Angharad sonrió con pesar.

—Estaba tan enfrascada en el mundo que había creado dentro de mi mente que durante un tiempo olvidé que el real existía. Supongo que por eso fui tan descuidada que me descubrieron. Mi padre encontró una de las cartas de Emrys. Se puso furioso, por supuesto. No porque le importase *mi* bienestar, sino porque eso socavaba su poder. Como si alguien plantara en tu tierra sin permiso o erigiera una valla alrededor de algo que te pertenece.

Con esas palabras, la sangre rugió en los oídos de Effy, como agua cayendo por un acantilado. Quería tapárselos con las manos, ahogar el ruido, pero no lo hizo. No podía. El dolor lo hacía real. El dolor que trascendía todos los años que se extendían entre ellas, que unían a dos chicas distintas en dos costas distintas, a medio siglo de distancia.

—Cuando nos descubrieron a los dos, también me descubrieron a mí. Emrys encontró el manuscrito, recién terminado, en el cajón del

escritorio que yo usaba cuando lo visitaba. Aún no sé si fue Emrys quien lo leyó o el rey de las hadas. Fuera quien fuera, reconoció que el libro podía darle dinero, fama. Incluso eternidad.

—Un lugar en el Museo de los Durmientes —dijo Effy. Angharad asintió.

—Lo siguiente que supe es que me arrastraban a la salita de mi padre, donde Emrys, Marlowe y él me rodearon sentados en sus sillones con aire solemne. Arrugaron el ceño mientras exponían la arquitectura de mi futuro.

Arquitectura. La palabra se enganchó a Effy como una espina. Angharad y ella habían caído en la misma trampa, amordazadas, silenciadas por los muros de ladrillo construidos a su alrededor.

—¿Y qué dijeron?

—Que me había portado muy mal, por supuesto. —La mujer esbozó una sonrisa fina—. Había mentido a mi padre, seducido a su exempleado y amigo. ¿Qué tipo de muchacha licenciosa y depravada haría algo así? No una muchacha que pudiera vivir su vida con libertad. No una muchacha que hubiera escrito un libro como el mío. —Effy oyó que la respiración de Preston se aceleraba, pero el chico no dijo nada—. Esos tres hombres severos en sus sillones lo decidieron todo. Emrys se quedaría conmigo. Greenebough se quedaría con el manuscrito. Emrys podía recibir la gloria, pero, a cambio, mi padre recibiría todas las regalías. «Considéralo una dote», dijo Marlowe.

Effy comprendió entonces la opulencia de Penrhos, la incomodidad de Blackmar cuando le habían preguntado sobre *Angharad.*

—Entonces, ¿Emrys no ganó nada del libro?

—Ni un penique. Mi padre, Marlowe y él habían calculado con malicia el precio de mi libro y el precio de mi vida. ¿Y qué conseguí yo a cambio? Me echaron de casa de mi padre, me desheredó por ser una mujer fácil. Una desgracia para el apellido Blackmar.

—Es increíble —bufó Preston, sacudiendo la cabeza. Y entonces, al percatarse de su error, añadió a toda prisa—: No quiero decir que no la crea, sino que es de una injusticia flagrante.

Angharad arqueó una ceja y se giró más hacia el fuego. La luz se

acumulaba en todos los recovecos de su rostro, en las patas de gallo y las arrugas de expresión, en las marcas del paso del tiempo. Su pelo, ya seco, se extendía como plumas sobre sus hombros. Pura plata, excepto por unos mechones de oro que perduraban.

—Nunca puse nombre a la narradora, ¿os habéis fijado? El libro está escrito en primera persona, como ya sabéis, y nunca la llaman por su nombre. El rey de las hadas solo se refiere a ella como…

—«Mi querida muchacha» —citó Effy. Lo mismo que Myrddin llamaba a Angharad en sus cartas. Las palabras contenían un gran peso.

—Entonces, ¿la omisión del nombre de la protagonista fue intencional? —Preston se adelantó con entusiasmo—. Siempre pensé que era un modo de plasmar la universalidad de la experiencia de Angharad, por cómo la historia refleja las historias de miles de jóvenes, y… Lo siento. No quiero ser maleducado. Pero es que tengo muchas preguntas.

—Lo sé. —Angharad se llevó las rodillas al pecho y, en ese momento, casi pareció una chica joven, muy pequeña en su vestido blanco—. Las responderé. Con el tiempo. Pero son muchas cosas las que debo recordar y el peso de un recuerdo es importante. Te acostumbras a nadar con él y que te arrastre hacia abajo. Una vez lo liberas, no sabes qué hacer con tu cuerpo. No comprendes su ligereza.

Un recuerdo apareció chispeante en la mente de Effy.

—En su diario, Myrddin menciona que Blackmar llevaba a Angharad a su casa. Pensamos que hablaba del manuscrito, pero en realidad se estaría refiriendo a ti.

Angharad asintió.

—Mi padre me entregó a Emrys como un caballo vendido. Nos casamos en cuestión de semanas. El libro se publicó poco después. Marlowe decidió el título.

—Pensaba que solo era descaro por parte de Myrddin cuando se refería al libro en femenino. —Preston se ruborizó—. Y pensé, al principio, que Blackmar lo escribió. Pensé que *esa* era la conspiración que intentábamos destapar.

—Las cartas. —Effy parpadeó, como si se acabara de despertar de un sueño—. Preston, ¿te acuerdas? Había cartas extrañas, supuestamente escritas por Myrddin, pero con su nombre mal escrito. Eso fue lo que te hizo pensar que eran falsas.

—Ah —dijo Angharad—. Una década después de que se publicara el libro, unos cuantos reporteros intrépidos empezaron a husmear por aquí. Paranoico, Emrys quemó todas sus cartas y arrancó páginas del diario. Marlowe estaba incluso *más* paranoico, así que escribió unas cartas para demostrar la autoría de Emrys, por si fuera necesario. Pero no lo fue, claro. Nadie se preocupó por investigar más. Hasta…

—Hasta que llegué yo. —Preston tragó saliva y un músculo palpitó en su mandíbula—. Y tardé demasiado. Lo siento. Ahora parece obvio, como si tuviera que haberlo sabido.

—Bueno, al final viniste. Incluso con todo el mundo contra ti… Marlowe y mi padre y mi hijo, que se parecía demasiado a *su* padre. Seguro que ahora parezco tan inocente como una niña, pero esos tres hombres fueron mi mundo durante toda mi vida.

—¿Y el rey de las hadas? —preguntó Effy con voz temblorosa.

—El rey de las hadas era todos ellos. Todo hombre tiene la misma herida por la que puede introducirse. No fue hasta que vinimos a las Cien Últimas, a Hiraeth, cuando el poder del rey sobre Emrys se tornó inquebrantable. Aquí es donde más fuerza tiene. Pese a todo, hubo años en los que me pregunté: «¿El hombre que atravesará la puerta será mi marido, imperfecto como era, o el rey de las hadas, cruel hasta la médula?». Casi resultaba más fácil cuando el rey de las hadas lo poseía por completo. Cuando sabía que debía esperar crueldad, porque disponía de mis pequeños trucos mortales.

—El serbal, las bayas, la herradura sobre la puerta —enumeró Effy al darse cuenta—. Todo eso no era para mantenerlo lejos, sino para atraparlo aquí.

Por eso Ianto había regresado a toda prisa a Hiraeth el día en que visitó el bar, de vuelta a los grilletes que Angharad había dispuesto en la casa, antes de que el rey de las hadas se apoderara de él por completo. Effy sintió otro pinchazo de dolor. Ianto sí que se había

resistido a la criatura con todas sus fuerzas.

«Tenía que traerla a *ella* de vuelta. ¿No es eso lo que querías?», dijo.

No le había estado hablando a un fantasma, sino al rey de las hadas, a la voz dentro de su cabeza, invisible e inaudible para cualquier otra persona. Y había estado hablando sobre Effy; el rey de las hadas no podía permitir que la chica se escapara.

—Emrys, o el rey de las hadas, rompió todos los espejos —relató Angharad—. Y, por supuesto, me prohibió comprar nuevos. Su poder bastaba para retenerme aquí y mis trucos mortales bastaban para retenerlo a *él* aquí. Cuando mi marido murió, pensé que me había librado de él de una vez por todas. Pero el rey de las hadas encontró un nuevo receptáculo. Mi hijo.

El dolor se adentró de nuevo en la voz de Angharad, como el mar inundando una poza.

—Lo siento tanto… —repitió Preston—. Por eso… y por todo lo que ha sufrido.

La sonrisa de Angharad fue triste y amable.

—Yo también lo siento. Por lo que hizo mi hijo, por lo que hizo el rey de las hadas, por lo que no pude impedir que hicieran. Él sí que se resistió, ¿sabéis? Ianto… A veces podía liberarse de las ataduras del rey el tiempo suficiente para salir de la casa, pero, al final, la criatura siempre recuperaba el control de nuevo y Ianto debía volver a toda prisa. Para atraparlo aquí de nuevo, en mi pequeña telaraña, en mi huerto de serbales.

Ianto había conducido por los acantilados con una prisa tan furiosa porque había estado perdiendo la batalla. Effy había visto de verdad al rey de las hadas en el coche a su lado. No había sido su imaginación ni una alucinación. Las pastillas rosas no podrían haberlo detenido… ni Ianto tampoco, al final.

—Sé que se resistía —dijo—. No era un monstruo.

Angharad bajó la mirada.

—Confieso que había momentos en los que podría haber conseguido un espejo. Y, pese a todo, sabía que no podría usarlo

contra mi propio hijo, incluso mientras observaba cómo el control del rey de las hadas aumentaba con cada día que pasaba. Te invité a venir, Preston, con la esperanza de que descubrieras la verdad. Pero tú… —Se giró hacia Effy con ojos apagados—. El rey de las hadas quería una esposa y no supe cómo mantenerte a salvo de él.

—La cabaña —se percató, y casi parecía una tontería ya, con la tormenta azotando las paredes y las brasas ardiendo en la penumbra—. Sí que me protegiste. Le ordenaste a Ianto que me alojara aquí.

Angharad casi parecía avergonzada.

—Pensé que te lo tomarías como una ofensa. No sabía si sería suficiente para mantenerte a salvo… Pero era algo.

No fue Myrddin quien la protegía, como había pensado al principio; él no había puesto hierro en la puerta. Todo ese tiempo había sido Angharad… Siempre Angharad.

Effy sintió que las lágrimas acudían a los ojos. Justo como Angharad había dicho, sentía que se había quitado un enorme peso de encima y la nueva ligereza de sus extremidades le resultaba desconocida. Como si flotara en el agua.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer. —Angharad se giró por completo hacia Effy para mirarla a los ojos—. He tenido décadas para aprender.

—No solo por eso. No tienes ni idea… He leído tu libro centenares de veces o puede que más. Fue mi amigo cuando no tuve a nadie. La única cosa que decía que estaba cuerda cuando todo el mundo me aseguraba que estaba loca. Me salvó en tantos sentidos que no puedo contarlos. Porque, por mucho miedo que sintiera, no estaba sola.

A Angharad también le relucían los ojos.

—Eso es lo único que quería. Cuando era joven… cuando tenía tu edad. Quería que una chica, tan solo una, leyera mi libro y sintiera que la comprendía para, a cambio, yo sentirme comprendida también. Escribir ese libro fue como encender un faro, supongo. ¿Hay barcos en el horizonte? ¿Me devolverán la señal? Nunca lo supe. El nombre de mi marido aparecía por todo el libro y ese fue el único barco que vi.

—Yo lo vi —susurró Effy—. Lo veo. Y me salvó.

—Bueno, tú también me salvaste. El rey de las hadas ha muerto. Pase lo que pase ahora, soy libre.

Las lágrimas fluían por las mejillas de Effy y, por mucho que lo intentase, no pudo contenerlas. La calidez en su pecho se extendió por la sangre hasta las manos y los pies. El dedo anular que le faltaba ya no le dolía. Ese fantasma también había sido desterrado.

—Lo siento mucho —dijo Preston en voz baja—, pero no pudimos sacarlos a tiempo… Ni el diario de Myrddin ni las cartas. Ni tampoco las, eh… fotografías. —Se le sonrojaron las mejillas—. Los dos sabemos la verdad, pero el resto se ha perdido junto con la casa.

—¿Encontrasteis el diario de Emrys? —La voz de Angharad se agudizó con incredulidad—. Mi hijo no sabía que esa habitación secreta existía. El rey de las hadas quizás sí, pero puse hierro en la parte trasera del armario, con lo que no podía entrar ni aunque quisiera. ¿Cómo lo encontrasteis?

Preston miró a Effy tanto con admiración como con afecto.

—Effy es muy lista.

—Effy —repitió Angharad. Era la primera vez que decía su nombre —. No puedo expresar cuánto te agradezco todo lo que has hecho por mí. Gracias a los dos. Creo que me basta con ser libre de esta casa. Y con tener a dos personas que conozcan la verdad.

Effy se limpió los ojos, desolada. *Enfadada*. Fue un sentimiento poco común, inesperado. Sus extremidades, ingrávidas de repente, se fortalecieron, como repletas de intención.

No bastaba. No era suficiente para justificar una vida pasada en la oscuridad y la represión, la vida de una muchacha y luego una mujer y luego un fantasma, a solas en esa casa en ruinas, atormentada sin cesar por el rey de las hadas. No era justo y Effy no podía soportarlo. Gritaría la verdad al mundo, aunque fuera la única voz que lo hiciera y aunque se le quedara la garganta en carne viva. No podía soportar más el silencio.

Y no regresaría a Caer-Isel solo para bajar la mirada al suelo cada vez que un compañero de clase se riera de ella, cada vez que viera al profesor Corbenic en el pasillo.

No volvería a ese sillón verde.

Recorrió la habitación con la mirada hasta que recayó en algo que había olvidado.

Se puso de pie a toda prisa, con tanta brusquedad que Preston pareció asustarse y sobresaltarse y Angharad parpadeó con desconcierto. Con el corazón latiéndole a mil por hora, Effy agarró la caja pesada del escritorio y la acercó a la chimenea. El enorme candado chocaba contra el metal.

—Tenemos esto —dijo, un poco sin aliento por el esfuerzo—. No podíamos abrirla, claro, pero…

Angharad alzó la cabeza con los ojos abiertos de par en par de incredulidad.

—¿Cómo? —consiguió decir—. Pensé que todo se había perdido, ahogado… Esa frase absurda. Emrys la escribió, o algo así. Escribió toda su poesía, más o menos, cuando era *él mismo*. Ocurrió después de una discusión que tuvimos, cuando mi marido era mi marido a ratos. Yo quería que nos mudáramos, antes de que el rey de las hadas reclamara su cuerpo, pero Emrys deliraba tanto como su poseedor y esos ciclos de posesiones lo volvieron loco. Dijo que había algo *importante* para vivir en Hiraeth, por muy cerca que estuviera de la ruina. Así que le espeté: «Bueno, todo lo antiguo debe decaer». O a lo mejor dije: «No puedes luchar contra el tiempo». Y Emrys replicó: «No es el tiempo lo que me preocupa, querida muchacha. El único enemigo es el mar». ¿Cómo conseguisteis recuperarla?

Effy y Preston intercambiaron una mirada.

—También es valiente —dijo Preston al fin—. Effy Sayre es valiente y lista.

—Ya se ve —dijo Angharad.

Muy despacio, se llevó las manos a la garganta. Se apartó el pelo por encima del hombro y metió los dedos por el cuello del vestido. Al cabo de unos segundos, sacó una cadena fina en cuyo extremo colgaba una llave.

La llave se deslizó en el cerrojo como una espada que regresara a su funda. Effy vio un pequeño libro encuadernado en cuero en el

interior y cartas amarillentas enrolladas con un cordón. Vio la letra decorosa de Angharad, su nombre y el de Myrddin enmarcando cada página. El de él en la parte superior («Querido») y el de ella en la parte inferior («Tuya»). Él al principio, ella al final.

Pero Effy también vio que en la tapa de la caja había un espejo y, en ese espejo, observó cómo abría los labios, cómo parpadeaba, cómo el cabello dorado se enroscaba en la luz del fuego. Vio su rostro junto al de Angharad por encima de las cartas antiguas; pasado, presente y futuro, todo enroscado en un momento que parecía ajustado y tenso como aire contenido.

Effy se llevó la mano a la cara y contempló sus movimientos en el espejo. Recorrió el puente de su nariz, acarició con suavidad las planicies de las mejillas y la línea de la mandíbula. La insensibilidad había desaparecido y su piel irradiaba calor.

Señales de vida, como los músculos que se contraían y brincaban por sus ligeras caricias. Señales de vida por todas partes.

DIECISIETE

¿Qué sabiduría esperas de una muchacha marcada por la muerte? Lo único que puedo decir es esto: al final, aprendí que el agua estaba en mi interior. Era un fantasma que no podía exorcizar. Sin embargo, hay que atender a un huésped, aunque no lo hayas invitado. Le preparas una cama. Le sirves tu mejor botella de vino. Si puedes aprender a amar aquello que te odia, aquello que te aterroriza, entonces puedes bailar en la orilla y jugar de nuevo en las olas, como hiciste cuando eras joven. Antes que amigo o enemigo, el océano simplemente es. Igual que tú.

Angharad, DE ANGHARAD MYRDDIN (BLACKMAR DE SOLTERA), 191 D. I.

Effy y Preston tardaron un tiempo, como es natural, en recopilar e indexar las cartas, en copiar las páginas del diario de Angharad con el sibilante mimeógrafo de Laleston. Preston también tuvo que escribirlo todo en la vieja máquina de escribir que el bibliotecario de Laleston le prestó a regañadientes. Habían pasado dos semanas en la ciudad y ya llevaban un mes fuera de Caer-Isel.

Preston tenía un cigarrillo en la boca mientras trabajaba y el humo salía en remolinos por la ventana del hotel. A veces se levantaba para pasearse mientras se revolvía el cabello ya revuelto y musitaba sobre narración omnisciente y melodrama. Effy comprendía la teoría solo a medias, pero ofrecía su opinión cuando podía.

Sentía, al igual que Preston, que comprendía *Angharad* a un nivel

que casi ni podía articular: era algo tan primario e inconsciente como respirar o el latido de su corazón.

—¿Por qué no te tomas un descanso? —propuso, sentada en el borde de la cama y con una taza de café en la mano—. Puedo escribir un rato.

—No hace falta.

Ya le había dicho al principio que creía que para ella sería difícil. Leer todas las palabras, escribir con ese estilo tan rebuscado y formal sobre una vida que casi reflejaba a la perfección la suya.

—Quiero hacerlo —respondió, y le ofreció su café—. Quiero terminarlo. Quiero que todo acabe.

Lo que quería decir era que quería cerrarlo todo con pulcritud. No más preguntas, no más dudas. No más reprimendas sobre que lo que ella sabía y creía no era real.

Preston frunció el ceño.

—No creo que la academia se acabe nunca. En cualquier caso, esto solo es el principio. Los académicos y los periodistas sensacionalistas van a perseguirnos, van a perseguirla a *ella.* Habrá cientos de artículos, incluso libros, que argumentarán en contra de nuestra tesis. Por no mencionar el Museo de los Durmientes… ¿Estás lista para eso?

No la hacía feliz. Pero Effy sabía que Preston tenía razón.

Asintió mientras se sentaba en la silla que había dejado vacía.

—Sí. Escribámoslo todo. —Al percibir la mirada de alarma en el chico, añadió—: *Todo* no; solo las partes que los académicos creerán.

Si Preston y ella publicaban un artículo sobre la existencia literal del rey de las hadas, se reirían de ellos en la universidad. Effy lo aceptaba. Le bastaba, por ahora, que Angharad y ella conocieran la verdad.

Y, por supuesto, aunque ella había visto al rey de las hadas, Preston no. Effy sabía que le creía, a su manera, de un modo que no comprometía su cinismo. No sabía cuánto sentido tenía aquello en la cabeza de Preston. Había mucho en lo que creer (la posesión de Ianto, los detalles en el diario de Angharad), pero mucho de lo que dudar también. La muerte de Ianto *podría* ser normal. Y Effy nunca había

oído las campanas. Notaba un pinchacito de dolor cuando pensaba en eso, en que quizás Preston y ella nunca coincidirían en todo.

Pero él creía en su miedo, en su dolor, en su deseo. Eso tenía que bastar.

Terminaron el borrador dos semanas más tarde. La portada incluía sus dos nombres en una letra inequívoca en negrita: *Euphemia Sayre y Preston Héloury*. Su nombre auténtico, bien claro sobre la página en blanco. Si había algo a lo que quisiera vincular su nombre de verdad, era a eso. Ese nombre contenía mucho dolor y sufrimiento, pero también fuerza. Esperanza. Anhelaba convertir el nombre del viejo santo en algo nuevo.

Effy eligió el título. *Descubriendo Angharad: una investigación sobre la autoría de las principales obras atribuidas a Emrys Myrddin.*

Angharad había alquilado un piso en Laleston, cerca de ellos, con flores en las ventanas y vistas a la calle ajetreada de abajo. Desde cada habitación se oían los pitidos y frenazos de los coches y los gritos de la gente. No era un piso silencioso. Effy sentía que Angharad había conocido suficiente silencio para el resto de su vida.

Effy y ella se sentaron junto a los grandes ventanales, que dejaban entrar la luz dorada de la tarde. Angharad se había cortado el pelo plateado; ya no era la telaraña salvaje de una melena de doncella, sino un corte serio, como el de una profesora o una institutriz, propio de alguien con una autoridad serena. A Effy le gustaba.

—Preston dice que vendrán a por ti. En cuanto publiquemos la tesis… los periodistas y los académicos empezarán a acosarte.

—Que vengan. Ya he pasado demasiado tiempo en silencio.

—Te presionarán. Podrían ser crueles.

—No tengo nada que ocultar. ¿Y a quién puedo avergonzar? Mi hijo está muerto. Mi padre lo estará pronto. Llevo décadas sin hablar con mis hermanas. No hay una historia que memorizar ni frases que repetir. Solo está la verdad.

La verdad. Effy asintió. En la calle de abajo, un carro pasó traqueteando y sus ruedas golpearon el pavimento.

—¿Y qué me dices de Marlowe? Preston dice que intentará demandarte…

—Que lo intente. Greenebough no puede quitarme nada más. Y nunca firmé nada, solo lo hizo Emrys. El secreto era tan preciado que no hubo contrato ni papeleo ni nada con mi nombre.

Alguien gritó en la calle.

—¿Has puestos las cuentas en orden? —preguntó Effy.

—Lo ha hecho Wetherell. Marlowe aún me debe regalías por las otras obras de Emrys. Eso está en el testamento de mi marido. No tienes que preocuparte mucho por mí, Effy. Sé que soy una anciana, pero no busco *paz*. He pasado toda mi vida luchando, aunque nadie lo supiera. En la intimidad de esa casa se fraguaban batallas a diario y también debía asegurarme de que los serbales florecieran y el hierro de las puertas aguantase… Si pude sobrevivir a eso, puedo sobrevivir a los periodistas y académicos.

—Ojalá hubiera peleado yo también. —Effy se sorprendió a sí misma al decirlo. Las palabras le saltaron de la garganta, espontáneas —. Sé que lo derroté al final, pero lo único que hice durante años fue huir y esconderme. Me quedé quieta y permití que el agua se acumulara a mi alrededor. No supe que podía resistirme. No supe que podía hacer algo aparte de esperar y ahogarme.

—Ay, no, Effy, no quería decir eso. No es necesario que recojas la espada. Sobrevivir también es valiente.

Como si supiera que Effy iba a echarse a llorar, Angharad apoyó una mano suave sobre las suyas. La chica se limpió unas cuantas lágrimas incipientes.

—Hay otra cosa —dijo.

Angharad arqueó una ceja y Effy rebuscó en su bolso. Sacó su ejemplar viejo y maltrecho del libro, con las puntas de las páginas dobladas y lleno de manchas de agua. El lomo estaba agrietado de abrirlo tantas veces.

La cubierta aún llevaba el nombre del autor muerto, pero Effy

abrió el libro por la página que contenía la primera frase:

Cuando vino a por mí, hermoso y traicionero, yo era una muchacha, una corona de oro pálido en su cabello negro.

Se lo ofreció a Angharad.

—¿Me lo firmas?

Sin decir nada, Angharad lo agarró y escribió con energía su nombre en la página con tinta negra.

—Llevo mucho tiempo esperando a hacer justo eso —dijo en voz baja, casi como si estuviera confesándose.

—De esta forma, siempre me acordaré —dijo Effy—. Siempre lo sabré. Un faro, como dijiste.

—Sé que tienes que marcharte —dijo Angharad, limpiándose la cara—. Pero siempre puedes volver, Effy. Aquí estás a salvo. He plantado bayas en las ventanas. Ya sabes lo que dicen sobre las viejas costumbres.

Después de eso, las dos lloraron un poco. Los ojos verdes de Angharad brillaban y relucían, como dos faros que se extendían sobre el agua oscura para indicar que más adelante había un puerto seguro.

Tenían muchas cosas que hacer al volver a Caer-Isel. Preston se puso un poco nervioso por todas las clases a las que había faltado, pero Effy no se preocupó. Su vida en Caer-Isel había sido tan pequeña, tan miserable y desoladora, que le había resultado fácil huir por una grieta. La había abandonado a gran velocidad para escapar por entre las paredes en ruinas.

Ahora quería derruirla hasta los cimientos. Quería empezar de cero.

Rhia se sorprendió con exageración cuando vio a Effy y hasta fingió que se desmayaba.

—Gracias a los santos —dijo—. Has vuelto. Pensé que te habrías convertido en pez.

—No tengo ni branquias ni aletas. Pero tenías razón sobre las Cien

Últimas. Es un lugar extraño. Te cambia en muchos sentidos.

Rhia frunció el ceño y la examinó de la cabeza a los pies.

—Pareces diferente, pero no sé qué ha cambiado. A lo mejor es el pelo. No te ofendas, pero ¿te has peinado desde que te marchaste?

—Apenas —respondió Effy con una pequeña sonrisa.

—Bueno, ya que no tuviste la decencia de *llamar*, voy a tener que montar una fiesta de bienvenida a toda prisa. No cumplirá con mis estándares habituales, así que me disculpo de antemano.

—Ay, no.

—Ay, sí.

Effy dejó el baúl en el suelo y colgó el abrigo.

—¿Y cómo están las arañas?

Rhia soltó un largo suspiro de cansancio.

—La guerra está en un punto muerto, por ahora. Gracias a los santos. En tu ausencia, han muerto y vivido generaciones enteras.

Effy rio. Empezó a desempacar sus cosas mientras Rhia le relataba lo que se había perdido. Effy enrolló los gruesos jerséis y los calcetines de lana y los guardó en un cajón. La voz de Rhia se atenuó un poco de fondo. Tocó su ejemplar de *Angharad* y acarició con suavidad el lomo desgastado.

Luego lo metió debajo de la almohada. Una vieja costumbre.

—Oye. ¿Puedo invitar a una persona a la fiesta?

Rhia arqueó las cejas enseguida.

—Pues claro. ¿Quién es?

—No lo conoces. Aunque creo que te caerá bien. —Effy calló un momento para reflexionar—. Es un poco estirado, hasta que empiezas a conocerlo. Muy pedante. Muy inteligente.

—Bueno, menudo retrato estás pintando. —Rhia se dejó caer en la cama de Effy con una sonrisa calculadora en el rostro—. Me muero de ganas de atormentarlo.

Effy se imaginó la escena.

—Ve con cuidado. Es tozudo y contestón.

Después de eso, pasó otra semana antes de que Effy y Preston pudieran presentar su tesis al decano Fogg. Effy solo había visto al hombre en una ocasión, cuando le había dado permiso para ir a Hiraeth, y no había cambiado nada en las semanas que habían pasado. Era esbelto, con un cabello blanco cegador y sin marcas de expresión en el rostro. Su enorme despacho tenía una zona para sentarse con cinco sillones alrededor de una mesita de café. Su ayudante les sirvió té y galletas en platitos de plata.

El profesor Gosse, el tutor de Preston, también estaba presente. Era lo opuesto al decano Fogg en muchos sentidos, de constitución baja y ancha, mientras que el decano era alto y delgado. También lucía un bigote exuberante y rizos negros de loco. Prefirió quedarse de pie en vez de sentarse y rechazó el té y las galletas. Sus ojos oscuros pasaban a gran velocidad de una cosa a otra, como un gato siguiendo un peluche atado a un palo.

Durante los primeros minutos, reinó el silencio. El decano Fogg bebió té. Tenía una copia de su tesis en el regazo. Preston movía la pierna en un tic nervioso y Effy cerraba y abría la mano sobre el muslo. El profesor Gosse se paseaba por el despacho, un poco como Preston. Sus pasos enérgicos sobre el suelo de madera eran el único sonido en la habitación.

El decano Fogg dejó al fin su taza sobre la mesita.

—Creo que es bastante buena.

Effy casi soltó una carcajada inapropiada de alivio. Se tapó la boca con la mano para contenerla.

—Sé que las secciones de teoría y crítica necesitan trabajo —contestó Preston—. Podemos citar más fuentes, indagar más en las teorías alternativas. Pero, en conjunto, ¿cree que hemos expresado bien nuestro argumento?

—Bueno, sí que hay un *argumento*. Y, por supuesto, lo habéis decorado con pruebas a las que ningún otro académico tiene acceso en este momento… El diario y las cartas. Sospecho que hay cosas que no habéis incluido en el artículo, pero eso no será importante hasta que se distribuyan.

—¿Qué? —soltó Effy—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Cualquier tesis necesita ser comprobada, querida —respondió el profesor Gosse. Había dejado de pasearse—. Puedes aportar un argumento basado en tu interpretación de las pruebas, pero, si nadie más las ha leído… bueno, entonces solo es mitificación. Nadie tendrá motivos para creeros.

Preston asintió.

—Sé que parece poco lógico, pero debemos dar la oportunidad a todo el mundo de que lean las cartas y el diario antes de poder demostrar que nuestra tesis es correcta.

Effy miró el sillón a su lado, el quinto asiento vacío en el despacho. Parecía notablemente vacío, como si tuviera que estar ocupado por Angharad. Recordó la determinación firme de la mujer cuando habló sobre esas posibles indagaciones. Si estuviera allí, lo habría dicho de nuevo: «Que vengan».

—Pongamos que lo publicamos todo —dijo despacio—. ¿Entraremos en guerra con todos los académicos?

—Ah, no solo los académicos —contestó el profesor Gosse—. También con los periodistas sensacionalistas, el Museo de los Durmientes, el patrimonio de Myrddin, la editorial Greenebough… A todos les interesa conservar el legado de Myrddin. Los sureños se sublevarán, lo que provocará que el Gobierno llyriano se ponga nervioso. Personalmente, creo que denunciarán a la universidad. Puede que incluso os denuncien a *vosotros*.

Preston soltó un quejido nervioso. El decano Fogg frunció el ceño.

—La universidad dispone de asesoría legal. Pero esta mención en plural me perturba, Euphemia. Hablando en plata, no eres académica. No estudias en la facultad de Literatura. Eres una estudiante de Arquitectura de primer año…

—Con todo el respeto, señor —lo interrumpió Preston—, este artículo es fruto del esfuerzo de Effy y mío. No lo habría escrito sin ella. No habríamos encontrado el diario o las cartas sin ella. Y es más inteligente que cualquiera de mis colegas en la facultad de Literatura, así que, si planea dejarla fuera, estaré más que dispuesto a llevar *mi*

artículo a otra parte. A un periódico sensacionalista, quizás.

El decano Fogg apretó más los labios.

—En ese caso, menudo académico sería usted, señor Héloury, si entregara este descubrimiento a la columna de cotilleos de un periódico.

—No es mi primera elección, porque, si lo fuera, estaríamos ahora mismo en las oficinas de la *Gaceta de Llyr*, reunidos con el editor. Pero, si se opone a la inclusión de Effy, entonces eso es justo lo que haremos.

La chica le dedicó una sonrisa de agradecimiento mientras se acariciaba el extremo abrupto de su dedo anular.

—Siempre has sido un muchacho muy cabezota. —Todo aquello parecía hacerle gracia al profesor Gosse—. Aunque nunca pensé que intentarías *extorsionar* a la universidad. Bien hecho.

Parecía sincero.

El decano Fogg resopló con disgusto.

—¿Cómo cree que quedará la universidad si publicamos una tesis rompedora con el nombre de una *mujer* en la cubierta? Ninguna mujer ha asistido a la facultad de Literatura. Es inaudito.

—Es inaudito, absurdo y arcaico —replicó Preston—. La universidad debería avergonzarse.

—Cuidado, Héloury —dijo el decano.

Effy examinó de nuevo la sala. Angharad había estado en esa misma situación, con tres hombres discutiendo sobre su trabajo, estableciendo un marco para su futuro. Y la habían silenciado.

Pero a Effy no la iban a silenciar.

—Esta tesis trata sobre una mujer joven de la que se aprovecharon hombres poderosos, hombres que intentaron apropiarse de su trabajo para ponerle el nombre de un hombre y que la vendieron como si fuera ganado. ¿Cómo cree que quedará la universidad si intenta precisamente hacer lo mismo? Si les entregamos la tesis y la publican sin mi nombre, iré directa a las oficinas de la *Gaceta de Llyr* y les contaré otra historia sobre hombres aprovechándose de mujeres jóvenes. ¿Es ese el tipo de legado que quiere dejar como decano?

Fue impresionante la rapidez con la que el rostro del decano Fogg se volvió rojo y luego morado. Effy había determinado, después de observarlo con atención, que el espeso cabello blanco era en realidad una peluca: tras la conmoción, se deslizó un poco hacia un lado.

El hombre tomó un decoroso sorbo de té, como para tranquilizarse antes de hablar.

—Así pues, ¿quieres que te admita en la facultad de Literatura? No hay otra forma de justificar que aparezca el nombre de una estudiante de Arquitectura desconocida en los créditos.

A Effy se le trabó la respiración en la garganta, pero pudo responder al cabo de un momento.

—Sí. Seré la primera mujer en la facultad de Literatura, pero no la última.

El decano Fogg casi se atragantó con el té, pero el profesor Gosse soltó una carcajada de regocijo.

—Ah, esto me gusta. Por fin la universidad se pondrá al día con los tiempos que corren… y será una buena historia, ¿verdad? Una historia en la que la universidad es un faro de progreso, y su decano, un defensor fiero pero benevolente de los derechos de las mujeres.

Algo se le clavó a Effy como una astilla. Se le secó la boca y tuvo que tragar saliva con fuerza antes de poder hablar.

—No puede contar la historia a menos que lo despidan —dijo con voz temblorosa.

—¿A quién? —preguntó el decano.

Effy tomó aire.

—Al profesor Corbenic.

Y entonces el decano Fogg se *rio* con incredulidad.

—Escúchame, Euphemia. El profesor Corbenic tiene plaza permanente en la universidad. Es muy apreciado en su campo y es amigo mío. Si crees que lo voy a despedir porque tú lo digas, solo por el rencor de una colegiala…

—¿De una colegiala? —La voz de Effy se endureció de repente y notó la sangre caliente en las venas. Acababa de interrumpir al decano de la universidad, pero no le importaba—. Eso fue Angharad también.

Una muchacha. Si no lo despiden, no verán ni una página de esas cartas.

Hubo un largo silencio, durante el cual el corazón de Effy latió con tanta fuerza que apenas oyó nada más y durante el cual la mirada del profesor Gosse pasó con rapidez y entusiasmo entre los dos, como si aguardara a ver quién se movía antes.

Preston apretaba la mandíbula y desplazó la mano para aferrar el borde del sillón de Effy.

Era demasiado tarde para salvar a Angharad. A lo mejor era demasiado tarde para salvarla a ella. Pero no para salvar a otra chica que pudiera entrar en el despacho del profesor Corbenic y sentarse en ese sillón verde sin saber lo que a esperaba.

—Lo pensaré —dijo el decano Fogg al fin. Pronunció cada palabra a través de los dientes apretados—. Tenemos muchas más cosas de las que hablar. Si te tranquiliza, una vez estés matriculada oficialmente en la facultad de Literatura, nunca más tendrás que volver a ver al profesor Corbenic.

En el pasado, aquello habría sido una victoria más que suficiente. Se habría marchado, huido de esa terrible sala sofocante, con la esperanza de no volver a ver jamás al profesor Corbenic por los pasillos. Pero no se lo podían garantizar y no pensaba aceptar ningún trato escurridizo y sesgado ofrecido por un hombre que se creía tan superior que no aceptaría ninguna carga ni culpa.

Effy se puso en pie. Ya estaba harta de sentarse.

—No. No es suficiente. Y no es un farol. Si no lo despide, se lo diré a todo el país. Se lo diré al mundo entero.

El decano Fogg se la quedó mirando con los ojos entornados en dos grietas llenas de enfado. Un mes antes, Effy se habría encogido bajo su mirada y su mente habría escapado de ella, seguida de su cuerpo, para huir de la habitación a toda velocidad.

Pero se había enfrentado al rey de las hadas con todo su poder sobrenatural. Lo había reducido a un puñado de polvo. Comparado con aquello, esa batalla era sencilla.

—De acuerdo —replicó el decano en un gruñido grave—. Acepto

tus términos, por ridículos que sean.

El profesor Gosse se rio.

—Me gusta esta chica, Fogg. Tengo ganas de darle clase.

Preston se levantó también.

—Tendremos que hablar sobre el calendario de publicación y las revisiones. Y, por supuesto, sobre firmar los papeles para transferir a Effy de Arquitectura a Literatura.

—Por supuesto —repuso el decano con amargura—. Mis ayudantes estarán en contacto con vosotros. Y ahora desapareced de mi vista.

Effy mantuvo la boca cerrada hasta que se marcharon del despacho del decano, atravesaron el pasillo y salieron del edificio a la fría tarde. Todo relucía, bañado en la luz del sol. Detrás de las gafas, Preston entrecerró los ojos y la miró.

La chica sentía que le crecía una presión maravillosa en el pecho, que al fin estalló en una carcajada.

—Lo hemos conseguido. Lo hemos conseguido.

Se había cumplido por fin la promesa que Preston le hizo hacía semanas: que escribirían un artículo para que la admitieran en la facultad de Literatura y que miraría al decano Fogg a los ojos y lucharía por ella. Sobre esos cimientos Effy construiría su nueva vida.

Y, de forma inesperada, Preston la abrazó y la alzó en el aire. Dieron vueltas durante un momento antes de que la dejara de nuevo en el suelo. El chico tenía las mejillas encendidas, con aire tímido.

Effy se rio de nuevo.

—Pensaba que no eras romántico.

—Y no lo era —dijo Preston, aún con las mejillas sonrosadas—. Hasta que te conocí.

Fue el turno de Effy de ruborizarse. Le acunó la cara con una mano.

—Creo que deberíamos celebrarlo.

Cuando regresaron a la residencia de Effy, se percató de que Rhia se

había subestimado. Para ser una fiesta organizada en el último minuto, había una cantidad impresionante de licor, otra cantidad impresionante de invitados y hasta un cartel con «BIENVENIDA A CASA» pegado en la pared con horquillas y un cordón.

Rhia arrastró a Effy y a Preston al centro de la cocina y enseguida lo acribilló a preguntas. Effy observó la escena en silencio, divertida, mientras Preston tartamudeaba sus respuestas. Aquel no era el tipo de examen que pudiera aprobar estudiando o echando mano de su intelecto natural.

Rhia había tomado prestado («Lo he robado», confesó tras dos copas) un tocadiscos de la facultad de Música, que daba vueltas y más vueltas mientras la aguja arañaba con suavidad el vinilo. Cuando sonó una canción lenta, Preston agarró a Effy de la mano. Bailaron (aunque sobre todo se balancearon, porque Preston también había tomado varias copas), con la cabeza de Effy apoyada en su hombro. Al terminar la canción, sintió un pinchazo de dolor.

Luego Preston se encontró con otro estudiante de Literatura y Effy lo vio en su elemento por primera vez. Era más paciente de lo que recordaba de aquel primer encuentro en el acantilado. Incluso cuando el otro estudiante argumentó que «Sueños de un rey durmiente» tenía una mala fama inmerecida, Preston escuchó y presentó sus argumentos sin una pizca de petulancia.

A su alrededor, Effy veía paredes alzándose de la tierra como un árbol que crecía a partir de las raíces. Pero no la sofocaban. La arquitectura de su nueva vida cobraba forma y había ventanas y puertas. No necesitaba escabullirse por las grietas para escapar. Si quería marcharse, lo haría. Si quería quedarse, podría hacer reformas. Los cimientos serían fuertes. Effy estaba segura de ello.

Al cabo de varias horas, Preston la llevó a su residencia.

Nada más llegar, el chico se tiró sobre su cama sin quitarse los zapatos. Effy se tumbó a su lado. Le pesaban los párpados. La luz de la luna entraba por la ventana, tan clara y brillante como un faro.

La noche aún le daba miedo. En general, era cuando el rey de las hadas aparecía como una silueta vaga y oscura en el rincón de su

habitación, con las manos pálidas estiradas hacia ella y la corona de hueso reluciente. Si conseguía dormirse, el profesor Corbenic la esperaba allí, con el destello de su reloj de oro y sus enormes manos. Y ahora sus sueños estaban llenos de casas que se hundían, del mar agitado e insensible.

Y el rey de las hadas, siempre el rey de las hadas, en el cuerpo de Ianto o en el suyo propio. Lo había derrotado en Hiraeth, pero ¿desaparecería para siempre? Cuando cerraba los ojos, aún lo veía. Su fantasma persistía… o, al menos, el miedo y el dolor perduraban.

Preston se removió dormido y le rodeó la cintura con los brazos. El corazón del chico latía con suavidad contra su espalda, con un ritmo tan constante como la marea. Las paredes eran resistentes. Aguantarían cualquier cosa. No necesitaba hierro, bayas ni serbal.

El peligro era real. Effy y Angharad lo habían demostrado con su astucia y sus espejos. El peligro vivía con ella; quizás había nacido con ella, si el resto de las historias sobre niños cambiados eran verdad. El peligro era tan antiguo como el mismísimo mundo. Pero, si las hadas y los monstruos eran reales, también lo serían las mujeres que los derrotaban.

Effy no tenía su ejemplar de *Angharad* debajo de la almohada, aunque recordaba las últimas frases, que se sabía de memoria:

> Sé que piensas que soy una niña ¿y qué sabrá una niña sobre la eternidad? Pero sé esto: tanto si sobrevives al océano como si no, tanto si estás perdido como si las olas te traen de vuelta a la costa, cada historia se cuenta en el idioma del agua, en lenguas de sal y espuma. Y el mar, el mar susurra el secreto de cómo acaban todas las cosas.

Amanecieron esa mañana destrozados, los dos adormilados y Preston

con dolor de cabeza. El sol brillaba demasiado sobre sus rostros. Effy se tapó la cabeza con una almohada y gruñó mientras Preston intentaba sacarla de la cama.

—Café —le recordó con un tono altivo e insistente hasta que ella apartó las mantas con el pelo rubio pegado a un lado de la cara.

El café era una necesidad. Fueron al Poeta Soñoliento y pidieron vasos de papel, que acunaron en ambas manos mientras recorrían la calle junto al lago Bala. El aliento se les condensaba en nubes blancas. Hacía mucho frío esa mañana, pero el sol era fuerte; el hielo del río se había derretido en parte y unas venas de agua azul aparecían entre las grietas.

Effy se rebujó en su abrigo gris mientras el viento le azotaba el pelo. Se había olvidado de la cinta o quizá la había perdido a lo largo de la noche. Se detuvieron en uno de los miradores para apoyarse en una barandilla y observar la lenta marea que movía el hielo por la superficie del lago.

Detrás de ellos, los edificios de piedra blanca de la universidad proyectaban sombras tan amplias como las montañas argantianas en la otra orilla.

Tuvo una idea al mirar el hogar natal de Preston en el otro lado del agua.

—¿Se lo has contado todo a tu madre?

—La llamé ayer, antes de que saliéramos. Estaba contenta por mí, claro, pero creo que un poco triste. También admiraba a Myrddin. Aunque vive en Argant, su corazón sigue siendo llyriano.

Nada más regresar a Caer-Isel, Effy había ido al Museo de los Durmientes. No se lo dijo a nadie, ni siquiera a Preston. Tomó uno de los folletos y paseó por la cripta, junto a los otros Durmientes, hombres marchitos cuya supuesta magia impedía que sus cuerpos se pudriesen.

Hasta que al fin llegó al ataúd de cristal de Myrddin y se quedó observando su rostro dormido.

Era la primera vez que lo veía. Tenía una cara alargada y esbelta, bastante ordinaria, llena de arrugas y manchas por la edad. Effy se

preguntó si, cuando mandaran a imprimir su tesis, la magia se desvanecería. ¿El museo cerraría la exhibición por la vergüenza y los curadores se reunirían en sus salas llenas de humo para decidir, con una mueca, si quitaban el cuerpo?

Después de todo lo que había pasado, la idea la llenaba de dolor. La verdad salía cara a veces. Qué terrible era navegar el mundo sin una historia que te consolara.

Pero Effy había aprendido. O, al menos, intentaba aprender. Lo mejor era escribir tu propia historia. Construir tu casa con unos cimientos fuertes, con ventanas que dejaran entrar mucha luz.

Supuso que algunas personas siempre creerían que Emrys Myrddin había escrito *Angharad*. Effy se marchó de la cripta, salió junto con una multitud de visitantes y tiró el folleto en una papelera de fuera.

Ahora parpadeaba en el viento y el recuerdo la abandonó cuando sus ojos enfocaron el rostro de Preston.

—Aún creo que su poesía tiene mérito —dijo la chica—. Por lo menos «La muerte del marinero».

—Ah, sin duda. No era un escritor terrible, ni siquiera después de esto. No sé cuál será su legado. A lo mejor cuando muramos llegarán otros académicos y rehabilitarán su imagen.

Rehabilitar significaba hacer algo habitable de nuevo. Como si el legado de Myrddin fuera una casa antigua que intentaran derribar.

No habían ido a ver las ruinas de Hiraeth, pero Effy se las imaginaba con tanta facilidad como se imaginó la preciosa mansión que podría haber sido. El montón de madera y piedra junto al acantilado, los muebles rotos contra las rocas, el tejado a dos aguas partido por la mitad, con las tejas dispersas por el viento. Y, por supuesto, el mar, que se tragaba todo lo que pudiera alcanzar.

—No sé si quiero eso. —Effy se mordió el labio—. No sé si quiero que lo olviden rodeado de una vergüenza oscura o que aprecien sus obras por lo que fueron. Las auténticas, quiero decir. Una parte de mí aún lo quiere, creo. La *idea* de él.

Preston esbozó una pequeña sonrisa.

—No pasa nada. No hace falta saberlo. Para que conste, yo he

dejado de creer en la verdad objetiva.

Effy rio con suavidad.

—Así que todo esto también te ha dejado huella.

—Pues claro. Tú me has dejado huella. —El viento le revolvió el cabello ya revuelto y, al subirse las gafas por el puente de la nariz, a Effy le sobrevino de repente un gran afecto. Una señal de vida: tierna, casi angustiosa, pero real—. Hace tiempo que quería preguntarte una cosa.

Y, de repente, también se le revolvió el estómago.

—¿El qué?

—Ah, nada importante —se apresuró a añadir Preston—. No me mires así. Durante un tiempo no supe si valía la pena mencionarlo… Es una cosa de lo más rara, la verdad. A lo mejor solo fue mi imaginación. Cuando estábamos en Hiraeth y dormía en el estudio de Myrddin, algunas mañanas me despertaba con el sonido de campanas. Sonaban como las campanas de una iglesia, pero, claro, la más cercana está en Saltney. En un par de ocasiones hasta salí a investigar, pero nunca vi nada. El sonido procedía de la parte baja de los acantilados, lo cual es imposible, lo sé. Pero quería preguntarte, para asegurarme, si tú también las oíste alguna vez.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi agente salvavidas y obradora de milagros, Sarah Landis: todos los pasos que he dado en este viaje han sido más ligeros contigo a mi lado. Gracias a mi brillante, perspicaz y compasiva editora, Stephanie Stein: me has ayudado a contar la mejor versión de esta historia. Gracias a Sam Bradbury, mi hada madrina al otro lado del charco: tres publicados y, con suerte, muchos más en camino.

Gracias a Sophie Schmidt, ayudante editorial sin igual, y al resto del equipo en Harper por ayudarme a traer este libro al mundo. Gracias a Katie Boni, Sabrina Abballe, Julia Tyler, James Neel, Erin DeSalvatore, Mark Rifkin y Chloe Bollentin. Gracias a todo el mundo en Del Rey UK por sacar otro más. Tengo una suerte enorme de tener a mi alrededor a las mejores personas de esta industria.

Como siempre, gracias a mi GSJ, Allison Saft y Rachel Morris: no podría soñar con tener mejores amigas. La mente colmena es real. Mil gracias por llenar mi vida con humor y amor incondicional.

Gracias a Manning Sparrow y a Sophie Cohen: cada día agradezco que, por algún algoritmo propicio de internet, pudiéramos encontrarnos. Manning, gracias por más de diez años (!) de amistad afectuosa, divertida y completa. Sophie, gracias por entrar en mi vida en el momento adecuado y sujetarme la mano en algunos de mis momentos más oscuros.

Gracias a Grace Li, una de las cosas que más relucen bajo el sol californiano. Por un millón de quedadas más para tomar café. Gracias

a Courtney Gould, por ser siempre un hombro en el que apoyarme y un motivo por el que sonreír.

Gracias a todes les escritores con un talento increíble que me han apoyado y han compartido su sabiduría conmigo en este viaje; aún me pellizco para comprobar que sois de verdad mis colegas y amigues. Melissa Albert, Rory Power, Kendare Blake, Erin A. Craig, Vaishnavi Patel, Rachel Griffin, Isabel Ibañez, Sasha Peyton Smith, Allison Saft y Rebecca Ross: gracias por leer, reseñar y amar.

Gracias a les libreres, blogueres e *influencers* por compartir su entusiasmo y ayudar a que este libro llegue a su público. Estaré eternamente agradecida a Joseline Diaz, Kalie Barnes-Young, Brittany Smith y Bridey Morris.

James. Gracias por no tener miedo a amarme, por creer siempre en mí, por recordarme lo que es real. No sé cómo empezar a desentrañar todo lo que mi cabeza piensa y mi corazón siente. Con suerte, este libro es un buen comienzo. Te quiero.

Y Zelda: te recuerdo. Te creo.

Table of Contents

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
AGRADECIMIENTOS